

# MELISSA HALL

@itsbeatifulove

*Te daré un  
beso por cada  
lágrima que  
derrames.*

BIENVENIDO,  
GAMBERRO

6 MILLONES  
DE IMPACTOS

El fenómeno que arrasó en Wattpad,  
la red social de escritores y lectores  
más grande del mundo.

MELISSA HALL

@itsbeautifulove

*Bienvenido, gamberro*

© MELISSA HALL, 2015

© Ediciones El Toromítico, s.l., 2015

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de ISABEL BLASCO

CONVERSIÓN DE ÓSCAR CÓRDOBA

ISBN: 9788415943372

*A quienes me han apoyado,  
y han esperado que las palabras fluyeran  
hasta convertirse en un libro.*

PRIMER LIBRO  
DE #B,G

Estaba a punto de llegar tarde. Los nervios de mi padre le jugaron una mala pasada. Nuestro vehículo familiar falló cuando el reloj marcó las nueve de la mañana. A quince minutos de la primera clase, me encontraba a más de veinticinco minutos del instituto. Ni siquiera podía coger mis cosas y salir corriendo. No, únicamente me acomodé en el asiento, mirando cómo la persona que conducía, llamaba al servicio de grúas. Era gracioso ver a papá mirando el cielo y observándome de reojo. Sus mejillas enrojecieron de los nervios, y bajó el tono de voz para que yo no le escuchara gritar.

Tapé mis labios, justo a tiempo. Esa forma de actuar de él, era extremadamente extraña. Era un hombre que sabía cambiar una rueda de repuesto, aunque en aquel momento no podía. Parecía que en veinticuatro horas lo había olvidado todo. Se sentó en el capó del coche y, disimuladamente, tiró de la corbata que llevaba. El pobre se quedaba sin respiración y, quien se encontraba al otro lado de la línea, le mantenía en espera, acabando con su poca paciencia.

La clase de Ciencia Avanzada comenzaría en unos minutos, así que busqué las palabras adecuadas para recitárselas al profesor. Ese hombre de larga barba blanca y enormes ojos detrás de unas diminutas gafas... no llegaría a creerme.

Mis dedos rebuscaron en el interior de mi cartera. No se detuvieron hasta que tocaron la blanda almohadilla de los auriculares rosas. Los saqué con una enorme sonrisa y, cuando el iPod descansó en la palma de mi mano, busqué la única canción que me desconectaría del mundo, por completo. En ese momento solo podía escuchar la afinada voz del cantante. *Leiva*, era uno de mis cantautores favoritos.

Tararéé a la vez que movía la cabeza. Podía sentirme bien, incluso cuando mi querido padre se movía de un lado a otro por conseguir una grúa en un día tan especial (al menos, especial para nosotros). Aumenté un poco más el volumen, justo cuando susurró el estribillo.

Cuando la canción finalizó, asomé la cabeza por la ventanilla hasta encontrarme con su azulada mirada. Se acercó, manteniendo una mano en el interior de uno de los bolsillos del traje y, la otra, apretando el teléfono móvil en su enrojecida oreja. Quería, o mejor dicho, necesitaba verle sonreír, al menos durante un par de segundos. Arrugué la nariz graciosa y, con una amplia sonrisa, intenté calmarle.

—Saldremos de esta.

Reí en el momento en que presionó el teclado táctil, casi enloquecidamente.

—No lo creo —frunció el ceño—. Puede que, antes de que acabe la semana —cogió aire antes de seguir—, ¡cambie de seguro!

Me carcajeé, sin evitarlo.

Por mucho que él gritara, la lenta y melancólica canción callaría sus palabras. Al otro lado, no había nadie. Siempre desaparecían las señoritas que te atendían para pasar a sus otras funciones. Llevó hacia atrás su negro cabello y se inclinó, un poco, para mirarme directamente a los ojos. Sabía qué estaba pensando; no quería ver cómo llegaba tarde a clase. Mi padre terminaba por preocuparse más por mis estudios que por un duro día de trabajo.

Mi mano quedó encima de la suya; acaricié su piel y, con una sonrisa, moví la cabeza dándole a

entender que todo estaba bien. Sabíamos que era un desastre en el instituto, así que, por mucho que intentara que llegara pronto a primera hora de la mañana, mis notas seguirían cayendo en picado.

A veces temía por no llegar a la universidad, ya que era más importante para mis padres que para mí misma. Ellos seguían con la esperanza de ver a su única hija, licenciarse en una buena carrera. Por supuesto que no esperaban que me convirtiera en cardióloga, como él, pero estaba la posibilidad de que me interesara en el mundo de la medicina; como por ejemplo... enfermera.

Y... pensar que mi madre siempre había sido una gran enfermera, llegaba a ponerme mucho más nerviosa. Tenía tantas cosas que aprender de mis padres que, por mí, escogería la carrera más sencilla para no decepcionarles. Quería ser una hija ejemplar. Rompí el silencio.

—Deberías calmarte, papá —dije, cuando entró dentro del coche y cerró la puerta. Los nervios le llevaron al tamborilear sobre el volante—. Todo va a salir bien. T.O.D.O. La próxima vez, adelanta la visita al mecánico y, de esa forma, todos te lo agradeceremos.

Miró de reojo. Entonces, apreté los labios prometiendo que no volvería a decir nada más (al menos durante un rato).

Por suerte, quince minutos después llegó la grúa.

No sentí remordimiento al haberme perdido la primera clase de la mañana. El señor Muntaner solía pasearse por delante de nosotros, golpeando una tiza sobre nuestras cabezas a la vez que, su irritante voz, intentaba enseñarnos algo útil y bueno que recordar.

A segunda hora, en Literatura, fue mucho más entretenido (o siempre solía serlo). Joseph, mi novio desde primer año de bachillerato, guardó un asiento para mí. La última fila, donde el profesor Gener no podía vernos, era perfecta para mantener una conversación. El libro quedó en medio de ambas mesas, y acomodé mi rostro en la palma de la mano cuando el codo tocó la superficie. Le escuché atentamente, olvidándome de la asignatura. J. tocó su melena, y agrandó esos enormes ojos verdes que tanto me gustan. Sonrió de una forma dulce al ver que el profesor Gener se acercó hasta nosotros.

El hombre estaba algo mayor pero, aun así, podía ver todo sin ningún problema. Cruzó los brazos bajo el pecho con seguridad y, con una extraña mueca, nos señaló la pizarra. Había anotado los nombres de los autores más importantes del siglo XVI y nos preguntó por algunas de sus obras pero, ambos, nos callamos avergonzados. Separó nuestras mesas, casi llevando la mía junto a la contigua, a mano derecha.

Fue una mala idea ya que, al otro lado, estaba mi mejor amiga. Kimiara era mejor estudiante que yo. Le encantaba estar atenta a cualquier asignatura por muy difícil que pareciera. Observé de reojo cómo su dedo atrapó uno de sus rizados mechones caoba, y asintió con la cabeza en más de una ocasión.

—¡Chsss! —le llamé; Kim rio por lo bajini.

Bajó la cabeza, y rebuscó entre las páginas de su libreta un par de folios en blanco que tenderme. Los cogí, hasta darme cuenta de que eran toda la explicación de la clase, junto a sus apuntes.

—Tendrías que estar más atenta, en clase —alzó su cuerpo, mirando por encima de mi cabeza—  
... Joseph te entretiene demasiado.

Ambos éramos culpables.

Al no poder estar más tiempo con él después de clase, aprovechábamos los minutos del instituto;

los pocos que teníamos en cada descanso. Cuando coincidíamos en alguna asignatura, los dos desconectábamos por completo.

La familia de Joseph, a diferencia de la mía, era mucho más estricta con él. Sus padres tenían unas cuantas fábricas textiles a las afueras de Granollers; eso significaba que algún día él sería el dueño. Pensar que J. dirigiría a miles de empleados, era casi una locura.

Seguramente no le podía ver como a un jefe en un futuro, porque él tampoco luchaba por parecer una persona adulta. Y, de alguna forma, lo entendía. Teníamos diecisiete años; solo pensábamos en pasarlo bien.

Algo que tendría sus consecuencias.

La hora de Literatura finalizó, dando paso a un par de clases más: Lengua Extranjera y Filosofía. Después de la última, salí corriendo para dirigirme al comedor. El desayuno que me había preparado mi madre era digno de saborearlo mientras que me acomodaba en un taburete junto a mis amigos. Por suerte, Kim, llegó antes y ocupó la mejor mesa; cerca del gran ventanal que estaba enfrente del campo de fútbol.

—No te ha costado encontrarme.

—Qué graciosa —le saqué la lengua. Tenía los pies en la tierra, como de costumbre. En todo caso, desconecto un rato en clase, y tú lo sabes.

Sacó su almuerzo; una ensalada con varitas de pescado.

—Tu padre se enfadará contigo, como vuelvas a sacar una nota por debajo del cinco —le hincó un diente a un trozo de tomate—, ¿qué harás? ¿Recuperar todas las asignaturas a final de curso?

Mi padre no me presionaba, pero sí que recompensaba cada nota que superara un seis. Era una forma de ayudarme, de darme un empujón para que estudiara un poco más. Pero... Por mucho que lo intentara, siempre terminaba por debajo del cuatro.

—Estoy en ello, Kim.

—«Tic-Tac» —movió el dedo, como si fuera una aguja del reloj—, el tiempo corre.

Por un momento, pensé que ella llegaría a sacar una vez más la excusa de tener novio. Kim siempre llegaba a soltar, por sus pintados labios negros, que los chicos únicamente llegaban para quitarnos el mejor tiempo que teníamos en la adolescencia. Desde que Didac la dejó en verano, su actitud cambió por completo.

Se enfurecía, conmigo, por preferir estar con Joseph, antes que ver, por décima quinta vez, *El diario de Noa*. A veces era muy persuasiva, pero J. era mucho más convincente.

Ella era mi mejor amiga, y siempre lo sería, incluso si había un par de chicos de por medio.

—¿Has visto a Didac? —El tenedor se le escurrió de entre los dedos.

—No. Tampoco tengo ganas de verle —Parecía asustada.

—¿Qué pasó entre vosotros dos? —Quitó el envoltorio del sándwich— Siempre te lo callas, y prefieres cambiar de tema. Tal vez pueda ayudarte...

—O tal vez, es mejor dejarlo —suspiró, entrecerrando los ojos, casi agotada—. Le conocemos. Sabemos cómo es Didac. ¿Por qué debería estar con alguien que solo sabe meterse en problemas?

—En el fondo tenía razón. Didac Bellucci era una pesadilla—. Mis padres no quieren que le vea. Se lo dije, y él me dejó.

Bellucci había sido un completo imbécil, con ella. Joseph, muchas veces, llegaba a pelearse con su padre por culpa de Didac. Desde que volvió al instituto, todo eran problemas. Nos alegramos y

ni siquiera añoramos el tiempo que estuvo fuera de nuestra ciudad. Cuando él se marchó a Francia por la muerte de su padre, *Middles Bilingüe School* parecía un lugar mejor.

El problema es que nunca nos podíamos quitar a Didac de en medio. A unos metros de la mesa donde comíamos, Joseph y sus amigos entraron al comedor dando voces. Sus gritos llegaban a molestar, pero el profesor de guardia se mantuvo en su asiento mirando el teléfono móvil. Mi novio alzó la mano, saludándome con una enorme sonrisa. Me gustaba que él me buscara... pero solo, y no acompañado como en ese momento.

—¿Didac está en el grupo? —Preguntó Kim.

—Sí —ante mi respuesta, mi amiga intentó levantarse. Aferré mis dedos alrededor de su muñeca, deteniéndola. Si estaba a mi lado, ese imbécil no le diría nada malo—. El grupo es de Didac. Todos esos idiotas que tiene como amigos —bajé el tono—, incluyendo a mi novio, le siguen porque creen que es el más fuerte. Están muy equivocados. Ignóralo. Es lo mejor, Kim.

Ella asintió con la cabeza y apartó su desayuno. Se le quitó el apetito, solo con oír el nombre del chico más temido de nuestro instituto. Pensar que, esos dos, habían estado enamorados meses atrás, se me hacía extraño. Podía tener miedo como ella por pensar que J. haría lo mismo conmigo, pero él era diferente; confiaba en mi chico.

Unos labios tocaron mi sonrojada mejilla.

—¿Cómo estás, preciosa? —Joseph me acercó hacia él, casi intentando acomodarme sobre sus piernas. Adapté las manos en sus mejillas, deteniéndole— Te he echado de menos.

Solté una risa, llamando la atención de los otros tres chicos que se sentaron alrededor de la mesa. Los ignoré, porque ellos no formaban parte de mi círculo de amistades, y yo no estaba en el suyo.

—Nos hemos visto a segunda hora, ¿recuerdas?

Tiernamente, rocé mi nariz sobre la suya. Me detuve a tiempo, ya que sus labios buscaron desesperadamente los míos y, al no encontrarlos, descansó su cabeza sobre mi hombro.

—Quiero hablar contigo —dijo, girando mi rostro para que lo mirara a los ojos—. Serán unos minutos.

Kim se sintió incomoda, de repente.

—¿Puedes esperar un par de horas? —Sus fuertes brazos rodearon mi cintura—. Estábamos manteniendo una conversación de chicas... privada.

La risa de Didac nos desconcertó. Sus desafiantes ojos marrones quedaron posados en el delgado y tembloroso cuerpo de Kim. Al no encontrarse con su mirada, optó por mirarme a mí esperando que me riera junto a él. Estaba muy equivocado.

—¿Intentas echarnos?

Realmente nunca nos llevaríamos bien.

—Eso hago —estiré los labios—, de una forma totalmente educada. Si por mí fuera, J. se podría quedar aquí. El problema eres tú —a él no le gustó, ya que cambió su cómoda posición por una más rígida.

Intentó acercarse, queriendo plantarme cara.

Joseph se levantó de inmediato, reteniéndole por el brazo antes de que avanzara un poco más. Le mantuve la mirada, dejando claro que yo no estaba asustada como las demás víctimas que tenía. Retiré el sándwich que estaba comiendo y, con las manos apoyadas en la mesa, me alcé sin ningún problema.

—Tienes una lengua sucia, Domènech.

Odiaba que me nombraran por mi apellido.

—Recuerdo lo que dijiste el año pasado —¿Ese estúpido, pensaba que me callaría?—. Soy un terrible dolor en el culo, ¿no? Pues, realmente, no sabes lo molesta que puedo ser.

La idea de pensar que seguiría viéndolo durante seis meses más, me daban ganas de no volver al instituto. Pero las personas teníamos que mantenernos fuertes. Dejar el miedo a un lado, y alzar la voz sin temor. Nadie era débil (o al menos esa era mi forma de ver el mundo).

—No sabes con quién te estás metiendo —puso los ojos en blanco.

Joseph le empujó.

—Ella no te ha hecho nada —me defendía, pero podía hacerlo yo misma—. Así que, nada de amenazas, ¿entendido?

Didac se apartó de la mesa; refugió sus puños en el interior de los bolsillos de su chaqueta y miró por encima del hombro. Los tres chicos que lo seguían, rieron casi a la misma vez.

—A veces no entiendo por qué la defiendes. Podrías estar con alguien mejor —había gente odiosa, pero él se llevaba el primer premio.

—Te espero fuera, J. No tengo ganas de seguir peleando.

Intenté acercarme, gritarle que él no era nadie para dejarme por los suelos.

—Huyes porque eres un cobar...

No terminé de soltar todo lo que le quería decir.

Joseph me calló.

—¿Vosotros dos, no podéis estar dos minutos sin discutir? —No era la primera vez que tenía un encontronazo con él. Pasaba cada dos por tres—. Sé que él no se portó bien con Kimiara —la miró, ofreciéndole una disculpa—, pero tú no deberías de meterte.

Quien se cruzó de brazos en ese instante, fui yo.

—Le defiendes porque es tu mejor amigo.

—¡No! Lo que no quiero ver es como él intenta acercarse a ti para hacerte daño —se rascó la nuca, y luego cogió mis manos con temor. Era algo que odiaba: que me trataran como a una muñeca de porcelana que en cualquier momento se rompería—. Crecí con él. Le conozco. Sabes que no pensamos igual. Es capaz de todo. Kim te lo puede decir, si no me crees.

Kim asintió con la cabeza, dándole la razón.

Había escuchado los rumores: Didac ocupaba una de las propiedades que heredó de su abuelo, para convertirla en un pequeño terreno muerto. Allí, organizaba las mejores peleas. Él pagaba a gente, y ellos aceptaban encantados. Por un par de ceros, se exponían delante de él pensando que no solo ganarían el dinero, sino también el orgullo de ganarle. Cuando Didac vencía, que era casi siempre, solía dejarlos tirados y sin darles el dinero prometido.

Convirtió el terreno en un cuadrilátero arenoso para pelear a las espaldas de la justicia; su pequeño vicio ilegal. Joseph podía estar preocupado por mí, pero ese miserable no conseguiría ponerme un dedo encima, en su vida. Si pensaba que era importante, era porque no conocía el mal genio que llegaba a tener mi padre; un hombre que daría su vida por la de su hija.

Pasé los brazos alrededor del cuello de J. y, de puntillas, le di un beso en la mejilla. Sus manos me alzaron un poco más, casi llevándome hasta su boca. La risa de Kim nos detuvo a tiempo, y se lo agradecí (estaba cansada de esquivar los besos de él en público).

—Os dejo, parejita.

—¿Adónde vas? —Pregunté. Solo faltaban un par de minutos, antes de que comenzara la siguiente clase.

No respondió. Siguió avanzando, mientras movía su melena repleta de rizos.

Nosotros, unimos nuestras manos y salimos juntos por la puerta de emergencia que había en el comedor. A lo ancho de todo el recinto, solo podíamos estar a solas en un lugar: detrás del enorme árbol. Salimos corriendo, casi desesperados por estar acomodados en el tronco.

Al notar la dureza de la corteza del árbol tocando mi espalda, sonreí al notar sus labios acomodándose entre los míos. Escondí, de inmediato, los dedos entre los mechones de su cabello rubio, a la vez que aprovechaba para tenerle más cerca de mí. Olvidamos, por completo, que estábamos a tres grados bajo cero. Acomodé mi pecho sobre el suyo, y le abracé más fuerte cuando bajé los brazos. La presión de sus dientes capturando mi labio inferior, me hizo reaccionar; gemí.

—¡Eh! —reaccioné, mientras golpeaba, con gracia, su brazo—No vuelvas hacer eso. Duele.

—Lo siento —limpió la gota de sangre que él mismo causó—, me dejé llevar. Es que no entiendo por qué no me dejas besarte delante de los demás. Básicamente, todos saben que estamos juntos. Hasta nuestros padres. ¿Pasa algo, Zoe?

Negué con la cabeza.

—No. Por supuesto que no, tonto —le besé. —Es solo, que no puedo. Sabes que te... aprecio, J. Tocó mis heladas mejillas.

—Si te sientes incomoda hablando de ello, podemos hablar del día de hoy.

De inmediato bajé los hombros, sintiéndome relajada y algo más tranquila. Joseph llevaba semanas al tanto de la gran noticia que recibió mi familia. Mis padres llevaban años esperando a que una agencia de adopción se pusiera en contacto con ellos. Viajaron a varios países con la ilusión de hacerse cargo de algún pequeño que necesitara a una familia.

Tuvieron muchas opciones y, todas ellas, o eran ilegales, o casi imposibles por tratarse de la adopción de un bebé extranjero. Por suerte, localizaron un internado donde buscaban familias de acogida.

Recuerdo la carta certificada que llegó a casa. Junto a la aprobación de que nuestra familia era la indicada para cuidar a un pequeño huérfano, había una fotografía del niño. Era imposible olvidar sus enormes ojos grisáceos, y esa preciosa mirada. Tenía cuatro meses de vida, y su madre le había abandonado cerca de una iglesia porque no quería hacerse cargo de él.

A mi madre se le iluminó la mirada, y soltó un par de lágrimas de alegría. Bajo el sello de la directora del centro, había una fecha donde el asistente social se presentaría con el pequeño.

Justo ese día había llegado.

Por fin, ninguna familia se echaría atrás ante una adopción; ese era una de los principales problemas que tuvimos durante muchos años.

—Tendrías que haber visto lo pequeño que es. Tiene unas manos diminutas —en la fotografía salía cerrando los puños—. Sus ojos son enormes y, con tan poco tiempo de vida, hasta sonríe.

Joseph tocó mi cabello, que llevaba suelto.

—Te veo tan feliz, que comparto tu felicidad —siguió jugando con mi pelo; mirándolo bien, era hora de cortarlo: lo tenía demasiado largo—. ¿Crees que mañana podría pasar a verle?

Asentí con la cabeza, emocionada.

—¡Por supuesto! —Estaba eufórica—Quiero ser una buena hermana. Ser un ejemplo para él.

—Y lo serás, Zoe. Eres una gran chica.

Seguí su mirada, que se detenía en nuestros dedos entrelazados. Sin darme cuenta, acomodé la cabeza sobre su duro pecho. Cerré los ojos ante las caricias que me daba en la espalda, y tiré de su bufanda cuando besó la coronilla de mi cabeza.

—¿Qué querías decirme, antes?— J. negó con la cabeza; no lo vi, pero sentí su barbilla moviéndose.

—Ahora eso no importa.

—Vamos —le miré dulcemente, y le di un fugaz beso en los labios—, todo lo que tú me digas es importante.

El silencio nos rodeó.

—Mis padres saldrán este fin de semana —agrandé los ojos. Él se dio cuenta—Lo sé; lo sé. Es una estupidez —podía ver la tristeza en su mirada—. Con la llegada del niño que acogeréis, estarás ocupada. Y lo entiendo perfectamente.

Pero eso no impedía que pasara tiempo con él. Juguetona, sonreí, y golpeé su nariz con el dedo índice.

—¿Qué propones?

Vi cómo las mejillas empezaron a tomar un sonrojo de vergüenza, y no por el frío que nos calaba en los huesos.

—Bueno...—enarcó una ceja. — ¿En serio?

—Sí.

—Pues... había pensado en pedirle permiso a tu padre, para que te dejara pasar una noche conmigo —reímos al unísono— Sé que es imposible. Tenía que intentarlo.

—¿Qué tienes en contra de la tarde, Joseph?

Di un brinco hacia atrás con su respuesta:

—Te quiero. Sabes que el tiempo no tiene importancia porque tú estás a mi lado —sonó el timbre de clase—. Bueno, hablamos más tarde.

Me lanzó una sonrisa traviesa, y besó lentamente mis labios antes de que nos separáramos.

Afortunadamente las clases pasaron rápidas. Lo único que olvidé fue esperar a Joseph para hablar de nuestro encuentro ese mismo fin de semana. Mi padre llegó antes de hora; era extraño, y más, cuando me dijo que tenía una operación muy importante. Subí al coche, que sonaba mucho mejor que esa mañana.

—No puedo creer... —callé y le miré de reojo.

—Llegó el día —sonreía—. Aunque hay algo que tienes que saber.

Alcé los hombros, dejando claro que me daba igual. Iba a tener un hermano, nada ni nadie fastidiaría la felicidad que estaba compartiendo con todos. Por ello le dije que podía esperar, algo que él agradeció. De alguna forma, no le veía preparado, y sabía que comprendería cualquier cosa que me esperara en casa.

Estaba tan nerviosa, que las piernas no me dejaban de temblar. Al llegar, abrí la puerta y salí corriendo en busca de mi madre. Sin visualizarla, podía imaginármela sentada en el comedor con el pequeño entre sus brazos. La larga trenza rubia que solía llevar, caería sobre su hombro para evitar que el bebé la cogiera con sus diminutas manos. Los ojos de ella estarían llenos de lágrimas; estaría feliz.

Abrí la puerta de casa, sonreía como una estúpida emocionada. La navidad golpeó nuestra

puerta antes de tiempo, y solo estábamos a finales de noviembre. Regalos anticipados, y felicidad, que no nos abandonaría en años. Así nos encontrábamos todos, nerviosos y ansiosos. Queríamos encontrarnos con el nuevo miembro de la familia. Sobre todo yo que, a mis diecisiete años, no disfruté de la presencia de un hermano o hermana.

Y por fin lo iba a tener.

Estaba a unos metros de mí, solo tenía que entrar en la cocina (donde la risa de mamá sonaba) y verle más cerca de lo que podía haber deseado nunca.

Pero cuando dicen que las cosas más deseadas, son las que más rápido desaparecen...en el fondo tenían razón.

Mi madre estaba sirviendo dos tazas de té; una a un hombre alto, que sostenía una pila de papeles y, otra, a un joven que se ocultaba con una oscura capucha de la sudadera. Lo único que vi, de él, fueron las letras que llevaba tatuadas en los nudillos de su mano.

Se me hizo un nudo en la garganta. Agradecí que las lágrimas no golpearan mis ojos, y avancé con labios temblorosos.

El hombre mayor —mejor decir, el asistente social—, me tendió la mano para saludarme, y presentarse. El chico que estaba en la otra punta de la mesa, cogió la preciosa taza de té y se la llevó a los labios, ignorando por completo nuestra conversación.

—Así que, ¿tú eres Zoe?

Esquivé la pregunta.

—¿Dónde está?

Mamá se acercó.

—Cariño...—¿eso era lo que tenían que decirme? ¿Que de nuevo rechazaron la adopción?— ¿Papá ha hablado contigo?

Levantó la cabeza. Mi padre había llegado y, por la expresión en el rostro de mi madre, sabía perfectamente que él le dijo que «no», con la cabeza.

—Dijiste que hoy llegaría. ¿Dónde está?

El asistente social se apartó de nuestro lado, acercándose al joven que mantenía una postura curvada, hacia delante. Los antebrazos tocaban la mesa, de una forma muy vulgar.

—Será mejor que me marche. Ha sido un placer conocerle, señor Domènech —estrechó la mano de mi padre—. Las visitas serán mensuales. El quince, de cada mes.

Él, le respondió.

—Por supuesto. No se preocupe —le acompañó hasta la puerta, olvidándose del chico de la capucha negra—. Mañana empezará las clases. Le informaremos de todo. Gracias, una vez más.

—Que tengan una buena tarde.

Ivette alzó la voz.

—¡Adiós, Joshua!

Estaba tan nerviosa, que mis ojos se centraron en el joven. El chico tiró de la tela que le ocultaba, y pegó la espalda en el respaldo de la silla. Giró lentamente el cuello, encontrándose con la curiosidad de alguien que no conocía. Bajo la tenue luz de la cocina, diferencié el color de sus ojos: marrones, tirando a negros. Se quitó la sudadera, y la dejó sobre la mesa.

Mis padres se pararon frente a la puerta, casi deteniéndome para que no saliera huyendo. La cartera con todos los libros de clase, cayó al suelo. Miré por encima del hombro esperando una explicación.

—Zoe, —empezó papá—quiero presentarte a Axel.

Enarqué una ceja.

—¿A quién? Porque yo no veo al bebé de la fotografía.

El chico que estaba detrás de mí, rio.

—La madre del niño cambió de opinión —esa era la respuesta que imaginé. —Pero nunca nos detuvimos en la acogida. Axel tiene tu edad. Estará con nosotros...

—¿Es una broma?

No sabía qué me estaba pasando. Básicamente olvidé que, el tal Axel, podía escuchar mis crueles palabras. Avancé, acercándome a mis padres.

—No —ese «no», rotundo, me dejó helada—. Ayuda a Axel a subir su equipaje —señaló una maleta que había en el suelo—, luego hablaremos.

El chico se levantó, arrastrando por el parquet las viejas zapatillas de deporte que llevaba. Con los brazos desnudos por la camiseta que llevaba, cogió sus pertenencias y sonrió.

—Puedo irme...—tanteó; pero mi padre se lo impidió.

—Mi hija —me miró—será amable contigo. No te preocupes. Ahora, Zoe. Ayuda a Axel.

Estaba cansada de que repitiera una y otra vez, lo mismo.

Pasé por delante de ellos y, con los lentos pasos del chico tatuado, me dirigí hasta las escaleras. Me detuve en el primer escalón, cruzada de brazos, esperando a que él pasara primero. El silencio nos acompañó un buen rato, hasta que él decidió romperlo.

—¿Te va a llevar mucho tiempo observarme? La verdad es que estoy cansado, y te agradecería que me enseñaras la habitación donde dormiré —dijo con naturalidad—. El equipaje empieza a pesarme.

Pestañee repetidas veces ante el chico de acogida que tenía delante de mí. Su negro cabello combinaba a la perfección con esos oscuros ojos que me miraban confusos. Un tatuaje en forma de rosal asomaba de la blanca camiseta, recorriendo parte del cuello y perdiéndose por el corto cabello. Nariz pequeña, labios carnosos; dos hoyuelos que se marcaban cuando intentaba sonreír. Además, algo que odiaba: era mucho más alto que mi estatura de metro cincuenta y ocho.

Mi cuerpo se tambaleó cuando vi que Axel se aproximaba hasta mí. No dije nada, ni emití sonido alguno de afirmación ante su pregunta. Seguí observando a ese chico que no me inspiraba demasiada confianza. Mis padres se equivocaron en acogerle porque, en cualquier momento, podía ser capaz de saquearnos la casa, dejándola sin ningún objeto de valor.

Era un delincuente, estaba más que claro. Siempre me enseñaron a no juzgar a las personas por su apariencia, pero él... me había dejado sin palabras.

Tanto tiempo esperando al pequeño que, en cuestión de segundos, mi sonrisa se esfumó. Todo el mundo merecía una oportunidad, incluso el chico que se había parado delante de la puerta de mi habitación. Lo malo es que Axel, o mejor dicho su apariencia, no me daba confianza. Era como si, con solo mirarlo, pudiera ver los problemas acercarse.

Me miró por encima del hombro, esperando a que le invitara a colarse en el interior. Di unos grandes pasos, casi alejándome por completo de su lado, y me planté en la puerta que había delante. En el interior de la habitación, estaban todos los regalos que iba a tener el niño que imaginamos que viviría con nosotros.

La abrí casi con temor, y dejé que Axel entrara. Era demasiado confiando, porque al colarse en el interior, tiró su maleta y quedó tumbado de inmediato en la cama. Por suerte era grande, dormiría perfectamente allí estirado. Por mucho que le mirara, él no encogería; era demasiado alto a mi lado.

—La decoración es un poco infantil, ¿no?

Apreté los dientes. No quería responderle, pero tampoco hice un esfuerzo por contenerme:

—Imagino que será porque realmente no te esperábamos a ti.

Se levantó de la cama, dejando detrás de la espalda los brazos tatuados. Abandonó todo su peso y me miró fijamente. Esa oscura mirada, que me observaba detalladamente... me ponía de los nervios. Apoyé la espalda en la pared y crucé los brazos bajo el pecho. Tenía que hacer tiempo hasta que me reuniera con mis padres. Me esperaba una tarde muy larga, y más, con la llegada de él.

Abrió la única maleta que llevaba junto a él. Del interior sacó una cajetilla de tabaco y un mechero verde con unas iniciales escritas con rotulador negro. Se dirigió de inmediato hasta la ventana, empujó el cristal hacia arriba, y pasó una de sus piernas por fuera, hasta quedar sentado en el alfeizar. Frotó la ruedecilla plateada con el pulgar, y al conseguir que algo de fuego se mantuviera firme (máxime cuando el aire no estaba de su parte) agarró el cigarrillo con sus carnosos labios.

—Prohibido fumar.

Me ignoró por completo.

Dejó escapar el humor por la nariz.

Torció un poco el cuello hasta encontrarse con mi seria mirada.

—¿Quién ha puesto esa norma? ¿Tú?

No borraba esa estúpida sonrisa del rostro.

Sus dedos mantuvieron el cigarrillo, y entreabrió los labios para formar una «o» con el humo.

—Mi padre dejó de fumar hace dos años. Desde entonces, nadie ha encendido un cigarro en esta casa —quería avanzar, golpearle la mano hasta arrebatarlo—. Si eres tan amable, ¿por favor?...

Bajó sin prisa el brazo, y apagó la colilla en el duro muro de la casa. Su pierna se volvió a colar en el interior y antes de que avanzara por «su» nueva habitación, cerró las ventanas impidiendo que el aire se colara. Las manos se refugiaron en los bolsillos de sus caídos vaqueros, dejando a la vista de cualquiera la tira elástica de sus *bóxers*.

—Pareces furiosa —declaró, sentado en el suelo junto a sus cosas.

Del interior de la maleta, sacó un par de gorras.

Sabía que observaba cada movimiento que daba, como si realmente no me fiara de él.

—Mis padres me mintieron.

Era una buena excusa. O eso creía.

—Lo superarás —dijo, guiñándome un ojo— ¿Podrías ser tan amable de dejarme solo durante unos minutos? Quiero sacar mis cosas, y no quiero ver a una princesita como tú escandalizarse por ver unos calzoncillos.

«¡Menudo cretino!» —Pensé.

Salí de la habitación con la boca cerrada.

Intenté recuperar la cordura antes de presentarme delante de mis padres. Bajé las escaleras lentamente, memorizando las palabras adecuadas (o aquellas que no sonaran muy bruscas). Podía escuchar sus voces de fondo. Se encontraban en el comedor, tomando un té con unas galletas que mamá solía preparar. Mis ojos se cerraron ante el aroma de la canela y el recién horneado. Avancé con los brazos detrás de la espalda y me planté delante de ellos sin decir nada; únicamente observándolos.

Mi padre estaba sentado en el sillón, con el periódico del día descansando en su regazo. Al verme llegar, lo dobló perfectamente y estiró el brazo para dejarlo sobre la mesa auxiliar. Su seria postura era común en él, y más, en aquellos momentos en los que teníamos charlas pendientes. Me acomodé al otro lado del sofá, dejando un hueco entre mi madre y yo. Ella sonrió cariñosamente a la vez que tiró hacia atrás su perfecta trenza, dejándola descansar sobre la espalda.

Tocó mi mano con la suya y, con una enorme sonrisa, esperó a que me animara a hablar. Apreté los labios y me mordí la lengua por haber olvidado todo lo pensado unos segundos antes; estaba claro que el chico adolescente iba a ser un problema en nuestro hogar.

—¿Todo bien?

Por supuesto que no.

Pero no le dije nada.

—Acabo de ayudarle a subir sus cosas a la habitación de invitados —más bien me quedé mirando lo que hacía—; dice que es muy infantil, que no es de su agrado.

No lograba relajarme, cada vez hablaba más rápido.

—Iremos este fin de semana a comprar muebles nuevos —con eso parecía que lo solucionaba todo—. Una vez que estemos en el centro comercial —me guiñó un ojo, anticipando que me gustaría aquello que iba a decir— puedes mirar ese tocador que tanto te gustó.

La forma que tenía para contentarme y que no refunfuñara con el nuevo integrante de la familia, era acceder a comprarme los caprichos que siempre podía tener.

Solté el aliento, sintiéndome desplazada por ellos.

—¿En serio tenemos que fingir? —murmuré, pero ellos llegaron a escucharme. Lo noté en su mirada. Así que alcé un poco más la voz— ¿Puedo opinar?

Mamá juntó su mano con la de su marido, casi asustada por mi serio rostro.

—Cariño, aquí tienes libertad de expresión —dijo en tono confiado, pero me lanzó una mirada de advertencia.

Como si, en el fondo, tuviera miedo a escuchar que yo no aceptaba que Axel viviera con nosotros. Los tres estábamos de acuerdo en acoger a un pequeño que necesitara un hogar y una

familia. No a un chico que, por lo poco que dejó a la luz, parecía adaptarse genial a los problemas.

—Parece un delincuente —Dije con firmeza.

Crucé los brazos.

Se levantó mostrándome lo decepcionado que podía estar conmigo. Caminó sin mantenerle la mirada a mi madre, y detuvo sus pasos justo delante de mí. Cerré los ojos cuando su mano quedó sobre la coronilla de mi cabeza, tocando mi alborotado cabello oscuro. Quería llamar mi atención, y temía que lo siguiente fuera un grito.

Pero me equivoqué.

Él quería que comprendiera lo que hizo por Axel.

—Zoe, con el tiempo comprenderás por qué Axel merece vivir con nosotros. Como una familia —forzó sus labios para sonreír—. El muchacho ha sufrido mucho. Nadie fue capaz de darle una oportunidad, porque dicen que es demasiado grande para tener una familia de acogida. Eso es muy injusto, cielo, y tú lo sabes. ¿No crees que todos merecemos una oportunidad? —Clavé la mirada en el suelo, maldiciendo la humillación por exponerme como una cría caprichosa delante de mis padres— Confío en ti.

Me lanzó una mirada, y se la devolví.

—Solo tienes que darle tiempo —¿Por qué no fueron capaces de habérmelo dicho mucho antes?—. Es un buen chico. Intenta conocerle. Ayudarle a que se integre con los demás chicos del instituto.

—Papá...

—Por favor —miró hacia un lado cuando su preciosa mujer se levantó del sofá. Cogió su mano, y se abrazaron cariñosamente—, él nunca te hará sombra. Eres nuestra pequeña. Nuestro hermoso milagro.

Llegaron a la conclusión de que estaba celosa de él. Y era todo lo contrario; temía porque algo malo le pasara a mi familia. Porque, para mí, la familia estaba por encima de todo.

De repente una palabra se repitió en mi cabeza: Instituto.

—¿Es cierto que él estudiará conmigo? —Pregunté. Era casi imposible que un alumno nuevo entrara en un instituto privado.

Se me revolvió el estómago.

La respuesta fue un movimiento de cabeza, afirmando.

Unas suaves manos quedaron a cada lado de mi rostro, arropando tiernamente mis mejillas. Mi madre se inclinó hacia delante y, con una sonrisa de oreja a oreja, dejó un beso en mi frente, intentando calmarme como cuando era pequeña. Tiró de mi brazo con cuidado y, en un rápido movimiento, quedé en sus brazos, sintiéndome protegida. Más tarde se unió el cabeza de familia, el cual, empezó a reír en el momento que parecía que no podíamos respirar por sus fuertes brazos.

Removió mi cabello.

—¿Prometes darle una oportunidad?

Me encogí de hombros.

—Zoe...

—Sí —ellos ganaron—, ahora mismo os demostraré que voy a ser una buena chica. Subiré —apunté el techo, localizando la habitación de él— y procuraré conocerle un poco más. ¿Contentos?

Al menos, intentaría tener una conversación civilizada con él.

Bajo la atenta mirada de mis padres, subí las escaleras que daban al segundo piso. Me tomé mi tiempo antes de presentarme delante de la puerta. Cuando llegué, con el ceño fruncido, me di cuenta que podía ver el interior sin ningún problema. En ningún momento Axel buscó intimidad; dejó la puerta abierta, y se sentó en el suelo junto a un pequeño reproductor de música.

Golpeé la puerta antes de entrar y, con una sonrisa (que me costó mostrar), le saludé con un movimiento de cabeza. El chico me ignoró por completo, y estiró las piernas ocultando una pequeña bolsa.

¿Cómo pretendían que me llevara bien con él, si me miraba como si fuera transparente?

—¿Qué haces?

Axel era muy extraño.

Alzó el brazo, mostrándome otro cigarrillo entre sus dedos.

—Fumar...

—¡Te dije que está...!

—Te he escuchado. Pero prefiero ignorarte, —se levantó del suelo— es más divertido.

Unos minutos en nuestro hogar...y se creía el dueño.

—¿Puedes cerrar la puerta? Tengo que hacer una llamada.

Solté un grito, frustrada.

—Oblígame.

Debí de haberme callado, ya que a él no pareció gustarle demasiado el reto que le lancé. En el momento en que se sentó en la cama, y escuchó perfectamente lo que dije, Axel brincó sobre el colchón, dando un salto y quedando de pie. Con una sonrisa maliciosa, mostrando sus perfectos dientes, se plantó delante de mí, llegando a mirarme de arriba abajo, comprobando que era poca cosa a su lado.

Pegó su pecho sobre el mío, y caminó obligándome a retroceder los pocos pasos que di al colarme al interior. Sonrió cuando mi espalda tocó la puerta, y estiró el brazo para dejar su mano cerca de mi cabeza. Quería inmovilizarme, y lo consiguió al sujetarme por el hombro.

—¿Por qué buscar problemas conmigo? —Vi más tatuajes recorriendo su piel— Lo mejor es ignorarme. Evitar que tu perfecto mundo se convierta en una pesadilla.

Reprimí un gemido.

—¿Es una amenaza? Porque, realmente, es muy estúpida.

Apretó los dedos.

Hice una mueca de dolor.

—Te estoy avisando, hermanita.

—No soy tu hermanita —añadí.

Axel esbozó una sonrisa.

—Y yo no soy la clase de tío al que le gusta que le toquen los huevos, las niñas pijas como tú.

Corrí al único lugar donde me sentiría bien: mi habitación. Cerré la puerta malhumorada, sabiendo que él lo vería. Sus amenazas no me daban miedo, y mucho menos me intimidaba un estúpido con tatuajes por toda la espalda y los brazos. Axel no sabía con quién se metía... a mí también me gustaba jugar sucio.

Sobre la cama, donde quería descansar un par de horas, había ropa desparramada. Mis camisetas favoritas llegaban a dar pena, por no hacer el mínimo esfuerzo para guardarlas. Desde

que cumplí los quince años, prometí hacerme cargo de mis cosas. Mamá se ocupaba de lavar, papá de planchar... y yo de guárdalas dobladas, en mi armario.

Aparté una camiseta de los *Ramones* que había sobre la almohada, y me tumbé con todas las prendas de ropa bajo mi cuerpo. Mis ojos se concentraron en las nubes que pintó mi padre en el techo cuando tenía siete años. Conté cada una de ellas, entreteniéndome y olvidando el altercado.

—Veinticuatro —susurré.

El número de nubes no aumentaba, así que era una estupidez que siempre las contara, pero era algo que me relajaba.

Solté un gruñido de enfado y rodé por la cama, dejando que el cabello acariciara mis labios. Me quité el pelo de la cara y, cuando estuve a punto de bajar, alguien llamó a la puerta. Reconocí de inmediato a la persona.

Sonreí, porque ella se lo merecía.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

Al entrar con su precioso vestido rojo, cerró la puerta con un movimiento de talón. Los altos tacones que llevaba eran preciosos, y no podían faltar los accesorios que le regalábamos papá y yo en cada aniversario.

Se sentó sobre la cama, y acarició el rebelde cabello que yo llevaba ese día. Lo peinó lentamente con sus dedos, trenzándolo para que quedara recogido como el de ella. Le miré sin decir nada. Disfruté del tiempo madre e hija que teníamos, de vez en cuando. Sentada con las piernas cruzadas, revisé el teléfono móvil.

—¿Joseph?

Asentí con la cabeza.

No me había dado cuenta de su llamada.

—¿Qué tal tu día?

Había echado de menos esa pregunta.

—Bien. La semana que viene tendremos un examen —reí—... De los importantes.

—¿Matemáticas?

—Sí.

Ella parecía saber todo lo que pensaba.

—Invité a tía Julia y a Amelia —me sorprendió que hablara de la abuela, y de su hermana. Ellas solo solían venir a Barcelona cuando celebrábamos algo—. Vendrán a cenar esta noche.

Parpadeé por la sorpresa.

Ahí comprendí por qué estaba tan preciosa a las cinco de la tarde; se estaba arreglando para recibir a su madre y a su hermana.

—No lo entiendo, mamá.

Apoyé las manos en la cintura.

Cuando terminó de apretar la trenza, giré sobre la cama para mirarle directamente a los ojos. Ella no podía ocultar la enorme sonrisa que lucía.

—Quiéren conocerle.

—¿Conocer a quién? ¿No les has dicho que ya no hay bebé?

Se puso de pie y, antes de salir, se arregló la falda del vestido que se arremolinó alrededor de los muslos. Sus gestos lo decían todo: llamaba para anunciar al nuevo miembro de la familia.

—Ponte uno de los nuevos vestidos que compraste con Kim —dijo mi madre—. Estarás preciosa con ese que es blanco; resalta el tono de tu piel.

Quería dejarme caer de espaldas y ocultar mi cabeza debajo de las almohadas. En unas horas, Axel había pasado a ser la noticia más importante del día. Vi a mi madre rebuscar en el armario, hasta que sacó una percha con la prenda que había mencionado. La dejó sobre la silla del escritorio, y salió tarareando una canción de los ochenta.

Al escuchar de lejos los tacones, pataleé en el colchón descargando mi ira. Apreté los dedos en las sábanas, y tiré de ellas.

Una risa llamó mi atención.

Bajo mis pies, en una esquina de la cama, había alguien sentado.

—Verte sonrojada es todo un placer.

Silencio por mi parte.

—¿Te ha comido la lengua el gato, princesita?

Axel intentó tocarme, pero de inmediato le aparté la mano.

—Mi nombre es Zo...

—Zoe —su sonrisa burlona no se borraba—. Me gusta.

—¿Qué quieres?

Me derrumbé sobre la cama, esperando a que él decidiera marcharse y dejarme sola.

—Tengo que salir un par de horas. Es urgente —parecía más bien una excusa—, ¿crees que ellos me dejarán salir?

Me erguí.

La respuesta (la misma que yo recibí durante años) siempre sería la misma, y la más lógica para mi padre: No.

—Inténtalo —sonreí maliciosamente—. Cierra la puerta al salir.

Volver a tenerlo tan cerca llegó a molestarme, o mejor dicho, por primera vez me intimidó con sus enormes ojos negros, observándome; su boca casi tocando mi oído y sus palabras susurradas roncamente. Me quedé paralizada.

—Mejor, la dejaré abierta... por si tengo que entrar de nuevo.

Me arreglé el pelo al bajar las escaleras. Faltaba una hora para que mi abuela y mía tía llegaran a casa. En el tiempo que tardé en arreglarme, olvidé por completo devolverle la llamada a Joseph. Mis pasos avanzaron por el comedor, ignorando a mi padre que se encontraba sentado en el sofá viendo un partido de fútbol, con una copa en la mano.

El olor del asado que estaban preparando, llegó a provocar que me relamiera los labios. Cogí un mechón rebelde que me cayó sobre los ojos y lo sujeté con una de las horquillas que había alrededor del moño que me hice. Asomé la cabeza a la cocina y el saludo que estaba a punto de gritar se quedó en un silencio.

Axel se encontraba sentado en una de las sillas de la pequeña mesa que teníamos; sujetaba el cuchillo con una mano y, con la otra, una enorme patata. Miraba las cosas sin pestañear, sin moverse del asiento. Mamá le miró por encima del hombro, y le sonrió a la vez que sus ojos se cerraban.

Golpeé la puerta, llamando la atención de los dos.

—¡Cariño! —Se acercó corriendo y cogió mi mano, obligándome a que girara sobre los cortos tacones que llevaba—Estás preciosa.

Antes de responder, alargué el brazo y cogí un trozo de zanahoria que había, picada, sobre un plato.

—Por fin he podido estrenarlo —dije.

Por la forma en la que él me miraba, con mi vestido por encima de las rodillas y algo de maquillaje, noté que no le gustaba. Al sentir cómo me observaba, mis ojos se encontraron con los suyos. Entonces, soltó el cuchillo de cocina y volvió a girar la cabeza, buscando algo más interesante en lo que prestar atención.

Pero, por el rabillo del ojo, vi cómo intentó esconder su sonrisa.

—¿Te ayudo? —Pregunté, tragándome otro trozo de verdura.

Ella negó con la cabeza.

—Tu padre ha terminado por hacer un puré de puerros.

Me senté en la silla contigua a la de Axel. Le arrebaté de las manos la patata que sostenía y, con una fingida sonrisa, le hablé. Su silencio (o las pocas palabras que llegaba a soltar) me sacaba de quicio.

—¿Nervioso? —Negó con la cabeza—. La abuela y tía Julia te encantarán. Son adorables —mamá rio de fondo—. Seguro que te traerán un montón de regalos.

Continuamos mirándonos, en medio de un incómodo silencio. Sin mi padre de por medio, nadie más sacaba un tema interesante para hablar o debatir. Mi madre, movía de un lado a otro la cabeza tarareando mentalmente alguna de sus canciones favoritas. Y Axel, simplemente se remangó el jersey e hizo caso omiso, retirándose de la cocina.

El sonido de la silla arrastrada por el suelo me puso el vello de punta. Le busqué de inmediato, pero él ya se encontraba en el comedor, sentado junto a mi padre. Ambos se perdieron en el partido; parecía que los dos iban con el mismo equipo. Aplaudieron cada gol.

Gritaron en cada penalti.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Axel te ha dicho algo?

Dio la vuelta para sentarse un rato.

—No. ¿Debería decirme algo?

Él mismo me había dicho que tenía cosas que hacer, pero no fue capaz de pedir permiso a mis padres. Era interesante que el mismo chico que me había amenazado, delante de los adultos, era un cobarde.

Inventé cualquier excusa para que mi madre no siguiera preguntando y, cuando el timbre de casa sonó, salí corriendo casi dando saltitos por todo el comedor.

Al otro lado, una mujer con el cabello ya canoso, agrandó sus enormes ojos azules por verme parada. Tía Julia le sujetó el bastón, y se apartó para que le diera un abrazo a mi abuela. Su cálido abrigo de piel sintética acarició mis mejillas. El aroma a lavanda siempre la acompañaba, ya que era su flor favorita. Alzó mi rostro, fijándose en cada detalle.

—Estás muy grande.

Reí junto a Julia.

—Abuela, siempre me dices lo mismo.

—Pero es cierto —marcó mi cara con sus labios.

El rojo pasión que usaba como pintalabios, era mi condena.

Las dejé pasar. Colgaron los abrigos, y aproveché para quedarme cara a cara frente a mi tía. Era extraño no verla junto a su marido y los gemelos. Intenté preguntarle, pero cuando me abrazó con fuerza, me di cuenta de que lo mejor era callar y esperar a que ella contara que había pasado.

Mi padre se levantó a saludar a su cuñada.

—Llegáis pronto —dijo, abrazándola—. Me alegro de veros. Gracias por venir.

—Siempre tan amable, Norman —mi abuela miró a Axel. Apartó a mi padre y le observó de la misma forma que hacía conmigo— ¿Tú debes de ser Axel, verdad?

Él sacó las manos de los bolsillos.

Estiró el brazo, presentándose educadamente.

—Así es, señora. Soy Axel Cox.

—Eres un joven muy guapo —al decir eso, me miró a mí, con una sonrisa pícaro—. Dame un abrazo. Ahora eres casi de la familia.

¿Por qué todos le consideraban de nuestra familia?

Encontré un detalle de él que me sorprendió: sus dedos se aferraron a la tela gruesa del jersey, para estirarlo, y que no se le viera una pizca de su piel desnuda; de esa forma no había tatuajes.

Le tendió el brazo a mi abuela, y ella pasó el suyo sin dudar. Caminaron lentamente hasta llegar al comedor. Mientras tanto, yo me quedé quieta, mirando cómo mamá salía corriendo de la cocina, tirando al aire el delantal que llevaba. Abrazó con entusiasmo a su hermana, y le pidió a mi padre que le echara un ojo a la cocina.

Ellas se quedaron hablando.

—¿Así que tienen fiebre los dos?

—Sí. Varicela.

—Suerte que Jorge se ha quedado con ellos.

Tía Julia miró a Axel desde lejos.

—Por nada del mundo me lo perdería. Quería conocerle.

No dejaban de hablar de Axel, por lo que me sentí desplazada toda la noche.

En medio de la cena, los regalos siguieron pasándose de un lado a otro. El chico de acogida no dejaba de sonreír al ver tantos detalles por parte de unas desconocidas.

Me quedé toda la noche cruzada de brazos; escuchando sus risas, viendo sus felices rostros. Mientras que el mío... el mío no tenía expresión alguna.

A la hora de despedirse, fui la primera en salir corriendo para refugiarme en la habitación. Cerré los ojos, y con el CD de *Panteras doradas*, de fondo, intenté dormir durante toda la noche.

Al día siguiente, la risa de mi padre terminó de despertarme por completo.

—Así que, ¿la vieja moto que hay, ahí afuera, es tuya?

Axel se encontraba devorando una tostada repleta de mermelada.

La apartó de sus labios y con los ojos casi entrecerrados, le respondió.

—Sí, lleva junto a mí desde que tenía quince años.

—Pero es muy vieja...

Él me interceptó, parada delante de ellos.

—Buenos días —me saludó Axel.

Le ignoré.

—Papá —le llamé— será mejor que cojamos el autobús. Tú tienes que ir a trabajar, y no quiero que llegues tarde. ¿Nos vamos?

Axel afirmó con la cabeza, y se levantó del asiento. Colgó su mochila en un hombro, y sus pasos se detuvieron delante de mí, esperando a que yo fuera la primera en avanzar.

Sin intercambiar palabra, caminé hasta salir de casa. Tiré de la cremallera del abrigo hacia arriba, y ocluté mis labios en el interior. Era incómodo sentir esos ojos negros mirando mis pasos detalladamente. Él no dejaba de silbar cada vez que yo me giraba hacia atrás. Me detuve delante de un semáforo en rojo, con la mala suerte de que él no se dio cuenta, y llegó a golpear mi espalda con su duro pecho. Parecía que pasara horas y horas en el gimnasio.

—Mira por dónde vas.

—En el fondo te gusta que me pegue a ti.

—¿Siempre eres tan imbécil?

Enarcó una ceja.

—Pensaba que estaba siendo encantador.

Nos quedamos parados, incluso sabiendo que el semáforo se había puesto en verde. Paseó sus dedos por el flequillo negro que le caía sobre las cejas, y lo arregló hacia atrás. En su estrecha nariz había un aro pequeño perforando su fosa nasal; algo realmente llamativo; cada vez que sonreía, marcaba los hoyuelos de sus mejillas. Se tocó la pequeña dilatación, de unos ocho milímetros que llevaba en el lóbulo de la oreja, e intentó acomodar su frente sobre la mía.

Tenerlo tan cerca, hizo que diera unos pasos atrás, apartándome de su lado, hasta quedar bien lejos. Con la mala suerte de que el sonido de un claxon me devolvió a la realidad. Los coches seguían transitando, y yo quedé en medio de la carretera, sin darme cuenta.

Axel aferró sus dedos en el cuello de mi abrigo y pasó el otro brazo por detrás de mi espalda. Tiró de mi cuerpo, sin dudar, dejándonos a los dos en un lugar algo más seguro: en el borde del asfalto. Olvidé respirar unos segundos y sentí cómo mis mejillas se hinchaban y cómo mis labios se entreabrían, en busca de bocanadas de aire.

—¿Estás bien?

—... Sí.

No podía mirarle a los ojos.

—Casi te atropella un coche por un acto estúpido.

—¡Tú me intimidas! —dije, mientras alzaba la voz.

—Es bueno saber eso, princesita.

Tiré de uno de los tirabuzones que llevaba.

—Zoe. Z.O.E —me ponía muy nerviosa—. Ese es mi nombre.

—Bonito nombre —guiñó un ojo.

—¿A qué juegas?

Quería una respuesta.

—Ya te dije que me gustaba verte con las mejillas sonrojadas —apartó mi cabello, ya que un montón de pelo se pegó entre mis labios—. Así estás mucho más guapa. Y no de la otra forma —se estaba riendo de mí—, toda enrabiada por tonterías que no tienen sentido.

Apreté los labios pero no le contesté.

—Realmente, preciosa.

Asentí de mala gana y bajé la vista hasta las botas negras que llevaba. Tenía que empezar a apartar la mirada de esos ojos que, en el fondo, solo llegaban a ponerme nerviosa y a provocar un lío en mi cabeza.

Axel me levantó la barbilla y, cuando parecía que alcanzaría su mirada, me concentré únicamente en los labios. Cometí otro error: él sonreía de forma seductora. Aparté su mano y moví la cabeza, bruscamente.

No me importó que él se riera.

Luché por el suave roce que dejó en mi piel.

—Llegaremos tarde —murmuré.

—¿Crees que llegarás sana y salva al instituto, sin mí?

—¿Qué quieres decir?

—Puedo escoltarte, si quieres...

Le detuve.

—¿Adónde vas?

—Eres lista.

Esperé una broma por su parte, pero no la hizo.

En pocas palabras, me dejó bien claro que prefería saltarse las clases e ir hacer otras cosas (que seguramente eran más importantes para él). Señaló el semáforo y, cuando se puso en verde, intentó ayudarme a cruzarlo como un caballero del siglo XVI. Me estaba tratando como una tonta que no sabía cruzar una calle. Sostuve el aliento, preguntándome por qué las cosas siempre me salían mal. Di unos pasos y seguí mi camino sin él. Cuando ya conseguí alejarme de Axel unos metros, giré sobre la fina plataforma y le vi, allí, parado. Cruzado de brazos, esperaba a que me esfumara de su visión.

Por eso, mis padres se equivocaron con él (y no debieron darle un voto de confianza).

Al llegar a clase, Kim me esperaba enfrente de nuestras taquillas. Llevaba la cabeza oculta por un enorme gorro que llamaba demasiado la atención; más bien era por el enorme pompón rosa chicle, que se movía de un lado a otro. Tiró de mi brazo, recordándome que llegábamos tarde a clase. Ella luchaba por sacarme del trance en el que vivía, mientras que mi mente seguía parada en la conversación que mantuve con Axel. Ese chico escondía algo, y tenía la necesidad de averiguarlo.

El profesor Albert nos tendió una encuesta que teníamos que hacer, en menos de media hora. Apoyé el codo sobre la mesa y mi mejilla se acomodó en la palma de la mano. Dibujé un pequeño corazón al lado de mi nombre, y me quedé fija en la pizarra.

Algo me golpeó detrás de la cabeza. Era una nota.

*Mi chica me ignora?*

Era Joseph.

Le respondí.

No. Solo es..... Lo siento, J.

Ni siquiera le llamé.

*Puedes contarme cualquier cosa.*

Lo sé, luego hablamos.

Corté el *chat* que estábamos manteniendo a través de notas escritas a mano. Rellené parte del cuestionario y ni siquiera alcé la cabeza cuando la puerta de clase se abrió. El profesor de Geología se levantó de su cómodo sillón y, con un tono de voz bajo (a diferencia del que mantenía con el resto de los alumnos), saludó al estudiante que llegaba tarde.

—Y... Su nombre, ¿es?

El brazo de Kim golpeó mi costado. Parecía nerviosa.

—Soy Axel.

«¡Él!», pensé.

De inmediato, alcé la cabeza del folio y le vi allí parado, cerca del enorme escritorio de Albert. Sus labios estaban dilatados en una sonrisa, y buscó entre todas las cabezas de los alumnos hasta detenerse en una en concreto. Me miraba desafiante, e incluso se atrevió a avanzar cuando vio que, el otro lado de mi silla, estaba vacía.

Pero el profesor le detuvo a tiempo.

—Señor Cox —miró una lista—, será mejor que se siente junto a Fabra. Jessica es la delegada de clase. Ante cualquier duda, ella le ayudará.

Kim siguió tirando de mi camiseta, y mi nombre susurrado por ella no tenía efecto en mí. Seguí el camino de Axel, hasta que se sentó junto a Jessica; ella le sonrió y dejó, en medio de ambas mesas, el papel que el profesor nos dio.

Miré a mi amiga.

—El nuevo es muy *sexy*.

«¿*Sexy*?»

—... ¿Qué dices?

—Da igual —rio—. Seguramente Jess, se le ligará. Mira cómo le mira... ¡Le está desnudando!

Sacudí la cabeza.

En el fondo, me daba igual lo que pudieran hacer esos dos.

Las cruces sobre los números del calendario empezaron a aumentar. En todo ese tiempo, nadie se dio cuenta de que Axel era el crío que mis padres acogieron. Cuando Joseph me preguntaba por el pequeño, intentaba cambiar de tema para no confesarle que mi nuevo «hermano» era un chico de mi edad. Por suerte, Axel tampoco dijo nada, y se aislaba con Jessica, la delegada de clase, cerca del campo de fútbol.

Noté muchas cosas extrañas por parte de él; la convivencia me abrió los ojos. Mientras que mis padres no se daban cuenta de lo que estaba pasando, yo estaba al tanto de todos sus pasos. Durante dos semanas, exactamente, Axel desaparecía por la noche y llegaba tarde a clase. Algo muy extraño para un joven de su edad.

Cuando compartíamos mesa a cualquier hora del día, él intentaba mostrar esa falsa cara que manifestaba ante los demás. Intentaba ser simpático, inteligente y, por encima de todo, educado.

Por mucho que yo quisiera hablar con papá, él se negaba rotundamente. Confiaba en él, y seguiría siendo así hasta que no le demostrara lo contrario.

Y ese día llegó. Axel salió de su habitación sin hacer el menor ruido. Bajó las escaleras lentamente, tirando de una enorme bolsa de deporte negra que colgaba en su espalda. La puerta principal quedó abierta y, sin ningún problema (ya que conocía el número de seguridad de la alarma), salió y cerró.

Aproveché ese momento para salir detrás de él. Me abrigué con una chaqueta negra y cubrí mis manos con unos guantes del mismo color. Hice lo mismo que él, bajé con la intención de no despertar a mis padres y salir de casa como un ladrón profesional.

Una vez en la calle, mantuve las distancias. De lejos, observé cómo Axel se subía las mangas de la chaqueta de cuero que llevaba. Era sorprendente que un adolescente hubiera cubierto su piel con tanta tinta (para él tendría un significado cada tatuaje; para mí solo eran dibujos y letras). Parecía feliz con todos ellos, incluso con el del rostro de una mujer a un lado de la espalda.

Dejé de mirar la enorme estrella que tenía en el codo, y giré en un callejón como él había hecho. Estaba tan perdida pensando en sus tatuajes que ni siquiera me di cuenta que habíamos abandonado una de las urbanizaciones de la zona alta de Barcelona, por un barrio bajo. Ese lugar era más oscuro que la noche: los edificios estaban pegados, las tiendas cerradas con grandes letreros de «se vende»... los bares seguían abiertos a las dos de la madrugada, y un grupo de personas caminaba tranquilamente sin temor.

Refugí de inmediato mis nerviosas manos. Podía confesar que estaba muerta de miedo. Mis estrechos pantalones no serían un impedimento si en algún momento tuviera que salir corriendo para pedir ayuda. Bajé la cabeza cuando él se paró, y pegué mi espalda en una esquina de un estrecho callejón. Axel se había detenido enfrente de un pequeño bar. Golpeaba los nudillos contra un cristal, llamando a las personas que se encontraban en el interior.

Parecía que nadie saldría del ruidoso negocio.

Pero eso solo sería suerte.

Un hombre alto, negro, saludó con una amplia sonrisa.

—¿A quién tenemos por aquí? Llegas tarde —saludó con una chispa de humor— ¿Qué? ¿Tienes

lo mío?

Axel, antes de responder, miró a un lado, y luego a otro hasta asegurarse que nadie lo había seguido. Cada vez que su mirada quedaba cerca de donde me encontraba, mi corazón se aceleraba por el miedo a ser descubierta por él.

Y por fin respondió.

—Tener, tengo muchas cosas —le imaginé sonriendo—. Sí, no te preocupes. Pero hay algo que deberías saber antes —la forma en la que su cuerpo quedó, mostraba superioridad frente a los demás; vacilando ante un hombre más mayor, pero no más alto que él—. El precio ha subido. El doble.

No pareció gustarle la propuesta ya que estiró los brazos rápidamente y se aferró al cuello de la chaqueta de Axel. Por su mirada perdida, y los dientes asomando por sus labios, se notaba que en cualquier momento le golpearía.

—¡Deja de reírte de mí! Siempre haces lo mismo —apretó un poco más el cuero entre los largos dedos—. Un trato es un trato. La cantidad de dinero no aumenta, ¿entendido? Dame la maldita bolsa y lárgate de aquí, «blanquito».

Axel empezó a reír descaradamente.

—¿De qué te ríes?

Sin dudar, avancé un poco más hasta quedar cerca de un contenedor verde que estaba vacío. Llevé la manga del abrigo hasta mi rostro, impidiendo que el fuerte olor a alcohol se colara en los orificios de mi nariz.

—Es divertido ver un *yonki* necesitado. Parece que tienes ganas de darme un puñetazo— movió los brazos de un lado a otro, burlándose del hombre—, pero no lo harás. Sabes que yo soy más rápido que tú. ¡El dinero!, o cojo y me voy. Tú decides.

—¡No pagaré ni un céntimo más por una «mierda» que puedo conseguir más barata!

«Descubrí tu secreto, Axel».

Sabía que algo malo ocultaba... pero, ¿ser un camello? Eso era demasiado. Era un gran problema, y más por la gente que tenía a su alrededor. Se escapaba a primera hora del día y por la noche vendía droga...y a saber qué era lo que tenía en su poder. Saqué el teléfono móvil del bolsillo, y tomé un par de fotos.

La aventura que había escogido, acabó en ese momento. Vi en Axel lo que mi familia no necesitaba. Pasó de ser un buen chico a convertirse en un gamberro que traficaba con toda clase de drogas (o eso imaginé). Era tan diferente a nosotros, que nunca encajaría. Por muy doloroso que sonara, era la cruda realidad. Su pasado le destruyó, pero su presente acabaría con nosotros.

Di unos pasos, bajé la cabeza que ocultaba con un gorro de lana, y me topé con unos enorme zapatos que me impedían seguir con mi camino a casa.

Lentamente, y evitando soltar un grito por la impresión, alcé la cabeza encontrándome con unos pequeños ojos que se detuvieron en los míos. El hombre, compañero del que estaba junto a Axel, pasó sus enormes manos a cada lado de mi brazo. Me alzó con fuerza, levantándome sin ningún problema y alejándome del suelo.

—¡No me toque! —Grité, pataleando desesperadamente.

Podía sentir el dolor que causaban sus dedos. Avanzó con mi cuerpo, cruzando la solitaria carretera. Torpemente y sin ningún éxito, mis dedos no consiguieron colarse en el interior de los bolsillos.

—Al parecer sí que voy a conseguir mi «mierda» por el mismo precio de siempre —soltó, señalándome con el dedo, cuando quedamos delante de ambos—. ¡Mucho mejor!: Hoy será gratis.

En ese momento me dio más miedo la mirada de Axel que lo que podría pasarnos con esos hombres enganchados al tipo de contrabando que compraban.

Giró la cabeza, evitando mirarme en todo momento.

—No la conozco.

¿Qué había dicho?

—Sí que la conoces —insistió el hombre que me retenía en contra de mi voluntad—. Ahora deja la puta bolsa, y márchate. No busques problemas.

—Vuelvo a repetir —alzó la cabeza—: No la conozco.

No solo estábamos en un lío, también estaba irritada con él.

Odiaba esos momentos en los que me ignoraba por completo, como si de alguna forma se vengara porque evitaba estar con él (tanto en casa, como en el instituto).

—¡Claro que sí que me conoces, estúpido!

El hombre me soltó y empujó mi cuerpo dejándolo bien cerca de Axel. Él me cogió a tiempo, evitando que cayera contra la acera. Al sentir su brazo alrededor de mi cintura, bajé la cabeza evitando mirar sus fríos ojos.

—Al parecer te has metido en el cuento equivocado, princesita.

«¡Yo no soy una princesa!». Quedó en un pensamiento.

—¿Este, está lleno de ogros y de locos que venden drogas?

Eso le molestó.

Axel apartó durante unos segundos su mirada de mí.

—Aquí: o sobrevives o te matan —ante esa confesión, tragué saliva—. Tienes dos opciones.

—¡Ah!, ¿sí?

Me temblaban las piernas.

—O coges mi mano —la tendió—, o te quedas aquí esperando lo que te pueda pasar.

Sin dudar escogería la mejor opción: Correr.

Podía mover las piernas sin mirar atrás y alejarme todo lo posible de ellos, pero eso era rastrero hasta para mí. No podía dejarle solo. Y luego, la idea más sensata era estar junto a él, cubrirnos las espaldas y buscar un sitio seguro para ambos.

Temblorosa, alcé el brazo hasta buscar la mano de Axel. El problema era que estaba aterrorizada, y me quedé sin hacer nada, salvo mirar cómo el gamberro golpeaba a uno de los hombres y apartaba al que intentó cogerme. Entrelazó sus dedos con los míos y tiró de mi cuerpo, despertándolo y obligándome a que corriera junto a él. En ningún momento miramos atrás, solo escuchamos el sonido de unas pequeñas capsulas cayendo detrás de nosotros.

Pensé que esos hombres nunca se detendrían, pero me equivoqué, al mirar atrás comprobé por mí misma que los dos quedaron arrodillados en medio de la calle, recogiendo todo lo que había tirado.

—A unos metros de aquí está el cementerio.

Perfecto.

—¡Vamos al cementerio!

—¿Te has vuelto loca?

Seguíamos corriendo.

Quería parar, y respirar sin dificultad.

—¡Suéltame! —Grité, golpeándole en el brazo.

Por suerte me hizo caso, y paró bruscamente. Mi cuerpo avanzó más que el suyo, y frené a tiempo antes de que me golpeará contra un enorme muro. Las puertas del cementerio estaban abiertas (algo poco común).

Toqué mi brazo, esperando que las marcas del tipo que me había tocado desaparecieran junto a la sensación. Mis pasos siguieron y mi cabeza empezó a pensar más rápido de lo normal.

—¿Adónde vas?

—Quiero enseñarte algo. Solo serán unos minutos —él mantuvo un largo silencio— ¿Tienes miedo, Axel?

Le dejé atrás, mostrándole por última vez una sonrisa burlona. De fondo podía escuchar sus pisadas sobre el húmedo terreno; el barro nos cubrió los zapatos, hasta llegar al borde de los pantalones. Los lentos pasos de él no me molestaron ya que, en todo momento, sabía que me seguiría hasta el final.

Cerca de un enorme ángel que sostenía una rosa caída (con sus alas extendidas) se encontraba la pequeña tumba de un niño. Sin temor o pudor, limpié el polvo que ocultaba el nombre. Me crucé de brazos mirando la fotografía: el pequeño sonreía con todos esos rizos dorados cayéndole por detrás de las orejas. Sus ojos estaban entrecerrados, parecía que la enfermedad le consumía en esa misma foto; mostraba debilidad pero, a la vez, una sonrisa inocente que solo los niños pequeños saben mostrar.

—¿Quién es Kevin?

Por fin, rompió el silencio.

Estaba cansada de escuchar a los cuervos descansado en las ramas de los viejos árboles.

—A quien sustituyes —mentí—. Mi hermano pequeño.

Me odiaría el resto de mi vida ante la mentira que estaba soltando. Con un nudo en la garganta, seguí con el cuento. Si quería quitarme de encima a Axel y proteger a mi familia, lo mejor era echarle de nuestro hogar. Que él mismo cogiera sus cosas, y no volviera nunca más. Perderle de vista para siempre... parecía fácil.

Cerré los ojos. No quería ver la mirada del pequeño Kevin, máxime, cuando le usaba como una marioneta. No merecía ser nombrado, y mucho menos ante su tumba... pero mis padres tampoco merecían sufrir por un chico que nos mintió durante semanas.

—Lo siento...—intentó darme el pésame, pero se lo impedí.

—Quiero que sepas que tú nunca serás él —arreglé mi cabello. El aire empezó a ser más fuerte, alborotando el suelto pelo que llevaba esa noche—. La idea de pensar que mis padres pueden sufrir de nuevo... me vuelve loca. Mi madre podría tener otro ataque de ansiedad. Y mi padre escogería la opción de no ayudar a más personas desde la clínica de cardiología. Tú eres el único que podría desajustar nuestra balanza —pasé por su lado, sin mirarle—. Axel, eres un chico problemático. ¡Un maldito «camello»! Si no lo descubro esta noche por mí misma, nunca nos lo hubieras dicho. Ni tú ni nadie sustituirá a mi hermano. No voy a permitirte.

Su respiración se disparó; era dura.

—Tus mentiras nos pueden hacer daño. Vive y deja vivir en paz —le dije a modo de consejo—. Estoy segura de que encontrarás un hogar mejor.

—¿Me echas de tu castillo?

Parecía la típica broma, pero en el fondo le dolía.

Negué con la cabeza.

—Solo te abro los ojos de la realidad que intentas vivir. Tú también te has equivocado de cuento, gamberro.

La última palabra quedó en un susurro.

Refugí mis manos en el interior de los bolsillos, y salí del oscuro barrio donde me adentré. Lo dejé allí, solo, observando la tumba del pequeño Kevin.

Al día siguiente, cuando pasé por su habitación, esboqué una sonrisa al saber que él no había pasado la noche ahí. Bajé las escaleras como siempre; estiré los brazos dejando que las mangas del pijama se escurrieran por el antebrazo y bostecé sabiendo que nadie me escucharía. Llegué corriendo hasta el sofá, y me acomodé esperando a que mi padre llegara con un tazón de leche para mí.

El sonido del microondas nos avisó y me senté de una forma más formal. Mamá estaba al otro lado, mirando la televisión e informándose del tráfico de la mañana.

—¿Axel no se ha levantado?

Tenía que seguir mintiendo.

—Cre-creo que no—cuando mentía, tartamudeaba.

—¿Cómo que no lo sabes? —Apagó el televisor. Se levantó del sofá, y quedó al lado de mi padre— ¿La puerta de su habitación no estaba abierta?

Al parecer era mucho más duro de lo que pensé.

No era sencillo inventarme algo con coherencia.

Los pasos de unos pies descalzos llamaron nuestra atención. Ni siquiera me atreví a mirar por encima del hombro, solo noté cómo alguien dio un brinco y quedó sentado bien cerca de mí.

—Buenos días —bostezó Axel.

Su mano quedó encima de mi hombro.

—Pensaba que se te habían pegado las sabanas esta mañana —bromearon.

—¿Café o leche? —Preguntó, alzando una taza recién hecha.

—Café, por favor.

Marcharon, dejándonos a solas.

Aparté su mano de mí y giré para mirarle y comprobar que, realmente, había tenido el valor de volver.

—¿Qué haces aquí? —Seguía sin creerlo.

Apreté tanto los dientes, que podía escuchar un leve gruñido.

—Lo he pensado mejor —rio—. Me has jodido la venta de anoche. Así que tú me pagarás la cantidad de dinero que no pude conseguir —odiaba su felicidad—. Además —no apartó la mirada—este cuento me gusta demasiado, *hermanita*.

Mis nudillos quedaron blancos ante la presión.

—Eres un maldito traficante —le acusé—, ¡no me llames hermanita!

Vi cómo su pecho estaba desnudo, ya que no usaba ninguna camiseta para dormir; era uno de los pocos lugares, de cintura para arriba, donde no había una sola marca de tinta negra.

—En realidad no lo soy. ¿Princesa?

—Tampoco —dije entre dientes.

—Preciosa.

Odié la hora de cenar, ya que de nuevo nos reuniríamos los cuatro. Disimuladamente, miré a quienes tenía a mi alrededor: Papá estaba al lado de mi madre y Axel chocaba su brazo contra el mío. Esa piel cubierta de dibujos tocaba la mía sin ninguna preocupación. En un descuido, cuando mi madre se inclinó hacia a un lado para coger el asado, aparté mi brazo inmediatamente, llamando la atención del chico. Podía sentir cómo esa oscura mirada se detenía en mi largo cabello.

Había sido capaz de volver. Era valiente, y mucho más desafiante que yo. Quedaba claro que no estaba dispuesto a abandonar nuestro hogar, porque nadie antes fue capaz de acogerlo. Salvo mis padres, que tampoco eran conscientes de lo que era capaz de hacer. Diecisiete años, unos meses más mayor que yo, y su mundo era muy diferente al mío.

Mis dedos cogieron un trozo de pan y con la mente ocupada, y los ojos perdidos en el mantel que mi abuela nos regaló, empecé a ignorar el tema de conversación de la mesa. La voz de Axel se manifestó, entonces fue cuando lo dejé todo para mirarle.

En poco tiempo odié la sonrisa de alguien...

—Siento mucho lo que pasó —dejó el cubierto sobre el plato. Terminó de devorar el trozo de asado, y miró a mis padres con lastima—. Tiene que ser duro perder a un hijo.

Ellos se miraron.

Mis mentiras estaban a punto de exponerse durante la cena.

—¿A qué te refieres? —Preguntó mi padre acomodándose en el asiento. Estaba tan sorprendido como mi madre, y no podía comprender el repentino pésame que le estaba dando Axel.

Bajé la cabeza mirándome las manos sobre mis muslos. Los dos me temblaban, y sabía lo que vendría después. Ellos se enfadarían conmigo mientras que Axel ganaría puntos de confianza. El poco valor que tenía, no me daba fuerzas para golpearle y callarle... únicamente le miré de reojo. Estaba asustada. Mis labios seguían apretados con la esperanza de que él cerrara su boca.

Pero no.

—La muerte de vuestro hijo Kevin —se hizo un silencio. Los tres me miraron a mí—. Zoe me ha dicho que murió hace cinco años...

—¡Zoe! —Ese grito me sobresaltó. A él no le gustaba que mintiera.

Se levantó de la silla, y apoyó sus fuertes manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante—  
¿Quién es Kevin? Estoy hablando contigo.

Lo peor de todo es que la muerte del pequeño existía (y ya era duro recordarlo). No era mi hermano, pero era un niño que murió a una corta edad. Aproveché esa dura y triste muerte para deshacerme de Axel. Y tanto esfuerzo para nada, porque él seguía ahí, a mi lado. Muy cerca, rozando su brazo contra el mío a la más mínima oportunidad. Estaba disfrutando como nadie antes lo había hecho.

—Cariño, nosotros no conocemos a ningún... —se ahogó al pronunciar el nombre del pequeño. En realidad yo siempre había sido su única hija. Ellos llevaban años deseando tener uno más en la familia.

No quería seguir con esa discusión. Y mucho menos me disculparía con Axel ante la mentira que solté en el cementerio. Sacudí la cabeza olvidando la imagen de Kevin. Esa sonrisa inocente me torturaría durante meses. Utilicé su imagen por... ¿celos?

Arrastré la silla hacia atrás, causando un espantoso ruido. El único que intentó detenerme fue el que menos quería que me tocara. Hasta sus dedos estaban impregnados de letras que formaban un

nombre corto. Axel me miró, y yo le golpeé con la cadera para alejarme de mis padres y sus sonoros gritos.

Podía escuchar desde mi habitación el llanto de mi madre. Quería que bajara, y no tenía el valor suficiente. Lo que hice no merecía el perdón de nadie. Ni siquiera del niño que falleció; ese angelito que necesitaba descansar en paz.

Enfurecida tiré todo lo que descansaba sobre mi cama. Hasta pataleé el bolso que solía llevar a clase. No podía respirar, y tampoco pensar con claridad. Cogí una foto entre mis dedos, y cuando estuve a punto de romperla, una voz masculina me interrumpió.

—Pensaba que yo era el único con problemas —estaba cruzado de brazos en el umbral de la puerta—, pero veo que no. Tu actitud es muy inmadura. Qué pena por tus padres.

Hinché el pecho.

—¡Son mis padres! Míos...—Me miró con pena. —Eres malo, Axel. No mereces estar aquí.

—No me puedes juzgar, princesita. Y olvida esa idea de que te quiero quitar a tus padres —dijo adentrándose en mi habitación. Parecía sentirse a gusto en mi casa; abrió la ventana, y se sentó en el alfeizar para encenderse un cigarrillo—. Tengo a los míos. No son los mejores, pero ellos me dieron la vida.

Dejó escapar una gran cantidad de humo. No apartaba los ojos de la luna llena que había esa noche.

—Pensé que eras un bebé —caí en la cama—. Durante meses imaginé que iba a tener un hermano menor al que cuidar. Y de repente, hace casi cuatro semanas —ninguno miró al otro— apareciste tú.

—¿Te doy miedo? —Apagó el cigarro. Axel tambaleó su cuerpo hacia delante y hacia atrás, parecía que nada le importaba; ni su vida.

No le temía, le envidiaba.

Y había motivos; él tenía una triste historia que contar.

Yo no.

—No —sonreí—. Más bien, si fueras capaz de tocarme, me vengaría de ti, *hermanito*.

Axel soltó una carcajada.

—Aprendes rápido —cerró la ventana—. No pienso olvidar lo que ha pasado hoy. Ya le puedes decir a mamá que te dé trescientos «pavos» para pagarme.

Mis ojos le buscaron rápidamente.

—¿Y qué le digo? ¿Que el chico de acogida que tiene en casa vende pastillas de colores? —Miró el suelo y frunció el ceño. No había pensado en eso—. Espero que tú no te metas...

—¡No! Solo la vendo. Necesito el dinero, y es la forma más rápida para tenerlo —me estaba dando explicaciones.

—Lo que haces no es legal.

—Ya, y el mundo no es justo —se detuvo a medio metro, y sonrió—. Pero aquí estamos. Nuestros caminos se han cruzado y yo no pienso dar media vuelta. ¿Tú que piensas hacer?

Era una buena pregunta.

Empezaría por dejar de ser una egoísta, y darle un voto de confianza.

El problema era... ¿y si me equivocaba con él?

Axel antes de salir por la puerta me llamó. Cuando miré esos ojos negros, tardé en darme cuenta

de que buscaba algo en el bolsillo derecho de su pantalón. Tiró algo en el aire, y no dudé en cogerlo.

Una pequeña pastilla con una cara sonriente estaba en la palma de mi mano.

—Por si te lo quieres pasar bien.

Quería drogarme.

—¡Yo no...! —interrumpió mis gritos.

—Uno: No es gratis —me guiñó el ojo—. Dos: Si te la vas a tomar, mejor que esté yo delante. No me gustaría perderme la diversión de una niña mimada que seguramente no tenga control.

Y me dejó allí, sin saber qué decir o cómo actuar sin parecer una estúpida asustada por sostener la droga que vendía.

Tenía una prueba. Si conseguía reunir el valor suficiente para bajar y enseñárselo a mis padres, ganaría. Pero una parte de mí, esa en la que el corazón casi siempre escogía, me decía que lo mejor era callarme e intentar ser una adulta, por una vez en mi vida.

Sustituí la pastilla de color por mi teléfono móvil.

Z: ¡Joseph!

Envié un mensaje.

Recibí respuesta de inmediato.

J: ¿Pasa algo, nena?

Z: Te necesito.

Él era el único que me entendería.

J: Dime qué pasa. Zoe, por favor.

Sí, le utilizaba, un poco, para olvidarme de todo lo que estaba pasando a mi alrededor; y estaba mal.

—¡Zoe! Llegarás tarde —se escuchó desde la cocina.

Arrojé la cartera sobre la mesa y me dirigí directamente a la cafetera. Con la taza llena de leche, derramé en el interior un par de gotas de café para darle otro sabor. Mi madre se acercó sigilosamente, giró mi rostro, y dejó un beso sobre la mejilla.

Estaba tan cariñosa como de costumbre, algo que realmente me alegraba. Al parecer olvidó el altercado que tuve con Axel... O, lo más probable, es que ella o mi padre se disculparan con él. Le devolví el abrazo alzando bien alto la taza, y miré sobre su hombro; me encontré con un chico recién levantado.

Axel mantenía la cabeza cubierta por una enorme gorra que tapaba su corto cabello negro. Retiré la silla que había delante de la suya, y me senté sin dudar (incluso cuando era el centro de atención de él).

Desayunamos los tres solos ya que mi padre se había marchado antes de tiempo, al trabajo. Cada dos por tres miraba las agujas del reloj: 8.15 a.m. Solo quedaba un cuarto de hora para salir corriendo y coger el transporte público.

Mi madre habló de nuevo.

—¿Hace tiempo que Kim no pasa por aquí, no?

Esperaba una respuesta.

La verdad es que semanas atrás me ocupé de avisarle de que no hacía falta que viniera a buscarme, y más, cuando Axel siempre estaba a mi lado. Lo único que le podía agradecer a él, es que cuando nos cruzábamos en el pasillo, no nos dirigíamos la palabra. Las únicas charlas que llegábamos a tener, era delante de mis padres.

—No. Su padre la acerca en coche.

—Pensaba que sus padres estaban divorciados...

—Sí, y lo están —seguí— pero es una decisión que han tomado. Además —miré a Axel—, no voy sola a clase. No te preocupes, mamá.

Ella rio graciosa.

—Es cierto. ¡Qué bien que vosotros vayáis juntos! —Le dio un sorbo a su café con leche— Es increíble que tengáis la misma edad, y que compartáis las mismas asignaturas.

Axel seguía desayunando, como si nada.

—Alegrad esas caras tristes —ella no dejaba de animarnos—. Mañana es fin de semana y por fin podréis dejar a un lado los libros para salir con vuestros amigos. Porque, imagino que vais todos juntos, ¿verdad?

Tosí ante la idea que podría tener mi madre. Cada uno cogía caminos diferentes, y ni siquiera nos veíamos a la hora del almuerzo. Mis amistades siempre le miraban ¿raro? y él tampoco hacía el más mínimo esfuerzo por integrarse con los demás. Demostró que era un buen deportista, y que la mayoría de asignaturas se le daban bien. Pero para tener la apariencia de un chico malo, su actitud era muy extraña. Dentro del instituto no se metía en problemas.

—Más o menos —respondió él—. Intento echarle el ojo a Zoe. Siempre quise tener una hermana pequeña a la que proteger.

Estaba completamente loco.

—No me hace falta que nadie me cubra las espaldas...

Esa mañana, nadie era capaz de terminar sus frases.

Mi madre aplaudió; sus ojos brillaban de felicidad.

—¿Puedes creer que Zoe siempre quiso tener un hermanito pequeño? —Pegó los dedos a los labios, evitando soltar una risa—Tú no lo eres, Axel, pero estoy segura que llegaréis a ser inseparables.

Nos miramos.

Él parecía entenderlo todo, como si mi forma de ser (el odiarle sin disimulo) fuera porque necesitaba tener a un hermano a mi lado. Mientras que mi mirada se apartó de inmediato marcando la distancia que teníamos, solo quería estar lejos de él; todo lo posible. Pero a veces parecía tan difícil, que vivir bajo el mismo techo no ayudaba demasiado.

Axel tuvo el detalle de recoger todo lo que había sobre la mesa. Pasó por detrás de mi madre y, con su inquieta mirada sobre mí, se inclinó para darle un beso en la mejilla a ella. Cogió mi cartera, y con una amplia sonrisa, esperó en el umbral de la puerta hasta que terminara mi desayuno.

Caminamos en silencio; me acordé del primer día de instituto, cuando casi me atropella un coche, y él tiró de mí para que no me pasara nada. Era una acción que yo jamás olvidaría. Le miré y reojo, temiendo que me descubriera. La charla de mamá consiguió que perdiéramos el autobús y tuviéramos que acelerar nuestros pasos.

Él no dejaba de golpear, una y otra vez, las pequeñas piedras que se cruzaban en el camino. Mis dedos estaban posados sobre los labios y, sin darme cuenta (ya que era una pequeña manía que se manifestaba cuando estaba nerviosa), los dientes atrapaban las cortas uñas que llevaba; ya no me quedaba nada para morder. El sonido que Axel provocaba, me sacaba de quicio.

Quería entretenerle con algo, e hice lo que mi padre me pidió el primer día: intentar conocerle.

—¿Puedo preguntarte por qué te echaron de la última casa de acogida?

Por lo que dijo el asistente social, Joshua, Axel estuvo en más de diez casas de acogida.

—¿Realmente quieres hacerme esa pregunta?

—Sí.

—¿De verdad? — Insistió. Al menos había parado de darle golpecitos a todo lo que sus zapatos tocaban.

—Sí. Quiero saberlo.

Se detuvo.

—Me follé a su hija.

Si la sonrisa que fingí hubiera durado más... hasta yo lo hubiera agradecido. El problema era que cuando escuché sus palabras, de repente, se esfumó.

Pestañeé repetidas veces esperando a que él confesara que me había gastado una absurda broma. Pero Axel siguió su camino, dejándome sola e impactada con la noticia. ¿Qué barbaridad era esa?

¿Había sido capaz de acostarse con una chica que vivía con él? ¿Y sus padres? ¿Le habrían denunciado?

Todas esas preguntas no tendrían respuestas porque, sabiéndolo bien, él prefería callar y hacerme sufrir.

Con los brazos cruzados bajo el pecho, bajé la cabeza contemplando los zapatos rojos que llevaba. Buscaba una excusa, algo que me acercara a él y preguntarle si realmente era cierto. Caminé con la intención de alcanzarle y, cuando lo hice, no me hizo falta empezar a hablar.

Axel se me adelantó.

Sentí el peso de su brazo acomodándose sobre mis hombros. Sus dedos alcanzaron mi abrigo y tiró de él hasta pegar mi cuerpo contra el suyo. Parecía que el frío se hubiera esfumado, de repente.

—Tranquila, *hermanita* —dijo, cogiendo uno de los mechones de mi cabello entre sus dedos—. Tú, más bien, eres una chica juguete: Poco follable.

Sentí un golpe de calor; rabia.

Ese imbécil intentaba decirme que era poco atractiva para él. Y si pensaba que me hacía daño, no lo estaba consiguiendo; por supuesto que no.

Mi cuerpo se inclinó hacia delante, huyendo de su «amarre tatuado». Giré sobre los talones, dando media vuelta y alejándome cuánto pude, de él.

Sorprendido, me observó en silencio. Curvó los labios en una sonrisa, e intentó acercarse lentamente.

Le apunté con el dedo.

—No sé qué te crees... pero que sepas que yo soy muy follable —nadie, y mucho menos él, me trataría de esa forma. —Tú no eres mi tipo, ¿entendido? Nunca te daré la bienvenida a mi casa —hinché mis mejillas—, y mucho menos en mi cama, gamberro.

—*Nunca*, es una palabra horrible. Nunca digas de este agua no beberé —se carcajeó—... Puede que te lleves una gran sorpresa en tu vida, princesita.

Parecía pasárselo tan bien conmigo que, la carcajada que estaba sufriendo, hizo que se llevara las manos al abdomen por el dolor que le causaba reír sin parar (o, posiblemente, por el hormigueo que sentía).

No quería seguir hablando con él.

Pero siguió provocándome.

—¿Te enfadas conmigo porque no quiero llevarte a la cama? —Presionó el dedo índice sobre mi frente— Eres adorable, Zoe. Pero yo soy más de... —bajó su rostro, acariciando mi nariz con su mentolado aliento— acostarme con alguien más madura de mente, y no con crías que patalean cuando no tienen lo que quieren. ¿Notas la diferencia?

Me llamaba cría, ¡cuando los dos teníamos la misma edad!

El claxon de un coche que pasó cerca de nosotros detuvo la estúpida discusión que estábamos teniendo. Miré el vehículo blanco con cristales tintados. Lo ignoramos por unos segundos pero, al insistir, tuve que estirar el brazo pidiéndole que parara.

—Estamos destinados a llevarnos mal.

—Porque tú quieres —no sonrió, algo atípico en él; extraño. Guardó silencio cuando vio que el chico que conducía un caro coche, no dejaba de llamarme a voces—. Veo que te están esperando. Puedes irte con él. Llegaré sin ningún problema al instituto.

Le di la espalda.

Joseph me estaba esperando.

—No pienso retenerte —silbó—... de momento.

¿Le escuché bien?

Abrí rápidamente la puerta; me acomodé en el asiento y, antes de cerrarla, la voz de Axel habló por última vez.

—No me acosté con nadie —entonces, me había mentido—. Ellos querían un esclavo, no un hijo de acogida. Terminaron por echarme al ver que no era útil en su casa. Tú harás lo mismo.

Aquello me tomó por sorpresa.

Por muy estúpido que pareciera (y más, cuando yo era la primera en tratarle mal), quería saber más de esa familia que, a primera vista, parecía haberle explotado. Intenté quitarme el cinturón de seguridad, pero Joseph me retuvo cerrando la puerta. Arrancó el motor, dejando a Axel en la calle. Si era cruel y despreciable abandonar a un animal, peor era dejar a un ser humano solo y humillado.

—¿Es él? —Preguntó apretando la mandíbula mientras esquivaba a otros coches.

Le expliqué todo en cortos mensajes. Ahora era mi oportunidad de decirle qué había pasado, realmente, en casa. Miré sus nudillos; estaban blancos por aferrarse tan fuerte al volante.

—Sí. El nuevo alumno de clase, Axel —dije observando el verdoso paisaje—, es el chico de acogida. No te dije nada porque pensé que sería pasajero. Pero mis padres van muy en serio. Se están planteando adoptarlo.

—¿Te ha hecho algo?

Enarqué una ceja.

—¿Qué?

—¿Qué si te ha tocado o amenazado? —Me miró un momento— Llevas un maldito mes que no pareces la misma, nena. Estoy preocupado. ¿Cómo debo tomarme que me ocultaras algo así? ¿Eh?

J. no era celoso, y mucho menos un manipulador.

—Estaba buscando el mejor mom... —Otra vez, mi tartamudeo.

—¿Tienes un tío que parece recién salido del barrio chino, y me dices que buscabas el momento adecuado?

¿A qué venía eso?

Yo no le prohibía que viera a su amigo Didac.

Al parecer, nosotros dos, teníamos que tener algún que otro secreto para no discutir.

Cuando llegué al instituto, Joseph soltó una carcajada cuando un grupo de estudiantes tiraron a otro chico cerca de la máquina de cafés. De mis labios no salió una sonrisa; giré el rostro para mirar directamente hasta la puerta principal. En dos horas, Axel no había aparecido y conocía perfectamente el camino; lo había hecho durante días.

Era muy extraño, porque le dejé a veinte minutos de distancia. Seguramente se arrepintió y dio media vuelta para refugiarse en otro lugar que no fuera un sitio repleto de personas que le miraban por encima del hombro, discriminándole por su aspecto. O... a lo mejor era yo que no encajaba con Axel.

Ni siquiera entendí por qué pensé eso último.

Los dedos de Joseph quedaron sobre mis mejillas. Giró lentamente mi rostro y, cuando intentó

besarle en medio del pasillo, le detuve a tiempo. A unos metros de nosotras, las chicas que animaban el equipo de fútbol del instituto, saltaban al tiempo que cantaban una canción que era pegadiza. Cerca de ellas, estaba Jessica, la misma que estuvo con Joseph antes de que lo nuestro se hiciera oficial. Técnicamente, lo dejaron antes de que empezara a salir conmigo, por eso, sentir su mirada observándonos sin pestañear, me molestaba.

Nunca le quité el novio; era una estupidez que la gente pensara así. J. y yo nos conocíamos desde pequeños, siempre estábamos juntos... Hasta que un día surgió el amor, y me di cuenta de que podía estar enamorada de mi mejor amigo. Joseph dio el primer paso, y no le aparté de mi lado.

El problema que tenía con él (y decía con él, porque era mi primer novio) es que no podía besarle en público. Evitaba esos momentos, cambiándolos por un lugar más íntimo donde pudiera posar sus labios sobre los míos, y que me besara, sin yo sentir la atenta mirada de cualquier curioso que me incomodara.

—¿Qué te pasa? —Preguntó, arreglándose los cascos que rodeaban su cuello, y que seguían sonando más fuerte que sus propias palabras.

A cada minuto miraba la entrada.

—Nada. A última hora de clase tenemos examen, y no creo que vuelva a sacar un seis —sonreí—. Mi padre se enfadará si ve que he vuelto a suspender.

Él, solo, alzó los hombros.

—Entonces, cariño, intenta no ser una inútil en matemáticas.

Su comentario llegó a molestarme.

—Dijo el otro imbécil que, ni siquiera, sabe cuánto suman dos más dos —los ojos verdes de Joseph se cerraron. A él tampoco le gustó lo que dije con tanto rencor—. No quiero discutir contigo, J. Mejor, cambiemos de tema.

—Tienes razón —besó mi mejilla—. Pero parece que estamos discutiendo por lo que ha pasado en el coche. Te he pedido perdón, Zoe.

Refugí mis manos en los bolsillos de la chaqueta. Joseph retiró mi cabello, y lo dejó descansar detrás de mi oreja. El chirrido de una puerta me impulsó a que volviera a mirar la entrada del instituto; ahí estaba él.

—Axel...

Pero no quedó en un susurro.

Joseph también lo escuchó.

El chico de acogida pasó por nuestro lado. Era mucho más alto que nosotros. Miró por encima de la cabeza de Joseph, y me guiñó un ojo. Esa tranquilidad que le envolvía... no podía ser nada bueno.

Un gruñido me avisó.

—¿Cómo pretendes que esté tranquilo si ese imbécil es capaz de guiñarte un ojo? —De repente, empezó a alzar la voz. —Si tus padres lo han acogido, es porque su madre era una puta drogadicta que no tenía ni un céntimo para mantenerle.

Después de la risa, Joseph acabó en el suelo.

Lo siguiente, pasó tan rápido que un círculo humano intentó apartarme de ellos dos. No lo consiguieron. Empujé a un par de chicos, y me colé hasta llegar lo más cerca posible de la pelea.

Axel le golpeaba con los puños cerrados. Sus piernas paralizaban el cuerpo de J. Estaban

cubiertos de sangre y los gritos no me dejaban escuchar las palabras del chico que vivía en mi casa.

Estiré el brazo para separarle y lo único que conseguí es que apartara mi mano. Pero me miró; se detuvo un momento para observarme por encima del hombro.

—Basta —no grité.

—Acaba de insultar a mi madre —dijo entre dientes. Presionaba con fuerza sus dedos en el cuello de mi novio.

Tenía que tranquilizarle.

No podía ser expulsado.

—Su madre se gasta cinco mil euros mensuales, en bótox—era una estupidez, pero al menos Axel se levantó del suelo—. Estoy segura que no quería decir eso de tu familia.

Por primera vez, al tenerlo tan cerca, llegué a asustarme.

Esos tatuajes que adornaban su piel no tenían que significar que fuera una persona violenta... pero todo cambió ante su reacción.

—Eres capaz de salir con ese imbécil... ¿y además defenderlo?

Lo decía porque le detuve.

—En realidad solo quería que te detuvieras para que no te expulsaran —un gran público nos miraba—. ¿Te apetece salir de aquí y calmarte, antes de entrar en clase?

Axel solo asintió con la cabeza.

Pasé por encima de Joseph, que presionaba sus dedos sobre el puente de la nariz. Hizo mal en insultar a la madre de alguien, pero el otro tampoco tenía motivos para golpearle (dio la imagen de un animal salvaje, cuando las personas podemos dialogar).

El timbre del comienzo de clase sonó por todos los pasillos cuando nosotros ya nos encontrábamos en el pequeño parque que había fuera. Me senté bajo un árbol, y Axel giró para darme la espalda.

—Eso da cáncer —le dije.

—Mientras que me lo fume yo, a ti no te va a pasar nada malo.

«¡Ja!», pensé.

—Hace daño a mis pulmones.

—¿Quieres dejar de rayarme la cabeza, de una puta vez?—Gritó. Cosa que no esperaba. Mi cuerpo dio un brinco sobre el césped y él se dio cuenta—. Lo siento.

Ni siquiera sabía que estaba haciendo ahí con él.

Inmediatamente me levanté.

Él me retuvo por la muñeca.

—No digas que lo sientes cuando realmente no lo piensas, Axel —forcejeé con él para librarme de su manos—. Si eres tan amable de soltarme...

—No —dejó escapar el humo de sus labios—. Hoy no vas a ir a clase, quiero enseñarte algo.

Y sin decirle nada, empezó a tirar de mí.

Estaba cansada de caminar sin conocer el destino. Él no era consciente, pero saltarse más de tres clases era una falta grave. A mí por una parte no me importaba pero mis padres no lo pasarían por

alto, una vez más. Por algo pagaban un instituto privado y bilingüe: para que estudiara y sacara las mejores notas e ir a una buena universidad.

Alcé la cabeza, concentrándome en la espalda de Axel que estaba un par de metros por delante, levantando los brazos.

Me miró por encima del hombro, sonriente. Imaginé que mis mejillas estaban acaloradas, sonrojadas por el calor que hacía. Una hora caminando era agotador, y más por la senda que habíamos cogido.

Las casas desaparecieron, dando paso a altos edificios abandonados donde niños pequeños jugaban en la calle en horario escolar. La oscuridad de los callejones no te invitaban a asomar la cabeza, pero se escuchaban murmullos.

De repente, Axel se detuvo y refugió las manos a cada bolsillo del pantalón. Evitó mirarme pero señaló con la cabeza un lugar en concreto.

Unas diez mujeres esperaban de pie, cerca de una esquina. Vestían llamativamente con faldas muy cortas. El maquillaje era excesivo.

—Joseph dijo que mi madre era una puta. Quiero que sepas que la mujer que me dio la vida, no está ahí —en el fondo (y odiaba haberme equivocado) tenía razones para estar tan furioso—, aunque no me molestaría —agrandé los ojos—. Esas mujeres hacen la calle para darles de comer a sus hijos. Cada día, sufren las brutalidades de hombres que no las respetan. Se humillan para ver cómo, cualquiera de sus familiares, subsisten con algo de comida, y con poco dinero.

El corazón se me aceleró.

No tenía palabras.

—Mira cerca del callejón —le obedecí—. Con diez años presencié cómo el hombre que estaba con mi madre le golpeaba con un cinturón. Yo era demasiado pequeño para defenderla, así que lo único que hice fue refugiarme detrás del contenedor de basura.

—Axel...

—Dos meses después, ella salió del hospital. Seguía siendo un niño, pero aprendí a cocinar para que mi madre... —tomó aire— comiera después de cada puto chute de cocaína. Con el tiempo, siguió con la adicción y aguantando a mi padre. Cada noche me metía debajo de la cama para no escuchar sus gritos de dolor. Odiaba saber que ese hombre la maltrataba, la golpeaba, porque ella no podía traer dinero a casa —quería tocarle, pero no podía—. Cerca de aquel bar que hay en la esquina, recibí mi primer puñetazo. En una de las peleas de pareja, golpeé al hombre que me dio la vida. A los doce años me dije a mí mismo que nadie tocaría a mi madre. Pero salió mal —tocó su cabello—. Ese hijo de puta me golpeó la cabeza contra el bordillo de la acera, dejándome esta cicatriz de por vida.

—¡Dios mío!

—¿Y qué hizo ella, te estarás preguntando? —Asentí con la cabeza— Dejó las drogas durante dos meses e incluso se olvidó de reconciliarse con él —Axel estaba temblando—. Pero cuando las grapas desaparecieron de mi cabeza, todo volvió a la normalidad. La rutina de siempre.

Me estaba quedando sin aliento.

—Empecé a ir al instituto, como cualquier otro niño con trece años. Por suerte una mujer pagaba mis estudios sin pedir nada a cambio. Siempre soñé con ser médico. Ganar mucho dinero para sacar a mi madre de la pobreza —negó con la cabeza—... solo fue un sueño. Mi realidad era despertarme cada mañana, quitar la jeringuilla que tenía mi madre hundida en el brazo, y llevarla

inmediatamente al hospital —su vida había sido muy dolorosa—. Nunca he tenido un árbol en navidad ni una tarta en mi cumpleaños. Aprendí a robar para comprarme mi propia ropa y a vender *MDMA* para pagar las clínicas de desintoxicación donde mi madre ingresaba. He estado en más de diez casas de acogida y, en todas ellas, me han echado por no confiar en mí.

Y yo estaba haciendo lo mismo.

—Los tatuajes o los *piercings* no hacen mala a una persona. Nos etiquetan sin llegar a conocernos —se cruzó de brazos—. Tú has hecho lo mismo, princesita. En tu mundo solo tiene que haber perfección, cuando ¡lo perfecto es una puta mierda!

Las mujeres que estaban trabajando nos miraron.

—Axel... lo siento mucho.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Sus manos descansaron sobre mis hombros. De repente, lo que menos esperaba: me zarandeó para hacerme despertar del mundo que crearon mis padres para mí.

—Una princesa no es esa que lo tiene todo resuelto. Una verdadera princesa, se levanta de su cama y lucha ella misma sin ayuda de los demás —ahora era él quien me despreciaba—. Odio a la gente como Joseph y como tú. Creéis que lo podéis tener todo. Que el mundo es vuestro, y los demás somos escoria.

—E..Eso no es cierto.

—¡Sí, Zoe! Lo es —temblé—. Deja de llorar como una cría asustada. Tú nunca vivirás como ellos —señaló a un grupo de niños asomados en una destrozada ventana—. Me das mucha pena; nunca serás feliz con ese imbécil ni el dinero te dará amor. Te espera un futuro terrible y, todo, porque eres una niña caprichosa —no podía detener las lágrimas delante de él—. No me importa que les digas a tus padres dónde te he traído. Mejor aún, me pueden echar esta noche. Encontraré un lugar para dormir.

Me soltó, pero sus dedos quedaron impresos en mis hombros. Caminaba sin mí y sin mirar atrás. Se alejaba, dejándome sola, sin importarle lo que me podía pasar.

—¡Axel! —Grité.

Me quedé allí plantada sin saber qué hacer. El frío caló en mis huesos, y todos me miraban por mi forma de llorar.

Ellos lo pasaban peor que yo, y no derramaban lágrimas. Al contrario, intentaban ser felices por encima de todo, incluso si todo iba mal.

Sobrevivir. Esa era la palabra.

Alguien tocó mi espalda, y alcé la cabeza para encontrarme con la mirada de una señora mayor. Lentamente me giré, y froté mis brazos con las manos. Esa mujer cogió un pañuelo de su bolso y me lo tendió.

—¿Te has perdido, pequeña?

Asentí.

Limpié mis lágrimas y, de repente, me di cuenta de que la mujer rebuscaba algo en el carrito de la compra. Dejó un pequeño caramelo en la palma de mi mano, y un par de euros. Su canoso cabello le caía sobre el grueso y peludo abrigo que llevaba. Los enormes ojos de la anciana, estaban detrás de una grandes y viejas gafas redondas.

—No puedo aceptarlo —negué, rápidamente.

—Coge el autobús y vuelve a casa —no dejaba de mostrar su dentadura a través de la sonrisa—.

Corre, se hace tarde.

—Pero n-no...

—Nada de peros —un niño se acercó hasta nosotros. Se aferró a las piernas de la mujer, y me miró asustado ante la actitud que estaba teniendo—, espero verte otro día.

—Muchísimas gracias —en cualquier otra ocasión no me hubiera abalanzado sobre ella, pero la abracé—. Le devolveré el dinero, se lo prometo.

Salí corriendo hasta la parada del autobús.

Un par de horas después, llegué a casa. No había nadie. Mis padres seguían trabajando y Axel, seguramente, se había marchado a otro lugar. Subí lentamente las escaleras y cuando llegué a mi habitación, me dejé caer en la cama.

Sobre la almohada había la fotografía de un niño pequeño llorando. Sus mejillas estaban marcadas por golpes y tenía la nariz ensangrentada. Debía de tener unos cinco años y, el dolor que sentía, yo no lo había experimentado en mi vida.

Giré la foto, y leí el mensaje de atrás.

De pequeño siempre envidié tener una vida como la tuya, princesita. No la malgastes.

Me había ganado el odio de Axel, y yo misma me lo busqué. Llegué a pensar cosas horribles, pero no tan terribles como él mismo confesó. Nadie merecía el maltrato: ni los niños ni los adultos, ni los animales. Él había vivido un terrible pasado del que aun escapaba, y yo intenté abandonarle como toda esa gente incapaz de confiar en un adolescente atemorizado por los golpes.

Seguí llorando.

Estaba cansada de recibir balonazos. Odiaba el juego que propuso el profesor: El balón prisionero. Casi siempre salía herida. Con algún hematoma en la pierna, o algún corte en el dedo. Los chicos de clase se lo tomaban muy en serio. Hasta el límite de hacerse daño, ellos mismos. Pasé por delante de Joseph y le di un beso en la mejilla. Él seguía jugando pero yo necesitaba un parón.

Cuando salí fuera, el campo de fútbol estaba solitario. Tiré de la goma, y arreglé mi cabello que estaba sujeto en una trenza. El ruido de una moto me sobresaltó. Lo peor no fue eso; el chico que se acercaba era nada más y nada menos que Axel. Se dejó caer en el césped.

Apoyé mi espalda en el tronco del árbol más cercano. Él ni si quisiera se dio cuenta que estaba allí, mirando desde lejos cómo intentaba limpiarse la sangre del labio. Llegó tarde a clase, y malherido. Algo me impulsaba a preguntarle qué tal estaba... Pero ambos sabíamos que, Axel, me apartaría de su lado. Mis dedos rebuscaron en el interior de la bolsa de deporte, que colgaba de mi hombro, y cogí una botella de agua pequeña.

Después de lo sucedido en su antiguo barrio, ninguno de los dos dio el paso para hablar. Nos mirábamos de soslayo, esperando que el otro no se diera cuenta. Sentí, en más de una ocasión, los oscuros ojos de él vigilando cada paso que daba. Parecía atento, preocupado... pero luchaba por no dirigirme la palabra. En todo caso, yo también le menosprecié.

—¿Vas a estar mucho tiempo ahí escondida? —Preguntó entre risas. Me sobresalté; acababa de descubrir mi escondite—Ese bolso rojo repleto de corazones llama demasiado la atención. Y el tronco está a punto de caerse. Así que: sal de ahí, antes de que se te caiga encima.

Arrastré las zapatillas de deporte. No me dio tiempo a cambiarme después de clase de educación física porque salí precipitadamente, buscando algo de aire puro. Solo dos minutos más tarde, encontré esa sudadera blanca que identificaba al chico de acogida.

—Se supone que no me hablas. Que te limitas a odiarme por lo que te hice —paré detrás de él—. Me miras, giras el cuello, y buscas algo mejor que observar. Así no vamos a poder convivir. Ellos se han dado cuenta.

Levantó la cabeza.

Hizo visera con las manos para protegerse los ojos de los rayos de sol. Presionó los carnosos labios, y me di cuenta que no dejaba de sangrar. Axel bajó de nuevo la cabeza, buscó el papel que guardaba en el casco de la moto para seguir curándose. Antes de que la herida fuera tocada por ese papel sucio, le detuve.

Me arrodillé delante de él, y aparté sus manos. Al menos conseguiría que no se le infectara. Sin decir nada humedecí el corte que atravesaba el labio superior.

—Eso es mentira.

Le miré.

—El agua, limpia la herida. No es menti...

—No digo eso —llegaba a ponerme nerviosa la forma en que me observaba. Era casi imposible mantenerle la mirada—. Por más que intente odiarte, no puedo. Aún no he aprendido a odiar a una persona. E incluyo a todas esas que se atrevieron a ponerme la mano encima.

No sé cómo lo hice, pero ignoré lo que dijo. Busqué algo más en el bolso y encontré una tiritita. La corté, dejándola lo más pequeña posible, y la pegué en su labio. La misma acción que hice yo, Axel la repitió; apartó mis manos.

—El de esta mañana era yo —soltó con una sonrisa traviesa.

—Lo sé —me rasqué la cabeza—. Me di cuenta cuando te vi a través del espejo. Tu forma de espiarme es patética.

—Tenía que ir al baño.

—Estaba yo —concluí.

—Lo siento.

Silencio.

—¿Qué te ha pasado? Parece que te hubieran golpeado con algún metal —al callar, me dio la razón—. Quiero que sepas que ellos no se niegan en tenerte en casa. Están deseando cuidarte y tratarte como a uno de los nuestros.

A Axel le incomodó, porque reaccionó de la peor manera. Tiró bien lejos el casco de la moto (el viejo vehículo que usaba para desplazarse) y se levantó para golpearlo una y otra vez. Expulsaba, de vez en cuando, toda la ira que llevaba dentro. Yo ya lo había visto un par de veces. Y si sus ojos eran oscuros, cuando se enfurecía se teñían de un negro que dificultaba encontrar sus pupilas.

—¡Yo nunca seré como vosotros! —Subió las mangas de la sudadera—. Ni siquiera saben a quién han metido en su casa.

Respondí con tranquilidad.

—A su futuro hijo.

—No —cuando le tenía tan cerca, evitaba mirarle a los ojos más de tres segundos seguidos—. Por una parte sigo ahí, porque no has dicho nada de...—hablaba de ese trabajo suyo— ¿Tengo que darte las gracias?

Negué con la cabeza.

—Puedes hacer lo que quieras, Axel —aferré mis dedos a la cremallera—. No sé qué problemas tienes pero, por favor, no nos involucres.

—Nunca os metería en mis asuntos.

De momento podía confiar en su palabra.

—Eso espero —le tendí la botella de agua—. Tengo que ir a clase.

Le dejé atrás.

Alguien tenía que pensar, y lo mejor era dejarle solo.

Era extraño encontrarme de nuevo en el antiguo barrio de Axel. Sujeté un poco mejor la bolsa y, cuando vi aparecer a la mujer que me ayudó, avancé rápidamente. De inmediato sonreí, esa señora me ayudó sin conocerme y sin esperar nada a cambio. Detuvo sus pasos y se inclinó hacia delante, sosteniéndose sobre el carro del que tiraba.

Seguramente pensaría que había enloquecido. Días atrás me había encontrado llorando en la carretera y ahora volvía sin ningún motivo. Pero... ella era el motivo.

—Hola, pequeña —tocó dulcemente mi mejilla—. ¿Volviste a perderte?

Sacudí con la cabeza.

—No. Venía a por usted. Llevo días pensando en cómo agradecerle lo que hizo por mí... — Sacudió la cabeza felizmente. Señaló un bloque de pisos y, sin dudar, le acompañé.

Nada malo podía pasarme, ya que gracias a ella volví a casa días atrás.

La señora abrió una destrozada puerta marrón que parecía que, en cualquier momento, podría derrumbarse. Pasamos a un acogedor comedor, repleto de muebles viejos que decoraban el pequeño espacio. Había marcos de fotos colgados en las cuatro paredes, hasta el punto de que casi no se podía ver el papel de flores. En todas ellas salían niños, abrazándola con enormes sonrisas. Parecían tremendamente agradecidos.

Un niño pequeño salió de una de las habitaciones del fondo del pasillo, dando saltitos. Cuando me vio, se escondió en las faldas de su abuela. Recordé el día que me vio parada en medio de la calle; actuó de la misma forma. Era normal, la intrusa era yo. Le sonreí desde lejos, e intenté tocarle ese rizado cabello negro que llevaba. Se alejó de nosotras, y se tumbó en el sofá para ver el televisor pequeño y retro que tenían en medio del salón-comedor.

—¿Café? —Me ofreció.

—No, gracias.

—Siéntate, por favor — dejó el carro a un lado del sofá.

La silla más cercana que había, estaba debajo de la mesa redonda. En realidad era un taburete; lo cogí, y me senté esperando a que la mujer regresara de la cocina. Unos minutos más tarde, apareció con unas tazas de té.

Me tendió una.

—Así que eres amiga de Axel.

¿Ella nos vio?

Asentí con la cabeza.

—Cada día está más grande ese muchacho —por la forma en la que hablaba de él, imaginé que era la mujer que le había cuidado cuando su madre desapareció, por un tiempo. Quizá quien había pagado sus estudios y le dio de comer cuando tenía hambre—. Qué pena que el otro día no se quedara un poco más. Lleva semanas sin aparecer por aquí.

—Ha vuelto al instituto —era cierto. Pero no quería hablar de Axel con ella—. Le he traído algo. Sé que usted ayuda a los niños que hay por aquí —el pequeño levantó la cabeza—, y quería aportar algo.

Dejé sobre la mesa la enorme bolsa de peluches que había llevado.

La señora abrió la bolsa lentamente. Más tarde, su nieto se abalanzó para coger cada juguete que había en el interior. Estaba feliz, sonreía mostrando los huecos de los dientes que había perdido.

—No es gran cosa...

—Es lo mejor que nos podían dar. Te lo agradezco —se detuvo al no saber mi nombre. Se lo dije— Zoe, eres otro ángel como Axel.

No, eso no era cierto. Yo era una persona cruel que juzgaba a la gente sin conocerla... por desgracia.

Mis dedos tiraron del pequeño sobre que guardaba, y lo dejé sobre la mesa, cerca de su taza de té. Dentro estaba todo el dinero que había ahorrado en los últimos meses; lo iba a gastar en alcohol en el viaje de fin de curso... así que: lo mejor era que ellos se lo quedaran.

—¿Dinero? —Los ojos del pequeño brillaron— No puedo aceptarlo, pequeña.

Ella se lo merecía más que yo.

—Por favor. Es poco dinero pero, al menos, cubrirá unos días los alimentos de los niños del barrio —ese dinero no lo gané yo. Mi padre se podía permitir reponerme la misma cantidad antes del viaje—. Se lo suplico. Si se queda aquí —me refería al sobre—, me iré mucho más tranquila a casa.

Dudaba, pero ante mi insistencia asintió con la cabeza.

Lo aceptó.

Algo me puso muy contenta.

—No sé cómo podremos agradecerte...—le corté.

—En realidad soy yo quien tiene que agradecerle todo lo que hace por ellos. Es una mujer bondadosa, que no espera nada a cambio —me levanté del taburete, y ella hizo lo mismo—. En el mundo debería haber más gente como usted.

Negó con la cabeza.

—En el mundo ya hay bondad, aunque no lo parezca —me guiñó un ojo.

Mi cuerpo se inclinó hacia delante hasta que mis brazos le rodearon. Un abrazo podía transmitir mucho y, el mío, en ese momento, quería reflejar la admiración que sentía por ella. El pequeño rodeó mis piernas, y soltó una risa cuando el muñeco del gorro azul empezó a moverse de un lado a otro.

Axel vivió en la miseria.

Por eso nunca olvidaría su pasado.

La señora Luisa —que así se llamaba—, sin darse cuenta, me enseñó muchas cosas. Era generosa porque prefería ver una sonrisa antes que su monedero lleno de dinero. Conrad —el pequeño— me pidió cariñosamente que me quedara junto a él un rato más, para divertirnos con todos los juguetes que le regalé. Sonreí cuando me prometió que los compartirían con los niños del barrio. Al verme salir por la puerta, sus ojitos se llenaron de lágrimas. Axel era de las pocas personas que iba a visitarle, y yo le prometí que haría lo mismo siempre que pudiera.

Cogí el primer autobús que se detuvo en la parada, y con los dedos temblorosos golpeando la fina tela del pantalón que cubría mis helados muslos, me acordé de la única persona que se merecía mucho más de mí. Sin darme cuenta, en mi actitud infantil, había apartado a mi madre de mi lado al ver lo bien que portaba con Axel. Ella me quería a mí, pero también deseaba que Axel se integrara en la familia. Dificulté las cosas... y no me lo perdonaría nunca.

Era una gran madre, y merecía saberlo cada día durante el resto de nuestras vidas.

—¡Mamá!, ¡mamá! —Grité al entrar por la puerta— ¿Dónde estás? —Alcé un poco más el tono de voz, temiendo que no se encontrara en casa. Su encantadora risa me alertó de que estaba en la cocina. Corrí hasta ella y, cuando notó que ni siquiera podía respirar, se levantó del asiento y tiró la revista al suelo. Mis brazos rodearon su cuello—. Te quiero.

Tocó mi cabello.

A veces un «te quiero» parecía poca cosa. Las cosas se pueden demostrar, también, con actos, y no solo con palabras.

—¿A qué viene esto, cariño?

Río.

—Tenía la necesidad de decírtelo. Porque es lo que realmente siento, mamá. Creo que te lo digo poco —y no quería que ella pensara que no la quería—, así que pensé que merecías saberlo. Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Me apartó de su hombro para mirarme, y acarició mi ondulado cabello.

—Zoe, tú eres la luz de mi vida. Nos lo has dado todo.

No luché por retener las lágrimas que salieron de mis enrojecidos ojos.

Mi vida era perfecta en comparación con algunas familias. Y todo era gracias a mis padres; ellos habían luchado por tener lo que ahora teníamos.

—También quiero disculparme por lo mal que he tratado a Axel. No quiero que piense que vosotros sois como yo —sacudí con la cabeza—. Él no puede llevarse una mala imagen por mi culpa. Estoy muy arrepentida por lo que dije del chico...—no podía seguir. Mencionar de nuevo a Kevin abría la herida que tenía en el corazón (que yo misma creé)—. Lo siento mucho.

—Axel no te culpa.

Sé lo que dijo: No podía odiarme.

—Además —sacó la lengua como una adolescente burlándose de un adulto—, espero que esto no sea por la fiesta de esta noche. Las normas son las normas.

Reímos juntas.

—No, mamá —por primera vez, mis caprichos no estaban por encima—. ¿Axel ha llegado?

Asintió con la cabeza.

—Lleva un rato en casa. Antes le encontré tendido en la cama —le di un beso en la mejilla— ¿Zoe? —me detuve cuando estaba a punto de abandonar la cocina— ¿Y los juguetes?

Sonreí recordando la ilusión de Conrad.

—Encontré una casa donde los disfrutarán más que yo. He crecido y prefiero que otros niños jueguen con ellos, antes de que cojan polvo— avanzó y se detuvo para abrazarme.

—Estoy orgullosa de ti.

Me separé de ella casi con dolor; sus palabras me habían animado. Me había hecho pensar que, de alguna forma, mi corazón era bondadoso como el de los demás. Subí los escalones de dos en dos, y aferré los dedos en la barandilla para no tropezar y caer rodando. Paré los pasos delante de la puerta de Axel, que por suerte se encontraba abierta. Estaba tumbado sobre la cama, escuchando música y jugando con un mechero. La llama paseaba entre sus dedos; parecía peligroso pero él no se quemaba.

Relajado, mantenía la cabeza fuera del colchón.

De repente, se dio cuenta que estaba allí, observándole e interrumpiendo su intimidad.

—¿Sucede algo?

Negué con la cabeza.

—¿Te gustan los nuevos muebles que ha montado tu padre? —La decoración cambió por completo; la cama era mucho más grande, el armario más profundo, los colores llamativos habían sido sustituidos por tonos más oscuros. Incluso me pareció gracioso ver el enorme póster de una modelo ocultando sus pechos desnudos con los brazos (estaba segura que mi padre no lo había colgado)—. No sé cómo le daré las gracias.

—Si lo disfrutas —dije, acomodando la espalda en la pared—, él será feliz.

Su risa me hizo reír.

—¿Eso es lo que querías decirme?

Esa noche había una fiesta; los padres de Joseph se habían marchado, como de costumbre, dejándola casa para él solo. Ser hijo único era genial; o eso repetía una y otra vez J.

—¿Qué haces esta noche?

—Princesa —se levantó—, ¡que vamos a ser hermanos!

—No te estoy pidiendo una cita —le lancé una pequeña bola que había bajo el escritorio—. Hay una fiesta y, como sabes, en esta casa hay normas. Si tú sales, yo salgo. Si uno de los dos no sale, el otro tampoco. Mis padres están siendo muy estrictos desde que tú has llegado.

Enarcó una ceja, pensando que le estaba acusando de nuevo.

—No me malintérpretes. Ellos ni siquiera me dejaban salir por la noche —abrió los ojos—. Joseph tenía que venir a casa para pasar más tiempo a mi lado.

—Ahora entiendo todo —se levantó de la cama, capturando entre sus labios uno de los cordones de la sudadera, que le colgaba sobre el pecho—. Quieres convencerme y te has puesto lo más *sexy* que tienes en el armario para hablar conmigo —se plantó delante de mí, con una mano apoyada en la pared y por encima de mi cabeza—. Pues siento decirte que no. No puedo, Zoe. Tengo planes.

Crucé los brazos.

No todo se podía conseguir.

—Me alegro saber que puedo estar *sexy* con cualquier cosa—agradecí su halago; pero un conjunto deportivo no era sugerente y mucho menos el adecuado para llevar a una fiesta— ¿No tienes ganas de divertirte? —Insistí—. Habrá alcohol, chicas...

Le guiñé el ojo.

—Ni un buen polvo me convencería para ir de fiesta a casa de Joseph. Solo deseo encontrarme con él para terminar lo que hemos empezado.

Vi como apretaba los puños.

La mención que mi novio había hecho de su madre, le afectó demasiado.

—J. a veces es un bocazas...

—Prefiero seguir siendo un buen chico, antes de terminar lo que tengo pendiente con tu novio.

Ellos nunca se llevarían bien.

No podía hacer nada. Después de defender a Axel, Joseph solo me había enviado un mensaje: La confirmación de la hora de la fiesta.

—De acuerdo —le aparté de mí, empujando su duro y trabajado pecho—. Si yo no salgo, tú tampoco. Las veces que te has escabullido has tenido suerte, pero creo que han cambiado los dígitos de la alarma. Suerte.

Di media vuelta y, cuando intenté salir por la puerta, la mano de Axel me detuvo. Tiró de mí (sin hacerme daño) y vi como se había esfumado su sonrisa. Pensaba que le estaba tomando el pelo pero, al confirmar que lo que decía era cierto, negó repetidas veces con la cabeza. Parecía que, o quien le esperara esa noche... era algo muy importante para él.

Y pensé en algo: Su trabajo.

Por lo que me había dicho Luisa, Axel también le ayudaba económicamente. Así que, parte del dinero que ganaba vendiendo éxtasis iba para una buena causa: los niños sin padres del barrio.

—Tienes que ayudarme.

—No puedo hacer nada —era la verdad.

Mi padre mandaba. Y una norma, era una norma.

—Finjamos que vamos juntos a la fiesta.

—¿¿Qué?! —Temblé ante su idea. —Nos pueden des...

—No, si salimos juntos por la puerta —su teléfono móvil empezó a sonar—. A las doce tengo que estar en un sitio en concreto. ¿A qué hora empieza la fiesta?

Recordé el mensaje de texto.

—A las nueve.

—Perfecto —sonrió victorioso—, ¿Joseph tendrá algún problema si me quedo un rato?

J. se llevaría una gran sorpresa al encontrarse a Axel en su fiesta. Con todos los alumnos que asistirían, él le ignoraría, como si fuera uno más de nosotros.

Cogí el teléfono móvil.

J: ¿Vendrás?

Estaba ansioso.

Z: Sí. Allí estaré.

Miré a Axel.

—Espero que seas un buen actor.

—No te preocupes por mí —dijo, agarrándome de la mano, para ir a hablar con mis padres.

Solo esperaba que no nos descubrieran.

Bajé las escaleras detrás de Axel; una vez vestidos, decidimos que era la hora de decirle a papá que saldríamos juntos e iríamos a la fiesta de Joseph. Durante el descenso, se arregló el cuello de la chaqueta de cuero. Su brazo se movía de delante hacia atrás, balanceando el llamativo casco negro cubierto de llamas en los laterales.

Estábamos tan cerca de la puerta que, si mi padre no se hubiera encontrado sentado en el sofá viendo otro partido de fútbol, nos hubiéramos escaqueado sin ningún problema y sin inventar la excusa que habíamos preparado en su habitación.

—¿Dónde vais? En unos minutos estará la cena —golpeó el hueco que estaba vacío—. Sentaros un rato conmigo. Van cinco a tres. Seguro que ganamos.

A Axel también le encantaba ver los partidos de fútbol que transmitían por los canales de pago.

—Es viernes, papá —le recordé—. Os comenté que Joseph iba a hacer una fiesta en su casa... —miré al único apoyo que tenía— Pensaba que podría ir sin ningún problema.

Él dejó de mirar el televisor para observarnos.

—¿Tú vas, Axel?

Avanzó, afirmando con la cabeza. Le quitó unos cuantos *doritos* que había en un enorme bol, y me miró por encima del hombro. Me guiñó un ojo; todo había salido bien.

La única pega, es que teníamos que volver antes de la una de la madrugada. Así que ambos aceptamos cuando, en realidad, uno de nosotros no lo cumpliría. Si Axel tenía cosas que hacer a medianoche, no le daría tiempo a llegar, y si mi padre me veía llegar sin él, las cosas se podrían feas... Casi podía oler desde lejos el fracaso y los días que estaríamos castigados, los dos.

Antes de cerrar la puerta de casa, observé como Axel seguía esperándome cerca de su moto, bajo la tenue luz de las farolas. Me tendió un casco cuando llegué hasta él, y lo movió esperando que se lo cogiera. La *motocross* que conducía parecía que nunca le fallaba; era un trasto pero, aun así, siempre estaba delante de casa, esperándole. Sin decir nada (y muchos menos me quejé del mugroso casco que llevaba en la cabeza) me acomodé en el típico sillín de moto. Saqué las manos de los bolsillos.

Estaba acostumbrada a viajar en coche y no en motocicletas que recorrían tanto la carretera como la montaña. Me limité a aferrar mis dedos a cada lado de su chaqueta de cuero y arrimé mi cuerpo, con miedo, casi pegándolo con el suyo. Axel rio cuando, el casco blanco que llevaba con un logotipo de uno de sus grupos favoritos pegados en un lateral, golpeó el suyo por mi torpeza.

—¿Preparada?

Gran pregunta.

—Bueno...

—Acércate más a mí —pasó las manos por detrás de mis rodillas, tirando de mi cuerpo y obligándome a que pasara los brazos alrededor de su estrecha cintura—. Mucho mejor. Te dije en su día que te encantaba estar pegada a mí.

El motor rugió.

—¡Eso no es cierto...!

—Nada de discutir.

Sabía que me guiñó un ojo. Entrelacé mis dedos alrededor de su pecho, y pegué mis piernas a las suyas cuando la moto empezó a correr por la carretera. El zigzag que estaba haciendo, llegó a asustarme demasiado. En más de una ocasión mantuve los ojos cerrados por miedo a pensar que podría derrapar y causar un accidente. Pero él parecía controlar la situación, y pasaba por delante de los coches sin formar un alboroto. Al sentirme un poco más tranquila, mis ojos se abrieron lentamente, dándome cuenta de que la urbanización se había quedado atrás.

¿Dónde me llevaba?

Nos estábamos acercando al centro.

Moví mis piernas llamando su atención, ya que mis gritos estaban siendo ignorados. El vehículo de dos ruedas se inclinó muy cerca del asfalto y solté un grito que me rasgó las cuerdas vocales. Quería que se detuviera, pero no estaba dispuesto a detenerse en medio de la autopista.

—Ya hemos llegado.

Paró la moto delante de un enorme campo; lo único que se podía contemplar eran enormes arboles en la montaña de Montjuic. No le dije nada, solo le seguí. Subimos, sin ningún problema, la alta cuesta y, cuanto más alto subíamos, más difícil era el camino. Axel me tendió la mano en más de una ocasión, y no dudé en aceptarla.

Minutos más tarde, casi sin aliento, me dejé caer sobre los altos hierbajos que nos llegaban por los tobillos. Él mientras tanto, estiró los brazos, cogiendo aire puro para soltarlo junto a un enloquecido grito. ¿Por qué tenía la sensación de que ese era su lugar?

—Ven —dijo, mientras me ayudaba a levantarme—. Tienes que ver algo. Te encantará.

Dudosa, avancé por delante de él. Al llegar al límite del precipicio, detuve mis pasos por miedo a caer y rodar sin parar hasta llegar a la autopista. Alcé el rostro, y me quedé alucinada con las hermosas luces de la ciudad. Los destellos no nos cegaban como de costumbre. Las nubes pasaban por encima de nosotros en un espectacular cielo lleno de estrellas.

—Es perfecto.

Sentí su respiración detrás de mi cabeza.

—Grita.

—¿Qué?

—Grita lo que quieras. Desahógate sin miedo.

Axel sonrió dulcemente.

—No sé qué gritar.

Estaba a mi lado; con los brazos extendidos como lo hizo la primera vez, se hinchó de valor y siguió gritando.

—No pienses, y hazlo.

Vi cómo me cogió la mano, y no la aparté.

—Lo siento —dije.

Pareció no entenderme.

—¿Quieres gritar «lo siento»?

—Siento todo lo que te he hecho —detestaba mi actitud, y tuve que darme cuenta demasiado tarde.

Axel se inclinó hacia delante, rozando mis labios con el pulgar. El calor y la brisa del viento estaban a punto de dejarme sin respiración; él estaba a punto de besarme. Le miré a los ojos,

notando que ninguno era capaz de pestañear por fijarse detalladamente en las reacciones del otro. Pasé mis manos por encima de las suyas y, con sonrojo en las mejillas, me aparté de su lado.

Volví a mirar el oscuro cielo, queriendo controlar los acelerados latidos de mi corazón.

Pensé que una disculpa era suficiente, pero estaba equivocada.

Apreté los puños, y con los ojos cerrados grité:

—¡No quiero ser diferente a los demás!

El grito pareció uno de mis temores.

—El que seas diferente a los demás, te hace ser especial.

—Tú no lo entiendes —el labio me temblaba.

—Ojalá te vieras con los mismos ojos que te veo yo, Zoe.

Fred, uno de los amigos de Joseph, comprobaba desde la puerta de la entrada quiénes entraban. Parecía el encargado de seguridad, cuando era una simple fiesta. Axel llegó corriendo cuando aparcó la moto delante de la casa. Se mantuvo detrás de mí con las manos en los bolsillos y, sin decir nada, esperó a que saludara a Alfredo.

Le sonreí.

—Joseph te está esperando arriba —apuntó al segundo piso.

Parte de nuestros compañeros de clase bailaban al ritmo de la música. Se mantenían unidos en medio del enorme recibidor que había. Las chicas llevaban faldas más cortas que las mías, dejándome como una recatada bajo la mirada de cualquier chico. El *DJ* que habían contratado empezó a pinchar cuando las luces de colores comenzaron a parpadear, como si se tratara de una discoteca.

Axel apoyó las manos sobre mis hombros.

—Tu novio está ahí arriba.

Tenía razón; J. nos observaba. Estaba apoyado en la barandilla, con una copa de alcohol entre sus dedos. No me aparté de Axel, pero sí le sonreí esperando a que él se tomara la molestia de bajar y saludarme. Pasó por detrás de Didac, y tiró la copa al suelo. Estaba borracho. Bajó las escaleras lentamente y, una vez que llegó abajo, él mismo se ocupó de apartar a sus invitados bruscamente, quitándoselos de su camino.

Joseph me agarró de la cintura, tirando de mí para tenerme más cerca y lejos de Axel. Se situó cara a cara, frente al chico tatuado. Con la barbilla sobre mi descubierto hombro, le saludó.

—¿Puedo preguntar qué haces aquí?

—J...

Me mandó callar.

—Hablo con él.

Miré a su alrededor, preocupada porque volvieran a pelearse en medio de toda la multitud de gente. Esa vez no ganaría Axel, ya que J. estaba respaldado por sus mejores amigos. Didac estaba loco, ansioso por golpear a alguien sin motivos.

—Voy adónde Zoe va. ¿Tienes algún problema con eso?

Asintió con la cabeza.

—Me molesta verte con mi novia —su aliento apestaba a ron. Intentó girar mi rostro para

besarme, pero no le dejé—. Déjanos a solas.

Le hice saber a Axel que estaba bien, y dejé que J. me llevara junto a la improvisada barra de bar que había montado, con enormes bidones de cerveza. Sus dedos corrieron por apartar el cabello que tenía pegado en la mejilla. El calor aumentaba por la gran cantidad de personas que bailaban a nuestro alrededor. Retuve su mano cuando empezó a subirla por el interior de mi muslo.

Le miré a los ojos, sintiéndome decepcionada con él.

—Estás preciosa.

—Gracias.

Al inclinarme hacia delante con el taburete que ocupaba, vi desde lejos cómo Axel estaba acompañado. Cubrieron su mejilla con unos labios rosados. A él no parecía molestarle, ya que su mano estaba alrededor de la cintura de la chica. La conocí por su llamativo cabello; todos esos mechones de colores eran de Jessica. Ellos estaban muy bien juntos, bailando y sonriendo ante sus graciosas palabras.

Joseph los miró.

—¿Te molesta? —Preguntó con sarcasmo.

—¿Te molesta a ti? —Vi cómo no dejaba de mirar a su ex novia. Cogí un pequeño vaso, y me bebí de un solo trago el chupito morado. Un escalofrío me puso el vello de punta, e intenté coger otro— ¿Sigues sintiendo algo por ella?

Con expresión indiferente, negó con la cabeza.

—Últimamente pasas demasiado tiempo con tu *hermanito* de acogida —sus ojos estaban inyectados en sangre— ¿Cómo pretendes que no esté celoso si siempre te veo con él? ¿Eh?

Joseph todavía me agarraba la mano, para impedirme que en cualquier momento saliera huyendo, y finalizara nuestra conversación. Ambos habíamos cambiado, pero a peor.

Una risa detrás de mi espalda, me obligó a que me moviera para encontrarme con Didac. El chico de cabello rapado, tocó mi mejilla antes de besarla. Por mucho que le odiara, él siempre estaría ahí para recordarme que su único fin era hacerme (en realidad a todos) la vida imposible.

—¿La parejita está discutiendo?

Didac observó cómo Axel bailaba con Jessica.

Joseph se puso de pie, quedando al lado de su mejor amigo. Le susurró algo en el oído, y con una sonrisa maliciosa se colocó detrás de mí. Hizo un gesto con la mano, y un par de chicos se acercaron hasta nosotros.

—¿Qué pasa? —Pregunté, pero me ignoraron.

Fruncí el ceño al notar la mano de J. sujetando mi mano. Didac se movió, apartándose de la columna donde había descansado unos segundos. Cuando me miró, su expresión terminó por darme miedo. Observó en todo momento como la mano de J. recogía mi cabello y me acariciaba la nuca; intentaba tranquilizarme.

Me escabullí de su brazo, y le planté cara al otro.

—Él no es bienvenido aquí —y señaló a Axel con la cabeza—. Además dicen que es un buen luchador —sus amigos rieron, apoyando la idea que se le acababa de ocurrir—; me apetece golpear a alguien y creo que él no se negará.

Estaba convencida que lo hacían para vengar a J. El día que Axel le golpeó por insultar a su madre, el ojo hinchado de él no parecía el mismo. Pero pensé que lo había olvidado y que habría

recapacitado por su conducta. Miré con tristeza a mi novio, que estaba de acuerdo con Didac; era más fácil golpear a alguien, que arreglar sus diferencias con el diálogo.

Se subió las mangas de la blanca camiseta que llevaba y, Fred, le tendió una botella de cerveza de cristal.

—¡No! —Tiré de su camiseta. Por suerte mi grito se escuchó por encima de la música—. No le hagas nada. Si quieres que se marche de aquí, yo le echaré.

Didac y compañía rieron.

Clavé las uñas en la palma de la mano.

—Pero si tú le echas no tendrá diversión alguna —intentó sostener uno de mis mechones que caían sobre el hombro; le detuve por la muñeca— ¿Harás lo que yo te pida?

No tenía otra elección.

Miré a Joseph por última vez, como si fuera nuestra despedida en su propia fiesta.

—Sí.

—No te he oído.

—¡Sí! —Exclamé.

—Buena chica.

Se inclinó hacia delante, y tiró de la fina camiseta que llevaba para pegarme contra su pecho. En todo momento rompí la distancia gracias a mis brazos cruzados bajo el pecho. Todos habían bebido más de lo normal... pero Didac sabía muy bien lo que estaba haciendo. Me dictó poco a poco todo lo que tenía que hacer, y apretó mis mejillas con sus dedos cuando vio la rebeldía en mi rostro.

En el momento en que Jessica dejó a solas a Axel para buscar algo de beber, me acerqué lentamente hasta él, como si no tuviera prisa. Podía ver el nerviosismo de los chicos que dejé atrás, y con los ojos bien abiertos esperando al que *show* comenzara.

—Hola —saludé.

Axel estiró la mano y flexionó un dedo, indicándome que me acercara. No vacilé, y me planté delante de él.

—Tienes mala cara. Pensaba que te lo estabas pasando bien con tus amigos —de repente intentó alzarme la barbilla, pero sonreí para que no sospechara—, ¿todo bien?

—Sí, todo perfecto —vi que Axel estaba a punto de preguntarme algo, pero le lancé una mirada y cerró la boca—. No sabía que entre Jessica y tú había algo.

Vi cómo la besó; no era el primer beso que le daba.

¿Entonces por qué intentó besarme sobre la colina?

—Es una chica encantadora, ¿no crees? —Estaba halagando a una chica de la que apenas sabía nada... salvo que estuvo con J.— ¿Vuelves a casa?

De inmediato me cubrí con el abrigo.

—Sí. La verdad es que no me hace falta a alguien como tú para que me lleve a casa.

Cambié mi actitud, de repente.

—¿A qué juegas? —Preguntó Axel.

—¿Por qué tengo que seguir fingiendo que tú me caes bien? —Alcé los hombros—. Estoy cansada de sonreírte cuando, en el fondo, te borraría del mapa.

Él no se lo esperaba.

—Creo que has bebido demasiado.

Didac seguía mirándome, esperando a que Axel abandonara el hogar de J.

—No estoy borracha. Si la verdad te duele, márchate de una vez —moví la mano—. Aquí no eres uno más de los nuestros.

Estaba segura de que si las palabras que le estaba soltando las hubiera pronunciado un chico, el pobre, estaría tendido en el suelo con la nariz destrozada.

—No sé qué te pasa —las siguientes palabras me las susurró— pero yo prefiero irme con Jess. Me ha invitado a que pruebe su cama. Dice que es muy cómoda.

No podía estar hablando en serio.

Y a mí realmente me molestó demasiado.

—No me mires así, —se burlaba de mí, pero era comprensible que se defendiera de mi actitud repentina, de alguna forma— eres demasiado aburrida como para invitarte a un trío. Tú has empezado, Zoe —dijo, cuando mi rostro bajó y acomodé la barbilla en el pecho—. Pensaba que después de hoy nos llevaríamos mejor, pero me equivoqué.

Tenía que quitármelo de encima si no quería ver cómo le golpeaba un grupo de chicos.

—No te equivoques, gamberro —sonreí forzosamente—. En su día te dije que nunca me acostaría contigo. La idea de tocar tu piel —hice una breve pausa—, me repugna.

Le di la espalda, y me convertí en la primera que abandonaba la casa de Joseph. Aceleré mis pasos, sin darme cuenta que Axel vino detrás de mí, olvidándose por completo de Jessica. La gente que seguía viniendo a la fiesta, me miraban confundidos. Después de esa noche, estaba claro que mi relación con J. había terminado. Me utilizó para vengarse del chico nuevo. Y Didac... ese era capaz de hacer cualquier cosa para verme hundida ante él.

Aceleré mis pasos, en busca de un taxi que pasara por allí.

Estaba arrepentida de mis palabras, y la imagen de Axel respirando con dificultad... fue el último golpe que le di.

«Si no me perdonas, lo comprenderé», pensé.

Por primera vez, desde que Axel vivía conmigo, me di cuenta de que me había acostumbrado a su presencia. A llevarme bien con él y a disfrutar del tiempo que pasaba a su lado.

«Las cosas cambiarán a partir de ahora»

Lo sabía.

Tal vez era una corazonada, pero Axel no volvería a mirarme de la misma forma.

«¡Lo siento!»

Me mordí el interior de la mejilla.

«Siento haberte dicho esas palabras que destrozarían a cualquier persona».

«Me repugnas... Me repugnas...». Siguieron resonando esas palabras, una y otra vez, en mi cabeza. No era la voz de Zoe, sino de alguien de mi pasado. Por mucho que pasaran los años, seguían haciéndome daño. Si la gente podía ver en mí a alguien fuerte, estaban muy equivocados.

De inmediato, sentí debilidad. Caí de rodillas en el suelo; no tenía fuerzas para levantarme e irme del sitio donde los niños ricos me grababan con sus teléfonos móviles. Pegué la palma de la mano en mis oídos, intentando callar a esa voz que me gritaba a la vez que alzaba su mano. El recuerdo se estaba haciendo tan real, que solté un grito furioso. Volvía a ser un niño; indefenso, asustado.

Una mano me guió a la realidad; detrás de mí estaba Jess, intentando alzarme la cabeza, y ayudar a que me levantara del suelo. Miré sus grisáceos ojos. Ella parecía triste.

—Axel —susurró—, ¿estás bien?

Sus dedos tocaron mis pálidas mejillas. Intentó sonreír, pero lo único que consiguió hacer fue una mueca de preocupación.

«Zoe» —Pensé en ella. «¿Tanto me odiaba? ¿Ese era el problema?».

Me levanté sin ayuda de la chica del cabello de colores; reuní algo de fuerza, y empecé a correr sin mirar a ningún otro lado. Tenía un objetivo: encontrarla. Salté por encima de mi moto, que estaba tirada porque un coche la había dado un golpe; más tarde me ocuparía del vehículo. Bajo la luz de los faros de la carretera, ella caminaba moviendo los brazos con nerviosismo. No debió pasar ningún taxi, motivo por el cual reunió valor para caminar sola.

—¡Zoe! —No debí gritar tan fuerte.

Ella se asustó.

Al verme detrás de ella, corriendo de la forma en que lo estaba haciendo, aceleró sus pasos.

Por mucho que corriera, no era más rápida que yo. Pasé mucho tiempo en el pequeño gimnasio que había dentro del centro de acogida; elegí perder el tiempo entre pesas y páginas de libros que me dejaba un asistente llamado Leo.

—Axel —estaba cansada, respiraba con dificultad—, no quise decir...—se le escapó un sollozo — Tú no lo entenderías...

Su gorro saltaba por encima de su espalda; alargué el brazo y, cuando lo capturé entre mis dedos, paré su cuerpo. Podía sentir cómo temblaba entre mis brazos, cómo esquivaba mi mirada.

—¿Te doy asco, verdad? —Negó con la cabeza— Sí. Ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos cuando te estoy hablando —sus pequeñas manos presionaron en mi pecho, apartándome de su lado—. Mírame. ¡Mírame de una maldita vez!

Por mucho que mis dedos lucharan por alzar su barbilla, Zoe siempre terminaba por mirar el suelo.

—¿Quieres saber por qué los tatuajes cubren parte de mi piel?

De repente, un gemido de dolor me despertó del trance que estaba viviendo. Estaba haciendo daño a alguien sin darme cuenta. Mis dedos presionaban sus delgados brazos, y Zoe derramaba lágrimas por sus acaloradas mejillas.

Nunca vi tal miedo en un rostro.

Salvo cuando, algunas veces, de pequeño, me ponía delante de un espejo, y podía contemplar lo que era el pavor en un rostro atemorizado. Viví el miedo por otras personas... y ahora, era yo quien asustaba a un semejante.

—N-no me hagas d-daño —y por primera vez, desde que empecé a vivir con ella, sus ojos se quedaron fijos en los míos. Nunca había visto unos ojos tan verdosos—. Por favor, Axel.

Le solté de inmediato.

Alejándola de mi lado.

Me miré las manos.

Estaba vez no estaban cubiertas de mi propia sangre, pero sí temblaban por el miedo que había causado.

Zoe no era él.

Ella nunca... ella nunca me haría daño.

Quitó ese pensamiento de mi cabeza, e hice lo único que sabía hacer.

Huir.

Dejé salir el humo de mis labios. Cuando pasé por delante de la casa de Joseph, lo único que recuperé fue una de las cajetillas de tabaco que guardaba en la moto. La dejé ahí, tirada. En cualquier otro momento la recogería. Mis dedos retiraron el cigarro, y miré de reojo cómo un coche empezaba a conducir muy cerca de mí.

No quería enfurecerme con el primer imbécil que intentara calentarme. Seguía pensando sobre el cambio brusco de Zoe. Habíamos estado bien... hasta que llegó a la fiesta. Realmente nosotros dos no podíamos vivir bajo el mismo techo; las discusiones nunca terminaban.

Un claxon sonó muy cerca.

El conductor bajó la ventanilla y asomó un poco la cabeza. Sonreí al verla con el cabello recogido, silbando y golpeando la puerta del rosado vehículo.

—¡Sexy! —Me piropeó— ¿Te llevo a algún sitio?

Nos detuvimos al mismo tiempo.

Apoyé las manos, y quedé bien cerca de sus carnosos labios. Ella sonrió, y sacó la lengua seductoramente.

—El problema es que no tengo destino.

—¡Oh! —Jess me agarró del brazo— Qué casualidad. Yo conozco el sitio adecuado. Llevas semanas ligando conmigo, pero no has sido capaz de pedirme una cita. Eres un chico malo, Axel Cox.

Reí junto a ella.

—Imagino que tus padres te tienen prohibido salir con tipos como yo —paseé las manos por mis brazos—. No soy el chico indicado para llevar un domingo a una comida familiar. Y tampoco...

—¡Cállate! —Volvió a sacar la lengua— Sube, cerebrita. Es increíble que la gente llegue a juzgarte por un par de tatuajes.

Rodeé el coche, y sin dudar, subí.

—¿Qué haces exactamente esta noche?

Ella giró el volante, y movió salvajemente la cabeza al compás de *Highway to hell*. Al parar delante de un semáforo en rojo, me miró. Cogió mi mano, y entrelazó nuestros dedos.

—¿Entonces...?

—¿Qué? —Apoyó la mano sobre mi hombro.

—¿No ibas a pedirme una cita?

Pasé mis manos por sus sonrojadas mejillas, y la acerqué hasta mi boca. La besé lentamente, acariciando su lengua con la mía y llegué a saborear el chicle de fresa que masticaba sin parar.

—Gracias por aparecer —dije, besándola de nuevo.

Pasé toda la noche dando vueltas en la cama. No conseguí dormir, mis pensamientos me desvelaban. Alargué mi brazo para coger el teléfono móvil y la pantalla iluminó el pequeño reloj: las ocho de la mañana. Tiré de las sabanas, ocultándome por completo. Por suerte era sábado, así que no tenía que preocuparme por madrugar. Mis labios se entreabrieron, soltando un bostezo silencioso.

Los ojos me empezaron a pesar, y cuando parecía que volvería a quedarme dormida, los nudillos de alguien golpearon la puerta de mi habitación. Definitivamente, ese maldito sábado, iba a madrugar.

En voz baja gruñí, y no hizo falta preguntar quién había al otro lado. Mi madre abrió, sobresaltándome. Ella no era una mujer nerviosa, al contrario, a su lado se respiraba tranquilidad. Pero la mujer que estaba delante de mí, aferrando los dedos en su camisa, luchaba por respirar con normalidad.

—Mamá —mi corazón se aceleró, pensando que tal vez le había pasado algo a mi padre. Tiré las sabanas al suelo, y me bajé de inmediato de la cama—, ¿sucede algo?

Sus enormes ojos azules estaban aguosos por culpa de alguna que otra lágrima derramada.

—Cariño —tenía un nudo en la garganta que le impedía decir dos palabras seguidas—, ¿volviste contigo Axel?

Resoplé, recordando la discusión con él. Odié la forma en la que Didac me manipuló. Solté frías palabras que realmente no sentía. Actué de una forma cruel; rastrera.

Lo que no entendí fue su actitud agresiva contra mí; seguía sintiendo sus dedos apretados en mis brazos. Mis formas fueron vergonzosas cuando lloré delante de Axel. Me hizo daño, y solo se dio cuenta cuando gemí de dolor, encontrándose con mis mejillas húmedas.

Salió corriendo en dirección contraria. No dije nada porque pensé que había vuelto a por su moto para regresar a casa. Pero viendo a mi madre, preocupada y sin saber qué hacer, deduje que Axel no fue capaz de volver a su habitación.

Ella merecía saber la verdad.

Prometí no decir más mentiras.

—Discutí con él —no quería que ella se enfadara conmigo—. Le dije algo horrible, mamá. Axel no se lo tomó muy bien, así que, cuando salí corriendo, él vino a por mí. Estaba fuera de sí. Sus ojos me observaban de una forma distinta, como si ni siquiera supiera que era yo, sino otra persona. Le vi asustado, pero...—silencié que sus dedos se marcaron en mis brazos— Huyó. Dejé que escapara porque pensé que necesitaba volver solo a casa.

Mi padre lo escuchó todo desde la puerta.

—No lo hice a propósito, mamá —ella se apartó—. Didac me obligó.

Ese acto, me rompió el corazón.

Pero ella volvió a acercarse cuando escuchó el nombre de Didac Bellucci. Quería que comprendiera que en esa ocasión no eché a Axel, más bien, él salió herido y tomó la decisión de irse de nuestro lado sin avisar. Y ante esos pensamientos, sacudí la cabeza; era sábado, podía volver en cualquier momento.

—¿Qué le has tenido que decir, Zoe? —Con la mentira del hijo muerto, ella terminaría por no creerme, incluso si decía la verdad—Pequeña, ¿Cómo tenemos que decirte que nadie te sustituirá? Que no tienes que estar celosa. Te queremos. Pero también puede haber algo de amor para Axel. Él lo ha pasado mal —papá tocó su hombro— Su vida...

La silenció.

Conocía la adicción de su madre. Y cómo su padre fue capaz de golpearle con la excusa de que le estaba educando para convertirle en un adulto a temprana edad. Pero ¿qué más hicieron con él?

—¿No te dijo donde iría? —Sacudí la cabeza— ¿Qué pasó? ¿Cuál fue el verdadero problema para que Axel no volviera anoche?

Ellos terminarían por odiarme.

Y no hice nada malo.

En vez de plantarle cara a Didac, hice lo que pidió: tratar mal a Axel hasta ganarme realmente su odio.

Respondí sin aliento.

—Mis palabras —tragué saliva—. Le dije que me repugnaba su piel oculta por tatuajes.

Se miraron, y en vez de gritarme (o intentar castigarme que era lo más normal) salieron de la habitación bajo silencio. Lo peor de todo, es que, sobre el tocador, donde estaba mi maquillaje, seguía descansando una fotografía. Avancé con lágrimas en los ojos, y leí en voz baja la nota.

—De pequeño siempre envidié tener una vida como la tuya, princesita. No la malgastes —tenía una preciosa caligrafía.

«Si estuvieras aquí, disfrutarías de lo mucho que estoy sufriendo», pensé.

Por desgracia las noches pasaron. Exactamente dos más. El despertador sonó antes de tiempo: a las 6.30h. Aún faltaba una hora para levantarse. Ya era lunes pero no me importó abrir los ojos. Estaba preparada para ir a clase. Antes de asearme, paré mis pasos delante de la cocina. Mis padres, durante esas cuarenta y ocho horas, habían seguido en silencio pegados a su teléfono móvil. Buscaban a Axel desesperadamente, y él no daba señales de vida. Ni una llamada; ni un mensaje corto. Nada.

Papá llamó al trabajo para no ir ese día a la clínica.

—Es hora de llamar a la policía —se dejó caer en la silla.

—Tengo miedo —vi como los dedos de ella se aferraban al pijama de su marido— ¿Y si le ha pasado algo? Nunca me lo perdonaría. Sé que lleva poco tiempo en casa —estaba llorando—pero tú sabes... —tocó su vientre— Necesito saber que está bien.

Sus gestos, sus lágrimas, provocaron en mí un dolor terrible.

Subí las escaleras sin mirar atrás, y cerré la puerta con todas mis fuerzas. Acomodé mi rostro en la almohada, y cerré los ojos para calmarme un poco. Estaba cansada.

*Una mano muy fría cubrió la mía. Un escalofrío ascendió desde mi muñeca hasta el hombro. No miré la mano masculina que tocaba delicadamente mis dedos. Vi un par de tatuajes en sus nudillos.*

*Era... tan alto. Mi cabeza le llegaba a la altura del pecho. Su cabello le caía sobre los ojos, ocultando su negra mirada que te inquietaba si la observabas fijamente. Axel tembló. Podía sentir cómo intentaba no soltar mi mano. Tampoco me aparté. Seguía, ahí, a su lado.*

—Axel —susurré.

—Has venido —sonó lejos. Su voz retumbó en esa oscura habitación—. Pensé que no querías despedirte.

*Giró el rostro. Él era una simple silueta que yo podía ver. Lo extraño de todo... es que ni siquiera había tatuajes. Pero algo muy profundo provocaba que mi cerebro lo proyectara ante tanta oscuridad.*

*Reconocí el tacto de su piel.*

*Todo era tan confuso, que ni siquiera sabía qué hacer.*

*—Lo siento, Axel —apreté su mano—. No quería decirte todas esas cosas horribles. Ni siquiera las pienso. Solo es que... tú ... Didac me obligó porque querían pelear contigo.*

*Sentía que alguien nos vigilaba.*

*—No tienes que disculparte. Te dije que nuestros caminos se habían unido, y que no se separarían, incluso si tú y yo llegáramos a odiarnos —imaginé una sonrisa en su rostro—. Hasta hoy.*

*Fruncí el ceño y miré a mí alrededor.*

*—No lo entiendo...—soltó mi mano.*

*La silueta de Axel se alejaba, y por mucho que intentara acercarme hasta él, mis piernas no se movían. Cerré con fuerza los ojos y, al abrirlos una vez más, me quedé sin aliento.*

*Bajo mis pies, casi tocándome, había un cuerpo ensangrentado. El torso de Axel estaba rasgado. Sus labios seguían expulsando un hilo de sangre. Sus enormes ojos estaban abiertos, observándome.*

*Caí, y sin pensarlo dos veces, apreté mis manos alrededor de su cuello, impidiendo que la bala que le atravesó, acabara con su vida.*

*Acabé llena de sangre. Sin voz. Grité con todas mis fuerzas mientras seguíamos cercados por la oscuridad. Mis lágrimas golpeaban sobre sus mejillas. Mis dedos tantearon los pálidos labios. No quería cerrarle los ojos, porque si Axel cerraba los ojos, nunca más despertaría.*

*—¡Axel! ¡Axel —El brillo de su mirada se apagaba.*

*«Él está muerto», escuché en mi cabeza.*

*—¡No!*

*«Sí» . Quería que esa voz se callara.*

*—No quiero que muera.*

*«Tú has conseguido que dejara de vivir»*

*—¡Mamá! ¡Papá! —Seguí gritando cuando desperté.*

Me había quedado dormida y, por poco, ese sueño termina con mi vida. Pataleé en la cama. Miré mis manos esperando no encontrar una gota de sangre. Las uñas estaban limpias. Los dedos estaban algo húmedos por el sudor. Pero, al tocar mis labios, sentí un par de gotas escurriéndose por mi barbilla.

Abrieron la puerta.

—¿Qué sucede? —Se sorprendieron ante mis gritos— Estás sangrando, cariño.

Al sentir de nuevo las manos de mi madre cubriendo mi mejilla, respiré con normalidad al saber que lo que había vivido, era algo más que un sueño: era una pesadilla.

—Soñé con él. Mi conciencia me está castigando, mamá.

Me mecí asustada. Mi cuerpo temblaba sin sentir frío.

—Zoe —me nombró mi padre.

—Os prometo que no le eché de casa. Tenéis que creerme. Solo discutimos, porque Didac le odia desde el primer día que llegó al instituto —limpiaron mis lágrimas—. De verdad que he intentado acercarme a Axel, pero no puedo. ¡No puedo!

Media hora después, consiguieron tranquilizarme. Un fuerte abrazo y una pastilla me dejaron callada, mirando la puerta de mi habitación.

Tenía que ir a clase, pero antes visitaría a alguien que, tal vez, podría ayudarme.

La madre de Joseph abrió la puerta; me saludó con la misma amabilidad de siempre. Su largo cabello rubio teñido, caía en tirabuzones sobre su pecho. Llevaba los ojos pintados del mismo color que sus ojos: marrones. Se colocó a un lado de la puerta invitándome a pasar. Sonreí, y con el bolso pegado a mi cintura, subí rápidamente las escaleras. Conocía su hogar, incluso, dónde estaba la habitación de su hijo.

Abrí la puerta, encontrándome a un Joseph que levantaba pesas antes de darse una ducha rápida. Había dejado de entrenar junto al equipo para hacerlo, cómodamente, desde su hogar.

—Hola —dije secamente.

Soltó lo que sostenía.

—Zoe. Pensaba que te vería en clase.

—Tenemos que hablar —me miré a través de uno de sus espejos. Mi cabello estaba revuelto, ni me lo cepillé para desenredarlo—. La moto de Axel, ¿viste adónde fue?

—Has estado llorando.

Incluso con una discusión de por medio, él se preocupaba por mí. Intentó alcanzarme, pero me aparté de su lado. No podía perdonarle la actitud que tuvo noches atrás, junto a sus amigos.

—Responde, por favor. Cuando pasé por delante de la *motocross*, estaba tirada en el suelo. ¿Tú...?

—¡No! —Respiré tranquila—. Un coche la golpeó. Cuando miré si seguía ahí, ya había desaparecido. Axel se esfumó tres minutos después de ti. Pensaba que estaba contigo.

—No ha vuelto a casa.

Joseph miró el suelo.

—Desde que él ha llegado a tu vida —respiró— tus ojos siempre están tristes, llorosos. Te está torturando lentamente, y no te das cuenta.

Él no lo entendía.

Lo hacía por mi familia.

—No empieces, J. —di un paso adelante— Soy consciente de que la presencia de Axel me está modificando. No sé si para bien, o para mal; pero he cambiado. Sí, él me hace sentir mal. Es inevitable, mirarle a los ojos y ver que posiblemente no merezco vivir mi vida.

—¡Zoe! —Cogió mis manos— Ese imbécil quiere destruirnos porque no es como nosotros. Es nuestra vida, no podemos cambiarla. ¿Qué culpa tienes tú?: ¡Ninguna!

—Eso es egoísta.

—Pues el dolor te está consumiendo.

Las manos me temblaban.

—No puedes decir que lo nuestro va mal por Axel Cox — él sacudió una y otra vez la cabeza—. Vamos, Joseph. Tu corazón no tiene claro si has dejado de querer a Jessica. Tal vez lo nuestro fue precipitado. Lo mejor es que nos demos un tiempo.

Cambió su atención a un estúpido objeto que había tirado en el suelo.

—¿Quieres que lo dejemos?

—Quiero que me vengas a buscar cuando decidas a quién quieres en tu vida —besé sus labios. Al estar solos, era más sencillo besarle.

Más bien pareció un beso de despedida.

Di la espalda para salir de su habitación.

—Jess se marchó con él —paré a tiempo—. Me lo dijo Didac.

El teléfono móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Lo cogí. Joseph me había enviado una dirección.

—Gracias.

Estaba delante de la casa número 245. Si Axel se encontraba allí, no había preparado las palabras que podrían hacerle volver a casa. Avancé por el césped mojado y, al llegar, esperé delante de la puerta. Di un brinco cuando alguien desde adentro, abrió.

Era ella. Sostenía una bolsa negra. Iba vestida con una amplia camiseta que cubría parte de sus desnudos muslos. Su cabello arcoíris estaba revuelto, y posó sus ojos en los míos. Cerró la puerta al salir y siguió avanzando como si yo no estuviera. Le seguí hasta que se cansó.

—¿Qué haces tú aquí?

No respondí a su pregunta.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —Era cinco centímetros más baja que yo cuando no llevaba tacones. Nunca habíamos hablado, y mucho menos discutimos por Joseph; si él la dejó por mí... yo no fui consciente de ello. Ella se limitaba a mirarme en el pasillo, al cruzarnos entre clase y clase. Un año mayor que yo, y parecía mucho más pequeña.

Miré la camiseta.

—Axel.

—No está aquí.

—Y entonces, ¿por qué llevas su camiseta?

No pronunció palabra, no era necesario. Apuntó con la cabeza al garaje.

Pasé por delante de ella y, bajo su atenta mirada, me encaminé hasta el garaje. La puerta metalizada estaba subida y el rugido de un motor estalló en mis oídos.

Él estaba arrodillado delante de un coche (el de Jessica), con los dedos impregnados de grasa. No le dije nada, esperé a que notara mi presencia. Sin mirarme, habló:

—Buenos días, preciosa —rio—, veo que te acabas de levantar —al alzar la cabeza, se dio cuenta de que se había equivocado de persona—. Zoe.

Pensaba que era Jessica.

—Pensaba que eras...

—Déjalo —evité excusas—. Estoy aquí porque te has limitado a esconderte. ¿Por qué? No has sido capaz de cogerle el teléfono ni a mi madre. ¿Qué te ha hecho ella? ¿Eh, Axel?, ¡responde!

Se levantó mientras se limpiaba las manos con un trozo de tela que guardaba en el bolsillo trasero de sus pantalones. Iba con el pecho descubierto, ya que su camiseta la tenía la otra. Alzó mi barbilla, y no me aparté al sentir el contacto de su piel.

Estaba obsesionado en que le mirara a los ojos.

—¿Crees que podemos hablar en otro sitio?

—Solo si me haces el favor de mirarme a los ojos —tiró de mi cuerpo, acomodando mi pecho contra el suyo, totalmente desnudo. El corazón me latía aceleradamente. Sentí temor. Sin saber por qué, tenía miedo—. Dame dos segundos de tu vida, y mírame, Zoe. ¿Eres capaz de darme ese tiempo? Te lo estoy suplicando.

Le miré.

Reuní valor, y le miré.

—Vuelve a casa.

Axel limpió mi barbilla, después de haberla ensuciado.

—Respóndeme a una pregunta antes de que vuelva —asentí con la cabeza— ¿Me tienes miedo?  
—No podía responder a eso— Zoe, ¿me temes?

Insistía una y otra vez.

—Sí.

Se apartó de mi lado, y volvió a arrodillarse delante del coche.

—No puedo vivir con una persona que esquivo mi mirada por miedo a que le haga algo.

Alargué el brazo, y él lo vio.

—Una vez confesaste que nadie te daba una oportunidad. Tú tampoco luchas para que la gente confíe en ti —la mano me temblaba—. Quiero conocerte, Axel, pero solo si vuelves a casa. Coge mi mano y te prometo que la Zoe que conociste el primer día, desaparecerá.

Miró mis dedos.

—El problema es que esa Zoe me gusta.

Las palabras que siguieron después, me dejaron helada.

—No deberías cambiar por nadie, y muchos menos por mí. Sé que tienes un carácter difícil de dominar. Vamos, *hermanita* —me guiñó un ojo—, los dos sabemos que no serás capaz de cambiar. Eso no te haría ser única.

Se quedó sentado delante del coche, arreglando alguna pieza engrasada. Una vez más frotó sus dedos en el trapo y, al darse cuenta de que le seguía observando, de sus labios brotó una sonrisa burlona. Era capaz de hacer cualquier cosa por mis padres. Y si, entre ellas, tenía que respetar a Axel, lo haría. Bajé el rostro con las mejillas sonrojadas y cuando giré sobre mis cómodos zapatos, su risa me detuvo.

A unos pasos de mí, Jess seguía cruzada de brazos esperando a que él se le acercara para contarle lo que había ocurrido. Al parecer, añoraría su calor por las noches. Sus cejas se hundieron, y apretó los labios malhumorada al notar que Axel volvía a levantarse del suelo, para pegar su desnudo torso contra mi espalda.

No me moví, pero realmente me incomodaban sus dedos atrapando mi cabello. Lo apartó, dejando al descubierto parte de mi cuello. Su respiración acarició mi piel y, cuando estaba a punto de protestar, él habló.

—Eres una buena chica —dijo calmado, a diferencia de otras veces. Era como otro Axel. El chico que, muy de vez en cuando, sacaba a la luz un lado bueno y bondadoso—. No cambies nunca —susurró, casi rozando mi oído con sus labios. Se apartó un poco y, con una sonrisa, esperó a que me fuera del garaje. Me mantuve unos segundos más, dubitativa—. Te veré en clase, Zoe.

—¿Sufres de bipolaridad?

—¿Crees que me medico?

Buena pregunta.

En el segundo cajón de su mesita de noche había cientos de pastillas multicolores que podían cambiar el humor, durante unas horas. Él me prometió, en su momento, que no se drogaba pero había personas que eran medicadas por especialistas debido a sus alteraciones en el estado de ánimo.

Axel me dejaba claro que esa era su forma de ser. O, cuando menos, que intentaba luchar contra su pasado.... lo que le volvía más estúpido y miedoso a la hora de abrir su corazón. Él temía a las humillaciones. Revivía aquel tiempo, cuando nombrabas una palabra que a él le afectaba demasiado.

Miré de refilón el torso desnudo del gamberro... no había ningún tatuaje. Solo los tenía en la

espalda y en los brazos; allí había una gran cantidad de dibujos que tapaban su piel y que, según creía, resultaban una coraza para ser más fuerte.

—¿Jessica te da paz?

Todo eran preguntas sin respuesta.

O al menos de momento...

—Aún no hay nadie que calme mis miedos —las cejas de Axel se alzaron—. Ella, más bien me relaja. De una forma ardiente, y jodidamente excitante.

Ahí estaba de nuevo.

«Bienvenido, gamberro»

Lo peor de todo es que tenía que tener cuidado con mis palabras, para que Axel no se las tomara como un ataque. Así que me limité a sonreír dulcemente, a ser la niña que adoraban mis padres.

—Mientras que la respetes, todo estará bien.

Él terminó por quitarme la última mancha que cubrió parte de mi fina nariz. Lentamente, paseó el dedo por el puente y, al terminar, respondió con un tono gracioso.

—Sigues juzgando a las personas por el físico, princesita. ¿Quién te ha dicho que no me tomo en serio esta relación con Jess? —Eso era increíble—. Respeto a las mujeres y, cuando estoy con una, las demás dejan de existir —se dio cuenta que mis labios formaron una «o»—. No te pongas celosa. Solo si eres buena, merecerás una parte de mi corazón.

—No soy avariciosa —di unos pasos hacia atrás. Deseaba irme y volver a clase—. Tengo claro cuáles son nuestros roles: Tú el hermano mayor, y yo la hija de papá y mamá que acepta sus decisiones. Está claro que algún día abandonarás nuestro hogar pero, de momento, espero que la convivencia sea agradable.

—Tú la complicaste.

¿Por qué siempre terminábamos en una discusión?

—Y tú me haces sentir mal conmigo misma —presioné sin dudar mi dedo contra su pecho—. Puede que tus antiguas familias de acogida te trataran mal.... —Se me hizo un nudo en la garganta — pero podrías dejar de meter a todos en el mismo saco. No nos conoces, Axel. Nunca conocerás a nadie que se preocupe tanto por ti, como lo han hecho mis padres.

Zanjé el asunto de inmediato. Seguí mi camino bajo la mirada de Jess, la misma que intentó avanzar para correr tras Axel cuando intentó seguirme. Sus duros pasos seguían los míos por el verde y recortado césped de la casa. No me detuve, no quería llegar tarde a clase.

¿Quién me iba a decir que un chico de acogida terminaría por volverme loca casi literalmente?

Y, por mucho que intentara dar mi brazo a torcer, él seguía intentando abrir la herida (que en ese caso, era lo mal que lo había pasado). Mis padres podían ver un chico herido, muerto de miedo, que luchaba días tras día. Pero yo veía a un joven con ganas de venganza y las ideas bastantes claras; ser fuerte para no caer una vez más.

—¿Y tú? —Gritó cuando una corriente de aire azotó en mis oídos, pero aun así le escuché— ¿Tú te has preocupado por mí?

La chica aburrida tenía su corazón.

—Mejor... pregúntate qué hago aquí, entonces.

Le dejé con ese interrogante. Axel refugió las manos en los bolsillos mientras me veía marchar.

En varias ocasiones nos cruzamos en el pasillo. Sorprendentemente, Axel y Jess no dudaron en estar juntos en el instituto. Pensé que era la única que los observaba pero, de reojo, Joseph no podía evitar fijar sus ojos en ellos. Se besaban a las puertas del centro, mientras que los alumnos pasaban por su lado.

Pasé por delante de él y, cuando parecía que podría ser capaz de volver a casa conmigo, se despidió de la que era su novia, para adentrarse en el instituto.

Al llegar a casa, mis padres me saludaron.

—Axel...

—Lo sé —tuvo el detalle de volver a casa antes de ir a clase. Me alegraba verles sin ese nerviosismo que habían tenido el fin de semana—. Estoy algo cansada. Dormiré un rato, y luego os ayudaré a poner la mesa para cenar.

Mi padre me detuvo.

—¿No tienes nada que contarme?

Le miré a los ojos.

¿Qué había hecho ahora?

—Por ejemplo...—moví la mano.

—Faltaste a clase. Desapareciste, justo cuando tenías un examen de matemáticas —había olvidado eso—. Axel y tú... ninguno de los dos se presentó.

Era una pésima estudiante. Además, incapaz de hacer un examen... era para matarme. No sirvieron de nada los profesores particulares ni todas esas horas en las que mi padre se quedaba junto a mí para enseñarme, un poco más, de cada asignatura que odiaba.

—No me vi capaz, papá —mentí.

La puerta se abrió a mis espaldas.

—¿Y tú? —Esa pregunta era para Axel.

Llegaba media hora tarde.

Dejó el casco de la moto a un lado del mueble que había en el recibidor, y le tendió un papel. Los ojos de mi padre se abrieron exageradamente, y mi madre soltó una risa.

—Hoy hablé con la señora Bárbara. Casi tuve que suplicar para que volviera a repetirme el examen —se colocó a mi lado—, pero accedió. Hasta tengo la nota.

Axel bajó la cabeza.

—Un... ¿nueve?

—Sí. Lo he hecho lo mejor posible —se disculpó—. Vosotros pagáis mis estudios, y lo mínimo que puedo hacer es sacar buenas notas. Agradezco todo lo que hacéis por mí.

Ese chico era una caja de sorpresas.

¿Quién iba a decir que era un buen estudiante?

—¿Estás bromeando, no? —El entusiasmo de ellos, explotó— ¡Es una notaza! Llevo años sin ver un nueve en uno de los exámenes de Zoe. ¡Dios mío! Muchacho —palmeó el hombro de Axel—, eres excelente. Y como premio...

—No, por favor. No hago esto por un premio ni nada por el estilo.

—Déjale acabar —dijo mamá.

—...Podrás pedir lo que quieras. A partir de seis, siempre hay regalo —rio—. Aunque ahora —volvió a mirar el examen—, tendremos que aumentar el número.

Me miraron a mí.

Asentí con la cabeza, en señal de aceptación ante cualquier cosa que dijeran. Aparté a Axel con la mano y, cuando estaba a punto de subir las escaleras, frené en seco cuando pidió su «premio»

—¿Puedo traer a mi novia a cenar?

«Que le digan que no, por favor»

Se lo pensaron.

—Por supuesto. La puedes traer esta noche a cenar.

Los oscuros ojos del gamberro me miraron.

Sacudió la cabeza y subió las escaleras junto a mí, casi rozando su brazo con el mío. Hubo un largo silencio, hasta que nos detuvimos delante de mi habitación.

—Enhorabuena —le felicité—. No esperaba esa nota.

Tenía razón: Juzgaba a las personas por su físico.

—Espero que la cena no dure mucho o si no, Jess, tendrá que quedarse aquí —golpeó la pared—. Vaya —volvió a impactar su puño en el muro—, en esta casa se oye todo. Qué mala suerte que tu habitación esté delante de la mía.

—¿Qué diablos haces?

—Intentar que me odies con motivos —y sin decir nada más, besó mi mejilla antes de encerrarse en la habitación.

Él se salió con la suya. En un par de horas, Jessica estaría delante de mi puerta como la invitada de Axel. Nunca me llevé mal con esa chica pero, sin mirarle a los ojos, sentía que podía odiarme por lo que viví con Joseph. Nos esperaba una cena muy larga que podía terminar en una supuesta fiesta de pijamas.

Removí mi cuerpo por la cama y, con algo de ropa limpia para cambiarme, salí directamente hasta el cuarto de baño. La puerta estaba sin cerrar, así que pensé que Axel habría pasado por allí. Mis padres, y también yo me incluía, éramos unos maniáticos: las puertas siempre tenían que estar cerradas. Di un fuerte portazo y cuando me aseguré que el pestillo estaba echado, empecé a desnudarme.

La ropa limpia quedó doblada sobre la tapa del inodoro y la ropa interior fue a parar al fondo del pequeño baúl que había para la ropa sucia. Recogí mi larga melena morena y, sin mirar la bañera, tiré de las cortinas para adentrarme.

Y... ¿cuál fue la sorpresa?: Que en la bañera ya había un cuerpo tumbado y cubierto de agua templada. Ahogué un grito al verle con los ojos cerrados. Las manos descansaban sobre su pecho como un muerto.

Caí de rodillas, completamente desnuda, y el primer acto reflejo que tuve fue intentar salvarle la vida. Pasé mis nerviosas manos a cada lado de sus hombros y, con un gran esfuerzo, empecé a levantar ese pesado cuerpo.

El corazón casi se me detiene cuando Axel abrió los ojos. Soltó un grito de rabia y, completamente ciego, tiró de mi cuerpo hasta lograr que perdiera el equilibrio. Jadeé de dolor en el momento que contra el helado suelo del cuarto de baño. Cuando pensé que me quedaba sin aliento, casi me arrebató el poco que me quedaba. Se tiró sobre mí, pegando su húmedo pecho contra el mío.

Sus manos lucharon con las mías, y yo solo podía moverme histérica porque necesitaba quitármele de encima.

—¡No vas a hacerme daño! —Gritó, una y otra vez— ¡Nunca más!

De nuevo, Axel no vivía el presente. Estaba perdido en el pasado.

Los dedos de él se aferraron con fuerza alrededor de mis muñecas. Era una buena forma de alzar mis brazos y dejarlos sobre el suelo, para inmovilizarme. No sentía dolor. Mis uñas se clavaron en la palma de su mano y, con la voz rota, intenté que me mirara a los ojos.

—Axel... Axel, soy yo —salieron lágrimas de sus oscuros ojos para mezclarse con las mías—. Estás a salvo. Soy yo, Axel —en un gran esfuerzo, toqué con delicadeza su mejilla—: Zoe.

Agrandó los ojos.

Se detuvo.

—Zoe —susurró, y yo asentí con la cabeza—, Zoe.

Dijo una vez más, asegurándose de que la persona que estaba en su cabeza no fingía mi voz.

Como un niño pequeño asustado, se apartó corriendo de mi lado para colocarse en el otro extremo del baño. Pegó las piernas a su pecho, y se quedó quieto para salir del enorme *shock* que

había vivido. Ambos, desnudos, no dijimos ni una sola palabra. Intenté coger la toalla para cubrirme pero, de repente, los ojos de Axel se quedaron fijos en los míos.

De reojo miré mis muñecas; las marcas dibujaban sus largos dedos.

—¿Te hice daño? —Nunca le había visto tan asustado.

Oculté mis pechos bajo los brazos; una estupidez, porque Axel solo me miraba a los ojos.

Estiré la mano para mostrarle las marcas que me habían quedado. Al intentar levantarse para huir, le retuve a tiempo. Avancé torpemente y, en silencio, le miré detenidamente. Temblaba y, por mucho que su cabello negro ocultara los ojos, podía ver un par de lágrimas recorriendo sus mejillas.

—Te quedaste dormido en la bañera —alegué, aunque Axel se limitó a asentir con la cabeza—. ¿Pesadillas?

—Siempre pasa cuando hay truenos —alzó un poco la cabeza. Amanecimos con un precioso sol, y a medio día, empezó a llover. —Será mejor que me march...

Le nombré.

—Axel —su mano dejó de buscar algo con lo que cubrirse—, estás sangrando. Tienes arañazos en el pecho.

Bajó sus manos y cuando una de las mías intentó tocarle, la apartó de un golpe. Él no quería que le tocara, y podía entenderlo. Se había autolesionado cuando se quedó dormido.

Una vez de pie, se ató una toalla alrededor de la cintura. Pasó por delante de mí y, sin decir nada más, cerró la puerta, dejándome con ese incomodo silencio que causaba la soledad. El grifo empezó a gotear y me mantuve quieta, esperando saber qué hacer. Pero no podía hacer nada... y mucho menos ayudarle.

El timbre del horno nos llamó la atención a todos. Papá salió corriendo y, con las manos protegidas por un guante de cocina, sacó, con una enorme sonrisa, la lasaña de verduras que él mismo había preparado. La mesa estaba perfecta, uno a uno, nos sentamos alrededor esperando a la invitada «especial».

Axel fue el último en bajar, y lo hizo cuando Jess llegó. Se saludaron entre risas y, sin verles, supe que hubo algún beso de más. Cogidos de la mano se presentaron en el comedor. Mis padres la recibieron primero y, más tarde, la invitaron a que se sentara a mi lado. Su novio estaba a la izquierda de ella.

Se sirvieron los primeros platos, y las preguntas no tardaron en salir.

—¿Seis años en el mismo instituto y no os conocíais?

Nos miramos unos momentos.

Jessica respondió.

—Kim y Zoe son muy buenas amigas —sonrió, tímidamente—. Ellas tienen su pequeño grupito, y yo el mío. Aunque, la verdad, siempre he envidiado verlas tan unidas.

Silencio por mi parte.

Mi madre rio.

—¿Y desde cuando... —aun le costaba decir esa palabra— sois novios? Axel solo lleva un par de meses aquí.

La parejita coqueteó antes de contar su historia de amor.

—Nos conocimos el primer día de clase —Axel dio el primer paso— y la verdad es que ella fue la única que no me trató diferente. Sé que mis tatuajes pueden llegar a asustar, pero ante todo sigo siendo humano —capté la indirecta—. Soy consciente de que nunca llegaré a tener un buen trabajo por su culpa —miró cada dibujo. Y corrigió sus palabras—... Los tatuajes son las vendas que curaron mis heridas psicológicas, así que ya estoy acostumbrado a que me cierren puertas.

Hincó el tenedor en el trozo de lasaña.

—¿A qué te gustaría dedicarte?

—Parecerá una estupidez —miró a mi padre—, pero siempre he querido ser médico. Intento sacar las mejores notas en todas las asignaturas... para que luego me digan que nunca contrarían a un tipo que tiene pinta de haber salido de la cárcel.

Él rio, hasta conseguir que los demás le imitaran.

—Yo te contrataría, *hijo* —dijo el cardiólogo.

Gruñí, sintiéndome impotente y desplazada por mi propia familia.

—Papá —le dije—, ¿y a mí? ¿A mí me contratarías? —Estaba cansada de todo lo que estaba pasando. Realmente, ellos no se daban cuenta de que yo sufría ante aquella situación. No era una buena estudiante, pero él sí— Lo divertido de todo es que prefieres que viva de vuestro dinero para que mis torpes manos no destrocen nada, ¿verdad?

—Zoe —ella quería calmar la discusión.

Mi madre siempre estaría de su parte.

—¡No! Estoy cansada de ver cada día como Axel se gana vuestro corazón siendo un completo desconocido —me levanté de la silla— ¡No le conocéis! Yo... yo —¿Qué pasaba conmigo? ¿Es que había dejado de existir?—, ¿ya no os importo?

—Tenemos invitados —estaba avergonzado ante el *show* que había montado, pero era necesario para abrirle los ojos— Siéntate. Luego hablaremos, Zoe.

Sacudí la cabeza.

—Disfrutad de la cena —dejé la silla en su sitio—. Hoy parece ser que no formo parte de esta familia. Buenas noches.

Intentaron detenerme, pero no lo consiguieron. Cerré la puerta de mi habitación y me tumbé de espaldas en la cama. En esa ocasión no lloré porque, de alguna forma, cada golpe me hacía más fuerte.

Ignoré a la persona que entró en la habitación y dejé que se sentara cerca de mi cuerpo. La mano que se posó sobre mi hombro, estaba repleta de letras que formaban un nombre: Clara.

—Tú misma dijiste que en unos meses me marcharía.

Me senté sobre el colchón.

Colocando mi espalda bien cerca de su brazo.

—Ellos guardan los papeles de la custodia. En unos días te propondrán ser su hijo adoptivo —no estaba celosa por eso. Odiaba que cualquier cosa que hiciera, siempre lo hacía mal—. ¿Quieres saber por qué no aguanto que estés aquí?: Porque tú te los mereces más que yo —dije la verdad, y sin miedo—. No tengo adónde ir, ni sé qué voy a ser en un futuro. Solo puedo ver que ellos admiran cada detalle de ti...

—Porque les doy pena —se levantó de la cama para estar delante de mí. La negra camiseta que le cubría, abandonó su cuerpo—. Soy como un juguete defectuoso, aunque en este mundo, más bien

soy alguien marcado por la violencia —cogió mis manos para posarlas por sus brazos—. Siempre intentas saber qué ocultan mis tatuajes. Pues bien —quise apartar los dedos, pero Axel no me dejaba—, estoy lleno de cortes, quemaduras y cicatrices que me cubren toda la espalda. Tengo miedo a la oscuridad, y no puedo escuchar un maldito trueno —cerró los ojos—. Tú huyes de lo perfecto, queriendo dejar de ser una princesa. Mientras que yo —hizo una pausa—, busco un lugar seguro donde dejar de luchar. Te dije que conseguiría que me odieras con motivos, porque no quiero que estés cerca de mí. No quiero que vivas mi mundo.

Dejó que mis manos bajaran por sus brazos.

—¿Qué pasa con Jessica?

—Ella me mira a los ojos. No le repugna lo que soy —se vistió—. Tú forma de mirarme... me recuerda a él.

Apretó la mandíbula.

—¡No puedes tratarme de esa manera! —Grité cuando él avanzó para abandonar la habitación—  
¡No me conoces!

—Te conozco lo suficiente —era extraño no sentir su mirada.

Eso no era cierto.

Él no me conocía.

Y nunca lo haría.

Al cerrar la puerta, me dirigí directamente hasta uno de los cajones de la mesita de noche. Atrapé lo que buscaba y, en un abrir y cerrar de ojos, dejé que la pastilla que él me había dado, se fundiera en mi lengua.

Cerré los ojos esperando resultados.

Los minutos pasaban, y cada vez me sentía más relajada. Giré un poco el rostro, concentrándome en la ventana abierta. El sabor amargo desapareció pero podía sentir cómo mi lengua se había adormilado. Con una sonrisa de oreja a oreja, me mordisqueé la punta. No quería parecer un perro con la lengua fuera. Golpeé el colchón con las manos abiertas y, cuando los zapatos de mis padres pasaron de largo por delante de la puerta, me levanté con algo de torpeza.

El corazón me latía a un ritmo en el que podía bailar, un poco, para acelerarlo... un poco más. Con los ojos bien abiertos, apagué la luz y salí al oscuro pasillo. Después de tanto tiempo sin bailar, quería mover descontroladamente mis caderas. Y el único que podría acompañarme, estaba encerrado en su habitación porque su preciosa novia de cabello multicolor marchó sin él.

Sin llamar a la puerta, moví el pomo y me colé lo más rápido posible. Rápido, porque no quería que Axel me invitara de una forma grosera a abandonar su habitación. La diminuta pastilla que me dio en forma de *smile*, me estaba haciendo sonreír como una estúpida. Pasé de estar tranquila y relajada, a mantenerme inquieta y alegre.

—¿Qué haces aquí? —Se levantó de la cama— No más discusiones por esta noche, Zoe...—no aparté mis ojos de los suyos— ¿Qué les pasa a tus ojos? ¿No habrás sido tan estúpida como para tomarte el éxtasis?

Todos me veían estúpida.

Odiaba eso.

Presioné el dedo sobre su desnudo pecho, con una amplia sonrisa. Estaba feliz y ni él, ni nadie, me lo arrebataría.

—La curiosidad mató al gato, *nene* —reí—. Además, seguramente los efectos se pasarán enseguida. Me la tomé hace una hora.

Axel se llevó la mano a la cabeza.

—¿Eso crees? Lo peor está a punto de comenzar.

Verle tan serio me hacía reír.

Recogí mi cabello con las manos, y pasé por delante de él alejándome todo lo posible de la puerta. Su cama, con perfectas sábanas oscuras para un chico, estaba bien hecha. Yo misma me ocupé de deshacer el liso planchado que seguía manteniendo, desde que mi madre la arregló. Le miré a los ojos, sin sentir ningún temor. Le apunté con el dedo, invitándole a que se acercara a mí.

Él, mientras tanto, prefirió buscar algo en uno de los cajones. La bolsa que solía llevar, estaba vacía. Qué pronto vendía esas graciosas pastillas que te daban algo de felicidad.

—Quiero bailar —murmuré.

—Lo mejor será que bajas el volumen.

—¡Quiero bailar! —Nadie me debía decir lo que tenía que hacer. Pero Axel, siempre estaba dispuesto a joderlo todo. Avanzó en cortos pasos y, con la mirada seria, apretó su mano sobre mis labios.

Luché por liberar mi boca.

—Duérmete.

—No tengo sueño. Solo quiero moverme un poco —dejé la mano encima de mi hombro— ¿Tienes miedo de que lo haga mejor que tú? —Saqué la lengua— ¡No... —me di cuenta que no podía gritar— ¡Schhhh! Puedo llegar a moverme muy bien. ¿Es como en la cama, no? Joseph dice que follo bien.

Di palmadas.

—Me dá igual cómo eres en la cama —¿Por qué estaba tan serio? ¿Él no quería que dejara atrás la amargura?—. No tendrías que haberte tomado la puta pastilla.

—Tú me la diste —miré mis uñas.

—Pensaba que eras más lista —tiró de mi brazo, intentando sacarme de la habitación. En un descuido, pasé mi pierna por en medio de las suyas, y terminé tropezando. Me atrapó a tiempo—. A dormir, Zoe.

—No quiero estar sola.

Mis brazos envolvieron su cuello.

—No estarás sola —apretó los dedos alrededor de mi cintura.

—Echo de menos a Joseph —me sentía mal conmigo misma. Quería llorar... con lo bien que lo había pasado unos minutos atrás—. No me ha llamado. Le pedí que nos diéramos un tiempo.

Sin dudar, acomodé mi rostro sobre su pecho.

Axel se quedó en silencio unos segundos, mirando cada movimiento que daba. Me sostenía, porque mis piernas dejaron de luchar por mantenerme de pie. Mi risa se desvaneció y, automáticamente, bajé el tono de voz. Terminé susurrando.

En un movimiento rápido, los brazos del gamberro rodearon mis piernas, alzándome. Era la mejor forma de echarme.

—Así no se coge a una princesa —esperaba algo mejor; no mi pecho golpeando su cabeza.

—Que me guste el cuento que vivimos —abrió sin dificultad la puerta de al lado—, no significa que sea el bueno.

Me tendió sobre la cama y, antes de que marchara, le detuve. El oscuro cabello de él, se despeñó hasta ocultar sus profundos ojos. Delicadamente, y con mucho cuidado, lo aparté.

—¿Te vas a ir? Tengo frío.

Tapó mi cuerpo con el edredón.

—Duerme.

—Y también tengo miedo.

—Duerme —dijo entre dientes.

Miró mi mano.

Le retenía.

—Quédate, por favor.

No podía dejar de temblar.

—Y si no hubieras tenido miedo sino... apetito sexual. ¿Serías capaz de pedirme que me acostara contigo?

Giré dándole la espalda; Gané.

—Tú y yo nunca podremos estar juntos —forcé una sonrisa—Me gustas como hermano, Axel. Anda —golpeé el otro lado de la pequeña cama—, acuéstate un rato conmigo. Durmamos.

Sin rechistar, sentí cómo el otro lado se hundió. Su espalda tocó la mía, aliviando un poco todos los temblores que sufría.

Abrí el libro. Tanto número junto me causaba un dolor terrible de cabeza. Apreté el bolígrafo con los dedos y, convencida conmigo misma de que podía terminar todos los ejercicios que tenía pendientes, empecé a hacer unos cuantos. No era un gran plan para un viernes, pero no podía hacer nada. Necesitaba sacar una buena nota.

De reojo, vi como abrieron la puerta.

—Estoy estudiando —anuncié.

Axel rio.

—¿Sí? Entonces tú vas más adelantada. Ese tema no es el que estamos tocando en clase —le miré por encima del hombro—. De acuerdo, me callaré. Si me haces un favor —cerró la puerta tras de sí—, te ayudo con eso.

Moví la cabeza, negándome.

—Lo de la otra noche no nos hace amigos.

—No soy yo quien dijo que me querías como a un *hermanito* —se burló de mí.

«¡Que te den!», pensé.

—La maldita norma que tienen tus padres me quita trabajo. Necesito salir —se sentó en la cama, sosteniendo una fotografía que descansaba en la mesita de noche—. Acompáñame.

—¿Cómo se piden las cosas?

Sonrió.

—Por favor —era convincente—. Pasaré por alto los siete euros que me debes de la MDMA.

Tengo que ir al puerto olímpico, y luego volveremos a casa —no me vio muy convencida—. Al regresar, he prometido ayudarte con los números.

Miré por última vez el libro.

Una ayuda le venía bien a todo el mundo, ¿no?

Me levanté intentando no mostrar una sonrisa, y caminé delante de él.

Subidos en la moto, observamos a un grupo de personas que desembarcaban unas cuantas cajas de un pequeño barco. Axel seguía buscando a su contacto, y yo preferí callarme. Apreté los muslos en el momento que mi móvil vibró; era mi madre. Quería ponerse en contacto con nosotros después de leer la nota que habíamos dejado sobre la mesa. Seguramente ella se extrañó al leer que Axel y yo saldríamos juntos. Con tantas discusiones, era raro vernos unidos. Miré el corto cabello que Axel tenía por detrás, a diferencia del flequillo, que era un poco más largo y le caía sobre los ojos si no se lo echaba hacia atrás. En la parte posterior de la oreja parecía tener una fecha de nacimiento. El número del año no coincidía con su edad, así que sería de otra persona. Su voz me sacó de mis curiosos pensamientos.

—Lo que hacen es peligroso —dijo él.

—¿Y lo que haces tú, no?

—Ellos trafican con toda clase de droga. Y añaden armas ilegales —el puerto olímpico de Barcelona no tenía una gran fama, pero tampoco llegué a pensar que, por allí, pasaban todas esas cantidades de heroína y armas sin identificar—. Incluso matan por un precio bajo —le miré asustada; sabía mucho—. Santos me lo dijo; además, en los puntos de venta hay cruces marcadas en los muros, para identificarlos.

El claxon de una furgoneta roja, con una virgen pintada en el lateral, sonó a unos metros de donde estábamos. Un chico, un par de años mayor que Axel, asomó la cabeza y agitó la mano para que le siguiéramos. Condujo detrás de él y, al llegar a un bar que parecía estar en ruinas, bajamos.

El tal Santos, saludó con un apretón de manos a Axel.

—¡Cuánto tiempo! La gente de aquí te echa de menos.

—He estado ocupado —sacó un sobre y se lo tendió—. Intenta que lo reciban todo, ¿de acuerdo? No puedo quedarme, nos vemos otro día.

Santos le paró.

—Dante quiere verte, está dentro junto a sus hombres —dijo, y después me miró a mí—. ¿Quién es?

Axel me miró.

Conociéndole, diría: Nadie. Pero no.

—Es Zoe. Vivo con ella.

—Hola —sonrió dulcemente—, mi nombre es Santos.

Tenía un bonito tono de piel, como un bronceado veraniego. Sus ojos eran enormes y claros; destacaban gracias a unas largas pestañas negras. Labios carnosos, cabello oscuro, y un enorme lunar encima del labio superior. Desde el primer momento en que me saludó, adoré su acento cubano.

—Hola —saludé.

—Entra. A Dante no le gusta esperar —señaló las puertas del bar, que chirriaban cada vez que se abrían—. Tú le conoces mejor que nadie. Yo me quedo con Zoe si quieres.

Él dudó.

—No importa, puede entrar conmigo —Axel esperó a que le siguiera.

Levanté los hombros, y con una sonrisa le dije:

—Te espero aquí.

Borré la sonrisa del rostro al darme cuenta de que Axel seguía junto a la puerta del bar, mirándome con una expresión ligeramente extraña, y vacilante. De alguna forma, estaba cansada de que tuviera que protegerme como a una pequeña niña indefensa, cuando yo misma era capaz de defenderme ante cualquier peligro. Le miré durante unos segundos más, y al no observar ningún movimiento por su parte, giré sobre los talones esquivando su oscura mirada.

A unos pasos de donde estaba, Santos, el cubano, no dejaba de mirar la escenita. El gamberro se esfumó, dejándonos solos.

No paraba de mirarme. Era inquietante.

—¿Sucede algo? —Pregunté.

Santos miró por encima del hombro.

—¿Las cosas entre Axel y tú, van bien? —Menuda pregunta. Tuve que asentir con la cabeza— Tardará unos minutos. ¿Te apetece dar una vuelta? No tienes pinta de beber, así que he descartado automáticamente el bar.

Estaba aprendiendo a no juzgar a las personas... pero el chico parecía un completo cabrón. Si bien me miraba a mí, también aprovechaba para mirar a cualquier chica que pasara cerca de nosotros; y las faldas cortas que llevaban, eran muy tentadoras para él.

—No, gracias —él no esperaba esa respuesta—. Esperaré aquí.

—Pueden pasar horas.

Nadie dijo que tuviéramos prisa.

—Está bien —insistí.

Los chicos de hoy en día podían llegar a pensar que todas éramos algo facilonas. Si decidí esperar fuera, era para que Axel se diera cuenta de que podía sobrevivir sin él y sus dotes de gamberro. Una mujer podía ser fuerte, sin caballero de por medio.

Santos cogió mis manos y, en un descuido, subió las mangas por los brazos. ¿Qué buscaba?

—¿Sabes que eres el sueño de cualquier tatuador?

—¿Perdona? —Enarqué una ceja.

—Tu piel. No tienes tatuajes, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Así que tú eres el artista que ha cubierto toda la espalda y brazos de Axel.

—El mismo —sacó una tarjeta de sus vaqueros azulados, y estrechos por los tobillos—. Daría cualquier cosa por tocar tu piel.

Mi cuerpo se apartó del suyo, que se había acercado peligrosamente.

—No me gustan, y mucho menos por moda.

—Piénsatelo —insistió—. Solo llámame.

Alcé los hombros y guardé la pequeña tarjeta de presentación (que estaba arrugada y escrita a mano). La puerta del bar se abrió, mostrando a un Axel mucho más serio de lo que entró.

¿Cuántos minutos habían pasado? ¿Cinco?

Sin decir palabra alguna, Axel se dirigió a su moto, se quitó la chaqueta que llevaba y me la tendió. Al no cogerla, la agitó un par de veces hasta que mis dedos se aferraron a la gruesa tela. Llegué a la moto bajo la atenta mirada de Santos y cogí el casco que descansaba en el manillar. Recogí mi cabello, y acepté abrigarme con su chaqueta.

Antes de subir, me vi muy cerca de su enrojecido rostro. Puede ver que su ojo derecho estaba empezando a tener un hematoma y que tenía varios cortes en el puente de la nariz... por no hablar de la sangre que caía de su labio.

—¿Qué te ha pasado?

Giré su rostro, y conseguí una queja de dolor por su parte.

—Nada. Nos vamos —dijo.

Santos bajó la cabeza.

—¡Axel!

—He dicho que nada —no gritó, a diferencia de mí—. Súbete a la moto. Estoy bien —sabía que no me convencía—, confía en mí.

Subí, pegué mis piernas con fuerza a las suyas e introduje las manos en los bolsillos. Noté entre mis dedos una pequeña bolsa llena de un fino polvo. Podía imaginar lo que pasó. Solo que esperaba a que él algún día me lo contara.

«Nosotros somos capaces de ayudarte, y prefieres callar antes de pedir ayuda», pensé y, por primera, vez pasé mis brazos alrededor de su cuerpo, sin miedo. «Todo puede acabar mal, Axel».

Después de tantos intentos y de suplicarles a mis padres que me dejaran organizar una mini fiesta... lo conseguí. No fue fácil estar días detrás de ellos y caminar arrodillada por el suelo con las manos pegadas por encima de la cabeza. Dos horas fingiendo llorar delante de mi padre, tapándole el televisor con mi cuerpo, me dio una gran victoria. El problema era que Axel podría estar presente en una noche para chicas.

Ellos se fueron a cenar a un nuevo restaurante que habían abierto cerca de Rambla Cataluña. Cuando salieron por la puerta, me dejaron de pie, con los brazos cruzados y una enorme sonrisa de felicidad.

El crujido de los escalones llamó mi atención; Axel bajaba balancelando los brazos, de un lado a otro, como si le hubiera dado un calambre al levantar pesas. Me miró enarcando una ceja y cuando quedó delante de mí, terminó por obligarme a que abriera mis manos delante de él.

—¿Qué quieres? No estoy para juegos...

No me dejó acabar.

—Estoy siendo amable contigo —dijo, rascándose la nuca—, pero siempre me lo pones muy difícil, Zoe.

Relajé los hombros y esperé a que su amabilidad llegara.

Sentí un cosquilleo entre los dedos; algo parecido a unos finos metales redondeados descansaba sobre mis manos. Al abrir los ojos (cuando me lo pidió) comprobé que lo que me había regalado, era ni más ni menos, que un precioso atrapasueños de hermosas plumas blancas.

No tenía palabras; ni siquiera sabía por qué me lo regalaba a mí en vez de a Jessica. Sonrió cariñosamente y, cuando estuvo a punto de apartarse de mi lado, le retuve por ese grueso jersey que le había regalado mi madre la semana anterior.

—¿No te gusta?

¿Bromeaba?

—¡Me encanta!

—¿Cuál es el problema?

—No puedo aceptarlo —confesé.

Axel atrajo mi rostro hasta sus labios.

Un beso quedó sobre mi frente.

—Disfruta de él. No quiero que tengas pesadillas.

Me aferré al atrapasueños observando cómo Axel subía escaleras. Le lancé una sonrisa agradecida, incluso cuando él no me podía ver. No me hizo falta pensar dónde colgaría ese bonito regalo; ya tenía algo en mente de lo que más tarde me ocuparía.

Kim golpeó mi cintura con la suya, cuando la puerta de casa se abrió. De mis labios no se borró la sonrisa que mantuve, desde que mis amigas llegaron a la pijamada que había preparado. Incluso, me alegró que Axel se quedara en casa junto a su novia. Le había prometido a mi madre que

respetaría a Jessica como ellos mismos hacían. Pasé por delante del sofá y, con una copa en cada mano de una bebida dulce, me acerqué para saludarles.

Axel apretaba con fuerza a su chica; con mano libre, movía el vaso de forma nerviosa (normal; era el único chico de la reunión). Daba la sensación de que tantas mujeres juntas le incomodaban. Me encontré con la mirada de Jessica, y movió la cabeza en forma de saludo. Ambos cogieron las copas y, sin cruzar palabra, observé cómo se adentraron en el interior del comedor. Era su casa, así que si subían a su habitación yo no diría nada.

—La ex novia —soltó una risa— de tu ex novio, está aquí. En tu propia fiesta de pijamas. ¿Estás segura? No sé, Zoe... Una pelea, y tus padres te prohibirían ir el próximo fin de semana, a la casa de la playa de mis abuelos. ¡Y no puedes perderte la gran fiesta!

Ella podía ser muy exagerada.

—¡Bién! Todo está bien, Kim —mis manos descansaron sobre sus hombros. La empujé en broma, hasta dejarla cerca de Sara que se encontraba leyendo una de las revistas del corazón—. Axel y yo hemos dejado las diferencias a un lado. Joseph no está aquí para ver a su ex... Así que no creo que haya problemas.

Recordé los enormes ojos de Joseph, casi cerrándose cuando sonreía. Le extrañaba. Me hubiera gustado pasar el fin de semana junto a él, al menos como amigos. Pero como dijo Kim, lo mejor era evitarle durante un tiempo.

Cuando mi amiga aprovechó la más mínima oportunidad para hablar con la pelirroja, que no dejaba de leer los horóscopos, evité a las demás compañeras de clase y me dirigí a la cocina en busca de alguna botella de *Antinori*. Mi cuerpo se inclinó hacia donde solíamos guardar todas las bebidas de alcohol y mi sorpresa fue la siguiente: un maldito candado cerraba el pequeño mueble. Lo golpeé con una terrible angustia. Ellos se habían asegurado de que en la fiesta no bebiera nadie... y lo consiguieron.

—Mis padres hacen lo mismo —reconocí esa voz—, es por eso que siempre guardo una copia de la llave.

—Hola, Zoe.

Joseph se mantuvo apoyado en la puerta de la cocina. Fue inevitable no sonreír cuando le vi. Sacó una botella de alcohol de una bolsa, y un pequeño regalo envuelto con un papel plateado.

Antes de que soltara algo, corrí y choqué contra su pecho.

—No sabes cuánto me alegro de verte.

Soltó una risa al comprobar cómo nos movíamos, de un lado a otro, debido al abrazo. Agarró con fuerza la botella, y su barbilla descansó en mi cabeza.

—Que nos hayamos dado un tiempo, no significa que no te pueda ver —tenía razón—. Crecimos juntos. Hemos celebrado más de diez cumpleaños, unidos. ¿Por qué me iba a perder esta fiesta?

—No respondí—. Abre el regalo. Quiero ver la cara que pones.

—Es una pijamada, J.

—No importa —guiñó un ojo—. Aun puedo cambiar mi ropa por un pijama. Abre el regalo.

Con la broma, no dudé en hacerlo.

Lentamente, y sin prisa, me aparté de su lado. Dejó la botella a un lado mientras yo me entretenía en quitar el papel. Mi cara de sorpresa pareció alegrarle la noche. Sostuve durante unos minutos el regalo, sin decir nada... hasta que grité.

—No puede ser —era imposible tenerlo en mi poder, cuando ni siquiera había salido a la venta

—, falta más de una semana para que el disco salga a la venta... y... ¿Cómo lo has conseguido?

—Te recuerdo que mi padre tiene contactos en uno de los centros comerciales de por aquí. Es fácil conseguir este tipo de cosas —me tomó en sus brazos. Se inclinó para besarme—. Nos dimos nuestro primer beso escuchando una de sus canciones. Conseguiste que *Panteras doradas* me gustara. No hay nadie en público, puedes besarme sin miedo.

Refugié mi rostro en su cuello.

—Joseph, no puedo. Estoy feliz de que estés aquí. Me encanta el regalo—cruce mis brazos sobre el pecho—... pero no creo que tengas las ideas claras. Quiero que las cosas sean más fáciles para los dos.

Intenté suavizar mis palabras.

Alguien se ocupó de empeorarlas.

—¿No es más fácil decir: «No eres tú, soy yo» o «no me gustas lo suficiente como para seguir contigo»? —Axel nos miraba burlón— Lo siento, ¿interrumpía algo?

Los dedos de Joseph se clavaron en mi cintura.

—¿Nos puedes dejar a solas? Por favor —incluí la palabra mágica. Solo esperaba que Jessica no apareciera—, estamos teniendo una conversación privada, Axel.

—¿Pensaba que solo era una fiesta para chicas? —cogió la botella— Pero veo que es más fácil saltarse las normas y luego meterme en problemas a mí. ¡Que os divirtáis! Yo me marchó. Gracias por el alcohol.

Salió de la cocina con una enorme sonrisa.

Había estado tan entretenida con Joseph, que no escuché los gritos provenientes de la sala de estar. Me aparté de mi ex novio y corrí antes de que esas dos chicas terminaran por matarse delante del caro jarrón de mi madre. En un juego de confesiones, terminaron por decir que ambas salían con el mismo chico... ¿Lo peor de todo?: Es que eran hermanas.

¿Qué estaba pasando con mi vida?

Había un enorme descontrol.

Kim se marchó, al igual que Joseph y los demás invitados.

¿Por qué cuando alejaba a alguien de mi lado, otro también marchaba?

Me estaba dando miedo quedarme sola, perder a mis amigos por ser incapaz de conservarlos.

El corazón se me aceleró, y los dedos temblaron al abrir la puerta equivocada. Avancé con los ojos bien abiertos, dándome cuenta de que estaba cometiendo el mayor error de mi vida.

Tiré del cajón y rebusqué entre todas las cosas hasta encontrar lo que quería. La luz de las farolas de la calle ayudó bastante; vi un pequeño conejito de *playboy*. La pastilla era rosa.

«Deja de sufrir, y sonríe un poco», pensé. También me dije: «Prohibido llorar».

Cuando alcé el brazo para tomarme el éxtasis, alguien se encargó impedirlo, con una llave de yudo, hasta que mis brazos terminaron cruzados detrás de la espalda; sus labios me susurraron al oído.

—¿Sabes lo que hago con las ladronas? —Quería mirarle a la cara. Saber si estaba enfadado, o la situación le encantaba.

—Axel...

Apretó la mejilla contra la mía.

La puerta de la habitación se cerró.

—Nada bueno —tuve mi respuesta.

En un par de movimientos, mis dedos soltaron la pastilla y mi cuerpo cayó contra la cama. Gemí al sentir un terrible dolor en el pecho.

Con los ojos cerrados perdí la sombra de Axel. Solo me di cuenta que estaba detrás de mí cuando sus piernas hundieron el colchón de la cama. Mis dedos intentaron moverse entre las sabanas, pero él terminó siendo más rápido. Aferró mi pequeña muñeca y, con un tirón simple, movió mi cuerpo dejándome boca arriba. Presionó los muslos en mi cintura y, con una enorme sonrisa, retiró la zapatilla de deporte que sentí sobre mi pecho.

Tenerle tan cerca no me molestaba, pero tampoco era tan agradable sentirse observada por esos ojos negros que ni pestañeaban. Aguantó todo el peso para no caer sobre mí y, con una de sus estúpidas sonrisas, se dedicó a apartar el cabello que cubría mis labios. Los entreabrió, y con el dedo pulgar los mantuvo abiertos. Si se suponía que me iba a enseñar a que no tocara nada de su habitación, no me mostraría débil y mucho menos asustada.

Parte de su cabello resbaló sobre la frente, mientras apretaba los labios para dejar salir un poco de aire. Lentamente, se inclinó hacia delante. El mensaje estaba a punto de salir, cuando alguien golpeó la puerta de la habitación. No me hizo falta saber quién era; la única que se quedó esperando fue Jessica.

—Debería cortarte la lengua —por eso entreabrió mis labios. A diferencia de cualquier otro chico, sus dedos no maltrataron mis mejillas—. Nadie toca mis cosas. Y mucho menos las que vendo para conseguir algo de dinero.

Apoyé los codos sobre la cama, y alcé mi propio cuerpo, quedando más cerca de su rostro.

—Entonces atrévete.

—¿Quieres dejar de tentarme? —Giró su cabeza con brusquedad ante el sonido proveniente del pasillo. La chica insistía, una y otra vez, esperando oír la voz de su novio y no una conversación de la que ignoraba todo—Los curiosos acaban mal, Zoe. Tus caprichos acabarán contigo.

No solo era la hija de papá.

También me tachaba de caprichosa.

¿Tan difícil era entender que quería desconectar un poco? ¿Que necesitaba ver mi mundo desde otro punto de vista? ¿Tal vez un poco más alegre? ¿Con menos miedos?

Pero él no podía entender esas cosas.

La maldita idea de que mi vida era perfecta gracias a mis padres, le daba una nefasta imagen de mí. Un chaval daría cualquier cosa para que sus padres le admiraran; que le quisieran sin hacer el mayor esfuerzo. Si era caprichosa se debía a que todo lo conseguí con rabietas. Y, con el paso del tiempo, por muy descabellado que sonara, seguía funcionando. Quería ser lista y así conseguir la atención de mi padre. Agradar a la gente, para que mi madre presumiera de la gran hija que tenía. Y ¿para qué?: Para nada. Mis miedos seguirían ahí; no quería perderlos nunca.

—No soy una drogadicta —quería quitármele de encima, pero era casi imposible. Mi enfado podía ir en aumento pero, aun así, no conseguiría gran cosa.

Su mirada se endureció... pero reparó en el collar que colgaba de mi cuello. La pequeña placa mostraba mi nombre, junto a la fecha de nacimiento. Liberó una de mis manos, hasta capturar la preciosa cadena.

—De la diversión al vicio solo hay un paso.

—Tengo autocontrol —volvió a mirarme a los ojos.

Nuestra tranquila discusión estaba agitando nuestras respiraciones.

—Escuché esas mismas palabras a los cinco años —¿por qué parecía que, con el tiempo, nuestras emociones se familiarizaban? — y, doce años después, mi madre hubiera matado por conseguir algo de *crack*; la mierda más barata del mundo. Así que, escúchame bien, princesita — no lo dijo con maldad, pero seguía molestándome, y más cuando tenía un nombre—: ten cuidado. Tu autocontrol pende de un hilo.

Se levantó con sumo cuidado de no hacerme daño, giró dándome la espalda, y cuando estaba a punto de salir intenté correr para detenerlo. Mis dedos se aferraron a su jersey y antes de que tuviera la oportunidad de hablar, Axel, se giró cometiendo una acción que me dejó sin palabras.

Sentí sus dedos en el interior de los bolsillos de mis vaqueros. Me acercó hacia él, y presionó dulcemente sus labios sobre mi frente. Con un susurro, se despidió de mí.

—No olvides lo que te he dicho, Zoe.

Apreté los labios con la esperanza de no soltar un gemido. No quería ver su rostro de vencedora, y menos cuando planeó dejarme débil contra el árbol donde se apoyaba mi espalda. Cerré los ojos al sentir otro beso bajo mi barbilla, y la aparté de inmediato, perdiéndome en sus grisáceos ojos.

Al posar mis manos en sus brazos, Jess enarcó una ceja graciosa. Llevábamos horas sin dormir, esperando a que el sol surgiera para dar paso a un nuevo día. Se sentó en el seco césped y, sin decir una sola palabra, subió las piernas por encima de las mías.

—Estás cansada —soltó una risa—. El sueño venció al placer. Es hora de que vuelvas a casa o tus padres no te dejarán verme nunca más.

Tiró de esos largos tirabuzones de colores dejándolos sobre los hombros. Jessica ladeó la cabeza, acomodándose contra mi cuello y respirando sobre mi piel. Sus manos seguían heladas, y buscó las mías por la calidez que desprendía.

—Puedo aguantar un poco más —dijo bostezando—, todavía es pronto.

Me ocupé de mirar el reloj.

—Las siete de la mañana, preciosa —me mantuve firme cuando besó mis labios de una forma chantajista—. Norman e Ivette tienen que encontrarme en la cama. Los domingos solemos desayunar todos juntos. No puedo fallarles.

—Es demasiado pronto —levantó la cabeza, mirando una ventana en concreto—. Mira —señaló el atrapasueños que le regalé a Zoe y que colgaba del alféizar; ni siquiera habíamos sido capaces de irnos a otro sitio—: ella sigue durmiendo. ¿Cómo intentas librarte tan fácilmente, de mí?

Verle con la nariz arrugada, me dio algo de felicidad. Ella seguía insistiendo que nos quedáramos un rato abrazados, cuando ambos deberíamos estar en nuestras respectivas habitaciones desde hacía horas. Acaricié sus suaves mejillas y, con una sonrisa, la besé. Jessica quería más, y en otra situación hubiera seguido, pero no podía.

Nos levantamos.

—Llámame cuando llegues.

Cruzada de brazos me guiñó un ojo.

—Siempre lo hago, Axel.

Subió al autobús, dejándome algo más tranquilo.

El silencio que me rodeaba llegó a dejarme algo cansado. Cerré la puerta despacio y, con las manos en los bolsillos, me dirigí a las escaleras.

—Buenos días —escuché desde la cocina.

Ivette estaba despierta. Preparando el desayuno para su familia aún dormida. Verle con el cabello suelto se me hizo raro, ya que siempre solía llevarlo recogido en una trenza. Apuntó mi pecho con la espumadera que sostenía, y señaló una de las sillas. Al parecer, descubrió que no había pasado la noche en mi habitación.

Tiré de la silla, y seguí mirando la imagen. Zoe tenía suerte de tener una madre que siempre estaba atenta a sus necesidades. Que le arropaba por las noches, incluso cuando ya no era un bebé.

Verle cocinar, cantando sin avergonzarse, no me retrotrajo a ningún recuerdo de mi pasado; porque no lo había.

—¿Qué tal la fiesta?

No podía decirle que fue un desastre.

Guardé silencio.

Ivette insistió.

—Ayúdame a poner la mesa. Esos dos siempre se levantan a las siete y media de la mañana cuando hay tortitas —cogió una pila de platos y me los tendió. Al estirar tanto los brazos, dejó a la luz unas enormes marcas en sus muñecas. De repente, se asustó. A punto estuvo de caérsele todo de las manos... por suerte, lo impedí a tiempo—. N-no es lo que parece.

Parecía mareada, a punto de desmayarse.

Sujeté su brazo, ayudándole a sentarse en la silla. Acomodó el rostro en una de sus manos, y cogió todo el aire posible para intentar recobrar la respiración. Estaba pálida, con los labios blancos.

—¿Quieres un vaso de agua? —Ella me miró.

—Siéntate, Axel —contestó, rechazando un poco de agua fresca que le iría bien—. No tendrías que haberlo visto, ha sido un descuido.

Así que, Zoe no sabía que su madre se intentó suicidar.

Cogió mis manos con miedo y, con lágrimas en los ojos, esperó a que le pidiera que continuase. Me daba miedo. Saber sus secretos, me llevaba a formar parte de esa familia.

—¿Recuerdas la noche en la que Zoe te mintió sobre el pequeño muerto? —Asentí con la cabeza — En realidad sí que me quedé embarazada hace muchos años. Pero le perdí —se le hizo un nudo en la garganta—. Aquello fue muy duro, y yo no aguanté ese dolor. No llegué a verle. Norman se ocupó de enterrarle antes de que y-yo...—arrancó el llanto. No sabía qué hacer, así que apreté sus manos—. Una noche, cuando él se marchó debido a una urgencia en la clínica, decidí la barbaridad de dejar este mundo.

Estaba temblando. Parecía mucho más pequeña al estar con los brazos apretados contra su cuerpo. Se avergonzaba de llorar delante de mí, pero no quería silenciar. Necesitaba exponer la historia completa. Sus ojos acumulaban lágrimas de dolor y solo podía quedarme quieto, en silencio.

—Seccioné mi piel con una cuchilla y, antes de sumergirme en la bañera, decidí que necesitaba despedirme de mi pequeña —en el triste rostro de Ivette, apareció una sonrisa, al hablar de Zoe —. Ella estaba allí; con el dedo pulgar en la boca y encogida con su muñeco favorito. Entonces me di cuenta de que estaba siendo egoísta, que no podía abandonar a mi niña —tocó su vientre—. Luché por seguir con vida solo por ella. Y lo sigo haciendo, cada día.

Sentí como si mi estómago estuviera envuelto en fuego.

—Ivette...

—Y luego apareciste tú —sonrió, entrecerrando los ojos—, completando la familia —de repente se dio cuenta de que me sentía mal al conocer sus verdaderas intenciones, aquellas que le llevaron al borde del suicidio—. ¿Por qué no despiertas a Zoe? Pero antes —pasó las manos por mis brazos— ¿me das un abrazo?

Eso hice; la abracé, y luego cumplí su orden. Casi sin aliento subí las escaleras y, al llegar al pasillo, me detuve delante de la puerta de Zoe. Como dijo su madre, estaba despierta; sentada en la cama y luchando por entrar en el cuello del jersey que le habían regalado.

Aparté los ojos al verla con un fino top que tapaba sus pechos.

—¿Quieres algo?

—Es hora de desayunar.

—Bajaré en dos minutos —dijo, poniéndose de pie. Se quedó detrás de mí, y me aparté de su lado al sentir sus dedos tocando mi antebrazo. Era la primera vez que tocaba uno de mis tatuajes

—Solo quiero...

Le miré por encima de mi hombro.

—¿Reírte de mí?

Sacudió la cabeza.

—Quiero saber qué significan tus tatuajes, Axel —al quedar cara a cara, su pecho rozó el mío, y sus labios se separaron.

En un descuido, presioné el dedo índice sobre sus labios.

—¿Qué te dije de los curiosos? —Ante la pregunta, no se apartó.

Abrió un poco más sus adormilados ojos.

—¿Que les cortas la lengua?

Jadeó ante la presión de mi mano sobre su vientre. Le empujé, hasta que quedó contra la pared y mi cuerpo.

—Así que la princesa está jugando —luchó contra mi mano, pero pude retenerla, una vez más—. No evites mis consejos, intento llevarte por buen camino.

Zoe miró la mesita de noche, donde otro de mis regalos tapaba su teléfono móvil.

Sonreí.

—¿Y tú? —Parecía sentirse pequeña ante mi figura.

—Mi forma de jugar no te gustaría.

Me aparté de su lado.

—Eso no lo sabes —tiró de mi camiseta—; no lo sabes.

Repitió graciosa.

Ladeé la cabeza, para comprobar que la puerta de la habitación estaba cerrada.

Miré mis dedos atrapando ese trozo de tela negra. Él, y sus manías de llevar camiseta sin mangas que dejaban al descubierto todos los tatuajes de sus brazos. Nos miramos a los ojos por unos segundos y, al notar que su mano descendía, inevitablemente bajé la cabeza para mirarle. De mi pantalón colgaban un par de cordones que no estaban enlazados, así que Axel aprovechó para coger uno.

Si tiraba un par de centímetros, vería mi ropa interior. Antes de que lo hiciera, apreté mi mano en su muñeca, deteniéndole con una sonrisa en el rostro. Con cuidado de no hacerle daño, cosa que era imposible, giré su brazo para mirar el tatuaje que tanto me llamó la atención. Por primera vez di el paso de retenerle y rozar su piel. Delineé la enorme mano que llevaba, dándome cuenta que él cerró los ojos de golpe. En el brazo derecho, bajo gran cantidad de tinta, había quemaduras de segundo o tercer grado.

Mis hombros se abatieron, y agradecí estar apoyada en la pared. Me sentí observada por esos enormes ojos negros, que pedían a gritos que tuviera el valor suficiente de pronunciar lo que estaba pensando.

—*Jamsa* —dijo; yo quería escuchar qué comportaba para él, aparte de lo que significaba en la cultura árabe—. La primera paliza que me dio mi padre, me dejó inconsciente durante tres días. Cuando abrí los ojos en esa blanca habitación de hospital —se detuvo, al notar que seguía atreviéndome a tocarlo— estaba aferrado al amuleto. Digamos que, de alguna forma, me dio fuerza.

Dijo «de alguna forma» porque, seguramente, Axel no era creyente.

Balbuocé cosas sin sentido.

—No tienes que decir nada, Zoe, todos tenemos un pasado.

A diferencia de la mía, su vida fue un infierno.

Escalofríos, me recorrieron la espina dorsal y pusieron mi piel de gallina, al sentir uno de sus dedos tocando la pequeña cicatriz que tenía.

—Apendicitis —confesé—. A los quince años.

—Pequeña. Fácil de disimular —suspiré, porque sabía que él tenía razón—. Espero que por tu mente no pase la estúpida idea de tatuarte. Con el tiempo podrías arrepentirte.

—¿Estás arrepentido, Axel?

Pasaban los minutos y ninguno de los dos estaba dispuesto a cortar la conversación.

—Nunca —estiró los labios. Aparté la vista, sonriendo. Observaba cada rasgo de su rostro, desde la mandíbula cincelada hasta su pelo negro alborotado. De repente, me detuve en las pequeñas heridas que cicatrizaban en el puente de la nariz—. Solo es un golpe —dijo, como si me leyera el pensamiento—.

No quería hablar de ello, lo noté por el tono de su voz.

—Peor para ti —quería romper la incomodidad—: No podrás darle besos de esquimal a Jessica.

—¿Y quién ha dicho que no pueda?

Arrastró mi mano bajo la suya, y la dejó descansar sobre mi mejilla. Lentamente, se acercó hasta

mi rostro para romper el pequeño espacio de separación que nos quedaba. Su nariz herida acarició la mía, bajando por el pequeño puente hasta convertir aquello en una sencilla caricia.

No pestañeé, me incliné para devolverle el saludo.

—¡A desayunar!

Explotamos en una carcajada.

—¡Dos minutos, papá! —Alcé la voz. Axel se apartó de mi lado, encogiéndose de hombros—. Te acostumbrarás.

Él me miró con una expresión burlona, arqueando una ceja.

—Me he acostumbrado a ellos —golpeó gracioso mi hombro con el suyo cuando salíamos de la habitación—; la difícil eres tú.

No dije nada.

Tal vez tenía razón.

El comedor estaba en silencio, algo poco habitual en nuestro instituto. Kim golpeó la máquina de cafés, gruñendo y aguantando entre sus dientes el pequeño lazo que se soltó del rizado cabello caoba. Reí, encogiéndome de hombros por su forma de ser; esa chica podía ser muy insistente cuando quería. Llamamos la atención de varios compañeros y, al escuchar el vaso caer, mi amiga se tranquilizó hasta respirar con normalidad.

Avanzamos en silencio, buscando una buena mesa donde desayunar tranquilamente. Cerca del ventanal, justo el que daba a las canchas de básquet, había un par de asientos libres. Dimos unas cuantas zancadas y, para reservar el sitio, tiramos nuestros abrigos.

La clase de historia nos dejó agotados. Parecíamos muertos vivientes ansiosos por algo de comida o un buen sitio para dormir. Apoyé el codo sobre la mesa y mi mejilla se adaptó perfectamente en la palma de mi mano. Miré por la ventana hacia el lugar donde había un enorme árbol. Debajo de las anchas y largas ramas, descansaba un chico que leía con atención un libro.

A veces era tan raro, que no le preocupaba la falta de nuevos amigos. Axel prefería leer uno de los libros que papá guardaba en la biblioteca, mientras que esperaba a Jessica. Movié un cigarrillo entre sus labios, dejando escapar el humo por la nariz.

Levantó la cabeza y, cuando se dio cuenta de que le estaba mirando, giré la cabeza de inmediato. Los curiosos ojos de Kim se posaron en los míos y, con una ceja enarcada, supe que iba a sacar un tema que llegaría a molestarme, de una forma u otra. Antes de escucharla, cogí una de las pequeñas zanahorias que llevaba para desayunar, triturándola con mis dientes antes de tragarla.

—¿Qué hay entre vosotros dos? —Dejó a un lado el vaso de café vacío. Inspeccionó las mesas de los alrededores, procurando que nadie pudiera escuchar la conversación— ¿Realmente habéis establecido un lazo familiar?

Se movió de tal manera que intenté retroceder de mi asiento; el taburete era demasiado pequeño, al igual que la anchura de la mesa.

—Un lazo familiar se compone de amor, confianza y respeto. Nosotros estamos en una etapa en la que, lo mejor, es fingir —moví la mano, como si fuera de lo más obvio—. Delante de mis padres nos llevamos bien. Y a solas... nos esforzamos al máximo. El carácter de Axel es muy complicado. Tú no lo entenderías.

A Kim solo le faltó llevarse las manos al vientre.

Empezó a reír como una loca.

—Las dos sabemos que quien tiene un carácter fuerte eres tú, querida amiga. El chico que hay ahí —apuntó con el dedo—, no ha dado ni un solo problema al instituto. Tatuajes y *piercings*, pero solo se ha peleado una vez. ¡Joder! Sacó un nueve en matemáticas. Es un genio callejero.

La palabra callejero no sería música en los oídos de Axel. Más bien, era una de las tantas cosas que odiaba cuando se referían a él.

—En realidad sacó un 9'5 —nota que no había obtenido yo, en ninguno de mis exámenes. Al menos, de momento, había un listillo en la familia.

Me sobresalté ante mi pensamiento: Acababa de incluir a Axel en mi familia. Sonó raro, pero era la forma en la que teníamos que interactuar; como hermanos.

—Ese es el problema. Que el chico parece un *bad boy*, cuando lo único malo que hizo fue golpear a Joseph el día que insultó a su madre —no me gustó la actitud de J. pero tampoco la de Axel. Por supuesto que estaba mal insultar a una madre... pero ¿ponerse a su nivel? También era algo horrible—. Los chicos no están planeando nada bueno contra él.

—¿Qué quieres decir?

Dejé de escucharle. El grupo de amigos de Joseph, compuesto por Didac, los hermanos Martín y los demás, aparecieron en el comedor con amplias sonrisas. Apartaron todas las sillas que quedaban en medio de su camino. El profesor que estaba de guardia les vio, pero no se dignó a decir nada. Didac buscaba a alguien, y parecía desesperado en esa búsqueda.

Abrieron las puertas de emergencia, y señalaron al único chico que prefería estar lejos de los demás.

—Eso no pinta bien —Kim no fue la única en levantarse y posar las manos sobre el cristal. Después de ella, vinieron más—. Didac quiere pelear con él. Y Joseph no hará nada.

Los murmullos de la sala seguían sin inmutar al profesor. La expresión de J. no me gustó, y mucho menos la de su mejor amigo. Querían provocar a Axel, buscando una excusa para golpearle.

Didac Bellucci era un chico problemático. Sus tíos preferían invertir dinero en tapar sus malos expedientes, que en reeducarle. Mantenía el cabello al uno; le encantaba mostrar la enorme cicatriz que tenía en la cabeza.

Joseph era su amigo porque, de pequeños, sus familias estaban muy unidas. Hasta que murió un familiar y se marchó de Barcelona. Volvió el año pasado, encontrándose con un instituto tranquilo, y ninguna víctima a su nivel. Pero ahí entraba Axel.

Le arrojaron unas cuantas latas de refresco y, aun así, el otro les ignoró. Se rascó el cabello y pasó una página de ese enorme libro, al tiempo que, con sus zapatillas de deporte, apartaba la metalizada lata.

—Avisa a Raquel —cogí mi cartera—, ella sabrá que hacer.

Asintió con la cabeza, y me vio salir corriendo del comedor.

Noté el helado aire fresco sobre mis mejillas, al tiempo que algo de debilidad recorría mi cuerpo. Mis pasos se aceleraron; apreté los puños enfurecida. Frente a mí había una injusticia. Aunque muchas veces no soportara a Axel, él no estaba haciendo nada malo.

Parpadeé, hasta centarme en Didac.

—¿Por qué no te levantas de ahí? De esa forma podremos hablar mejor —sus amigos rieron—.

Quizás tienes miedo. Bajo todos esos tatuajes, se esconde una pequeña nenaza.

Axel levantó la cabeza.

—Tengo cosas mejores que hacer —por el tono de su voz, se le notaba enfadado.

—¿Solo vas a hacer eso? ¿Fingir que sabes leer? —Otra risa más, y estaba segura de que acabaría en el suelo. Con Joseph lo hizo— He escuchado los rumores —estaban a unos metros de mí, ellos no me vieron—... dicen que tu madre es una gran prostituta. ¿Por cuánto me la chuparía? ¿Por diez? ¿Por quince?

La madre de él era sagrada. Nadie podía nombrarla. Dejó el grueso libro a un lado del árbol y, con las manos en los bolsillos, se plantó delante de Fred. Eric no dejaba de sonreír ni de hacer el imbécil delante de sus amigos. Joseph, al contrario de los demás, perdía sus verdes ojos en el arenoso terreno.

—¿La nenaza se ha quedado sin voz? —Dijo uno.

Siguieron atacándole.

—Quién sabe —rio—... a lo mejor, el haber chupado tantas pollas le ha dejado mudo.

En silencio se remangó la chaqueta tejana. Cabizbajo, imaginé una sonrisa surgiendo de sus labios. Los chicos siguieron insultándole, provocándole más ira. Pero no era consciente de que Didac atacaría primero. Corrí, quedándome sin respiración por llegar lo antes posible.

Me planté delante del grupito de amigos y, con mis manos sobre el pecho de Didac, le empujé con tanta fuerza que logré tirarle al suelo. Retrocedí mis pasos, hasta que mi espalda tocó el pecho de Axel.

Con sus manos cubiertas de sangre, se levantó ágilmente y alargó el brazo en un intento de golpearme. El simple movimiento me dio miedo, hasta provocar que cerrara los ojos para defenderme y no recibir el golpe.

Algo lo paró.

Abrí los ojos.

La mano de Axel envolvió el puño de Bellucci. Él solo pensaba en hacerme daño, cuando el gamberro hacía todo lo contrario: defenderme.

—¿No pensarías que te iba a dejar tocarla, verdad? —le miré de reojo. La furia marcada en su rostro, se desvaneció—. Nadie le pone un dedo encima.

Íntimamente, esperaba la ayuda de algún profesor, pero no vi a nadie. Salvo la gran batalla que se formó entre ellos.

Didac levantó el puño para defenderse, corriendo en busca del rostro de Axel. Lo único que consiguió fue quedar en el suelo, tendido por un rodillazo en su abdomen. Se retorció, bajo la atenta mirada de sus amigos que no hacían nada. El gamberro se acercó hasta mí, para comprobar si estaba bien. Mi sonrisa le tranquilizó. Me dio la espalda, dirigiéndose de nuevo hasta su contrincante. En el momento en el que le golpeaba, una y otra vez, en el rostro, sus nudillos se cubrieron de pequeños cortes.

Intenté acercarme, pero Joseph me detuvo.

—¡Cox! ¡Señor, Cox! —La directora gritaba sin parar, acercándose hasta nosotros— ¡Axel!

Axel no respondía a su apellido; solo si le llamaban por su nombre.

Levantó la cabeza.

—No es lo que parece —dije, antes de que hubieran malos entendidos—, ellos empezaron primero.

—Me lo imaginaba —nos miró a ambos—, Zoe Domènech, una alumna más. Sabía que sus padres se equivocaron al acoger a un... —miró de arriba abajo, a Axel— delincuente juvenil. Todo serían problemas. ¡Vosotros! —Bajaron las cabezas avergonzados—, marchaos. Más tarde os llamaré. Y los *hermanitos* —nos apuntó con el dedo—: quedaos aquí hasta que terminen las clases.

La señora Caballé llevaba semanas observando a Axel. Era capaz de hacer cualquier cosa para librarse de él... pero, también de mí. Giró sobre sus altos tacones, mostrando esa corta falda que llevaba por encima de sus gruesas piernas. Nos miró por encima del hombro antes de adentrarse en el instituto, disimulando una sonrisa de satisfacción.

Pasaron las horas; nos dejaron fuera como a ratas callejeras con el frío del invierno. Cuando los alumnos salieron, aprovechamos y recogimos nuestras cosas para volver a casa. Pero teníamos una gran sorpresa esperándonos fuera...

—No es posible —llevé mis dedos a los labios.

La *motocross* de Axel estaba destrozada. No solo se entretuvieron en aplastarla con bates de béisbol, sino que, además, pasaron el coche de Joseph por encima. Aquel no era nuestro día.

—Va a llover.

¿Había escuchado bien?

Su moto estaba hecha pedazos y solo se preocupaba por la lluvia.

—Axel...

—Lo sé —señaló el cielo—, tormenta eléctrica. Eso significa rayos.

Cogió mi mano, obligándome a acelerar mis pasos. Por suerte, no estábamos muy lejos de casa pero el camino seguía siendo largo a diferencia de cuando cogíamos algún transporte. Las primeras gotas de lluvia humedecieron nuestros abrigos y, de fondo, se escucharon los primeros rayos. Los dedos de él empezaron a marcarse en mi piel. Se aferraba a mi mano como si de alguna forma pudiera calmarse. No dejábamos de correr, de cruzar los semáforos en rojo.

Nos detuvimos delante de un pequeño quiosco que estaba cerrado. Axel soltó me soltó, deteniéndose frente a mí sin pestañear. El frío calaba nuestros cuerpos y no podíamos quedarnos en medio de la calle sin refugiarnos.

Susurré su nombre, y señalé un lugar para protegernos de la lluvia. Empecé la marcha hasta que reparé en que no me seguía, y volví a buscarle. Estaba temblando, con los ojos abiertos... y rojos. Sabía que estaba llorando, incluso cuando las lágrimas se fundían con las gotas de lluvia.

—Tenemos que irnos —tiré de su abrigo.

Estaba inmóvil.

(Retumbaron más rayos)

—¡Axel!

Quería que reaccionara, que arrinconara su pasado.

Para mi sorpresa, solté un grito cuando mi espalda rozó la metalizada pared del quiosco. No cerré los ojos, porque no podía creer que Axel hubiera acomodado su pecho sobre el mío hasta alcanzar mis labios. Se inclinó para darme un corto beso, con algo de temor. La suavidad era agradable, pero quería detenerle... aquella no era la forma de encontrar la paz que anhelaba.

Dejó caer todo su cuerpo y, al sostenerle, me desplomé con él sobre el mojado suelo. La cabeza del gamberro descansaba sobre mi pecho, tiritando. No dije nada. Me limité a mirar sus dedos entrelazados con los míos.

—Ayúdame —susurró—, ayúdame.

Estaba asustado, y no sabía qué hacer.

—Estoy aquí, Axel —le abracé—... No te voy a dejar solo.

No sé cuánto tiempo permanecimos sentados bajo la lluvia, apoyados en la vieja persiana y con el cuerpo de Axel acomodado en el mío. Agradecí que el teléfono siguiera funcionando, ya que resultó ser nuestra salvación. Llamé a mi padre pidiéndole ayuda y olvidándome por completo que estaba en la clínica.

De vez en cuando, limpiaba las lágrimas de su cara paseando mis temblorosos dedos por su piel. Él seguía tiritando; susurraba palabras que para mí no tenían sentido y, mucho menos, el nombre que le dejaba sin aliento. Las palmas de mis manos presionaron sus oídos, esperando aislar el sonido de los truenos.

A unos metros del quiosco, un *Lexus* rojo paró delante de nosotros. El oscuro cabello de papá estaba completamente mojado. Abandonó el vehículo sin ningún paraguas, y aceleró los pasos con la mirada fija el cuadro que debíamos resultar. No nos saludamos; señalé a Axel con la cabeza, y él mismo alargó el brazo para recogerle del suelo y llevarle a un sitio más seguro. A nuestro hogar.

Me sentí frustrada al no haber podido arrastrar el alto cuerpo de Axel, y llevarle yo misma hasta casa. Seguí sus pasos, observando cómo tropezaba con los zapatos que le regaló Julia en señal de bienvenida a nuestra familia. Inclino la cabeza hacia delante y se dejó caer en los asientos traseros. Crucé los brazos bajo mi pecho al caminar por detrás del coche hasta alcanzar la puerta delantera.

—¿Qué le pasa, papá? —Pregunté al tiempo que me colocaba el cinturón de seguridad. Sus ojos claros miraron a través del retrovisor, asegurándose de que Axel estuviera mejor. Se encontraba encogido, con las piernas pegadas en el pecho, y las manos evitando escuchar los espantosos sonidos del exterior—. Es la segunda vez que le veo así. ¡Está sufriendo! ¡Deberíamos ir a un hospital!

Debí reprimir el grito.

Pero él no se lo tomó a mal.

Giró el volante cuando la señal de tráfico parpadeó en verde. Se mantuvo en silencio unos minutos más. Quería escuchar su voz para que el entrecortado llanto del gamberro no me doliera de la forma en la que me estaba afectando. No podía dejar de mirar, con la esperanza de verle mejor, detrás de esa extraña sonrisa que había dibujado su rostro. Su alborotado cabello se coló entre sus dedos, mientras que seguía moviéndose nervioso.

Vi la urbanización donde vivíamos.

Mi padre continuaba callado, tal vez calibrando la medicación que le daría a Axel para que se quedara dormido. Paró el coche en un enorme charco y se inclinó hacia delante, con los codos sobre sus muslos. Era obvio, por su expresión, que lo que estaba a punto de decirme era difícil de pronunciar en voz alta.

—Sufre de trastorno por estrés postraumático. No podemos hacer nada.

—¿Qué? Hay algo llamado —bajé el tono de voz— psicólogo... Un profesional podría ayudarlo.

—¿Crees que él iría? —¿Por qué la gente estaba obsesionada en que los psicólogos solo eran

para los locos?— No queremos atosigar, Zoe. Seguimos siendo completos desconocidos para él. Es capaz de no aceptar nuestra ayuda, y salir huyendo en cualquier momento.

Pero tampoco nos podíamos quedar sin hacer nada. Luchaba por respirar, estaba mal.

Golpearon en el cristal del coche, finalizando así nuestra conversación. Era mamá con una triste mirada y aferrada a un enorme paraguas azulado. Al salir me coloqué cerca de ella, sintiendo su brazo por encima de mis hombros y su mano acariciándome el brazo. Mi padre sacó a Axel del coche y nos dirigimos a casa.

No quería alejarme de ellos, así que seguí sus pasos hasta la habitación de él. Le tumbaron en la cama, quitándole la ropa húmeda y sustituyéndola por otra, seca.

—Dame 5 mg de *diazepam* —le pidió a su enfermera (que, en ese caso, era mamá)— Con esto descansará un par de horas hasta que se encuentre mejor —dijo, al terminar de hundir la inyección por vía intravenosa—. Vamos abajo. Tenemos que hablar.

Hubo un momento de silencio en el que nos limitamos, las dos, a mirar cómo arrojaba a Axel. Al erguirse, rozó mi hombro para invitarme a salir de la habitación. Mi padre quería hablar conmigo, imaginaba la charla que me soltaría. Por suerte, me dejó cambiarme de ropa; sequé mi cabello y lo recogí en dos trenzas, como de costumbre.

Al verme entrar por su pequeño despacho, se levantó de su asiento para sentarse sobre el escritorio.

—La directora me ha llamado —cerré la puerta detrás de mí. Solo con la ayuda de Axel podría creerme acerca de lo ocurrido—No quiero que pienses que estoy furioso contigo —apuntó el techo, para señalar la segunda planta—, también lo estoy con él. ¿Pelearse? Zoe, ¿desde cuándo te metes en problemas?

—No sé qué te ha dicho la señora Caballé —gruñí, recordando el castigo que tuvimos que pasar: dos horas fuera del centro— pero Axel no empezó la pelea. Fueron Didac y el resto.

Apartó las gafas de lectura, deslizándolas por el largo puente de su nariz.

—¿Y tú que hacías en medio?

Además de que era mala estudiante, él no quería pensar que también me gustaba meterme en problemas.

—Ayudar a mi nuevo —hice comillas con los dedos—*hermanito*. Ahora en serio, papá —quería dejar el humor a un lado—, ellos lo provocaron: Insultaron a su madre, le arrojaron cosas, Didac me intentó golpear... y, para colmo, le han destrozado la moto.

Algo no le gustó.

Se puso inquieto.

—¿Te han puesto la mano encima? —Negué con la cabeza. Axel detuvo el puño a tiempo, de lo contrario hubiera impactado en mi mejilla— Dime la verdad: ¿Estás segura?

—Sí. Tienes que creerme —me senté en uno de los sillones negros—. Si quisiera deshacerme de Axel...apoyaría la teoría de la señora Caballé. Y no es así. Él no hizo nada malo, salvo ignorarles.

Se levantó del lateral del viejo escritorio que le acompañaba desde su adolescencia y acarició mi cabello para besarme la coronilla. Era de esas veces que me miraba a los ojos y sabía que no mentía. Me levanté con tranquilidad, pero antes de salir por la puerta, su voz me retuvo unos segundos más.

—Que tu madre y yo no os castigemos no significa que Abigail Caballé se mantenga al margen

—marcó una sonrisa—. Esa vieja loca sigue igual. Recuerdo cuando tenía vuestra edad y buscaba cualquier excusa para tener el aula de castigo llena de alumnos. Zoe —le miré, aguantando las ganas de reír al saber que a él le había pasado lo mismo—, no le llesves la contraria. Así se olvidará de vosotros, ¿entendido?

—Sí, papá.

Fui a mi habitación y me escurrí bajo las sábanas. Sabía que era demasiado pronto para irse a dormir, pero no tenía hambre y necesitaba estar sola. Mi mente corría a mil por hora. Los problemas no parecía que se esfumaran. Terminé por quedarme dormida de madrugada, cuando los demás hacía horas que descansaban.

A la mañana siguiente, el instituto seguía como siempre (no era una novedad). A excepción de Axel, que se levantó enfermo, estornudando y con los ojos rojos por el resfriado que pescó bajo la lluvia.

Busqué mi taquilla y, cuando estuvo abierta, aproveché para guardar todas mis cosas. Kim seguía esperándome cerca del cuarto de baño de chicas, jugueteando con su teléfono móvil. Giré sobre las marrones botas que llevaba, con tan mala suerte que topé con la directora del centro.

—Buenos días —saludé, e intenté huir de inmediato.

—¿Adónde va, señorita Domènech?

Eran las diez de la mañana; segunda clase antes de un descanso.

—A Ciencias —por mucho que le esquivara, ella interponía su brazo en medio de mi camino—  
¿Sucede algo?

—Tengo que hablar con usted —en realidad no recordé una sola vez que hubiera pisado su despacho. Solía ignorarme, ya que lo mío era mirar y callar, sacando notas bajas—. Serán cinco minutos —alzó la voz para que Kim escuchara—, después podrá volver a clase.

Cuando la rechoncha señora Caballé ocupó el campo de mi visión, miré de reojo a mi mejor amiga que aguantaba las ganas de reír; también intentó imitarla. Nuestra directora tenía complejo de modelo con sus gruesas piernas, que se cruzaban en cada paso que daba permitiendo que sus medias se escurrieran por su arrugada piel. El perfecto moño blanco que se balanceaba de un lado a otro, llegaba a rozar sus orejas. ¡Tenía el tamaño de una cabeza! Sin mencionar esas espantosas gafas alargadas de color rosa que descansaban entre sus pechos.

Abrió la puerta.

Inmediatamente, se acomodó en su enorme asiento.

—Siéntese —pidió ¿amablemente? Aunque noté cierto retintín— Zoe Domènech. Diecisiete años, alumna del centro, notas totalmente desagradables.... ¿Usted piensa ir a la universidad?

¿A qué venía eso?

—Por supuesto.

—¿No pensará ser cardióloga como su padre?

En casa teníamos suficiente con un médico.

Recordé la frase de tía Amy: «Tú mejorarás el mundo a tu manera, cariño».

Ella era tan parecida a mí.

—No.

—Qué agradable música para mis oídos —apreté la mandíbula—. Está claro que la población disminuiría si quedara en sus manos —soltó una risa. ¿Qué forma era esa de torturar a uno de sus alumnos?—. ¿Qué sabe usted de Cox? ¿Ya tiene planes? ¿Al cumplir la mayoría de edad se irá?

—Axel —oí el chasquido de lengua, que provocó al escuchar su nombre— es un buen estudiante. Seguramente se quede para entrar en una buena universidad. Mis padres no le han acogido para echarle al cumplir la ma...

Me cortó.

—Los delincuentes infantiles no tienen acceso a la universidad —miró sus uñas—. Como mucho, a una pública. *Middle Bilingüe School* es demasiado para él. Sigo sin entender por qué sus padres le pagan una plaza... a Alex —tenía que pensar su nombre.

—¡Axel! —Grité.

—Sí, Axel Coz.

—Cox —¡Esta bruja me sacaba de quicio!

¿Por qué a veces decía bien su nombre y, otras, se equivocaba?

—Estoy segura de que la pelea que se produjo ayer la causó él. Ya dije que no pasaría una por alto, desde el día que vi a ese chico repleto de tatuajes —buscó el expediente—. Da una mala imagen al centro. Necesitamos alumnos ejemplares, y no ratas callejeras —su furia aumentaba—. Sus padres cometieron un gran error al recogerlo.

Mis manos cayeron sobre la falda.

Lo entendí todo en cuestión de minutos.

La señora Caballé era familia lejana de Didac. Al menos, eso me hizo creer Joseph cada vez que readmitían a su mejor amigo, una y otra vez. No solo se trataba de la cantidad de dinero que donaban sus padres al instituto, también había un lazo familiar.

No podía decir nada.

Tampoco se me permitía defender a Axel.

Ella era poderosa.

Una palabra fuera de su agrado, y los dos nos quedábamos fuera del instituto.

—Cox comenzó a molestar a los alumnos —intentaba convencerme, cuando yo estuve delante—. Ellos, técnicamente, jugaban con un balón y Axel se acercó para arrebatárselo. Al no obtenerlo, golpeó al señor Bellucci. Yo lo vi todo, ¿entendido?

Se me heló la sangre.

Era una de esas pocas veces que deseabas tener a tus padres al lado, para que te apoyaran.

Pero papá me dijo que no le llevara la contraria.

Seguí en silencio.

—Ambos se quedarán dos horas después de clase. Se ocuparán del mantenimiento del centro —lo anotó en el folleto de castigos—. Qué bien para Rick, tendrá dos ayudantes.

Hice un mohín.

Lo notó.

—¿Algún problema? ¿Prefiere que sean tres horas?

—No. Por supuesto que no —me tembló la voz. En medio del curso... y nos quitaba horas de descanso.

—Ya puede volver a clase —levantó las gafas de sus pechos, abrió las patillas y se las colocó

detrás de sus orejas de soplillo—. ¡Ah! Se me olvidaba —me detuve— la educadora, Raquel, le espera en su despacho. Ella le hará la nota de su ausencia en Ciencias.

No me tomó mucho tiempo al salir por esa maldita puerta. Con los brazos pegados a la falda, y sintiendo las uñas dibujando medias lunas en mi piel, salí en busca de Raquel... la única que parecía tener dos dedos de frente y que no perdía la cordura, como los demás.

Golpeé la puerta marrón y, al escuchar su invitación, entré. El despacho que le asignaron era horrible, a diferencia de los demás: una mesa casi pegada de punta a punta, una planta de plástico y un par de sillas que cualquiera podría destrozar al sentarse.

Sus enormes ojos marrones se abrieron al verme. Dejó el café que bebía y, con una enorme sonrisa, indicó una silla para que me sentara.

—No te esperaba, Zoe.

—Caballé me envía —dije, tratando de mantener la voz firme.

—Por la discusión de Didac y Axel —lo afirmaba—. Estoy segura de que el chico no hizo nada malo; Kim me avisó a tiempo. Pero cuando llegué, Abigail ya estaba en medio. Quiero ayudarlos.

Había una gran diferencia entre ellas dos.

Raquel intentaba ayudar a los alumnos.

Por suerte, Kim fue en su busca.

—Es injusto que tengamos que cumplir un castigo que no nos merecemos.

—¿De cuánto?

—Dos horas después de clase durante un mes.

Abrió los labios exageradamente.

—Tienes razón, Zoe. Prometo hablar con ella. Y, recordarle, que todos los padres aportan una gran donación, cada año, al centro —la directora solo funcionaba a través de chantajes—. Los familiares de Didac no le pueden comprar de esa forma. Aunque la consejería educativa está al tanto... no harán nada. Al parecer, el dinero gana siempre.

Se encogió de hombros impotente.

—¿Puedes hacerme un favor? —Asentí— Quiero hablar con Axel. Yo puedo ayudarle a integrarse. O, básicamente, hablar —sonrió mientras anotaba algo en un *post-it*— El viernes. A primera hora de la mañana.

Cogí el papel amarillo.

—Haré lo que pueda.

—No tiene que aislarse de los demás, Zoe —bajé la cabeza. Axel tenía su propio mundo, donde pocos conseguían entrar—. Él no tiene la culpa de haber vivido un pasado tormentoso. Con ayuda de todos, conseguiremos ayudarle.

¿Por qué tenía la sensación de que mi padre habló con ella?

Al terminar las clases, corrí en busca de mis cosas. Sin Axel, y sin su moto, volvía a coger el autobús. Colgué la cartera en el hombro y caminé hasta la salida.

Hoy no era mi día.

Primero fue la directora, y luego me crucé con Didac y compañía.

—¿Qué estás haciendo, aquí? —dijo estúpidamente.

—Estudio aquí, como tú.

—¿Te vas tan rápido? Ayer parecías tener un incontrolable impulso por verme —rio.

Enarqué una ceja.

—El impulso era golpearte para borrar esa torcida sonrisa que tienes, que muestra tus dientes de caballo —le di un mordisco a una galleta—. Os dejo con vuestras risas.

Me detuvo por el brazo, bruscamente.

—Ayer me ridiculizas, y ahora te ríes de mí —golpeó mi mano, tirando lo que sostenía—. Lo mismo que puedo hacerle la vida imposible al macarra... pero también voy a ir a por ti.

—¿No tuviste suficiente con destrozarle la moto? Pensamos denunciarte, capullo —le empujé pero ni se inmutó—. Conseguiremos las grabaciones. ¡Bum! Sorpresa.

—¡Bumb! —se rio de mí—. La moto era robada. ¿Qué tal? ¿Cómo te quedas?

Celebraron ese gran golpe, entre risas. Dándose golpes con sus pechos como gorilas recién salidos del zoológico.

Un grito los alertó.

—¡Eh! ¡Eh! —Era Joseph— Con ella, no —gruñó, apartando a Didac de mi lado—. Ella no te ha hecho nada.

Ni siquiera podía mirarle a los ojos.

No hizo nada cuando Axel necesitaba ayuda.

—Vamos, solo estábamos hablando. ¿Verdad, Zoe?

Unos pasos se acercaron a nosotros.

—¿Eso crees? —Era una voz femenina— Lo tengo todo grabado con el teléfono móvil —Jessica movió su cabello— ¿Quieres que vayamos a algún sitio con esto, a ver quién tiene razón? Pero mejor será que os larguéis. Os doy el consejo gratis.

J. me miró, y luego levantó la cabeza para mirarle. Didac tiró del enorme gorro que sobresalía de su sudadera de deporte.

—¿Con qué clase de zorras, salías?

Es lo último que escuché.

Jessica pasó a mi lado, guardando el teléfono.

—Gracias.

Posó sus grisáceos ojos en las marcas de mi mano.

—Tranquila. Las dos hemos salido con uno de esos idiotas —bajamos las escaleras del centro — ¿Cómo está Axel?

Ella no sabía que estaba enfermo.

—Se levantó con algo de fiebre.

Nos plantamos delante del coche que Axel estaba arreglando los días que se refugió en su casa. Jessica tenía el permiso de conducir ya que era mayor de edad, como Joseph.

—¿Crees—estaba nerviosa—qué podría verle?

Yo no era nadie para prohibírselo.

—Sí. Mi madre te abrirá la puerta.

Pasé de largo por su coche.

—¡Espera! Te llevo.

Me encogí de hombros. Me trataba como si fuéramos dos amigas teniendo una conversación normal. Nunca intercambiábamos palabras, solo alguna que otra mirada (y no era muy agradable).

Subí en silencio, mirando a través del cristal y moviendo mis dedos sobre la rodilla al ritmo de la canción que sonaba en la radio.

Al llegar, le invité a que se refugiara del frío en el interior de casa, pero se negó rotundamente.

Con una sonrisa, me pidió que avisara a Axel; ella esperaría fuera.

Saludé a mi madre antes de buscar al enfermo de la casa. La puerta de la habitación estaba abierta y, sin golpearla, entré. Él se levantó de la cama al verme. La camisa del pijama estaba abierta a la altura del pecho. Parecía que le gustaba mostrar esa parte de piel desnuda, cuando sus brazos no eran la atracción de su cuerpo. Arregló el cabello que le caía sobre los ojos, y encogió la nariz para no estornudar delante de mí.

—Hola —nos saludamos, a la vez, con una sonrisa.

Guardamos silencio.

Se sentó, con una mano sobre la sien.

—¿Te duele la cabeza? Puedo volver más tarde...

—Zoe —dijo—, estoy bien.

Me apoyé en la pared. Con las piernas cruzadas, esperé un rato para decirle que su novia estaba fuera esperando.

—Sobre lo de ayer...—no me miró a los ojos, el cansancio podía con él. Sus pálidas mejillas estaban sonrojadas; la fiebre hacía estragos en su cuerpo— Ayer...

Sonreí mentalmente.

—¿A qué te refieres? ¿Qué pasó ayer?

Se levantó torpemente.

—Ya sabes —rascó su nuca— Ayer... Yo me precipité de una forma...

—No pasó nada, Axel... Salvo esa maldita lluvia que nos dejó calados —solté, con una risa nerviosa—. La próxima vez tenemos que coger el autobús, por favor.

Yo estaba sin palabras.

En un rápido movimiento, rozó con sus manos mis mejillas. Sentí cómo sus dedos se tocaron entre sí, cuando rodeaban mi nuca. Incluyó la cabeza hacia abajo, dejando un beso sobre mi frente. No me moví; tampoco él, que respiraba sobre mi cabello a la vez que tocaba mis pómulos con su dedo pulgar.

—Gracias —susurró, aún con la boca pegada en mí.

—Jessica te está esperando abajo.

Axel salió de la habitación, dejándome sola.

Tiré la cartera al llegar a mi propio refugio. La habitación estaba cálida por el radiador, pero abrí la ventana para sentarme en el alfeizar, sacando una pierna fuera.

Vi como Jessica corría para abrazarlo. Se rieron juntos y, con una broma de por medio, Axel la subió sobre su hombro; dieron vueltas sin parar. Solté una risa cuando, por poco, cayeron los dos. En el fondo, hacían una buena pareja. Se besaron...

Quería dejar de mirar, pero no podía. Era la dulce imagen de una pareja enamorada.

Algo me golpeó en la mejilla.

—¿Santos? —El guapo latino estaba debajo de mi ventana, ignorando a su amigo y tirándome caramelos— ¿Qué haces aquí?

Sus carnosos labios se abrieron.

¿Cómo podía seguir teniendo unos ojos tan llamativos desde la altura que nos separaba?

—El jueves, cena —apuntó a Axel—. Estáis invitados.

Axel dejó a Jess junto al coche, acercándose hasta nosotros para intervenir en la conversación.

—No podemos.

—¿Por qué?

—Normas de la casa —sí, esa era la parte mala: solo podíamos salir los fines de semana. Santos me miró casi con tristeza.

—¡Iremos! Llevo mucho tiempo sin salir fuera de casa a cenar —estaba tan entusiasmada, que la forma en la que me moví, casi me tira al suelo de la habitación— ¿A qué hora?

La dura mirada de Axel me calló.

—No. No iremos —habló por los dos—. Te lo agradezco, Santos.

—Creo que la invitación es para los dos.

El volumen de mi voz aumentó.

—Sí. Quiero que vengáis juntos —Santos jugueteaba con la cutre-corbata roja de cuadros negros, que llevaba. —Después de cenar, podemos bailar salsa.

—No —dijo entre dientes.

—¡Sí! —Le desafié con la mirada—. Hablaré con mi padre. Seguro que nos dará permiso.

Santos le dio un codazo a Axel.

—Allí te veo, amigo.

Me volví a sentar cuando pensé que seguiría junto a su novia.

Acomodada en la cama me quité los calcetines y, de repente, le vi allí parado, mirándome sin pestañear. Cubrí mis congelados pies con unas zapatillas, y pasé por delante de él para ir al baño.

Cerré la puerta. Pero al cabo de dos segundos, la abrió.

—¿Perdona? Estoy yo —ya no estaba tan débil como antes. Y desapareció su sonrojo—. Puedes ir al de abajo.

—No iremos —no quería discutir, pero Axel seguía con el «no». Enjaboné mis manos.

—Por cierto —nos miramos— ¿has visto mi cazadora?

—No.

Se puso nervioso.

—¿Segura?

—Sí. Segura.

—¡Mierda! —¿Qué le pasaba? —Allí guardaba una cosa que no me pertenece y debo devolver en unos días— Zoe, necesito la cazadora —sin duda, se trataba de la bolsa de cocaína—.

Recordé a mi madre haciendo la colada.

—¡Mamá!: En el lavadero.

Los dos salimos corriendo escaleras abajo. Él tuvo más cuidado de mí que yo misma, al notar que tropezaba con mis propias zapatillas.

—Si ella lo encuentra...—tragó saliva. Si mi madre encontraba cocaína en su chaqueta, poco duraría en casa.

Abrimos la puerta del lavadero. Estaba allí, sujetando la chaqueta de cuero y sosteniendo algo entre sus dedos.

—¿Qué hace esto aquí, Axel? —Lo sacudió, confusa.

Ella se acercó con la cazadora; lentamente, manteniendo la mirada fija en los dos. La dejó sobre el electrodoméstico y sus dedos arrugaron el plateado envoltorio. Ese sonido podía ser bueno y malo a la vez. Sacudió la cabeza, esperando a que saliéramos fuera. Sin decir nada, me quedé detrás de él siguiéndole hasta el comedor. Ocupamos el sofá, y apreté los labios antes de decir cualquier estupidez.

El problema, era exclusivamente de Axel. La chaqueta no era mía, no podía ayudarle de ninguna forma.

—¿Un preservativo? —Era un condón sin usar. Mamá todavía no encontró la chaqueta de cuero donde estaba la bolsa de cocaína. Se sentó en la mesa auxiliar, casi rozando sus rodillas con las nuestras— ¿Qué duda tienes? Es precipitado, pero intentaré responder con claridad.

Charla de sexo.

En ese momento preferí alguna redada antirogas antes que oír la detallar todas las consecuencias que podíamos sufrir los adolescentes, si no usábamos protección.

Miré a Axel, que enarcó una ceja dejando meridiano que él no necesitaba aclarar ninguna duda. Alargó el brazo para arrebatárselo, pero ella reuló. Al menos, era mamá quien lo había pillado; mi padre se lo tomaba de una forma distinta, más dramática. Formuló unas cuantas preguntas más y, en un descuido, aproveché para levantarme del sofá, dejando a Axel solo y sin la poca ayuda que le podría ofrecer.

Rebusqué entre la ropa sucia, y al encontrar la chaqueta que con tanta desesperación buscaba, la cogí y me escabullí con la sensación de tener el corazón en la garganta. Sabía que me había visto escapar, y que intentó librarse de mi madre para seguirme.

No lo consiguió, porque los minutos pasaban y el gamberro no asomó su cabeza por la puerta de mi habitación. Me acomodé en la cama, mirando esa pequeña bolsa con el polvo que llegaba a provocar tanta adicción en las personas. Quien sufría, de momento, las consecuencias, era él. Recordé el día del bar, cuando me quedé fuera con Santos. Axel salió herido, con un corte en el puente de su nariz y un pómulo enrojecido por unos nudillos.

Podría estar loca... pero en mi cabeza pasó la idea de que era chantajeado u obligado a vender esa *mierda* en uno de los barrios más bajos de Barcelona. Cerré el puño, ocultando la mercancía. Mi cabeza bajó lentamente, pensando que su vida era mucho más dura.

Me daba miedo que, por mis celos, él tuviera que marchar e involucrarse en algo peor.

Alguien golpeó la puerta.

—¿Lo tienes?

Era él.

Observé cómo avanzó por la habitación, mostrando sus dientes blancos al alargar los labios en una sonrisa. Detuvo sus pasos delante de la mesita de noche, donde continuaba el regalo que me dio.

—Dámelo.

Exigió.

—Ya te enseñé cómo se piden las cosas —sonreí. Mantuve un rato más el brazo detrás de la

espalda—. Te doy esto. Pero quiero algo a cambio.

—Aún tienes que aprender mucho para saber chantajear a una persona. Sé una buena chica y dámelo, princesita —abrió la mano cerca de mi pecho—No tengo todo el día.

Quería ir a la cena de Santos.

—Pasado mañana iremos a casa de Santos.

¿Por qué le desagradaba la idea?

—Creo que las normas de la casa son claras: Los únicos días donde podemos salir por la noche —se detuvo— son los fines de semana. Y ¿adivina? El jueves no lo es.

—¿Por qué te molesta tanto que él me haya invitado?

—Santos es un buen chico. Un gran amigo.

—¿Entonces? —¿Tan difícil era tener una respuesta?

Apretó los dedos en la herida de la nariz, mostrando una mueca de dolor. A veces deseaba conocerle un poco más. El problema es que los dos retrocedíamos, alejándonos un poco más del otro.

—Deja de jugar, Zoe.

—No estoy jugando.

Bajó lentamente su cuerpo, acomodó una mano en la alfombra, y se mantuvo recto por el equilibrio de sus piernas. Ya no era tan incómodo sentirse observada por sus profundos ojos negros. Me estaba acostumbrando, y de ahí venían mis miedos.

—Contaré hasta tres —mostró sus dedos—. Si la bolsa no está en mi mano en ese tiempo, tu cuerpo impactará contra el suelo. Hazme caso, lo siguiente no te gustará.

¿Es que no podíamos llevarnos bien durante un par de horas?

Empezó a contar.

—Uno...—pausa— Dos...

—...Y tres —finalicé, por él.

Axel no era capaz de hacerme daño. Lo más salvaje que me había hecho, fue lanzarme sobre su cama sin darse cuenta de que una de las zapatillas de deporte estaba bajo el edredón. Técnicamente, si me hacía daño, gritaría, y no estábamos solos.

Pero todas esas ideas que bailoteaban por mi cabeza, se esfumaron cuando sus dedos tocaron mi tobillo. Tiró de él casi sin esforzarse, y sentí como mi trasero se escurría por las sábanas hasta caer en el suelo. Como bien dijo, me encontré tumbada y con la presión de su cuerpo paralizándome.

Tener el brazo retorcido bajo la espalda era doloroso, pero su mirada de victoria me mataba más aún, incitándome a un comportamiento de niña caprichosa. Pensé que por una vez ganaría; que me daría la razón e iríamos a la fiesta de su amigo. No. Él quería dejar claro quién era el fuerte de esa habitación.

—Haré esto fácil —acomodó su frente con la mía, mirándome sin pestañear—. Dame lo que es mío, y me iré de aquí como si nada.

—¿Crees que alguna vez hablaremos de pie?

Era la segunda vez que nos encontrábamos uno encima del otro.

Axel se carcajeó.

—Eso me dice Jess —mis dedos tiraron de la camiseta para quitármele de encima—, con la diferencia de que ella está desnuda.

—¡Me importa una mierda tu vida sexual!

—Para ser princesa eres muy malhablada —alzó la cabeza, mirando detalladamente mi habitación—. Arquea la espalda, y estira el brazo para que lo coja.

Apreté los dientes.

—Hay veces que no te aguant... .

No sé cómo lo hizo, únicamente sentí la presión de las rodillas en mis caderas, y cómo mi cuerpo subía hasta quedar sentada sobre él. Al respirar nerviosa, mi cuerpo se movía y se pegaba contra el suyo. Mis brazos cayeron a cada lado de mi cuerpo, y agrandé los ojos al verle inclinar la cabeza. Su aliento con el aroma del último cigarro, entreabrió mis labios.

Parecía que el chico iba a besarme.

—Gracias —dijo manteniendo una distancia hacia mi boca, muy cercana. Me quedé parada, alucinada de lo rápido que llegaba a ser. Tiró de la bolsita, liberándola de mis dedos—, te lo recompensaré.

Volvió a dejarme en el suelo con sus fuertes manos. Se levantó como si nada, cerrando la puerta tras de sí.

¿A qué jugaba Axel?

Cuando pensaba que mi día no podía ir a peor, mis labios se entreabrieron al ver a Joseph cruzado de brazos junto a mi taquilla. Esos enormes ojos que una vez me dieron la sensación de que brillaban por amor, ahora estaban apagados; ya no le importaba nada, salvo los planes de su mejor amigo. Balanceó la pierna, golpeando el balón que llevaba, siempre. Seguí observándolo un poco más, manteniendo la distancia. Debí decirle a Axel que nos encontraríamos en otro sitio para cumplir el castigo, pero no, yo misma escogí verle allí.

Adentré mis nerviosos dedos en el interior de los bolsillos de mis pantalones, y recorrí el pasillo con la cabeza bien alta. No tenía ganas de discutir, pero con Joseph nunca se sabía qué podía pasar. Unas veces me ignoraba; y otras intentaba defenderme. No tenía claros sus sentimientos. ¿Estaba enamorado de mí? O, ¿el mal comportamiento que manifestaba eran celos de Axel, porque él estaba con Jessica? Aun así, estaba siendo egoísta.

Mi cuerpo se pegó a la fila de taquillas, dejando un brazo atrás, y tocando con el hombro todos los candados que sobresalían. Los sonidos que provocaban, alzaron la cabeza del chico, hasta darse cuenta de que la persona que estaba esperando había llegado. No estaba preparada para mantener una conversación a solas. Pero él... él mucho menos.

—Zoe —dijo, tirando hacia atrás la negra capucha que ocultaba su cabello—, llevo un rato esperándote. Pensaba que el castigo comenzaba a las... —miró su reloj para confirmar la supuesta hora— tres del mediodía.

La señora Caballé nos detuvo unos minutos en su despacho. Nos hizo sentarnos y, con la mirada fija en Axel, calló durante unos minutos. Conclusión: perdimos el tiempo por un capricho de ella. Media hora después, se dignó a levantarse del sillón para pedirnos con un tono desagradable que nos dirigiéramos al gimnasio. Allí nos esperaba el hombre de mantenimiento.

Axel, en un descuido, salió del instituto para hacer una llamada. De ahí que le estuviera esperando junto a mi taquilla, donde me encontré a Joseph.

—Sí. Comenzaremos en unos minutos.

Quise pasar por su lado, pero su mano me detuvo.

—¿Te has dado cuenta de que él no te conviene? Todo lo que te está pasando es por su culpa. Me duele verte tan... —pensó la palabra indicada— cambiada. No eres la de siempre. El otro día preferiste plantarle cara a Didac, solo por defenderle.

No aguanté.

—¡Por defender algo injusto! —Él era quien se tenía que sentir como una mierda— Y ¿qué hiciste tú?, ¡eh!: Mirar. Solo porque odias a Axel por estar con Jessica. ¿Ese es el amor que sientes por mí? ¿Querer a dos chicas a la vez? Te diré lo que pasa por tu mente —avancé unos pasos, quedando cerca de él—: La dejaste por mí pensando que ella siempre estaría disponible para cuando tú quisieras. Pero no, Jessica es una chica lista. Eso es lo que te jode.

Al bajar la cabeza, vi sus puños apretados alrededor de un trozo de tela de su sudadera. Los nudillos estaban blancos, y balanceaba los brazos en modo relajación.

—Lo que me jode es que te rindas ante sus encantos. Cuando él es peor que yo —volvió a dejarse manipular por Didac—. Recuerda esto, Zoe: Los chicos como él, no merecen estar en nuestro mundo. Solo son problemas, y llegarán cosas peores. Hoy un castigo. Y, ¿mañana? ¿Mañana qué puede pasar contigo? —Con un tono de voz más bajo, se inclinó hacia delante para susurrarme algo en el oído—. Los Martín tienen un tío mosso de escuadra. Él está lleno de mierdas, al igual que su familia. Aléjate de él.

Mis ojos se reencontraron con los suyos.

—¿Es una amenaza?

—Te estoy advirtiéndote. Aunque no lo creas —sacudió mi hombro y acercó su cara a la mía—, me preocupo por ti.

—¿Quieres hacerme un favor, J.?

Asintió con la cabeza.

—Siempre estoy dispuesto —intentó posar sus labios sobre los míos, pero retrocedí.

Esos impulsos que aparecían en él, llegaban a volverme loca; más bien histérica, por aguantar las ganas de zurrar ese rostro que me conquistó.

—Aléjate de mi familia; aléjate de mí.

Puse los ojos en blanco, sin molestarme en intentar ocultar mi enfado.

—¿Tu familia? —Se carcajeó delante de mí— Suerte con tu nuevo hermano.

Eché el brazo hacia atrás y, en un rápido movimiento, impactó el puño contra la metalizada taquilla de Kim. Su mal genio era más que notable, y no fui la única en verlo. A unos metros de nosotros, cerca de la puerta de Biología, estaba Axel mirando el espectáculo. En silencio, caminé manteniéndome la mirada.

Ellos se desafiaron, casi retándose a pelear en medio del pasillo. No podía permitirlo; dos meses castigada era suficiente para mí. Mi espalda dejó de descansar, y alargué un brazo para detener a Axel.

Pero él no actuó como un gamberro.

—¿Estás bien? —Suspiré a la vez que susurré un *sí*—Entonces, es hora de ir al gimnasio. Tenemos que cumplir un castigo. ¡Ah! Se me olvidaba —le dio la espalda a J.— Será mejor que hagas todo lo que ella te ha pedido. No la toques. No la mires. Evita estar cerca de ella —le miró

por encima del hombro—. Más te vale tenerme calmado, antes de que convierta tu vida en un infierno. Soy gentuza como tú bien has dicho. Ten cuidado.

Joseph le empujó por la espalda, alejándole unos metros de mi lado. Por suerte, Axel no cayó al suelo de rodillas, se mantuvo de pie y con los labios apretados por la ira.

—Podría golpearte en este mismo instante.

Él otro siguió vacilando un poco más.

—¿Tú solo? No, no lo creo. Seguramente tendrás que llamar a los demás para que te apoyen y salgan en tu ayuda.

Me acerqué, pensando en cómo detener aquello.

—No soy un cobarde.

—Conozco tu punto débil —de repente la mano de Axel descansó sobre mi hombro. La otra mano rodeó mi cintura, y me dejó descansar en su pecho— ¿Qué pasaría si en vez de acostarme con Jess, me acuesto con Zoe?

¿Por qué no podían callarse y seguir cada uno por su camino?

Ambos me utilizaban; sobre todo Axel. Parecía gracioso para él ver a Joseph muriéndose de rabia, enloquecido ante la imagen de nosotros besándonos.

Inmediatamente, los labios de él quedaron sobre los míos, besándome lentamente y sin preocuparse si nos estaban viendo. Fue una lenta caricia; un movimiento de cabeza para que el beso siguiera un poco más. Parecía que Axel no estaba dispuesto a separarse de mí.

Los dos soltamos un grito de dolor al caer al suelo. La piel me quemaba al notar los dedos de él apretando con fuerza para calmarse y no salir detrás de Joseph con sed de venganza.

Cerré los ojos con fuerza, y apoyé la cabeza en mi antebrazo. J. seguía de pie, mirándonos fijamente con los brazos estirados a punto de atacar de nuevo. Con las piernas de Axel pegadas junto a las mías, noté el nerviosismo que le causó; quería levantarse y devolver el golpe con más fuerza. Más violencia en el instituto, y todos acabaríamos expulsados. Las enormes manos del gamberro intentaron levantarme pero, en un giro rápido, cogí sus manos y las dejé sobre mi vientre para detenerle.

Me besó; era algo que no le podía perdonar. Que tuviéramos una discusión pendiente, no significaba que no le retuviera junto a mí con el fin de parar a esos dos grandullones y a sus inquietos puños. La mirada de Joseph se posó sobre nuestras manos, que estaban unidas y no parecían batallar por no tocar la piel del otro. Mis ojos se encontraron con su enrabada y triste mirada, y apunté con la cabeza en dirección a la salida.

J. cerró los puños, bajó la cabeza y empezó a respirar con normalidad. A partir de ahí, actuó de forma incorrecta porque me hirió por error. Suerte que estaba Axel detrás de mí y me sostuvo en la caída hasta atraerme contra su pecho.

—Zoe...

Ni me dio pena escuchar mi nombre en un susurro.

—Márchate, Joseph. ¡Lárgate de aquí!

Un escalofrío me recorrió por la columna vertebral. ¿Qué estaba haciendo Axel? Intentar levantarse de alguna forma, para ir detrás. Quería cogerle y golpearle, como bien dijo en sus amenazas. Mis zapatillas deportivas rosas impactaron contra el suelo, llamando la atención de Joseph; asintió con la cabeza, con una mueca en los labios y se marchó en silencio. Al perderle de vista, ambos nos levantamos del helado suelo del pasillo.

Vi de reojo cómo Axel se limpiaba las manos en sus vaqueros favoritos (esos que estaban rotos a la altura de la rodilla). Al acercarse a mí, recibió lo que nunca esperaría por mi parte. Mi mano impactó en su mejilla; enrojeciéndola y dejándole los dedos marcados. Cogí aire antes de hablar.

—Nunca más... —di un paso atrás ante su mirada— ¡Escúchame bien! En tu vida vuelvas a besarme en público.

Si Joseph no lo consiguió... ¿por qué él sería el primero?

Paseó los dedos por su enrojecida mejilla, manteniéndome la mirada con una ceja elevada. No era el único sorprendido, hasta yo misma no me podía creer lo que acababa de hacer. Mis pasos avanzaron, colocándome cerca, aunque sin mirarle. Sentí esos ojos negros detrás de mi nuca. Quería tranquilizarme; esperar que mis mejillas volvieran a tener un tono natural. Acomodé una mano sobre la abollada taquilla de Kim, y respiré profundamente hasta que mis manos dejaron de temblar.

Caminé rápidamente por el pasillo. A unos pasos de donde estaba, vi cómo la puerta del baño de chicas se abrió cuando salió un pequeño grupo. Sin avisar a Axel, me adentré para beber un poco de agua.

Con las manos sobre el cristal, contemplé mi enrabiado rostro. Seguía nerviosa, con los labios apretados, y las mejillas rojas de la ola de calor que atravesó mi cuerpo. Para Axel fue un simple beso... para mí era muy diferente. Tener miedo de besar en público era extraño, pero algo me impedía hacerlo.

Abrí el grifo del agua y humedecí mis dedos para acariciar mi piel. Al sentirme más refrescada, incliné mi cuerpo hacia delante para beber un poco. Mis dedos se ocuparon de apartar mi cabello, y seguí así un rato.

Cuando decidí abandonar el cuarto de baño, encontré a Axel esperándome. ¿Cuánto tiempo había pasado? Su mejilla había reabsorbido la marca de mi mano. Pasé por delante de él y, al notar que no estaba dispuesta a mantener una conversación, habló deteniéndome.

—Lo siento —tocó casi con temor mi brazo. Podía sentir su respiración revolviendo mi cabello—, actué sin pensar. Fue un beso, Zoe.

Quería responderle, alzar mi voz por encima de la suya haciéndome notar. Señalé la puerta del gimnasio y caminamos para refugiarnos en el interior. El hombre de mantenimiento no había llegado, así que teníamos unos minutos más para nosotros.

—Para ti, siempre todo es muy fácil. Pero yo no puedo dejar que un chico me bese para buscar la atención de otro y pelearse con él —¿Y si yo actuaba como él? Estaba claro que no se lo tomaría muy bien.

Asintió con la cabeza.

—¿Qué?

—Tienes algo en la comisura de los labios.

—¿Qué se supone que tengo? —Preguntó, llevándose un dedo a la boca.

Me puse de puntillas para llegar mejor.

Envolví mis brazos alrededor de su cuello y presioné los labios sobre los suyos de la misma forma en que él lo había hecho. Sus labios acariciaron los míos, sus manos me tocaron por encima de la camiseta, atrayéndome más contra su cuerpo. Comprendí, que por muy falso que fuera el beso, ambos estábamos disfrutando.

No estaba actuando como yo misma. Deseaba quedarme junto a él un rato más. La estúpida idea

de pensar que éramos el uno para el otro, me hizo tocar sus mejillas y reprimir un gemido contra su boca.

«Qué locura», pensé... Pero «besa muy bien».

Cuando Axel me soltó, bajé el rostro.

¿Qué diablos había pasado?

Él estaba tan confuso como yo; ninguno de los dos se planteó la idea de cortar el beso antes de que llegáramos al punto de profundizarlo. Más bien, nos apartamos cuando el aire empezaba a faltarnos en los pulmones.

—¿Qué has hecho?

No era el único que quería una respuesta.

Eso mismo me preguntaba yo.

Fui orgullosa, como de costumbre.

—Hacer lo mismo que tú, besar sin sentimientos —ni siquiera estaba satisfecha con mi respuesta.

Axel se inclinó hacia delante, con la intención de susurrarme algo. Temblé ante el contacto de sus labios acariciando el lóbulo de mi oreja.

—¿Zoe?

Tragué saliva.

—¿Sí?

—Quiero que sepas que yo no beso a cualquiera.

—Yo tampoco —agrandé los ojos.

No me di cuenta de que su mano terminó por colarse en el interior de mi camiseta; tocó mi piel desnuda, y rozó mi espalda con sus nudillos. La ola de calor que sentí por rabia, cambió por una más placentera.

Estaba de puntillas, buscando una vez más los carnosos labios que encajaron a la perfección con los míos. Presionó su cuerpo con el mío y el deseo de besarle de nuevo, aumentó. Ahogué un grito cuando se oyó un sonido en la sala.

—¿Cox? ¿Domènech?

Al oír nuestros apellidos, nos apartamos de inmediato.

Rick entró con un par de fregonas. Alzó la cabeza, y nos conminó a que nos acercáramos hasta él. Cogimos las herramientas de limpieza y, en silencio, cada uno eligió una dirección; estuvimos bien lejos, y de esa forma no nos miraríamos a los ojos después de lo ocurrido.

—¡Nada de teléfonos! —Gritó Rick.

Era mi móvil.

A: Has ganado.

No lo entendí.

Z: ¿Qué?

A: Iremos a la cena de Santos.

Z: ¿En serio?

Levanté la cabeza de la pantalla.

Axel me guiñó un ojo.

—¿Qué me pongo?! —grité, levantando unos cuantos vestidos que había cogido del armario. Los minutos pasaban, y no era capaz de encontrar algo para una cena. No había nada oscuro, salvo unos *short* cortos que usaba en verano. Sacudí la cabeza, y golpeé los zapatos de tacón que tenía elegidos.

Axel pasó un par de veces por delante de mi habitación y al recibir una fría contestación, se quedó mirándome para bajar de nuevo al comedor. Seguramente, se entretenía ayudando a mi padre a cocinar; esa noche, los chicos, se ocupaban de la cena. Y si no estaba con él, estaría con mamá mirando algún documental de animales. Nunca entendí por qué le encantaban los reportajes de mascotas, ya que ella odiaba la simple idea de tener un gato en casa (con lo independientes y limpios que son).

Sonreí delante del espejo. Estaba tan perdida en el vestuario, que no me di cuenta que la invitación de Santos solo era una cena para amigos cercanos. Eso implicaba que no teníamos que excedernos en la vestimenta. Atrapé un vestido blanco. Era precioso; tenía escote en forma de corazón. El cierre se encontraba en la espalda y sentía cómo el vuelo rozaba mis descubiertas piernas. Solo lo usé una vez; en la boda de tía Julia.

Recogí mi cabello en una larga trenza. Me maquillé un poco y, cuando terminé de pasar un pintalabios rojo pasión sobre los labios, salí de la habitación con los tacones blancos en la mano. Bajando las escaleras escuché la conversación de Axel y mi madre. Comentaban lo duro que tenía que ser vivir en el Amazonas. Pasé por delante de ellos sin hacer ruido y, al llegar a la cocina, me senté delante del chef (el mismo que no dejaba de cantar, incluso cuando sabía que lo hacía mal).

No dije nada.

Él ni siquiera me miró.

—No.

Enarqué una ceja.

—No he dicho nada...

—Pero yo sí. No.

Axel aceptó la invitación de Santos. El problema era convencer a mi padre para que nos dejara salir un par de horas. Jueves por la noche: teníamos prohibido totalmente faltar de casa. Solo era una cena, y luego volveríamos.

Cogí todo el aire posible y pellizqué mis mejillas dándole un poco más de color por encima del suave colorete que me había puesto. Incliné el cuerpo hacia delante y calcé mis pies lentamente, sin prisa alguna. A un par de metros, vi cómo las caderas de mi padre se movían al ritmo de su canción.

—Papá...

—No.

—Escúchame —se detuvo—, por favor. No voy a salir sola si es eso lo que te preocupa —antes de que me interrumpiera, seguí hablando y aceleré las palabras—. Santos, un amigo de Axel, nos ha invitado a su casa. Solo es cenar, y volveremos a la hora que tú nos digas. ¿Qué te parece?

Estaba ahí de pie, apoyado en la encimera y de brazos cruzados. Dejó de mover la salsa, y

agrandó los ojos antes de soltar otra negación.

Su cabeza se movió de un lado a otro, y me dio la espalda cuando Axel entró en la cocina. Se sentó al otro lado de donde yo me encontraba y, sin hacer ruido, cogió un trozo de pan para mirar entretenido el espectáculo que había delante de él.

Todos guardamos silencio un momento.

—¿Tres horas?

—No.

—¿Dos?

—No.

Era injusto no tener la mayoría de edad.

Vivir bajo el techo de tus padres significaba atar tus alas antes de volar bien lejos y disfrutar de la vida. Pero si era una de sus normas, había que respetarla por encima de todo, aunque me fastidiara.

Perdí. Era imposible que mi padre accediera a que saliera de casa a las nueve de la noche para ir a la cena de unas personas que no conocía. La silla quedó a un lado, y me levanté en silencio para no insistir. Avancé perezosamente y, antes de salir por la puerta, la voz de Axel me detuvo.

Me dejó helada que él estuviera ayudándome.

—Santos es un gran amigo —dijo—. Sé que hay unas normas en la casa que no deberíamos de saltarnos... pero me vi en la obligación de no rechazar la invitación. Su familia se portó muy bien conmigo. Es algo que nunca olvidaré.

Tuvo su respuesta.

No como la mía, pero la tuvo.

—Lleváis noches saliendo los dos. ¿Por qué debería dejaros el jueves, también?

Nos miramos de reojo.

Él respondió de nuevo.

—Prometo —sonrió— que no saldremos ninguno de los dos este fin de semana. Creo que es un buen trato, cambiar el jueves por el sábado y el domingo.

Tragué saliva.

¿Quedarme sin fin de semana?

Parecía una locura, pero a mi padre no le pareció una mala idea. Se acercó con en el enorme cucharón con el que removía la salsa, nos miró fijamente a los ojos y, cuando comprobó que ninguno de los dos mentía y aseguramos que permaneceríamos encerrados los dos siguientes días, asintió con la cabeza. Básicamente tuvimos orden de abandonar la cocina, y en ningún momento dudamos.

Antes de coger el abrigo, me despedí de mi madre dándole un fuerte beso en la mejilla, y salí de casa con las llaves. Guardé el teléfono móvil en el pequeño bolso que colgaba a la altura de mi cintura, y esperé a que Axel apareciera. El humo de un cigarro me llamó la atención. Estaba detrás, sonriendo, con los dedos pegados sobre sus carnosos labios.

—¿Preparada?

Lo estaba.

El problema era que no teníamos transporte alguno.

—Sí —tirité de frío— ¿Cómo vamos a llegar a la casa de Santos? Tú ya no tienes moto y

conociendo a mi padre, la idea de tener que llevarnos a ese barrio, no le gustaría ni una pizca. ¿Qué vamos hacer?

Él estaba tan tranquilo como siempre.

Avanzó por el pequeño camino, dirigiéndose directamente a la carretera. No había nada; ningún vehículo que nos hiciera el camino más agradable. Pensé en una bicicleta que guardaba en el desván... pero era una mala idea, y más, cuando uno de los dos tendría que pedalear más de una hora.

El claxon de un taxi me sobresaltó. De lejos, a unos metros de donde estaba Axel, observé que un chico de cabello largo, salía para saludar.

—¡Zoe! Ya tenemos transporte.

Intenté no correr con los tacones que llevaba. Mis labios marcaron una enorme sonrisa al darme cuenta de que Axel lo había preparado todo. Quedamos delante del chico latino, y nos presentamos. Santiago, era el hermano mayor de Santos. Por suerte, él, era conductor del transporte público de su barrio.

Ellos dos hablaron, mientras que yo me adentré dentro del taxi para evitar que el frío intentara acabar conmigo. Froté las manos en busca de calor y arrastré un poco el trasero, quedando cerca de la ventanilla. Axel subió; se arregló el cinturón de seguridad sobre el pecho, y con una sonrisa me miró.

—¿Tienes frío?

Actuábamos como personas normales después de besarnos.

Porque solo fue un beso, ¿no?

—U-un poco —respondí.

Santiago miró por encima del hombro.

—La calefacción está apagada —golpeó el asiento contiguo, antes de poner en marcha el motor—. Lo siento, chicos. Tendréis que pegaros un poco más.

Sentí cómo nacía un rubor en mis mejillas.

—Estaré bien. No pasa nada. Aguantaré un poc...—las palabras se esfumaron en el momento en que Axel pasó su chaqueta sobre mis hombros. Ese acto de intentar cuidarme, lo había tenido repetidas veces. Nunca llegué a agradecersele—. G-Gracias.

Pasaron unos minutos para que alguno de los tres decidiera hablar. Santiago aumentó el volumen de la radio cuando una canción cubana empezó a sonar. Era *salsa*. Me moví disimuladamente en el asiento, poniendo las manos a cada lado de mi cuerpo. Quería bailar. Necesitaba llegar a la casa de Santos, y pedirle que me enseñara a bailar la música que tanto adoraba.

De repente, unos curiosos ojos se detuvieron sobre mi cuerpo, hasta reparar en que bailaba de una forma ridícula, sentada dentro de un coche.

No le dije nada a Axel, pero sí hablé con Santiago.

—¿Por qué no ha podido venir Santos? —Pregunté.

—Está con Lucinda. Nuestra abuela no se pierde ninguna fiesta —soltó una carcajada—. Ella lleva el ritmo en la sangre. Por nada en el mundo dejaría de bailar. Ni la edad se lo impide.

Aprovechó un semáforo en rojo para arreglarse la larga melena negra que le llegaba más abajo de los hombros. La recogió con una goma elástica y siguió conduciendo.

—Será un placer conocer a tu familia. Gracias por venir a buscarnos.

—Los amigos de Axel siempre serán bienvenidos en nuestro hogar —estiró el brazo hacia atrás,

dándole la mano— Por cierto —nos miró por el retrovisor— ¿sois pareja?

—¡No! —Respondimos a la vez.

¿Novios?

¿Axel y yo?

Qué locura.

Terminamos por obsérvarnos de reojo. Parecía más sencillo antes que mirarnos directamente. Guié la cabeza hasta la ventanilla, y esperé con nerviosismo los altos y pegados edificios grisáceos donde ellos vivían.

—Zoe es la hija de la familia que me ha acogido —le miré, atenta a cada palabra que soltaba.

Me quité su chaqueta de inmediato.

El coche aparcó delante de un pequeño edificio. Nos quedamos en el interior del taxi, viendo cómo Santiago salía dejándonos solos. Le miré unos instantes, pensando en lo que había dicho. Era cierto que solo era la hija de la pareja que le cogió... pero sonó tan frío, que sus palabras llegaron a dolerme.

Me lanzó una mirada respetuosa, y aparté la mano cuando sus dedos tocaron mi hombro. Asentí con la cabeza, dándole a entender que sabía lo que tenía que hacer: salir y reunirme con Santos. Ignoré a Axel y con los dedos aferrados al bolso, caminé adentrándome al interior del bloque de pisos.

Los invitados de Santos bailaban sensualmente de un lado a otro; movían sus cinturas, e incluso los traseros. Las mujeres agitaban sus pechos delante de los hombres que las cogían por el brazo para darles vueltas. Me quité el abrigo, y lo doblé sobre mi antebrazo. Axel intentó cogerlo, pero no le dejé.

—¡Vosotros! —Gritaron desde lejos— ¡Aquí!

Era Santos, que nos saludaba desde otro amplio comedor.

Alcé la mano, y agité felizmente el brazo.

—¿Esa es forma de recibir a tus invitados? —Bromeó Axel, con los brazos cruzados— Al final tendremos que irnos.

La risa del latino era más que agradable.

Esperé a que él llegara hasta nosotros y, cuando nos reunimos, me dio un fuerte beso en la mejilla acompañado de un abrazo que me alzó del suelo. No me molestó la cercanía, más bien, me atreví a devolverle otro beso con el mismo entusiasmo que él, y bajo la mirada atenta de Axel.

—¡Wow! —Exclamó— Estás preciosa.

Le apreté la mano cuando me ayudó a girar sobre los talones dando una vuelta. Sentí el vuelo del vestido tocando el interior de los muslos y, cuando me detuve, mi cuerpo se tambaleó casi a punto de caerse. Por suerte él estaba ahí, y me ayudó.

—Tú también —dije mirando la blanca camisa que llevaba; resaltaba más su tono bronceado— te ves muy bien.

—¿Sexy?

Sus cejas se alzaron repetidas veces.

—Sexy.

Le devolví la sonrisa.

—¿Sabes quién ha venido esta noche cuando se ha enterado de que tú vienes? —La pregunta era para Axel.

—Se suponía que nosotros no íbamos a venir. ¿Puedes explicarme eso?

Santos negó con la cabeza, y alzó los hombros quitándose el problema que se avecinaba. Apuntó a la pista de baile, donde las parejas se abrazaban para bailar música lenta. Se movían en pasos pausados. Cerca de la enorme mesa que tenían dentro del piso, había una joven mujer que miraba sus largas uñas. Llevaba el cabello teñido; un rubio dorado que destacaba. Me sorprendió ver la escasa ropa que llevaba: una falda corta, y un top que apenas cubría parte de sus pechos.

Alzó la cabeza como si se hubiese dado cuenta que la estábamos mirando. Los carnosos labios pintados de ella se ensancharon, y caminó elegantemente sobre una plataforma de 12 cm.

—Ximena —susurró Axel.

La chica llegó hasta nosotros moviendo la corta melena. Soltó una exagerada risa y, al estar a unos pasos del chico tatuado, dio un pequeño salto que la acercó hasta él. Rodeó el cuello de Axel y se pegó a su pecho... Luego daría el siguiente paso: Besarle. Fue de una forma apasionada, como si no se hubiera dado cuenta de que no estaban solos.

Intentó alejarse de los que la observaban pero, él, que no le correspondía, la detuvo antes de que sus lenguas se encontraran.

—¿Te pasa algo?

—Me alegro de verte, Ximena —Axel me miró.

No sabía cómo reaccionar ante la bienvenida que le dieron.

—Esperaba mucho más de ti, *papi* —tocó los labios que había besado— ¿No me has echado de menos?

Ximena jugueteó con la cadena dorada que llevaba alrededor de la cintura, colgada de un *piercing* del ombligo. Guiñó un ojo a Santos, y después me miró a mí. Si en algún momento parecía una mujer feliz, se desvaneció al verme tan cerca de Axel.

Las lentillas llegaban a impactar; el azul era precioso, pero era muy artificial. Tocó su rizado flequillo, y me habló.

—¿Tú quién eres?

Respondieron por mí.

—Es una amiga, prima —Santos pasó su brazo por encima de mis hombros—. Os dejamos a solas.

Santos me condujo hacia otra mesa que tenían al fondo, llena de fuentes de cristal llenas de comida. Si no hubiera sido por su fuerza, mi cuerpo jamás se habría apartado de Axel.

La música dejó de sonar.

—¿Todo bien? —Me susurró al oído.

—Sí.

Reí.

—Come algo. Tenemos de todo. Desde *ajiacó*, hasta *yuca con mojo* —no podía decirle que no tenía hambre—. Además, mi madre prepara un pollo exquisito. Te encantará, preciosa.

Aún con el brazo alrededor de la cintura, miré disimuladamente sobre mi hombro. Ellos dos ya no estaban detrás de nosotros, habían desaparecido. Cogí un plato con nerviosismo, y me serví un poco de ensalada de patatas. Santos sonrió al verme hincar el tenedor en la deliciosa comida que habían preparado. Apuntó con el dedo hacia un par de asientos que estaban libres, y caminamos hasta allí con las manos llenas.

Sentados en un rincón del comedor donde los más mayores hablaban tranquilamente, bajé la

cabeza hasta la comida que me había servido.

La sensación de que alguien me estaba mirando no desaparecía.

—Buena elección —murmuró una mujer.

Fijé mi mirada en la persona que estaba enfrente de mí.

—¿Te gusta? —Preguntó con una sonrisa en el rostro.

Dejé a un lado el plato que tenía en mis manos.

—Está delicioso, señora —dije tímidamente, devolviéndole la sonrisa.

Los familiares de Santos se estaban comportando maravillosamente con nosotros. Cuando las parejas que estaban bailando quedaron alrededor de una, en concreto, alcé mi cuerpo para ver quienes eran. Se trataba de Ximena y Axel. Pensaba que él no sabía bailar, pero la latina movía muy bien su cintura contra la del chico.

—¿Qué ocurre? —Sentí la voz de Santos tan cerca de mí, que contorsioné el cuello para mirarle mejor.

—Me muero de ganas de bailar —dije, riendo.

Al parecer le encantó la respuesta, ya que cogió mis brazos y me alzo hasta arrastrarme por el suelo y llevarme hacia donde estaban los bailarines. Era hora de pasárselo bien. Rodeé su cuello con mis brazos, y me moví al compás de la salsa que sonaba en el viejo reproductor. Axel me miró curioso; apartó a Ximena de su lado, e intentó acercarse un poco más a mí. Mi cuerpo siguió moviéndose, pegándose bien cerca al de Santos. El chico alzó mi rostro y, con la nariz pegada a la mía, sonrió al tocar mi trasero con sus enormes manos.

—¿Qué haces? —Enarqué una ceja.

—Bailar.

—¿Tocándome el culo?

—No es un baile de viejos, *mami*.

Subí sus manos un poco más arriba, y le saqué la lengua, divertida. Nos movimos un poco más y, de repente, sonó otra canción.

—¡Cambio de pareja!

Alguien me apartó del lado de Santos.

Era él.

Pasó sus brazos alrededor, y mantuvo la distancia.

Axel me movía, alejándonos de los primos. Parecía que después de bailar con Ximena, no estaba muy a gusto.

—¿Pasa algo?

—No —respondió él.

—Bailas como un abuelo.

Arrugó la frente.

—¿Qué tengo que hacer? Ya que parece que eres una experta.

—Pon un poco más abajo las manos.

Sus dedos quedaron bien cerca del cinturón del vestido. Acomodé mi cabeza sobre su pecho y miré la enfurecida mirada de Ximena. Axel dejó de moverse, así que detuve mis pasos. Por fin estaba bien cerca, y dejé que su respiración removiera mi cabello.

—¿Lo hago bien?

—Hace rato que hemos dejado de bailar, gamberro.

Reímos.

—Quería bailar contigo.

—Lo has conseguido.

Me aparté de su lado, para intentar reunirnos con su amigo. Caminé cogida de su brazo y, al detenernos delante de Ximena, algo me golpeó en el pecho. La chica se atrevió a manchar mi vestido con un trozo de pollo en salsa.

Santos le gritó.

—¡Discúlpate, prima!

Ella se negó.

—Está bailando con él, ¡delante de mis ojos!

Tuvieron algo en el pasado y parecía que no lo había superado.

—No importa —dije—. Es hora de irse —cogí la mano de Axel—. Gracias por invitarnos, Santos. El pollo estaba delicioso. ¡Adiós, señora!

La abuela sonrió.

—Cuando quieras suelta mi mano —susurró.

—¿Te molesta? —Pregunté antes de salir del coche.

—No.

A mí tampoco.

Aunque sonara extraño, esa noche no dormí. Las cosas terminaron bien en la cena de Santos; cuando pensé que Axel y yo no nos acercaríamos... me equivoqué. Sonreí recordando el baile que compartimos. Ximena nos miraba y no le sirvió de mucho ensuciar mi vestido con la salsa. Nosotros seguimos bailando, abrazados, como una pareja normal. Lo peor de todo, es que llegó a gustarme esa cercanía. Tenerle tan cerca, sus dedos rozándome la piel, sus labios cerca de los míos a punto de besarme...

El despertador sonó y, antes de que mi imaginación siguiera volando, escondí la cabeza bajo las almohadas. Quedé acurrucada un rato más. Los duros pasos de un hombre pasando por delante de la puerta de mi habitación, me obligaron a que tirara hacia abajo las sabanas y me alzara de la cama.

Cogí el teléfono móvil para darle un vistazo rápido.

Había un mensaje de texto nuevo.

K: No hay clase. ¿Qué harás?

Kim tenía razón. Pero ella hablaba del fin de semana.

Z: Se me había olvidado por completo.

No puedo salir este fin de semana.

Lo siento, K.

Tardó unos minutos en responder.

K: ¿Estás castigada?

¡Te dije que estudiaras!

Z: No es por el examen.

No te preocupes.

Me la imaginé frunciendo el ceño.

K: Entonces te veo en clase ;).

Finalicé esa pequeña conversación.

Un rato más tarde, el teléfono de casa sonó. Miré por encima del hombro, viendo la preciosa bailarina en forma de teléfono que mi padre me había regalado hacía dos años. Si no atendía a la llamada... lo haría mi madre.

—¿Quién es? —pregunté.

Se escuchó una risa.

—¿Cariño? —era una voz femenina— Soy yo —al principio, su acento fingido no me ayudó a la hora de saber que era la tía Amy— ¿Me oyes bien? Seguro que es por la distancia. No te puedes ni imaginar dónde estoy.

Me dejé caer sobre la cama. Era mi tía favorita, la hermana de mi padre. Llevaba tantos meses sin saber de ella que, al escuchar su nombre, mi corazón brincó de alegría. Se podría decir que era la única que conseguía que olvidara mis miedos. Aferré con fuerza el teléfono, como si fuera un arma contra cualquier persona que intentara hacerme daño.

Respiré tranquilamente, y reí cuando ella empezó a dar golpecitos al teléfono porque no me escuchaba.

—¿Cómo voy a olvidarme de ti? Si siempre estás presente incluso cuando estás tan lejos — respondí—. Haré trampa, tía. Papá me dijo dónde estabas.

Chasqueó la lengua.

—No —alargó la vocal—. Aunque te dejaré intentarlo.

—¡Alemania!

Ella solía pasar mucho tiempo por toda Europa. Amy solo tenía veinticinco años, y cuando terminó la universidad, decidió recorrer el mundo, sola. Pero era una enamoradiza. Hombre que conocía, hombre que le arrebató el corazón hasta destrozárselo. Por eso papá siempre vivía angustiado por su hermana pequeña. Pensaba que nunca terminaría de alcanzar la madurez. Solían pelearse (pero se querían por encima de los gritos que se daban).

Hacia seis meses, mi tía estuvo a punto de casarse con un francés con el que llegó a salir solo ciento veinte días. Mi padre le abrió los ojos a tiempo, impidiendo esa repentina boda.

—*Continua a provare, amore* —dijo, cambiando su acento.

—¿Qué acabas de decir?

—Sigue probando, cariño.

Estallé en risas.

—¿En qué idioma?

—¡En italiano, *amore!*

Realmente se había vuelto ¡loca! De Alemania, se marchó corriendo a Italia. Papá se alegraría mucho cuando le contara que la tía Amy había llamado. Avancé por la habitación y, con una mano sobre el cristal, vi el coche del cardiólogo. Él seguía en casa, así que le daría tiempo a saludarla. Giré sobre los talones y le avisé, a ella, antes de bajar las escaleras.

—¿Quieres hablar con papá? —pregunté, bajando los escalones de dos en dos— Creo que está en su despacho...

—¡Espera! —Frené a tiempo. Delante de mí, estaba mamá leyendo las cartas que el cartero dejó en el buzón— No estoy preparada para hablar con él.

Eso no lo esperaba.

Mi madre bajó los brazos.

—¿Quién es? —Se sentó en el sillón— Antes he escuchado el teléfono, pero no me ha dado tiempo a atender la llamada.

Mentí.

—Es Kim. Está pasándome unos apuntes de clase.

Asintió con la cabeza, convencida, y caí sobre el escalón para sentarme. De inmediato bajé el tono de voz para hablar con Amy. Ella seguía al otro lado de la línea, escuchándolo todo.

—Gracias —respiró tranquila—, me encantaría hablar con Ivette... pero ella avisaría a mi hermano. Después de la última discusión, no tengo valor para hablar con Norman. Necesitaba hablar contigo, cariño. ¿Qué tal el instituto? ¿Te gustó el jersey que te envié? ¿Y los chicos? ¿Aún sales con Joseph?

Pasé parte del flequillo detrás del oído.

Al nombrar a mi padre, recordé la discusión que tuvieron; él solo le dijo que lo mejor era que buscara un apartamento en Barcelona y que dejara de viajar para sentar cabeza. Ella no se lo tomó muy bien, y cogió sus maletas de nuevo, saliendo por la puerta sin decir adiós.

—Bueno...—reímos—, lo intento. Te prometo que sigo en busca de un seis, como mucho. El

jersey que llegó la pasada semana es precioso... ¡Me encanta! —Grité, porque sabía que a mamá no le molestaría— Sobre los chicos... no estoy con Joseph.

—Joseph. Joseph. Joseph —repitió su nombre— Son todos iguales. No te preocupes. En la universidad conocerás a más. Sonríe —lo hice— ¿Me lo prometes?

Asentí con la cabeza.

Ella no podía verme.

—Prometo sonreír siempre.

—¿Puedo preguntar sobre el niño de acogida? Recuerdo que cuando marché, ellos ya estaban con el trámite —hablaba del bebé que nunca llegó. Amy no sabía nada de Axel— ¿Llora mucho por las noches?

—No.

—¿Come poco?

—Tampoco.

Se quedó extrañada.

—¿Entonces?

—...Axel es perfecto —susurré.

No sirvió de nada, Amy escuchó el nombre.

—Así que se llama Axel —sabía que estaba aguantando las ganas de reír—. Hemos pasado de hablar de tu hermano de acogida, a un chico que te gusta.

El teléfono por poco se me escapa de las manos.

—N-no. Él es...

—¡Tu novio!

—Por supuesto que no —gruñí.

—Estoy segura de que tienes las mejillas sonrojadas.

—¿Por Axel?

—Exacto —dijo.

—¡No!

En ese momento mi madre sí que me miró asustada.

Tenía que explicarme.

—Axel es el chico de acogida —suspiré.

—¡Oh! —Exclamó decepcionada— Por la forma en que lo has dicho... pensé que se trataba de un chico que te gustaba. Me confundí.

Por supuesto que se equivocó.

«A mí no me gustaba Axel, ¿verdad?», pensé.

Callé esperando a que ella finalizara la llamada. Siguió riendo un poco más por su gran confusión, y volvió a pegar los labios al teléfono. A veces, tía Amy y yo podíamos estar horas hablando. Pero en ese momento, me sentía cansada.

—Tía...

—¡Vuelvo a casa!

—¿Qué?

De repente entristeció.

—¿No es lo que querías?

—Sí. Por supuesto que sí —me mordí la punta de la lengua ante mis frías palabras— Solo es

que no me lo esperaba. ¿Cuándo? ¿El mes que viene? —Escuché un «no»— ¿La semana siguiente?; ¿este fin de semana?

Sin detallar nada más, la llamada se cortó antes de que ella soltara: ¡Te quiero! Mis ojos se abrieron por la sorpresa; en poco tiempo ella volvería a estar junto a nosotros. Me levanté del suelo y preferí dejar el teléfono de mi habitación junto con el que teníamos en el comedor. Mi madre me miró de reojo; no dijo nada. Alargó su brazo esperando que mi mano cogiera la suya. Sin dudarle me acerqué hasta a ella con una amplia sonrisa de felicidad. Estaba nerviosa; quería darle la gran noticia. Pero conociendo a Amy como la conocía, lo mejor era dejar que hiciera una entrada triunfal (les dejaría atónitos).

El olor a café recién hecho me abrió el apetito. Empezaba a tener hambre de buena mañana y no podía negarme: el desayuno era la comida más importante del día. Le di un abrazo a mi querida madre y, antes de levantarme, los complementos que ella siempre llevaba en sus muñecas me llamaron la atención. Los llevaba con exceso... y realmente no le quedaban muy bien. Podría tener sus motivos. Uno de ellos era porque nosotros se los regalábamos. El otro: era desconocido.

Unas enormes perlas blancas se le estaban quedando marcadas alrededor de la muñeca. Cogí delicadamente su mano (suave por las cremas que solía ponerse por la mañana) y, en un despiste, intenté quitarle la pulsera.

De repente gritó.

—¡No!

Me sobresalté.

No entendí su actitud.

—Mamá —señalé las marcas—, la pulsera de las perlas parece que se te ha quedado pequeña. Te está apretando. Solo quería...

—Cielo, estoy bien. Además... —mantuvo en todo momento el brazo detrás de la espalda, alejándolo de mí— me encanta. ¿No la recuerdas? Hace tres años, en la casa de la montaña. Recuerdo ese día como si fuera hoy.

Se tocó las pálidas mejillas, y empezó a contarme todo lo que pasó hace tres años. Papá me despertó a las siete de la mañana y bajamos a la cocina en silencio. Preparamos un delicioso desayuno (el favorito de ella). Compramos una preciosa joya en la joyería más cara de la ciudad y dejamos sobre la bandeja la caja roja aterciopelada, junto a una rosa carmesí. Subimos entre risas, y cuando lo dejamos todo en la cama, le cantamos una bonita serenata que terminó por ser nuestra (nos la inventamos al olvidar las estrofas). Por supuesto que me acordaba de ese día y nunca lo olvidaría; estaba en mi corazón.

Solo quería quitarle la pulsera para llevarla a la joyería y arreglarla por mi cuenta. Pero ella insistió en más de una ocasión. Se negaba; incluso cambiaba de tema.

Tampoco entendí por qué mi madre nunca me dejaba mirar sus pequeñas y estrechas muñecas. A los diez años, pasó algo parecido: quería coger el precioso reloj dorado que llevaba en el brazo izquierdo y ella se levantó del sofá; con un rotundo *no* que estalló en mis oídos, salió corriendo hasta el jardín. Después, lloró. No entendí nada. Lo único que hice fue aparecer por detrás y la abracé.

—Así que ¿hoy no tenéis clase? —Preguntó, algo nerviosa. Seguía con las manos temblorosas después de que mis dedos se apartaran de ella— ¿Qué haréis? Axel está a fuera con papá. ¿Irás un rato con ellos?

Me hubiera gustado pasar más tiempo con ella, pero era evidente que necesitaba estar a solas.

—Sí. Estaré un rato en el jardín —dije, sonriente— ¿Quieres que te ayude con algo? Creo que ayer comentaste que ibas a arreglar el rosal. Puedo ayudarte si quieres, mamá.

Volvió a negar con la cabeza.

—Mejor lo haremos este fin de semana. Voy a salir un rato —me guiñó un ojo—, aprovecharé que tu padre está ahí afuera y me iré a hacer unas compras.

—Genial.

Se levantó del sofá, pero antes de que se adentrara en la cocina, la detuve.

—¿Estás bien? —Pregunté con los brazos cruzados bajo el pecho. Mantuve una postura de preocupación— Quiero decir.. ¿Hay algo que te inquieta? ¿Es porque anoche salí con Axel a la cena de su amigo? Si es por eso...

—Soy la mujer más feliz del mundo al verlos juntos —sus cálidas manos arroparon las mías—. Estoy bien, cielo. Lo prometo. No me pasa nada —ella se dio cuenta que no la creía—. ¿Qué te parece si el lunes, cuando salgas de clase, vamos al centro comercial a pasar un día de chicas?

Las tardes de chica junto a ella me encantaban, pero el lunes parecía imposible pasar la tarde con mi madre.

Bajé la cabeza, acomodando la barbilla sobre el pecho. El simple acto llegó a revelar mis intenciones. Dos palabras: *Panteras doradas*. Había llegado el día. Mi grupo favorito llegaba a Barcelona para tocar las canciones que me hicieron llorar, reír y emocionarme.

—El grupo —dijimos las dos a la vez. Ella siguió hablando, casi tan emocionada como yo—, pensé que no habías conseguido las entradas. Estuviste una semana con Kim acercándote al estadio para comprarlas —forzó la sonrisa; para ellos fue un infierno esa semana en la que no dejaba de gritar que quería una entrada— Dijiste que no...

—Lo dije —giré sobre los talones—, hasta hace unos días. Me las regalaron.

Se sorprendió.

—¿Quién?

Habitualmente era mi padre quien las conseguía contra viento y marea.

—Axel —si ella no se lo esperaba, yo mucho menos—... Sí, es increíble, ¿no? Él me hizo ese regalo sin saber que es mi grupo favorito. Parece de locos, pero...

Los dedos de mi madre capturaron la fina cadena negra aterciopelada que llevaba alrededor del cuello. Me mostró la púa, y la movió de un lado para otro. Solía llevarla, pero en todas las ocasiones, escondida en el interior de mi camiseta.

—El día que él llegó a casa —tocó los zarpazos dorados— la llevabas puesta. Puede que a él también le guste ese grupo de pop.

—Rock —la corregí— ¿Eso crees?

—¡Por supuesto! Abre esos hermosos ojos verdes, y date cuenta de que tienes muchas cosas en común con él —en el fondo tenía razón—, Anda —me dio una palmadita a mi trasero para animarme—, ve con ellos; diviértete. Están con la vieja moto de papá. Mánchate de grasa, y luego cuéntame qué tal ha ido.

Le di un abrazo.

—Te quiero.

—Más te quiero yo, cielo.

—El mejor vehículo que he tenido —dijo orgulloso—. Lo compré con mi primer sueldo. El primer trabajo que tuve fue de camarero cerca del campus de la universidad. Ahí conocí a Ivette.

Desde lejos, vi cómo le contaba su historia de amor a Axel. Él, mientras tanto, asentía con la cabeza fascinado por las historietas que contaba mi padre. Seguía sentado en el capó del coche que estaba al lado de la moto.

Los ojos le brillaban cada vez que hablaba de su mujer.

—Me rechazó un par de veces antes de que saliéramos —soltó una carcajada—. Cuando me vio aparecer con esta moto delante de la puerta de sus padres —papá aguantó soltar una risa—, me abofeteó. Pero tuve un gran premio —su dedo tocó el pecho de Axel—: Me besó.

Caminé hasta el interior del garaje.

—Mamá dice que estuviste una semana enviándole rosas.

Axel me miró, y le mantuve la mirada hasta que mi padre me contestó.

—Sí. Incluso estuve semanas comiendo latas envasadas solo para conquistar a tu madre —y pensar que había llegado tan lejos en su carrera porque luchó por ello—. Valió la pena.

A veces deseaba tener una historia de amor como la de ellos.

—¿Así que la moto sigue aquí como recuerdo?

La pregunta de Axel, provocó que abriera los ojos.

—Digamos que pasé una parte de mi vida conduciendo este trasto viejo —se miró las manos, como si recordara los momentos en los que la conducía—. Cuando mi padre me echó de casa, lo único que tenía era esto. También me acompañó en nuestra luna de miel. Y a Zoe le encantaba que la subiera en el sillín cuando era más pequeña —Miró a Axel—. Sé que es una estupidez, pero lo conservo por los bellos recuerdos que he vivido con él.

Sabía que Axel quería preguntarle por qué su padre le echó de casa.

A papá no le gustaba hablar mucho del abuelo; falleció cuando yo solo era un bebé. Estuvieron más de siete años sin hablarse. Los dos eran muy orgullosos, y cuando el hijo tuvo el valor suficiente para acercarse a su padre... el hombre falleció sin despedirse de sus seres queridos.

En más de una ocasión le escuché pronunciar su nombre, aunque solo pasaba cuando Amy estaba en casa. Ella le repetía una y otra vez, que su padre murió orgulloso de su hijo mayor, aunque nunca se lo confesara.

—Una *Bultaco* de los ochenta es una buena moto —Axel movió el el manillar.

—¿Tienes carnet de conducir, verdad? —Preguntó, agitando las llaves al aire— Te propongo algo. Si la arreglas, es toda tuya.

Era una gran recompensa después de haber perdido su moto (o mejor dicho, después de que Didac se la destrozara).

—N-no puedo aceptarla.

—¿Por qué no? Te he dicho muchas veces que ya eres parte de esta familia, *hijo*. La dejo en buenas manos concluyó, acariciándole el hombro.

Axel me miró.

—No te preocupes —reí— prefiero, mil veces, llevar un *Mini Cooper*.

La mano de mi padre me alborotó el cabello.

—Solo si...—no acabó su frase.

Lo hice por él.

—...saco buenas notas —me remangué el pijama—. Antes de ir a la universidad me veo conduciendo un precioso *Mini Cooper* blanco.

—Te veo muy segura.

—Papá —sonreí—, siempre estoy segura.

Alzó mi rostro con sus enormes manos, y depositó un beso sobre mi mejilla. Nos dejó, y se marchó al trabajo.

Parecía que cuando Axel y yo nos quedábamos a solas, no teníamos nada que decirnos. Se arrodilló delante de la voluminosa moto y, con unas cuantas herramientas, se atrevió a tocar hasta el motor. Recordé el día en que le fui a buscar a casa de Jess y le estaba arreglando el coche. Seguramente sabía cuál era el problema de la *Bultaco*.

Quería romper el silencio, pero no con una estupidez.

—¿Puedes pasarme esa herramienta? —Señaló una en concreto, con los dedos cubiertos de grasa.

Se la di.

—¿Encuentras el problema?

Salió de debajo de la moto y se frotó la nariz con el antebrazo. Me apuntó con el dedo, lo dobló a modo invitación, y le obedecí. Me senté en cuclillas, a un paso de perder el equilibrio. El brazo de Axel rodeó mi cintura, hasta pegarme contra su duro cuerpo.

—Es algo muy típico —escuché atentamente—. Al no utilizar el vehículo en periodos largos, termina fallando. Solo tengo que sustituir un par de piezas y estará como nueva.

Dejó de mirar la moto para situarse muy cerca de mis labios; temblé ante la idea de tener su boca sobre la mía, una vez más. Rompí la distancia.

La risa de un chico al otro lado de la calle nos llamó la atención a ambos, hasta el punto de separarnos. Didac se acercó con las manos en los bolsillos de su cazadora negra. Sonrió ante la imagen que había delante de él: Axel sostenía mis manos, y yo tocaba su piel con el dedo pulgar.

Bellucci aplaudió junto a la carcajada, y nos apuntó con el dedo como si disparara con una pistola imaginaria.

—Joseph tardó más tiempo en follársela —dijo, bajando las manos—. Enhorabuena.

Mis manos cayeron a ambos lados de mi tronco, y vi como Axel se abalanzó sobre Didac para golpearle. El otro disfrutaba al verle furioso, ya que era la única forma de poder medirse con él. Dobló el brazo en un gancho, e impactó su puño contra el abdomen de Axel.

—¡No!

El gamberro siguió defendiéndose.

Le cogió por el cuello, hasta levantarlo del suelo.

—¡Axel! —Tiré de su brazo sin conseguir nada— Solo quiere provocarte para pelear contigo. ¡Suéltale! No vale la pena.

—Te ha llamado puta.

Empujó a Axel, y respiró con normalidad.

Él tenía razón; Didac prefería ver el miedo en las personas.

—No te acerques a nosotros —le advertí.

—Creo que no, *parejita* —negó con la cabeza—. No, hasta que no pelee contra ti, *yonki* de mierda. Zoe sabe dónde nos reunimos. Te espero allí la semana que viene. No falles. O me dejarás bien claro que eres un perdedor como toda tu familia.

Antes de que volviera a lanzarse contra él, rodeé su cintura con mis brazos, deteniéndole con todas mis fuerzas. No permitiría que Axel se metiera en problemas, y menos, si yo lo podía impedir.

—¡Mírame! —Grité— Axel, mírame a mí.

Coloqué mi mejilla sobre su espalda y, con las manos alrededor de su cintura, seguí tirando de su cuerpo. Sabía, sin tener que mirar, que Didac le estaba desafiando con la mirada. Lo más seguro es que hubiese emulado el gesto de cortarle el cuello, a modo de amenaza. Axel gruñó, y avanzó hacia él. Sus zapatillas se deslizaron por el suelo. Apreté los talones como pude y, sumado a un grito muy alto, conseguí que se detuviera antes de que sus manos encontraran el objetivo.

Mis dedos temblaron sobre su duro abdomen. Solo me sentí tranquila cuando sus manos arrojaron las mías y acarició mi piel en círculos lentos. Se quedó callado durante unos segundos, esperando con paciencia a que el chico que había invadido nuestra propiedad, se marchara. Didac se carcajeó una vez más; parecía tener el único objetivo de hacernos daño y destruirnos lentamente.

—Será gracioso ver la cara de Jessica y de Joseph cuando se enteren de que estáis juntos — Axel se mantuvo firme, mientras que yo deseé abalanzarme sobre él—. Que tengáis un buen día. Os hará falta descansar un poco. Te veo pronto, *yonki*.

Era tan cobarde, que el último insulto llegó a ser únicamente una palabra susurrada. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón de chándal y siguió su camino, calle abajo, silbando una canción que erizaba el vello.

Lentamente, bajé las manos para apartarlas de su cuerpo. Descendieron por su fina camiseta y, cuando parecía que mis brazos volverían a acomodarse a ambos lados de mi cuerpo, las manos de Axel fueron más rápidas: Las dejó como al principio... seguíamos abrazados.

—¿Por qué tengo la sensación de que vas a decirme algo que no me va a gustar?

Estaba nerviosa.

Él lo notó.

—Cuando estás cerca de mí —entrelazó nuestros dedos— puedo sentir tus miedos. Joseph no te hará nada, antes tendría que pasar por encima de mí —intenté protestar, pero él no me dejó; yo sabía que J. no me haría nada malo—. En cuanto a Didac...—Se quedó pensativo— la única manera de que nos deje en paz...

Le interrumpí.

Me aparté de su lado (casi sin desearlo) y lo afronté como había hecho en otras ocasiones. Sus enormes ojos negros estaban perdidos en sus solitarias palmas. Golpeé el suelo llamando su atención y, cuando la conseguí, mi cuerpo se congeló al percibir que sería capaz de ir a por Didac.

—¡No!

—Zoe.

—Él está loco. ¡Loco! —Por mucho que me esforzara por alzar la voz, Axel seguiría ignorando mis advertencias— Los rumores del instituto son ciertos. Lleva años peleando y no ha perdido ni una sola vez, ¿por qué crees que tú serás el primero en vencerle? Pensaba que lo mejor era ignorar a todo aquel que intentara hacernos daño —le apunté con el dedo—. Eso lo aprendí de ti.

Calló.

—¿No vas a decir nada? —Le zarandeé por los brazos; no reaccionaba— ¿Esa es tu elección?:

¿Ser como él?

—Estoy cansado de observar sin hacer nada —dio unos pasos hacia delante, quedando cerca de mí—, de fingir y no sacar a la luz mis verdaderos sentimientos —me rodeó el cuello con el brazo y rompió el poco espacio que quedaba entre nosotros. Me besó antes de que mis palabras llegaran a dolerle un poco más. El roce de sus labios me fascinaba, invitaba a que abriera los míos entregándome al placer. Me besó más profundamente y, cuando ya lo estaba disfrutando sin ser consciente de ello, alcé mi cuerpo para estar más cerca de su boca. Axel me bajó, lentamente, hasta que mis talones alcanzaron el suelo—. Por mucho que intentes verme con buenos ojos —apretó la mandíbula—, soy igual que él.

—Mientes. Buscas una excusa...

—No me conoces, Zoe. No sabes nada de mi pasado.

Retrocedí furiosa.

—Odio la forma en la que me apartas de tu lado.

—Yo amo la manera en la que te acercas a mí —sonrió.

Levantó mi rostro con sus manos y presionó sus carnosos labios sobre mi frente. Cerré los ojos de inmediato, disfrutando del poco tiempo que nos quedaba. Él prefería enfrentarse a Didac, y yo... ni siquiera era capaz de saber qué sentía hacia él. Nos apartamos lentamente, en silencio, mirándonos fijamente.

Le noté tan lejos de mí, que me dolió.

—Estoy furiosa —confesé.

—Encontrarás la manera de relajarte.

Quería estar a su lado.

Golpeé, una y otra vez, la rueda de la moto que no cesaba de arreglar. No me miró; no dijo nada. Únicamente siguió removiendo las herramientas hasta encontrar la que necesitaba. Al sentirme ignorada, decidí que lo mejor era marcharme y no verle en un par de horas.

Era el momento adecuado; justo cuando mi madre cerró la puerta.

Sentada de brazos cruzados en una cafetería, alcé la cabeza al oír el acento cubano de Santos. Agitó el brazo con una enorme sonrisa y aceleró sus pasos para ocupar la silla que había delante de la mía. Antes de sentarse, inclinó su cuerpo y besó dulcemente mi mejilla. Sus manos cogieron las mías, sacudiéndolas de una forma graciosa para que despertara de mis propios pensamientos.

Nos sirvieron dos tazas de chocolate recién hecho, y una pequeña caja con seis donuts variados. Santos le hincó el diente a uno, manchando sus labios de azúcar glaseado.

—Me alegro de haber recibido tu llamada, Zoe.

Reí.

—¿Sucede algo?

—Tus labios. Están cubiertos de azúcar.

Santos cogió una servilleta de papel y, al no conseguir limpiarse, me pidió ayuda. Estiré el brazo. Coloqué una mano bajo su barbilla y, con el dedo pulgar, le quité todo el azúcar. Fue inevitable chuparme el dedo para saborear el dulzor del donut.

Me miró con una amplia sonrisa.

—Esto no es una cita, ¿verdad?

Nerviosa, bebí del chocolate caliente que nos trajeron y me quemé. Santos se levantó y, con un movimiento de cintura, empujó mi cuerpo hasta sentarse en la misma silla que yo. De no haberme sujetado, mi trasero hubiera tocando el suelo.

¿Una cita?

—B-b-bueno... —llegué a ponerme nerviosa— N-no sé.

Cuando cogí el teléfono móvil, solo pensé en él como en un amigo que saldría conmigo. Pero seguramente, Santos miraba nuestra amistad de otra manera (¿el ligue de unos días?). El latino movió de un lado a otro la cabeza y, al asegurarse de que mis labios dejaban de sentir dolor, tocó mi nariz con su largo dedo índice.

Era tan agradable escucharle reír, que no me sentí observada por los demás clientes (los mismos que no dejaban de mirarnos).

—Estás locamente enamorada de Axel —dijo, removiendo la cuchara— y las novias de mis hermanos, no se tocan.

¿Santos veía a Axel como un hermano?

A pesar de la diferencia de edad que se llevaban (exactamente cinco años), habían crecido juntos. Así que era normal que le viera como un hermano pequeño al que cuidó, en unos de sus momentos más difíciles.

—Os habéis vuelto locos —quise cruzarme de brazos, pero él me lo impidió—. Entre Axel y yo no hay nada. N.A.D.A. Ya lo he dicho, y no tengo nada más que añadir.

—Entonces ¿no estás peleada con él?

Me había descubierto.

—E, imagino, que tampoco es consciente de que estás conmigo ahora —notó el sonrojo de mis mejillas—. La mirada de las personas habla por sí sola, Zoe. Entre vosotros dos hay algo más que una estúpida discusión de hermanastros.

Todos me decían lo mismo porque eran conscientes de que llegaba a molestarlos.

Aunque, realmente era una estupidez, incluso si yo me lo negaba. Había disfrutado de cada uno de sus besos y parecía que él me completaba, que era la persona adecuada para mí.

—¿Qué? —Pregunté.

No borró su perfecta sonrisa.

—De acuerdo —dijo, levantándose del asiento—. Haremos como si nunca hubiera existido esta conversación. Pero... —si uno de los dos volvía a elevar el tono, nos echarían de la cafetería— no dudes en llamarme cuando necesites hablar conmigo, ¿entendido?

Asentí con la cabeza.

—Gracias por venir, Santos.

Guiñó un ojo.

—Terminamos esto —alzó la taza— y me acompaña a un lugar. Solo serán unos minutos.

No me negaría. Era demasiado pronto para volver a casa. Mi madre estaría de compras y Axel... seguiría en el garaje o en su habitación. Lo mejor era dejar que las horas pasaran, y así podría ordenar tanto mis ideas como mis emociones.

Pagó la cuenta y, cuando salimos a la calle, su brazo arropó mis hombros. Era un buen tipo; un amigo que estaba dispuesto a escuchar las batallitas de amor de dos adolescentes.

Estábamos delante de una clínica privada. Santos no dio muchos detalles, salvo que le estaba

haciendo un favor, a un amigo (deduje que lo hacía una vez al mes). En la recepción no había nadie. Apoyé el brazo en un estrecho muro pero cuando vi aparecer a una mujer con un elegante traje, enderecé mi postura para situarme detrás de Santos, que parecía conocerla muy bien.

Se saludaron, y la mujer de largo cabello negro empezó a teclear sin pausa. Nos miraba tras los finos cristales de sus gafas. Sonreía, y asentía con la cabeza cada vez que el latino le daba un nuevo número.

—¿Hoy vienes con tu novia?

Tenía que dejar de sonrojarme.

—No. Es una amiga.

—¿Y tu amigo? —La mujer era muy curiosa.

Santos se arregló el cuello de la camisa antes de responder. Acomodó las manos, y la miró fijamente.

—Él vendrá la semana que viene —ni siquiera sabía de quien hablaban— ¿Cómo está ella? ¿Mejor?

—Sí. Aunque por las noches sigue llorando por ver a su hijo. Clara está superando cada dura prueba que le pone la vida —entristeció de repente—. Una vez al mes es muy poco tiempo. Habla con él. Estoy segura que podría hacer el esfuerzo de verla dos o tres veces más.

¿Habían dicho Clara?

Axel tenía ese nombre de mujer tatuado en los nudillos de la mano derecha.

Entonces caí; estábamos en una clínica de desintoxicación.

Interrumpí la conversación que mantenían.

—¿En qué habitación está?

Santos abrió, asustado, sus enormes ojos verdes.

—¿Clara Gil? —Asentí con la cabeza— Planta tres. Puerta 45. Tienes suerte, —me tendió un pase— es la hora de recibir visitas. Seguro que se alegrará mucho.

Tenía que verla, conocer a la madre de Axel.

Alguien intentó detenerme, pero mis piernas siguieron moviéndose. Situada frente al ascensor, presioné con fuerza el botón plateado. Santos arrugó la frente; sus gruesas cejas se abatieron.

No era hora de discutir.

Intenté pasar por debajo de su brazo, pero no lo conseguí. Era más veloz y fuerte; contra él siempre perdería.

—Necesito conocer a la madre de Axel —¿tan difícil era de comprender?—. Esa mujer fue capaz de ver cómo su marido maltrató físicamente a su hijo. ¡No hizo nada! Quiero ver qué clase de madre es.

—Zoe —su tono de voz bajó —, Clara no está bien. ¿Por qué crees que lleva dos años aquí? Ella no era consciente de lo que pasaba a su alrededor. Si no hubiera dependido de las drogas, su fuerza de madre habría detenido a ese maltratador. Confía en mí, Axel la quiere demasiado.

—Axel lleva mucho tiempo sin ven...

—Porque verla tan débil, le destruye lentamente —me aclaró.

Guardé silencio. Por suerte, Santos me acompañaría hasta la habitación. Quería que viera con mis propios ojos cómo era la mujer que ignoró cada golpe que recibió su hijo, debido a las malditas drogas.

No llegaba a comprender por qué Axel la quería tanto, cuando ella no había hecho demasiados

esfuerzos por dejar aquello que la destrozaba, y desmembraba a su familia.

Las puertas metalizadas del ascensor se abrieron, y buscamos la puerta de la habitación. Un grupo de hombres, encogidos en sus sillas de ruedas, pasaron por nuestro lado. Todos estaban muy delgados, y temblaban a pesar del calor sofocante que hacía.

Dejé de mirarles para concentrarme únicamente en ella; la puerta estaba abierta. Era una habitación normal: blanca y con dos camas en cada extremo. Un enorme ventanal dejaba que los rayos de sol se colaran para dar más vida a esas cuatro paredes. La cama que estaba más cerca de las maravillosas vistas, estaba ocupada por una mujer.

La mujer se encontraba sentada, con las piernas cruzadas. Se balanceó débilmente, alargando el brazo para coger un cepillo de la mesita de noche. Me dio la sensación de que estaba a punto de caerse, así que corrí para ayudarla. Me quedé delante de ella y, sin saludarla o presentarme, le tendí lo que tanto quería.

—Hola —su saludo me invitó a mirarla.

Era ella.

Los hoyuelos de Axel estaban ahí. Sus finos labios se alargaron en una sonrisa, y los ojos negros se cerraron a la hora de hacer un gesto con su pálido rostro. Llevaba el flequillo por encima de las cejas. Un pequeño aro adornaba el lateral de su nariz. Estaba muy delgada, pero seguía siendo muy bella. Los finos brazos de Clara, estaban llenos de heridas que habían cicatrizado con el paso de los años.

—Buenas días —bajé la cabeza al notar llevaba demasiado tiempo observándola—, mi nombre es Zoe.

¿Era el momento de hablar de su hijo?

Tampoco podía decirle: «Mis padres acogieron a su hijo. El mismo que usted abandonó por ese gran error que cometió. ¡Hola!»

No.

Clara me devolvió el cepillo.

—¿Me ayudas?

Quería que arreglara su larga melena negra.

Busqué a Santos de inmediato, que se había quedado fuera y nos observaba en silencio. Levanté el fino cepillo, y él asintió en señal de permiso. Me acomodé detrás de su cuerpo y empecé a coger cada mechón entre mis dedos. Clara no dejaba de tocarse los dedos, como si el tiempo transcurrido en esa clínica no hubiera servido de nada. Me miró para dibujar una bella sonrisa.

—¿Quiere que le haga una trenza? —Pregunté.

—Sí, preciosa —su voz era agradable— ¿Sabes que tengo un hijo de tu edad? —Me detuve por un tiempo— Mi querido hijo Axel. Llevo días sin verle. Tengo miedo de que le haya pasado algo.

Algo me dolió.

—Cada vez está más grande. Se parece tanto a su abuelo —parecía que se tranquilizaba cuando hablaba de su hijo porque sus manos dejaron de temblar—, no hay día que no piense en él.

Mis dedos se detuvieron a la mitad de la trenza; ella se dio cuenta.

—Puedes preguntar cualquier cosa, preciosa.

Sentí cómo una lágrima rodaba por mi mejilla.

—¿Está arrepentida?

No fui concreta, pero ella me entendió perfectamente.

—Cada día de mi vida. Me arrepentiré de mis errores hasta que me muera —cogió el pequeño espejo que guardaba bajo la almohada—. Qué bonita trenza; gracias. Eres una chica maravillosa.

—Axel la quiere —dije de repente.

Clara no era una mala mujer. Eran las drogas, las que no le dejaron ver las barbaridades que le hizo el hombre que debiera haber querido a su hijo.

—Lo sé. Él siempre perdona —al situarme delante de ella, sujetó mis manos.

Moví la cabeza a un lado, para limpiar las lágrimas con mi abrigo. Santos movió la cabeza, indicándome que era hora de irse.

Abrió sus brazos, y no dudé en darle un abrazo.

Fue entonces cuando me susurró:

—Cuida de él.

Asentí con la cabeza. Entonces comprendí que Axel le había hablado de mí, en alguna de sus visitas.

Antes de entrar en casa, me miré mi rostro; seguía teniendo los ojos enrojecidos por la llantina que me dio, al salir de la clínica. Santos tenía razón. Clara era una buena mujer; una madre arrepentida por no haber estado junto a su hijo. Parecía tan destrozada que, la mínima oportunidad que la vida le ofrecía, intentaba aprovecharla. Por ese motivo era feliz cuando recibía la visita de Axel. Era otra persona... o, al menos, eso me dijo Santos.

Cuando llegué a casa, eran más de las cinco de la tarde. El tiempo pasó volando (podía decir que lo aproveché al máximo). Abrí la puerta e intenté no llamar la atención de nadie. Dejé el abrigo en el ropero y me quité las botas.

El televisor del comedor estaba encendido, así que me acerqué para ver quién era el que estaba viendo uno de esos programas del corazón que nadie veía en casa. La sorpresa fue tan grande, que mi cuerpo no reaccionó. Al menos, la joven mujer que había tumbada, estaba más viva que yo.

Soltó un grito que me sobresaltó.

—¡Zoeeeeeeee!

Sus brazos rodearon mi cuello.

Tiró de mí, hasta pegar su pecho contra el mío.

Habíamos hablado esa misma mañana... y estaba segura de que me dijo que no sabía cuándo vendría. Pero allí estaba; su corto cabello negro rozó mi nariz, provocando un cosquilleo que me hizo estornudar. Todas esas pecas que adornaban su nariz, seguían destacando incluso con el nuevo bronceado que lucía. Los labios de tía Amy se marcaban como siempre (le encantaba usar barras de labios con tonos oscuros).

Pestañeé repetidas veces.

No sabía qué hacer.

—¿Tía? T-tú...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —No dejaba de gritar— Estaba en el aeropuerto. Te volví a mentir, amor mío. Pero, ¡qué grande estás! —Empezó a girar mi cuerpo (como si se tratara de una peonza)—Cada día estás más guapa. Te he echado de menos.

Era ella.

Había vuelto.

—Has sido cruel —le saqué la lengua, divertida, antes de devolverle el abrazo— ¿Por qué no has llamado? Yo misma me hubiera acercado para buscarte. ¿Mamá lo sabe? O, ¿has llamado a papá?

Negó con la cabeza.

—Quería darte una sorpresa —se apartó un poco— ¡Sorpresa! Menos mal que ese bombón me ha abierto la puerta —ensanchó sus labios—. No me habías dicho que tu hermanastro estaba tan bueno, pillina.

«¡Oh, oh!» Pensé. «Por favor, no lo digas».

—No sé de qué hablas.

—Sabes perfectamente de lo que hablo —bajó el tono de voz, cuando yo lo hice—. Ahora

entiendo por qué estabas tan nerviosa por teléfono. Pensé que hablabas de un novio, pero era de él. Te gusta. ¡Te gusta!

Golpeé mi frente.

—¡Schhhh! Baja el volumen, tía.

—¿Te da vergüenza? —Jugueteó con mis mofletes— Te da vergüenza. Te da vergüenza — canturreó—... Vamos, cariño, no hay que abochornarse de nada. Si tuviera ocho años menos, estaría colgada de su cuello. Qué brazos. Qué mirada. ¡Qué culo!

Le lancé una mirada para que silenciara.

—De acuerdo —besó mi mejilla—, es todo tuyo.

—Entre él y yo no hay nada.

—Dilo otra vez —se burlaba de mí—, a lo mejor a la segunda, te creo.

—Es verdad.

—No —me llevaba la contraria.

—¡No me gusta!

Acabé por gritar.

Los pasos de alguien, se detuvieron detrás de mí. Los ojos de Amy se abrieron ilusionados, y alargó el brazo por encima de mi hombro hasta coger el vaso que le daban. Bajo mi atenta mirada, dio un sorbo a la limonada. Le guiñó un ojo, y nos dejó solos para sentarse en el sofá. De esa manera vería mucho mejor el espectáculo.

Golpeó la mesa auxiliar con sus altos zapatos rojos de tacón, y chasqueó la lengua al sentir el fuerte cítrico golpeando sus papilas gustativas.

Giré lentamente hasta quedarme frente a él. Axel me miraba confundido, mientras que yo solo temía que hubiera escuchado nuestra conversación. Sonreí, incluso cuando lo único que quería hacer era encerrarme en la habitación. Froté las manos. De repente, estaba helada.

Él las cogió ente las suyas, y empezó a acariciarlas lentamente. Solo se detuvo cuando las sintió cálidas.

—Qué bonito —dijo Amy.

—Tía...—gruñí.

—Solo digo que me gusta cómo te cuida.

De inmediato nos apartamos.

Axel dejó de mirarme, y refugió las manos en los bolsillos de la sudadera. Me dio la sensación de que prefería huir del contacto de mi piel rozando la suya.

Cabizbaja, caminé hasta sentarme al otro lado del comedor. Amy siguió mirando a Axel, que se movió cuando empezó a sentirse incómodo. Se sentó en el sillón que había al lado del sofá, y retomaron la conversación que habían interrumpido cuando la tía le pidió algo para beber.

—¿Seguro que diecisiete? Pareces mayor.

—Bueno...

—Pareces un chico maduro —me miró a mí, antes que a él—Y, ¿tienes novia? Ahora que soy tu tía, tienes que contarme muchas cosas de ti: Cumpleaños, hobbies, amistades, tus grupos de música favoritos, y tu plato preferido. Se me da muy bien la cocina, sobrinito.

Amy disfrutaba con la situación.

Era la primera vez que Axel estaba tan callado.

—Aún no es tu... —dibujé unas comillas en el aire con los dedos— sobrino.

Pero no faltaba mucho para que pasara.

Axel Cox formaría parte de nuestra familia.

Le miré, concentrando toda mi atención en él. El oscuro flequillo, se le había ondulado sobre los ojos. Lo apartó con la mano y, de repente, vi a Clara. Sonreí como una estúpida por compararlos: ¡eran madre e hijo! Bajé la cabeza; envidiaba ese detalle de las familias que tenían rasgos físicos parecidos.

Me puse nerviosa, de repente.

La mano de Amy tocó mi espalda.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí—. Estaba pensando.

—Pues te has perdido algo muy importante de Axel —¿ellos habían seguido hablando?— El grupo favorito de él, es nada más y nada menos que...—fingió que tocaba un redoble de tambor— ¡*Panteras doradas!* Qué casualidad, ¿no?

Tenía razón, no lo sabía.

Él me regaló un par de entradas, y no sabía que le gustaban.

¿Cuántas cosas me faltaban por conocer de él?

Nunca hice el esfuerzo de intentar conocerle algo más. Y realmente me molestaba, porque Axel sí parecía conocerme a mí.

La puerta de la entrada se abrió. La risa de una pareja nos llamó la atención. A diferencia de Amy, que se tensó de inmediato. Su felicidad se esfumó al escuchar a mi padre hablando con su cuñada. Mamá entró agitando unas bolsas y las dejó caer al vernos allí, todos juntos, esperando a que ellos llegaran.

Cuando Amy se levantó, su cuerpo se movió de forma brusca cuando mi madre la abrazó con fuerza. La miró como si no pudiera creerse que estuviera en casa. Alborotó el corto cabello, y con una sonrisa gritó.

—¡Norman! ¡Norman!

La tía le cogió las manos, estaba asustada ante la reacción que podía tener su hermano mayor.

—¿Sucede algo? ¿Zoe ha vuelto a hacer una de las suyas?

Enarqué una ceja.

Siguió a mi madre, y dejó jugar con las llaves del nuevo coche al ver a su hermana. Su rostro se volvió duro, pero cambió al ver que se acercaba hasta él. Amy le abrazó, incluso cuando aún no era correspondida.

—No digas nada. Solo abrázame, hermanito.

Antes de hacerlo, nos miró.

Su mujer le sonrió.

—Has vuelto —susurró— ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? Amy —ella le miró—, me alegro de que estés aquí.

—Gracias por abrirme la puerta de tu hogar una vez más.

—Esta es tu casa, Amy.

Con la vuelta de Amy, la casa andaba escasa de habitaciones. Giré mi cuerpo para ver qué estaba

haciendo Axel. No podía creer que tuviéramos que compartir habitación durante unas semanas hasta que mi tía encontrara un apartamento. Quería que estuviera en el centro, por tanto, le llevaría más tiempo. Mi cama estaba a unos centímetros de la suya.

Axel empezó a quitarse la camiseta. Estaba claro que él solo dormía con el pantalón del pijama, y dejaba su torso desnudo. Me aclaré la voz, acomodé mi mejilla en la palma de mi mano e hincé el codo en la almohada.

—¿Cómo sabías que era mi grupo favorito?

Eché un vistazo rápido a la habitación.

—El primer día que llegué —señaló una cosa del tocador— llevabas puesta la púa de ellos; tres garras doradas. No hay que ser muy listo para saber que se trataba de *Panteras doradas*.

Soltó todo eso, y lo único que hice fue mirar las resaltadas cicatrices de su espalda; ni siquiera los tatuajes ocultaban esas horribles heridas.

—¿Te duele?

—Más me dolió la forma en la que me miraste el día que nos conocimos.

No esperaba esa respuesta.

Axel dejó la camiseta bien doblada sobre el tocador, y se metió en la cama plegable que le había puesto mi padre. Tiró de las sábanas, hasta cubrirse. Cerró los ojos.

—Duérmete, Zoe.

—Lo siento.

—Duerme.

—Axel.

—¿Qué?

—Ódiame —dije.

—Pídeme lo que quieras menos eso.

«Entonces bésame», pensé.

—Solo hazlo.

—No —me miró.

Ahí finalizó nuestra conversación.

Hice lo mismo que él: me tumbé y cubrí mi cuerpo con las sábanas. Durante unas horas le di la espalda, pero al no poder dormir, busqué la opción que más necesitaba en ese momento: verle. Con la poca claridad que nos ofrecía la noche, fue suficiente para contemplar a Axel dormido. Temblé cuando sus ojos se abrieron y, de inmediato, cerré los míos.

De repente, sus dedos se posaron sobre mis mejillas. Tocó mi nariz, mis pestañas... y se detuvo en los labios. Delineó su forma, haciéndome disfrutar, aunque no pudiera saberlo. Sentí sus suaves caricias, y el cuerpo me pedía más. Quería acercarme... pero no podía porque fingía dormir plácidamente.

—Deja de pedirme cosas que son imposibles de cumplir.

De reojo, vi cómo se levantó.

Inclinó su cuerpo hacia delante y besó mi frente, como de costumbre.

—Dulces sueños, Zoe.

Axel cogió su camiseta, y salió de la habitación sin hacer ruido.

Acomodé mis piernas, una encima de la otra, y me quedé sentada, con la mirada pérdida en la puerta. No le detuve, pero mentalmente me grité: «¿Qué nos está pasando?»

Asomé la cabeza al interior de la cocina. La risa de mis padres no era normal, a las nueve de la mañana de un sábado. Estaban abrazados, besándose, sin saber que alguien les observaba. Ella se apartó de su lado y, con una sonrisita, me invitó a que me uniera a ellos en un abrazo familiar.

Salí corriendo. No quería perderme su día.

—Feliz aniversario, pareja —le di un beso a cada uno—. Es hora de darle el regalo, ¿no crees?

Cogí una de las rosas que había sobre la mesa; eran preciosas. La flor quedó entre mis dedos, y miré por encima de los pétalos hasta encontrarme con la mirada de mi padre. Al hablar de regalos, su actitud cambió de repente.

—Era un viaje — dijo.

Los billetes de avión asomaban en el bolsillo del pantalón del traje. Mamá sonrió, asintiendo con la cabeza, como si comprendiera lo que estaba pasando. Yo no.

—Dubái. Tres días —sonreí, esperando a que él lo hiciera—. Llevas meses preparando el viaje. ¿Sucedó algo?

—No iremos.

¿Había escuchado bien?

—¿Por qué?

—Porque cuando planeamos el viaje, no contábamos con Axel. En un principio, Zoe, tú te ibas a quedar con la abuela Amelia. Pero los planes han cambiado —levantó la bolsa que había dejado sobre la encimera—, lo mejor es quedarse aquí, y celebrarlo en algún restaurante bonito.

Me negaba por completo.

Merecían pasar unos días juntos, lejos de casa y sin su hija al lado. Me levanté de la silla y me planté con los brazos cruzados. En broma, estiré el brazo para mover el dedo índice en señal de negativa. Mamá seguía sonriendo como si, en el fondo, estuviera deseando coger ese avión y disfrutar un par de días junto a su primer amor .

De reojo me di cuenta de que Axel había entrado y cogió, sin decir nada, uno de los pastelitos que había traído Norman. Se quedó detrás de mí, esperando a que alguien le contara qué estaba pasando. Me aclaré la voz e intenté, una vez más, que disfrutaran del maravilloso aniversario de casados.

—El problema es que no queréis que nos quedemos solos, ¿verdad?

Mi padre asintió con la cabeza.

—Tía Amy.

—¡No! —Lo repitió un par de veces— Mi respuesta seguirá siendo no.

—¿Qué pasa con ella? —Pregunté.

—No es responsable. La última vez, cuando llegamos a casa —intentó respirar con normalidad, pero no lo estaba consiguiendo—, había un maldito coche dentro del comedor. ¡No!

En uno de nuestros viajes familiares, Amy hizo una fiesta con sus amigos de la universidad. Se les fue de las manos, y el alcohol no ayudó demasiado. Terminaron por tirarnos un muro de la casa, no sin dejar un pequeño coche en el interior. Desde entonces, los vecinos no nos miraban con buenos ojos. O suplican, en voz baja, que Amy Domènech no regresara.

—Ella ha madurado.

Río.

—¿Eso crees?

—Sí, papá. Amy es otra mujer. Deberías de darle una oportunidad.

Axel posó una mano sobre mi hombro.

—Nosotros ya no somos unos bebés —debí de haber comenzado por allí, pero él lo estaba haciendo mejor—. Si no confiáis en ella, hacedlo en nosotros.

Parecía que había calmado al cabeza de familia.

Mamá le abrazó por detrás, y le dio un beso en la mejilla. La miró dulcemente, y sonrió al verla tan feliz.

—Si sucede algo, ¿llamaréis?

Respondimos, los dos, a la vez.

—¡Por supuesto!

Llevábamos tiempo sin tener un maravilloso fin de semana, y esa mañana, estaba siendo increíble. Nos pidió que nos sentáramos, y ellos hicieron lo mismo. Parecía que tenían otra noticia que darnos. Antes, me serví un vaso de leche con unas cuantas gotas de café. Axel me ayudó a sentarme, y los murmullos cesaron en el momento en que le tendieron una pila de papeles.

Era extraño, sobre todo por el sello que había en uno de los laterales.

—Ha llegado el día —anunciaron—. Sé que solo llevas unos meses con nosotros...

Terminó mi madre por él.

—... pero son suficientes para darnos cuenta de que eres un chico muy agradable y bueno.

Axel se puso rígido.

Hasta yo misma pensé que estaban a punto de echarle.

—Comprendo —bajó la cabeza apenado.

—Queremos que formes parte de nuestra familia —dijo tan rápido, que pensó que no nos habíamos enterado—. Son los papeles de la custodia. Solo los firmaremos si tú quieres, cariño.

Mamá apretó sus manos.

Cuando él dejó de temblar, las dejó escapar por encima de la mesa.

Sus brazos cayeron perpendiculares al cuerpo, y sus dedos no dejaban de golpear la silla. Disimuladamente, y sin que mis padres se dieran cuenta, cogí su mano entre la mía y entrelacé nuestros dedos. Él me miró sorprendido, y le sonreí cariñosamente.

—Deja que firmen —apreté su mano—. Solo quieren verte feliz en un lugar estable.

—Zoe tiene razón, Axel.

Bajó la cabeza, como avergonzado por lo que estaba pasando. Intentó relajar sus tensos hombros, pero en ningún momento soltó mi mano. Entreabrió los carnosos labios y, con una mueca de tristeza y de felicidad, respondió lo que tanto esperábamos.

—Gracias.

—A ti, por completar nuestra familia.

Ellos no sabían lo que hacía Axel algunas noches, pero estaba segura de que comprenderían los motivos. Ayudaba a los demás, a pesar de poder meterse en problemas. Algún día cambiaría, y vería que las drogas no daban el sueldo que podría darle un trabajo de verdad.

—Axel —le detuve, a tiempo.

Bajó los primeros escalones, y se acercó con los labios apretados que sostenían un cigarrillo. Se lo quitó de inmediato, escondiéndolo en la mano. Nuestra respiración era lo único que se podía escuchar, hasta que él lo rompió con sus palabras.

—¿Sucedo algo?

—Hoy es el concierto —le tendí una de las entradas que me regaló—, me encantaría ir contigo.

—Es mejor que vayas con otra persona.

—Pero yo quiero ir contigo —se apartó de mi lado—. No quiero a nadie más, si no eres tú.

Sonreí cuando la cogió, pero Axel no compartía la misma felicidad que yo. Movi6 la cabeza, y sigui6 subiendo las escaleras para refugiarse en la habitaci6n y fumarse el cigarro.

Realmente, era extra6o lo que nos ocurría. Cuando uno de los dos se acercaba, el otro salía huyendo. Nunca llegaríamos a hablar de lo que nos pasaba... y ni siquiera los besos podían etiquetarnos como dos personas enamoradas. Solo eran besos.

«Solo besos. Solo besos», repetí una y otra vez, mentalmente.

Mi tel6fono son6.

Necesitaba hablar con Kim, así que pensé que era ella. Atendí a la llamada sin mirar el nombre de la persona, y sonreí mientras que salía de casa para acomodarme en el jardín. Tía Amy se encontraba fuera, leyendo un libro que ni siquiera le gustaba. Parecía que mi padre quería que se entretuviera un rato.

La voz femenina del otro lado, me sorprendió.

—¿Zoe?

Era Jessica.

Me mordí el labio nerviosa.

¿Es que acaso se había enterado que Axel y yo nos besamos?

—Hola. ¿Sucede algo?

Hizo una breve pausa.

—Solo escúchame. No soy estúpida, Zoe. Sé que entre Axel y tú hay algo —intenté interrumpirla, pero ella no me dejó—. No estoy molesta. Tú ni siquiera me caes mal. Pero vosotros estáis tan ciegos, que no os dais cuenta que os gustáis. Axel es un buen chico. No le juzgues por su apariencia. No lo hagas. Le rompes el corazón.

—Jessica...

—Dale una oportunidad —rio, aunque le costaba—. Yo no seré un obstáculo para que vosotros estéis juntos. Cúdale. Axel es increíble.

Ella no lo entendía (al igual que los demás). Entre Axel y yo no podía pasar nada, porque ninguno quería acercarse al otro. Huíamos. Tal vez por miedo, o realmente éramos dos cobardes. Si mi corazón latía por él... ya era demasiado tarde para decírselo.

Necesitaba saber qué sentíamos.

«¿Estoy enamorada de él?»

Era hora de conocer mis sentimientos.

Le envié un mensaje.

Z: Si alguna vez sentiste algo con  
alguno de nuestros besos, por favor,  
ven esta noche. Te esperaré.

Con amor, Zoe.

Los enormes focos del estadio me cegaron por unos segundos. Podía escuchar a mi alrededor la emocionada voz de las personas que estaban allí, ansiosas por que empezara el concierto.

—¿Estás sola? —Me preguntó un pequeño grupo de chicas.

A mi alrededor no había nadie.

Él no vino.

No sintió nada por mí en ningún momento.

Sonreí por el detalle que tuvieron. Eran incluso más fans que yo; iban abrigadas con camisetas y bufandas con el nombre del grupo. Sus uñas estaban pintadas de un precioso dorado que brillaba.

—En realidad tengo que irme —dije, subiéndome la cremallera del abrigo.

Di media vuelta, observando entre el público a las parejas que se abrazaban mientras que sonaba la primera canción:

«Duele besar a la persona que no te corresponde.

Puedes amar a la persona que te besa de verdad.

Quieres besar a quien te hace soñar...»

El público empezó a saltar, complicando mi salida. Seguí avanzando con cuidado de no pisar a nadie, y me detuve al encontrarme a la persona que menos esperaba. Estaba delante de mí; sujetando una rosa negra entre sus dedos. Sonrió, mientras me la ofrecía.

Parpadeé varias veces, pensando que se trataba de un sueño y que Axel no estaba ahí. Nos quedamos uno frente a otro, a un par de pasos de distancia. Mis canciones favoritas dejaron de tener sentido, cuando le vi.

—No me acosté con Jess.

—¿Qué?

—Fui un cobarde.

—¿Por no acostarte con ella?

—Por no decirte que me gustabas.

Miré a nuestro alrededor, notando que varios ojos no desviaban la mirada. Tenía que quitarme la obsesión de que la gente estaba pendiente de mí, cuando era lo más normal que miraran hacia todas partes.

Axel se acercó y, con una sonrisa traviesa, agarró el borde de la falda que llevaba. Solté un grito ahogado al sentirlo tan cerca de mis labios. Quería detener su muñeca, pero no se lo impedí, al contrario, mis manos se acomodaron sobre su pecho.

—Te dije que no besaba a cualquiera.

Había demasiada gente.

Tenía miedo de que me besara de nuevo.

El problema es que no podía, por mucho que lo deseara.

—Axel...

Traté de apártame pero él me sujetaba; me abrazó y mis manos desistieron de luchar en el momento en que quedaron detrás de mi espalda. Su cuerpo se pegó al mío, ahogándome en una ola de calor. Sus labios interrumpieron mis palabras. El beso aumentó, y parecía que nunca despegaría mi boca de la suya. Sentía cómo, mis dedos, intentaban apartar los suyos de alrededor de las muñecas, pero él solo siguió explorando mi lengua con la suya. Al gemir, me di cuenta de que se había acabado mi neura; me gustaba demasiado como para preocuparme si los demás nos miraban.

Me liberó, y rodeé su cuello con mis brazos. Las manos de Axel agarraban mi cintura, al tiempo que me alzaba, y mis piernas rodearon sus caderas. Deslizó la mano por mi espalda, haciéndose hueco por dentro de mi abrigo para poder tocar mi piel.

Reí cuando me aparté de sus hinchados labios.

—Pareces confundida.

Apartó mi cabello de las mejillas.

—Es el primer beso que comparto rodeada de tanta gente.

—Me alegro de ser el primero, Zoe.

—Me alegro que hayas venido —dije, y volvió a besarme.

El concierto terminó a las once de la noche. Barcelona estaba iluminada por las hermosas luces de la ciudad. Mi mano encontró la de Axel, y la sostuve como si fuéramos novios. De vez en cuando le miraba y, cuando sus ojos negros se daban cuenta que no dejaba de observarle, se ocupaba de sonreírme para hacerme saber que era consciente de todo. Mis mejillas ardían de calor. Le besé en varias ocasiones y, en ninguna de ellas, me arrepentí.

Cruzamos un semáforo en verde. Al notar que el frío nos hacía tiritar, tiró de mi cuerpo hasta pegarme contra el suyo. Besó mi frente al tenerme tan cerca.

—Deberíamos tener una cita —sugirió.

Bajé la cabeza.

—¿Sucede algo?

—Jessica me llamó.

Axel soltó una risa que me confundió.

—Lleva días diciéndome que era incapaz de confesar mis sentimientos —cerró los ojos—. Los demás se han dado cuenta antes que nosotros. Pero creo que yo era consciente desde el primer día, Zoe. Me gustas.

—¿Por mucho que hayamos discutido?

—Nuestras discusiones han terminado por unirnos.

Me puse de puntillas para estar más cerca de sus labios.

—Bésame de nuevo.

—No vuelvas a pedirme nunca más un beso —rio, sujetándome por las mejillas—, solo, bésame. Lo mismo que haré yo, siempre que me apetezca tener tus labios sobre los míos.

Cerré los ojos, sintiendo el roce de su boca. Dibujó una enorme sonrisa, y nos apartamos al ser conscientes de que era demasiado tarde para estar en medio de la calle, besándonos. Deslicé mi mano en el interior de su bolsillo, y Axel la buscó para entrelazar nuestros dedos.

Cuando llegamos a casa, solo la luz del comedor seguía encendida. Amy nos saludó con la misma chispa de siempre, mirándonos y apuntándonos con el dedo como si supiera lo que había pasado. Axel se mantuvo separado de mí, a una distancia prudencial. De momento lo llevaríamos en secreto, ya que era lo más adecuado para nuestra familia.

Miré a nuestro alrededor, dándome cuenta de que mis padres no estaban. Entonces, lo entendí todo.

—¿Se han ido? —Pregunté.

—Durante tres días.

Me senté a su lado.

Tenía los ojos rojos. Había estado llorando.

—¿Sucede algo, tía?

Ella negó con la cabeza.

—Amy —habló Axel—, puedes contarnos lo que quieras.

Sus manos soltaron el pequeño muñeco que sostenía, para mantenerlas sobre su vientre. Al parecer el teléfono de casa no había dejado de sonar, y todas las llamadas eran para ella. Alargó sus brazos, pidiéndome que me acercara. Lo hice y, de repente, mi mano quedó sobre su vientre (ella lo había guiado hasta ahí).

Con un nudo en la garganta, habló.

—Estoy embarazada.

Ese era el motivo por el cual esquivaba a mi padre. Si él se enteraba, empezaría con una de sus charlas: «Te lo advertí, pero no me hiciste caso». Estaba asustada. Parecía una niña con necesidad de que alguien le dijera que todo saldría bien. Eso hice.

Acomodé con cuidado mi cabeza sobre ella, e intenté sentir los latidos del bebé que llevaba en su vientre. Aún era demasiado pequeño, por lo que sonreí.

—Os cuidaremos —la miré—. Aquí tendréis sitio suficiente. Y conoces a papá, él nunca te echaría de casa. Nunca.

—Tengo miedo, Zoe.

—Lo sé —ella no dejaba de temblar—. Pero nos tienes a nosotros. No estés asustada. Es maravilloso. Y la primera que te lo recordaría —tragué saliva—sería mamá.

El sonido de la lluvia nos sorprendió; o al menos a Axel y a mí. Estaba nervioso. Era noche de truenos y no lo soportaría. Se disculpó con nosotras, y subió corriendo las escaleras para refugiarse en mi habitación.

Tía Amy siguió un par de horas más acurrucada entre mis brazos. Me contó el romance que tuvo, y cómo él prefirió irse cuando se enteró de que estaba embarazada. Ese imbécil la dejó tirada por miedo. Gruñí enfurecida.

Toqué una vez más su cabello y, al darme cuenta de que estaba dormida junto al muñeco, besé su mejilla y la tapé con una pequeña manta.

Subí los escalones haciendo el menor ruido posible y me sobresalté al llegar delante de la puerta de mi habitación: había caído un trueno muy cerca. Seguramente Axel estaría tiritando; asustado y solo. Corrí hasta colarme en el interior, y mi mundo se vino abajo al verle.

Estaba tumbado sobre la cama, oculto por las sábanas. No dejaba de temblar, y la música que sonaba no impidió que los truenos retumbaran en sus oídos. Sus ojos estaban cerrados. De sus carnosos labios nació una pequeña herida que se hizo con los dientes. Estaba muy pálido y le rodaban lágrimas por las mejillas.

Eché hacia atrás todo lo que cubría su cuerpo y, sin pedir permiso, me tumbé junto a él. Mi cabeza se acomodó sobre su pecho, y sus brazos rodearon mi cuerpo. La barbilla de Axel descansó sobre mi coronilla y dejó de temblar. Cerré los ojos ante la melodía que se escuchaba de sus auriculares rojos.

—Zoe...—susurró, sin escuchar mi propio nombre.

—Estoy aquí —besé sus labios—, siempre estaré aquí.

Era capaz de hacer cualquier cosa, con tal de que el pasado de Axel le dejara de torturar.

Sentí cómo acariciaba mi cabello.

En el momento en que dejó de llover, nos quedamos dormidos, abrazados en la misma cama.

Desperté al notar que el cuerpo de Axel no estaba junto a mí. Era cierto que sentí sus labios sobre los míos, pero pensé que se trataba de un sueño. Había sentido cómo se levantaba, me cubría con las sábanas y besaba antes de marcharse.

Me abrigué con una bata antes de salir al pasillo. Amy estaba durmiendo en la habitación de mis padres con la puerta abierta.

De repente, escuché un ruido que provenía de la cocina.

Abajo había alguien, así que me acerqué hasta allí sin decir nada. Dentro del despacho de mi padre, se encontraba Axel delante de otro hombre. Asomé la cabeza, y vi que era Santos.

—Schhh... vas a despertarlas.

Santos gruñó.

Estaba herido.

—¡Sangre! —Grité.

Axel se acercó hasta mí, y aferró sus dedos a mi brazo para adentrarme en el despacho. Nuestro amigo Santos, no dejaba de sonreír incluso cuando parecía que estaba a punto de perder la vida.

Bajo el pecho, tenía un enorme corte que no dejaba de sangrar. Axel procuró tapan la herida y había que esperar a que la hemorragia cesara. Santos buscó mi mirada, encontrándose con unos ojos acuosos por las lágrimas.

—Estoy bien, hermosa.

Estaba equivocado.

—Tenemos que ir a un hospital —susurré.

Santos sacudió la cabeza.

La puerta del despacho se cerró; Axel había salido.

—Confía en él —tocó mi barbilla, alzándola para mirarme—Con la sonrisa tan bonita que tienes, ¿a qué viene esa tristeza?

—Al parecer me he acostumbrado a tenerte como amigo.

Y no quería perderlo.

—No va a pasarme nada. Un imbécil ha intentado apuñalarme —la navaja estaba al lado de su cuerpo—. No es profundo. Solo necesitaba ayuda y el indicado era él —de repente una risa le hizo cambiar de tema— ¿Ha pasado algo entre vosotros dos? Ese imbécil lucía una enorme sonrisa al bajar.

No quería hablar de ello.

Pero él parecía muy cómodo.

Hasta la palidez se le esfumó de las mejillas.

—Tenías razón.

—*Mami*, yo siempre tengo razón.

Limpié mis lágrimas.

—¿Vas a decirme qué ha pasado?

Axel y él guardaban demasiado secretos.

—Si te lo digo te enfadarás.

—Inténtalo —insistí.

—Otro día —me aproximó hasta él para besarme en la mejilla, cerca de la comisura de los labios—. Te lo prometo, preciosa.

Axel llegó con algo de vendaje limpio para cubrir la herida de su amigo. Como bien había dicho, el corte no era muy profundo, pero, aun así, le debilitó. Le dio un trago a la botella de alcohol que llevaba, y ahogó un grito al notar la presión de las vendas. Intentó ponerse la chaqueta que llevaba, pero se lo impedí. Necesitaba descansar, dormir un rato hasta que pudiera dar dos pasos seguidos.

Arreglamos el pequeño sillón que tenía mi padre, y le dejamos sentado. No paraba de temblar, así que encendimos la calefacción. Santos no tardó en quedarse dormido.

—Tengo miedo —confesé.

Axel me lanzó una sonrisa ladeada.

—Zoe...

—No quiero que te pase lo mismo que... Deja el mundo de las...—silencié. No quería decir la palabra drogas—Por favor, Axel.

—No me pasará nada —volvió a besarme, como pudiera convencerme—. Te lo prometo. Confía en mí.

Las lágrimas siguieron bañando mis mejillas, y los temblores seguían presentes. Axel me acarició los hombros, y presionó sus labios sobre los míos, besándome cariñosamente; lentamente, como si el mundo estuviera a punto de terminarse. Apoyé el rostro contra su cuello, y seguí sollozando. Él me cogió entre sus brazos, para guiarme hasta la cama que nunca debimos abandonar.

Los días pasaron con normalidad. En el instituto todo seguía igual... En casa pasaba lo mismo: la familia había aumentado y eso era bueno. Tía Amy no se atrevió a decirle a su hermano mayor que estaba embarazada, y Axel y yo no la presionamos (era algo que ella debería decidir sin ayuda de nadie).

Una mañana, la puerta de la entrada nos sobresaltó con un fuerte portazo. Cuando llegamos, Amy había desaparecido. Miré a Axel de reojo. Él me dio entender que lo mejor era callar. Papá no se tomó a mal que volviera a marcharse sin decir adiós, estaba acostumbrado; parecía típico en ella.

Cada uno recuperó su habitación, abocándome a extrañar las noches que dormí en los brazos de Axel. Me escurrí en el armario, quedándome sentada en el suelo, con las piernas estiradas mientras, él, tiraba del colchón con una sonrisa socarrona.

—¿No vas a ayudarme?

Ladeé la cabeza antes de responder.

—Amy tenía razón.

—¿En qué?

—Tienes buen trasero.

De mis labios salió una traviesa sonrisa.

Axel enarcó una ceja y, en un movimiento rápido, alzó mi cuerpo del suelo hasta dejarlo sobre su hombro. Así llegamos hasta la cama donde me dejó caer. Sentí la presión del suyo acomodándose sobre mi pecho, y abrí los ojos cuando sus labios encontraron los míos.

Parecía que habíamos dejado de temer que mis padres nos descubrieran, besándonos en cada esquina. Mis dedos atraparon cada fino mechón de su cabello, y tiré hacia atrás su cabeza rescatándole de mi boca.

—Prométeme algo.

Se liberó de mis dedos.

Los dientes de él quedaron marcados en mi hombro. Ahogué un grito por su culpa.

—¿Qué quieres que prometa?

—Que volverás a reunirme conmigo por las noches.

—¿Y si no quiero?

Alcé la vista.

—Entonces tendré que ir yo, gamberro.

Sacudí la cabeza.

—Odio esa palabra —advirtió—. Pero suena tan *sexy* cuando las dices.

Axel me cogió por los brazos, para dejarme sentada sobre sus muslos. Apreté las piernas contra las suyas, y empecé a atacar su cuello, repartiendo besos. Delineé uno de sus tatuajes que sobresalían por el filo de su camiseta. Mi lengua acompañó el recorrido.

—Estás temblando.

—Entonces deja de hacer eso.

—Me gusta demasiado —besé su cuello—. Detenme.

Gruñó.

—Esa es la palabra clave.

Pasó las manos por detrás de mis rodillas, y volvió a cambiar la posición de nuestros cuerpos. Quedamos tumbados; él encima de mí. Su flequillo cayó sobre sus ojos, y le aparté de inmediato.

—¿Quieres saber por qué no te miraba a los ojos?

Se inclinó hacia delante.

—Es lo que llevo deseando saber desde hace tiempo.

—Porque sabía que cuando te mirara, descubriría lo que realmente siento hacia a ti.

Le lancé una mirada y pasé la lengua por los labios.

—Has tardado demasiado en confesármelo, Zoe.

Nos levantamos de la cama, y antes de que siguiera tirando del colchón, apoyé la frente contra su pecho. Era consciente de que le deseaba desde hacía mucho tiempo pero no me atreví a admitirlo. El aroma fresco de su piel me relajó, pero al tocarle se aceleraron los latidos de mi corazón. Cada vez le deseaba más. Me apreté contra él.

—Sé que no es el momento —murmuré—, pero gracias por no haberte reunido con Didac.

—Que no haya ido no significa que no tenga algo pendiente con él —dijo entre dientes, entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Me estás diciendo que te vas a pelear con él? —Estaba furiosa, pero aun así no solté su mano— ¿No será mejor ignorarle?

—¿Ignorar a alguien que hace daño a los de mi alrededor? —Entonces se deshizo de mi mano. Habíamos pasado de estar cariñosos, a enfadarnos mutuamente— La gente como Didac debería recibir lecciones mensuales.

Enarqué una ceja.

—Eso mismo dijiste una vez de mí.

—Dije que tu vida era perfecta.

Crucé mis brazos bajo el pecho.

—No me conoces. ¡Deja de decir que mi vida es perfecta!

Grité.

Él seguía viéndome como una princesa.

—Claro que sí —intentó tocar mi mejilla, pero le detuve—: Unos padres maravillosos, una casa espectacular... Zoe, tu vida es más que perfecta. Es lo que cualquier persona desearía tener. Por eso viven de sus sueños.

De repente, no podía respirar.

Parecía que el día había llegado.

Aquel en el que, de una vez por todas, Axel conociera realmente a la Zoe con la que convivía.

Él no borraba esa sonrisa cada vez que hablaba de mi vida. Sí, él sufrió más que yo y, por supuesto, no igualaría su triste historia... Pero estaba cansada de que me mirara como si yo tuviera aires de superioridad ante los demás.

—¡Retíralo!

Parecía dispuesto a echarse a reír pero cuando me vio a punto de llorar, solo negó con la cabeza.

—No voy a negar una realidad. Lo siento, Zoe, pero no.

Apreté los labios, reteniendo algo que estaba a punto de estallar. Mis puños se cerraron, y sentí como las uñas pintadas de negro se clavaban en la palma de mi mano. Temerosa, alcé la cabeza encontrándome con su mirada, que hablaba por sí sola: Pobre niña caprichosa.

—¡Soy como tú!

Él enarcó una ceja.

—¿Una persona?

¿Por qué no veía la realidad?

Una oleada de rabia invadió mi cuerpo. Los puños dejaron de estar a ambos lados de mis caderas, para dirigirse directamente sobre su pecho; le golpeé. Axel no sintió dolor, solo me detuvo.

—¡Adoptada! Soy adoptada como tú —las lágrimas humedecieron mis labios. Mantuve la garganta seca hasta que tragué saliva para continuar—. Mis padres no son mis verdaderos padres. La mujer que me dio la vida, me abandonó. ¿Qué hay de perfecto en eso? ¡Eh! Me enteré a los diez años. ¿Sabes cuánto sufrí? ¡No lo sabes!

La cara de Axel cambió por completo.

Se hundió ante sus palabras.

—Mi propia madre me abandonó. Ivette y Norman solo aceleraron el trámite de la adopción gracias al dinero. Les debo la vida —fui apartándome lentamente de su lado—. Si en algún momento te odié, fue porque temía que tú te quedaras con ellos. Si yo en algún momento te juzgué... tú hiciste lo mismo conmigo.

—Zoe...—me nombró con un tono triste.

—¿Nunca te has preguntado por qué mi madre sufre tanto? Ella no puede tener hijos. Nunca ha podido.

Ivette era una gran mujer. Era injusto que la vida no le hubiera dado lo que tanto deseaba: un hijo al que cuidar.

Axel intentó detenerme, pero me aparté de su lado, huyendo de mi propia habitación bajo su atenta mirada. Me encontré con mi padre y, sin decirle nada, salí corriendo. Quería perderme en cualquier lugar donde no me señalaran con el dedo solo por llorar. Necesitaba refugiarme con alguien que me entendiera. Deseaba ser una chica normal, y que no me vieran como la hija de los Domènech, esa afortunada que tenía dinero gracias a sus padres de adopción.

«¿Adoptada?», pensé, «es imposible...»

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, me sentí mareado. Ella había estado llorando delante de mí, y no hice el menor esfuerzo por detenerla. Salí de la habitación, golpeando todo lo que se cruzaba en mi camino hasta parar en el pasillo, intentando respirar con normalidad.

¿Zoe no era hija de Norman e Ivette?

Nunca llegué a imaginarlo; ni siquiera cuando sus celos se manifestaron en más de una ocasión. Eran miedos. Ahora lo comprendía todo. Bajé las escaleras, y me crucé con Ivette. Ella miraba su anillo, y alzó la cabeza al sentirse observada.

Quería hablar con ella.

Pero no sabía si era el momento adecuado...

—¿Zoe es adoptada? —Pregunté de repente.

Ella se puso nerviosa.

—¿Q-Q-Qué?

Se arregló el moño.

—Me lo acaba de contar —cogí sus manos— ¿Es cierto? —No quería pensar que Zoe me estaba mintiendo de nuevo— Ivette, por favor...

—Sí —dijo con tristeza—, ella es...—se quedó sin palabras. Bajó el rostro y, al alzarlo, me mostró una sonrisa. Sus ojos avisaban que, en cualquier momento, rompería a llorar— Zoe es nuestro pequeño milagro, ya que tuvimos suerte al tenerla tan pequeña entre nuestros brazos. Si te confesé mis actos...—miró sus muñecas— suicidas, fue porque pensé que tú sospecharías algo. No puedo tener hijos, Axel.

—Una vez —suspiró—, hace muchos años, me quedé embarazada. No le dijimos nada a Zoe porque no tardé demasiado en perderle —lloraba; abrir una herida tan grande me consumía—. Intenté hacer vida normal... pero las cosas se complicaron cuando mi pequeña suplicaba por tener un hermanito.

—Entonces, intentaste acabar con tu vida.

Asintió con la cabeza.

—Cambié de idea. Norman —vi su preocupación desaparecer, poco a poco— me convenció de que Zoe tenía derecho de saber quién era y de dónde venía. Ninguno de los dos conocimos a su madre, así que le dijimos que nosotros siempre la querríamos como nuestra hija. No se lo tomó mal, ni tampoco reaccionó —se limpió las lágrimas que había derramado—. Pero con el tiempo empezó a manifestarlo...

—Justo cuando yo llegué.

Asintió con la cabeza.

—Si ella te lo ha confesado —alzó mi rostro, y depositó un beso sobre mi mejilla— es porque te quiere demasiado. Nadie sabe que Zoe es adoptada, ni siquiera Kim. No sabes lo feliz que soy al saber que tú la cuidas, Axel.

—Siempre estaré a su lado.

—Lo sé —nos abrazamos durante unos segundos, y luego salí de la casa.

Podía llegar a ser una estupidez, pero como bien había dicho Santos, Luisa llegó al corazón de Zoe. Ella era una de las pocas personas que le abriría la puerta de su hogar. Zoe estaría con ella. Acurrucada entre sus brazos, llorando hasta que volviera a respirar con normalidad.

Seguí corriendo, y cuando estuve a punto de llegar a la enorme puerta marrón, Luisa paseaba por la calle tirando del enorme carro que siempre la acompañaba. Al verme parado, a unos cuantos metros, sonrió como si se tratara de una maravillosa alucinación.

Estiró sus brazos; esperaba un abrazo. Avancé mucho más rápido y, al estar delante de ella, la alcé del suelo. Llevaba semanas sin verla; por suerte, Santos se ocupó de darle el dinero que cada recibía. Besó mi mejilla y, entre risas, habló.

—Bájame, hijo. Eres muy alto.

—Es la felicidad que siento cuando te veo, Luisa.

—Mi bello ángel —quedé algo más cerca de su altura— ¿Sabes..?

—¿Está contigo?

Asintió con la cabeza.

—Duerme en tu antigua habitación. Zoe necesitaba descansar.

—Gracias por...

La anciana rio.

—Cuídala.

—Lo haré —besé por última vez su mejilla—, lo prometo.

Por suerte, seguía teniendo una de las copias de la llave. Abrí la puerta, dándome cuenta de que Zoe y yo estábamos solos. Me adentré por el largo pasillo, y detuve mis pasos en la penúltima puerta a mano derecha. Luisa seguía manteniendo todas mis cosas.

Al entrar, observé ese sitio que me dio calor cuando mi padre me buscaba para golpearme. Todo seguía igual: la cama centrada, el pequeño escritorio donde estudiaba, las estanterías llenas de comics y el armario donde guardaba mi ropa.

Me acerqué hasta la cama, y me arrodillé. Zoe dormía dulcemente, con el cabello revuelto sobre la cara. Su mano izquierda descansaba sobre la almohada, aferrada a una de mis camisetas. Aparté un mechón, y ella se movió.

—Zoe —ella murmuró algo, y abrió los ojos lentamente—. Hola, princesa, hola.

Su labio tembló al verme.

La habría llevado a la luna, si con ello hubiera dejado de llorar por mi culpa.

—¡Axel! —Aferró los brazos alrededor de mi cuello.

La atraje hacia a mí, y la besé.

Me quité la chaqueta y la tiré sobre la cama, con tan mala suerte de que cayó bajo la ventana. Las botas quedaron a un lado de la silla, con los calcetines en el interior. Sentía mis pies fríos, pero no me importaba. De reojo, sin moverme demasiado, vi cómo Axel se quitaba la camiseta.

Al tenerle sentado junto a mí, mis dedos intentaron jugar con la camiseta que me había puesto esa mañana sin ni siquiera escogerla, pero él me detuvo; pegó sus labios sobre la frente, preocupándose por mí. Empecé a levantar la camiseta, pero él hizo un rápido movimiento para sujetar mis manos.

—No voy a detenerme.

Jadeé.

—No te detengas.

—Pero necesitas descansar —dijo Axel.

Sacudí la cabeza, negándome a dormir cuando los dos deseábamos algo más que un par de besos. La noticia que le di (y merecía saber), no era un obstáculo para mí, y menos cuando a Axel no le importaba y siempre estaría a mi lado.

—Quiero...—intenté decir, pero él me interrumpió.

—Entonces lo haré yo, Zoe.

Cogió delicadamente los bordes de la camiseta con sus dedos, tiró de ella hasta sacarla del interior de los oscuros vaqueros, y la levantó por encima de mi cabeza, librándome de la tela. Cuando la lanzó lejos, mis brazos bajaron hasta enlazarlos alrededor de su cuello hasta peinarle con mis dedos. Podía sentir su corto pelo rozando mis uñas, notando su suavidad. Acerqué mi boca hacia la suya.

El beso empezó siendo cálido como de costumbre, pero también profundo. Tomé su labio inferior entre mis dientes y presioné hasta morderlo. Axel gimió y envolvió sus brazos tatuados alrededor de mi torso desnudo, acercándose hasta él. Al adentrar la lengua en su húmeda boca, el contacto le hizo retroceder, apartándose de mi lado. Solté su sedoso cabello y dejé caer mis brazos hasta descansar sobre sus hombros. Bajó la mirada a sus manos, que rodeaban mi cintura. Cox desabrochó el cinturón que llevaba alrededor de los vaqueros y se entretuvo, morosamente, en deslizarlos por mis piernas.

Casi desnuda ante su curiosa mirada, cerré los ojos cuando la tira del sujetador empezó a caer por mis brazos. Los dedos de él corrieron en busca del broche para desabrocharlo. No era la primera vez que me veía desnuda, pero sí era la primera vez que sentía el contacto de su piel rozando mis pechos. Llegaba a ponerme nerviosa. Arqué la espalda y contuve un largo suspiro de placer. Él tomó ambos pechos, arropándolos con las manos abiertas, y deslizó los pulgares ya humedecidos sobre los pezones.

Con los labios apretados, observé el sujetador tirado a los pies de la cama. Me mordí el interior de la mejilla al notar sus manos moviéndose lentamente sobre mis pechos.

—No sabes cuánto llego a desearte, Zoe —de rodillas sobre la cama, se inclinó hacia delante para capturar con la boca uno de mis pechos y succionarlos. Sus manos seguían sujetando mi cintura, impidiendo que me moviera o terminara alejándome de él ante la emoción.

Mis palabras murieron antes de poder ser expresadas, pero mi cuerpo se inclinó hacia delante para acercarme un poco más a su traviesa y húmeda boca. Apoyé mis manos sobre sus hombros, temiendo de caerme. Su lengua lamió mi pezón, mis rodillas se doblaron y grité por el roce de sus dientes. El dolor que él me causaba, era terriblemente placentero; de una forma que no llegué a imaginar nunca, mi cuerpo siguió pidiendo más. Tanto tiempo sin su boca, demasiado tiempo sin el contacto de su piel rozando la mía, su aliento barriendo la curva de mi cuello... Llevaba deseando eso desde que nuestros caminos se cruzaron. Y allí estábamos, juntos por primera vez.

Moví el brazo para pasar la mano por detrás de su nuca, pero un dolor punzante en el hombro me detuvo.

—¿Estás bien? —Tuvo que liberar mi pecho. Al verme callada, aguantando el dolor, me besó desde el escote hasta mi barbilla.

Necesitaba un segundo para recobrar el aliento.

—Axel... no quiero separarme más de ti. No quiero pelear más —confesé, desnuda ante él— Te necesito... Gamberro.

Lentamente acomodó mi cuerpo sobre la cama. El cosquilleo de su cabello rozando mi piel, me obligó a aferrar los dedos entre las sabanas. Siguió esparciendo besos por todo mi cuerpo, deteniéndose justo debajo de mi ombligo.

—Me he destruido yo mismo cuando te he dejado ir sin saber dónde irías —susurró. Luego bajó, hasta detenerse contra la fina tela de mi *culotte*. Volvió a subir hasta el ombligo, sacando la lengua para rodearlo y dejar círculos húmedos sobre mi piel—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

El tiempo se detenía cuando estábamos solos.

—Axel... —insistí una vez más. Él no podía comprender lo mucho que le necesitaba— Me haces sufrir si estás tan lejos de mí.

Quería, una vez más, su boca sobre mis labios.

Paseé los brazos hasta cubrir mis desnudos pechos. A Axel no le gustó, por lo que, de inmediato, me obligó a dejarlos por encima de la cabeza.

—Quiero verte.

Seguía siendo injusto conmigo.

Parte de su vestimenta seguía ocultando su perfecto y moldeado cuerpo. Él me sonrió, se puso de pie y tiró hacia abajo de los pantalones rotos a la altura de las rodillas. Detecté tatuajes nuevos en el interior de sus brazos, como una espada empapada en sangre por el costado derecho. Peligroso y tentador.

Se tumbó al otro lado de la cama, y aproveché para apoyarme sobre él. Mis manos y mi boca se deleitaron por toda su piel desnuda. Presioné las uñas a cada lado de su pecho, arañando hasta bajar hacia la elástica tira de su bóxer negro. Axel mantuvo las manos aferradas a mi cabello, envolviéndolo con su puño cerrado y, tirando, cuando quería reunirse con mis besos.

—¡Zoe! —Alzó la voz, cuando mis caderas empezaron a moverse peligrosamente— Vas a volverme loco —levantó mi cabeza cuando volví a moverme mucho más duro contra su endurecido miembro.

Levantó mi cabeza y me besó con una nueva ferocidad, agarrando mi trasero con sus manos, hasta alzarme de su propio cuerpo. Dobló las rodillas mientras que deslizaba sus manos hasta el interior de mis muslos. Envolví mis piernas alrededor de su cintura y apreté, anhelando el duro placer que me daría su miembro. Sus ojos perforaron los míos, mientras que mis deseos me

quemaban. Utilizó su cuerpo para forzar mi cuerpo, dejándolo debajo del suyo. Envolví mis brazos alrededor de su espalda, y empujé aún más profundo.

Mis labios dejaron el color rosado que siempre llevaba, por uno más amoratado. Él levantó la cabeza y besó mi mejilla, al apartarse. Deslizó mi cuerpo por la cama. Sentí frío cuando su ardiente piel abandonó la mía, y gemí en señal de protesta.

—No voy a dejarte sola.

—¿Nunca? —Pregunté.

—Nunca.

—Te daré un beso por cada lágrima que derrames.

—¿Cuánto durará el trato?

—No tiene fecha de caducidad.

Mi corazón brincó en ese instante.

Me relajé sobre la cama cuando nuestras cabezas estaban al mismo nivel. Él se estiró entre mis piernas y, cuando protegió la endurecida longitud de su pene, presionó cerca de mi sexo, notando lo que él mismo causó: la excitación de mi cuerpo. Quería sentirle en mi interior; amarle lentamente, ser uno.

Jadeé temblorosa, acuné su rostro entre mis manos y le besé profundamente. Su lengua me hacía vibrar. Rompí el beso y pegué mis labios sobre su oreja.

—Te necesito.

—No más que yo.

Era tan difícil mantenerse quieta mientras confesaba que le deseaba.

Acaricié mi mejilla.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Perdido —se quedó quieto—, buscándote. Pero te encontré.

—No desaparezcas de mi lado.

—No puedo desaparecer de la persona que calma mis miedos.

Nos besamos de nuevo y, entonces, finalmente, él empujó sus caderas, entrando hasta el fondo. Era tan largo y grueso que el estiramiento fue un poco incómodo. Mordí el interior de la mejilla, manteniéndome fuerte. Axel se quedó quieto, observándome con una mirada que solo podía reflejar preocupación. Me quedé inmóvil, al igual que él, acomodándome.

Moví mis caderas un poco. Él cerró los ojos, dejando escapar un largo suspiro.

Cuando me adapté a nuestro momento ardiente, envolví mis brazos alrededor de su espalda, engancho mis manos sobre sus hombros y flexioné las piernas para empujar mis caderas hacia arriba, con fuerza y rapidez. Profundizamos la penetración un poco más.

Dejó de contenerse, para empezar a moverse dentro de mí. Nos movimos al mismo tiempo, y nuestras bocas se reunieron; las lenguas se movieron en el mismo ritmo. Podía sentir el orgasmo contrayéndose, e incliné las caderas para llevarlo hacia lo más profundo de mí.

Rompí el beso, viendo cómo la cabeza de Axel caía hacia mi hombro. Siguió moviéndose rápido; sus puños impactaron a cada lado de mi cuerpo, contra el colchón de la cama. Gemí contra sus embestidas, fuertes y rápidas. Mi cuerpo no dejaba de temblar, ante el calor que podía sentir en mi interior.

Sentí una explosión, que hizo que mis muslos golpearan contra su dura cintura. Cuando terminó,

dejó caer su peso y apoyó su frente sobre la mía. Quedamos allí; unidos y empapados, temblando... respirando con dificultad.

Besó mi frente.

Me estaba acostumbrado a esos besos.

Llegamos a casa antes de que la noche nos pisara los talones. Después de una tarde increíble a su lado, sentí una distancia que encogió mi corazón. Subimos las escaleras en silencio al terminar de cenar y, cuando llegó el momento de separarnos, Axel se encerró en su habitación. Yo me quedé allí, parada y con los dedos pegados en mis labios.

Mis padres pasaron por delante, y me dieron las buenas noches junto con un beso.

Retuve cualquier conato de llanto, y me encerré en mi habitación. Dejé la ropa bajo la silla, y con el pijama cubriendo mi piel, me adentré dentro de la cama.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que, cuando una mano tocó mi vientre, solté un grito. Axel presionó sus dedos sobre mis labios.

—¿Qué pensabas? —El tono de su voz me hizo temblar— ¿Que no pasaría la noche a tu lado? Soy el primero en querer estar aquí.

Le miré por encima del hombro.

—Pensaba que querías...

—¿Sigue en pie el acuerdo, no? Esperar el momento indicado para decirles a tus padres que estamos juntos.

Juntos; como novios.

Me besó.

—No vuelvas a asustarme de esa forma —apreté el dedo, sobre su desnudo pecho—. Pensaba que te habías arrepentido.

—Nunca. Lo que ha pasado hoy —entreabrió mis labios con su lengua— lo deseaba. No —mover la cabeza—, te necesitaba, Zoe.

Jugueteé con su flequillo.

—¿De verdad?

Acaricié mi mejilla sonrojada.

—Que me quede sin respirar sin mient...—presioné mis dedos sobre sus labios. No quería que dijera eso—. Está bien, Zoe.

Era tarde.

—No quiero despertar y no verte al otro lado.

—Seré yo a quien veas cuando abras los ojos.

Sus labios rozaron los míos... era como si todo mi cuerpo estallara, cada vez que me besaba.

Me quedé dormida a su lado.

Mi padre se quitó las gafas de lectura al verme entrar en su despacho. Seguía buscando a Axel; llevaba desaparecido desde que salió del instituto. Cerré la puerta, pensando en la posibilidad de que él se estaba escondiendo de mí para que yo le encontrara.

—¿Buscas algo?

—¿Has visto a Axel?

—No. ¿No ha venido contigo?

Clavé la vista a su escritorio, recordando la noche en la que apareció Santos herido. Negué con la cabeza, e intenté salir de su despacho para dejarle algo de intimidad. A él le encantaba leer, así que era una afición que explotaba por las tardes.

De repente el teléfono vibró en el bolsillo de mis estrechos pantalones.

K: ¡Axel ha ido en busca de Didac!

Tragué saliva.

Z: ¿Qué?

No respondí.

No era muy buena con el deporte... para qué engañarnos. Era otro de mis fracasos. Siempre tiraba la toalla antes de tiempo. Pero, en ese momento, en ese preciso momento, no dejé de correr con una única intención: impedir a Axel, la locura que estaba a punto de cometer. Digamos que él ya era un chico con una ficha académica que pendía de un hilo, incluso siendo un buen estudiante. Como bien pensé en su día, había cosas de él que no conocía.

Podía sentir cómo las uñas se me clavaban en la palma de la mano; cómo el sudor recorría mi espalda y humedecía la fina camiseta que llevaba. Detuve mis pasos justo delante de un semáforo e incliné mi cuerpo hacia delante. Apoyada sobre las rodillas hice el gran esfuerzo de respirar con normalidad. El corazón se calmó poco a poco y, cuando dejé de buscar bocanadas de aire con desesperación, crucé hasta la última casa de la calle, para así adentrarme en un terreno muerto donde se encontraba la propiedad de la familia de Didac.

Allí, a unos metros de mis viejas zapatillas *Converse*, un grupo de chicos y chicas del instituto movían eufóricos los brazos como si se tratara de un concierto. Un palco, con *Kiss* de fondo, hubiese sido menos ruidoso que esos adolescentes sedientos de acción y con ganas de conocer al gran perdedor.

Me mintió.

No podía estar más furiosa con él.

Lo único que consiguió fue recordarme a J., otro más que intentaba ser como Didac o, mucho peor, estar junto a él para cubrirle las espaldas de todos los delitos juveniles que podía cometer por el extrarradio de Barcelona.

Aparté como pude a cuantos sonreían de oreja a oreja ante la imagen de dos chicos sin camiseta, desafiándose con la mirada. Pasé de ser respetuosa pidiendo paso, a dar codazos ya que ninguno quería ceder las primeras filas. A papá se le hubiese venido el mundo abajo si se hubiera enterado de que el chico de acogida, se dedicaba a meterse en problemas por no controlar su ira.

No era fácil esquivar las palabras de Didac, pero tuve la esperanza de que Axel fuese mucho más maduro.

Al llegar, lo primero que hice fue colocarme delante de una pareja que se sostenía la mano y reían en voz baja mientras apuntaban a Axel con el dedo; él y sus tatuajes seguían destacando.

Grité su nombre.

Había llegado a tiempo.

Ladeó la cabeza y, con una actitud chulesca, se acercó hasta mí, pero antes estiró el brazo pidiéndole a Didac que esperara.

—Hola, Zoe —dijo con sonrisa burlona. Lo que no esperaba era que, al acercarse para depositar un fugaz beso en mi mejilla, yo me apartara—. Vamos, *princesita*, sabías que esto iba a pasar.

Soltó una carcajada y después se llevó las manos a los bolsillos.

—¿Qué haces?

—No te entiendo.

—¿Por qué actúas como un capullo? Tú nunca me hablas así, a menos que quién haya empezado

la pelea sea yo —bajé la cabeza algo avergonzada—. Volvamos a casa, por favor.

Le retuve del brazo, pero él se apartó inmediatamente. No era el Axel que conocí esos últimos días, en los que me di cuenta que podía enamorarme de él. Era como si el gamberro, el chico del primer día que invadió mi hogar, hubiera vuelto.

Y allí nos quedamos, mirándonos sin pestañear. No hubo otro acercamiento, salvo un guiño por su parte que me dio a entender que seguiría la pelea incluso si yo me ponía en medio de los dos.

Todo pasó muy rápido.

Didac levantó el puño, al tiempo que saltaba para golpear y dejarle tendido en el suelo, pero Axel fue tan rápido como para doblar las rodillas y girar. Así, quedó detrás de su adversario y pudo empujarle por la espalda. Al tenerle en una situación que le facilitaría el combate, caminó hacia atrás para golpearle en el cuello. La mirada de Axel evidenciaba que estaba acostumbrado a ver víctimas derramando sangre. Yo, cada vez me encontraba más nerviosa, con ganas de dar marcha atrás y correr en busca de mi padre, al hogar del que no tendríamos que haber salido... Pero era imposible. Detrás de mí había más de cuatro filas llenas de gente, levantando los brazos y jaleando el espectáculo.

Desde el suelo, Didac apoyó la rodilla hasta poder levantarse. Axel estaba más entretenido observándome de reojo, de vez en cuando, que en ocuparse del chico que estaba a punto de golpearle por la espalda. Lo hizo. Un fuerte puño provocó los gritos de dolor del gamberro, y se quedó tan débil que no aguantó la compostura. Me tapé la boca para no gritar... pero no cayó al suelo. Estiró la pierna hasta golpear al otro, de nuevo, aunque en esa ocasión debajo del abdomen; le dejó sin respiración unos instantes, los segundos más oportunos para que Axel pasara un brazo alrededor del cuello —en un intento de estrangularle— y pudiera cruzar la otra extremidad entre sus piernas, para lanzarle contra el suelo. Didac gimió de dolor. Rodó por el suelo mostrando la rojez de su piel. Tenía arañazos de otros combates, y su ojo estaba morado por el puño de Axel Cox. Estaba siendo uno de mis peores días, y él parecía que disfrutara viéndome pasarlo mal. Se acercó de nuevo y antes de que hablara conmigo, el chico volvió a tirarle al suelo.

—¡Dejale, Axel!

Él sacudió la cabeza a modo de negativa.

—Lo tengo todo controlado.

—No estás bien —dije.

Estiró los labios una vez más.

—Estoy bien porque tú estás aquí.

Cuando consiguió levantarse, dio unos pasos con el único fin de acercarse hasta donde me encontraba. Pero, de nuevo, volvía a olvidar que estaba peleando con alguien que su única motivación en la vida era ganar cada pelea. Didac se acercaba corriendo, cojeando... pero seguía siendo rápido.

Algun día me tragaría mis palabras.

—¡Axel, detrás de ti!

Movió los brazos y, cuando respiró para poder atacar, todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. Didac voló hasta caer en el suelo con la boca repleta de sangre. Había un nuevo ganador en el terreno... y un chico que yo conocía muy bien, por su camiseta blanca y un símbolo amarillo, alzó el brazo de Axel hasta proclamarle ganador: Ese fue J.

Di media vuelta, intentando salir a empujones para no ver la alegría que estaría compartiendo

con todos los que salieron a darle la enhorabuena. Era el primer chico que se atrevía a pelear con Didac y que, además, le ganaba.

Escuché unos pasos que me pisaban los talones.

—¡Zoe! ¡Zoe!

Pasé de él.

Pero por mucho que le ignorara él me seguiría.

¡Maldita sea! Vivía en el mismo techo que yo.

—Por fav...—le corté.

—Déjame, Axel.

Cogió aire antes de seguir hablando.

—Te quiero.

—¿Qué? —Pregunté.

—Te quiero.

—Te he escuchado.

—¿Entonces?

Bajé la cabeza apenada.

—Quiero volver a casa —había cambiado de tema. Cualquier otra chica hubiera soltado un «yo también» pero al menos yo no estaba dispuesta y, menos, cuando me temblaban las piernas despues de haber visto todo lo que había pasado en una sola tarde.

Axel y yo habíamos mantenido la distancia tanto en clase como en casa. No me sentía preparada para mantener una conversación con él, máxime, cuando tendría que escuchar los motivos que le animaron a golpear a otra persona cuando lo mejor era haberle ignorado. Así que, al cruzarnos por el pasillo, la única que bajaba la cabeza como una cobarde, era yo. Sentía su curiosa mirada siguiendo mis pasos, y se detenía cuando aparecían mis padres.

La tensión delante de ellos era la misma... salvo que ya no había gritos ni amenazas. Todo se volvió sereno, pero para mí fue lo peor.

Al encerrarme en mi propia burbuja después de lo sucedido, descuidé mi grupito de amigas. Cuando me di cuenta, era demasiado tarde. Pensé que Kimiara estaría muy ocupada estudiando en su casa para los exámenes finales, pero era todo lo contrario. Dejó de devolverme los mensajes y de responder a mis llamadas, por el simple hecho de que me tratara con un chico de una categoría inferior a la de su familia. Cambió bruscamente, al igual que mi actitud el primer día que conocí a Axel.

Lo que más me sorprendió, y era algo que jamás hubiera esperado, fue que no me quedé tan sola como pensaba. De hecho, allí estaba yo, en una hamburguesería con Jessica, la ex novia del chico que supuestamente había robado mi corazón.

Se había quitado esa cantidad de extensiones de colores que daba volumen a su larga melena. Sus ojos grisáceos se mantuvieron entornados, mientras abría y cerraba la boca, a merced de cada bocado de hamburguesa.

—¿No quieres patatas? —preguntó mientras masticaba.

Me hizo gracia, así que reí.

—No, todas para ti, ya estoy lo suficientemente llena. Además quería darte las gracias por pasar por casa —cuando el timbré sonó y la vi plantada en la puerta, lo primero que me pasó por la cabeza fue que quería volver a ver a Axel, después de habernos animado a dar el gran paso— Y pedirte perdón por todo...

Dio un trago a su refresco *light*.

—Deberíamos dejar las diferencias a un lado. Sí no, sería imposible mirarnos siquiera, cada vez que nos cruzamos por el pasillo del instituto. Y sí, ambas hemos salido con los mismos chicos —soltó una risita nasal al pensar que habíamos compartido a J. y Axel como si fuera de lo más divertido; como si todo formara parte de una película humorística— ¿Por qué no podemos ser amigas? Si es por Kim...

—Ella ha cambiado de opinión sobre nuestra amistad. Al parecer no estábamos tan unidas como parecía —Jessica pareció comprender la situación, así que calló y siguió devorando la grasosa comida que solía comer los fines de semana, aunque fuera un jueves. Supongo que el paseo hasta el centro comercial de *la Maquinista*, le había dado hambre—. ¿Axel te ha llamado?

Un grupo de chicos pasaron por delante de nosotras. Al notar que nuestras curiosas miradas se detuvieron en sus llamativas vestimentas —pantalones que dejaban ver la marca de sus bóxers—, nos miraron por encima del hombro. Tragué saliva al darme cuenta de que se trataba de Didac, J., Fred y el resto de amigos. Me impactó verle herido, al igual que lo estaba Axel... pero él, estaba

mucho peor. El puente de la nariz, la ceja derecha y labio inferior, estaban cubiertos por puntos de papel. Nos miraba con los ojos entrecerrados por no poder abrirlos mejor.

—¿Qué miráis? —Didac alzó la voz, llamando la atención de los empleados de la hamburguesería.

Jess, respondió.

—Ten cuidado, *tipo duro* —le guiñó un ojo—, o las heridas no se te curarán. Si sois tan amables de desaparecer de nuestra vista —bajó los brazos, acomodando sus antebrazos en la pequeña mesa donde nos sentamos, después de unas cuantas compras—, queremos seguir comiendo sin tener que ir a vomitar. ¡Gracias!

Joseph no podía creer el hecho de vernos juntas. Sus dos ex novias compartiendo mesa para merendar, delante de sus propios ojos. Aferró sus dedos al antebrazo de Didac, y tiró de él para sacarle de allí, con esas bolsas de papel chorreando cerveza.

Me dejé caer hacia atrás, dejando mi espalda en el respaldo de la silla y miré directamente a Jessica. Hubo unos segundos de silencio, pero después estallamos en risas por ver al grupo que más temían en el instituto y que ahora parecían ovejas asustadas en busca de un refugio. No podía negar que sentí pena por J. Me hubiera gustado cambiar las cosas entre nosotros dos.

—Debería cambiar de amistades.

Ladeé la cabeza.

—¿Quién?

—Joseph. Él ha cambiado —y la entendía, perfectamente—. Podría ser el buen chico que volvía a casa y se mantenía cerca de su madre por miedo a que le dejaran solo de nuevo. Tú ya me entiendes.

—Sí.

Entonces le hice una pregunta.

—¿Sigues enamorada de él? —Debí ser más discreta, pero no pude.

—¿Qué? ¿En serio me estás preguntado si sigo...? —al asentir con la cabeza, calló— No te voy a mentir y decirte que no me dolió ver cómo se había enamorado de su mejor amiga. Cuando estuve con Axel —agrandó los ojos exageradamente—, y no quiero que me malinterpretes, me di cuenta de que debían quererme más y mejor. Tengo dieciocho años. En cualquier momento podré volver a enamorarme de alguien y ser correspondida, ¿no crees?

Una vez más me quedé sin palabras.

Jessica era una buena chica.

Seguimos hablando de nuestras cosas, riendo por cosas de chicas que los demás no entenderían. La conversación se cortó en el momento en que el teléfono móvil vibró sobre la mesa. Le ignoré un par de veces, pero al ver que mi madre no dejaba de insistir, descolgué la llamada.

—Mamá, te he avisado que saldría un rato. En menos de una hora cogeré un autobús e iré directa a casa —sonreí.

A ella no pareció molestarle que hubiera salido.

—No es eso, cielo. Acabamos de recibir una llamada. La madre de Axel, Clara, ha fallecido en el centro de desintoxicación. Realmente nadie esperaba... —siguió hablando, y el teléfono cayó por mi mejilla hasta que se me resbaló por los dedos.

Solo pensé en Axel, por muy egoísta que sonara después de recibir la terrible noticia de que

Clara había muerto. Él estaba muy unido a su madre, mucho más que otros hijos, por todo lo que había pasado junto a ella en esa terrible infancia que le marcó.

—Tengo que irme —me levanté corriendo de la mesa.

La cuenta llevaba horas pagada.

Jessica se levantó nerviosa al verme temblar.

—Te acompaño.

Me hubiera negado, pero era rápida con ese cochecito que la llevaba a todas partes.

Toda la familia estaba reunida en casa. La abuela llegó junto a tía Julia, en cuanto las avisaron de la gran desgracia. Con los latidos del corazón en la garganta, busqué desesperadamente a Axel por el comedor, pero no estaba. Quería buscar cualquier excusa para subir las escaleras y buscarle en su habitación, pero mi padre me frenó.

—¿Qué ha pasado?

—Fallo cardiorrespiratorio. Clara estaba muy débil para el gran esfuerzo que hizo —seguí callada y él continuó—: Quería fugarse del centro, escaparse un par de horas para...

Finalicé esa frase que tanto le costó soltar.

—Consumir droga —mis dedos temblorosos atraparon la blanca camisa que llevaba— ¿Cómo está Axel? Debe estar pasándolo muy mal. Sabemos que la quiere con locura. Que haría cualquier cosa por ella.

Con cuidado alzó mi rostro.

Sentí un nudo en la garganta; en cualquier momento rompería a llorar.

—Nos han avisado por ser sus padres de acogida. Pero el primero que ha recibido la noticia, por ser el hijo, ha sido él. Axel es menor de edad, no debería llevar una carga tan grande —bajó la cabeza, y cogió una bocanada de aire—. Su teléfono está apagado. No sabemos nada de él. Habíamos pensando que tú estarías al tanto de sus movimientos.

—Estaba con Jessica —le interrumpí—, no con él.

Se apartó de mi lado, comprendiendo la situación.

Y allí se quedaron los cuatro, sentados en el sofá con la esperanza de que la puerta principal se abriera y que la cabeza del chico de cabello negro, asomara. Pero las horas pasaron, y como bien dijo papá, Axel apagó el móvil para estar incomunicado con el resto del mundo.

Pasé toda la noche despierta, observando el techo y sosteniendo el teléfono de casa, en una mano, y con la otra, el móvil. Necesitaba una señal. Si no me la daba a mí, esperaba que se comunicara con mis padres, que lo estaban pasando tan mal como yo.

Lo que había olvidado por completo es que la forma de Axel a la hora de escapar de los problemas, era desaparecer... como ya había hecho una vez.

Desde la cocina escuché los gritos desesperados de mi madre. Mantenía su cansado cuerpo contra la puerta de la cocina, intentando dialogar con el agente que la estaba atendiendo al otro lado de la línea. Papá optó por no ir a trabajar ese viernes a la clínica, así que pensé que no se molestarían si yo hacía lo mismo con el instituto: no acudir para esperar, juntos, a que él apareciera.

—¡Cuarenta y ocho horas! ¡Por favor, es un menor de edad!: Tienen que hacer algo.

Antes de bajar al salón, pasé por delante de su habitación. La cama estaba recién hecha. Las pocas cosas que trajo con él estaban muy bien recogidas, como de costumbre. Y podría asegurar, sin ni siquiera mirarlo, que el éxtasis que vendía estaría escondido en el segundo cajón, bajo uno de los libros de *Melville*.

—Tienes que desayunar algo, Zoe —me anunció con voz autoritaria.

Arrastré una silla y me senté junto a él.

—No tengo hambre. Me quedaré con vosotros—antes de que protestara, seguí—, es lo mejor. Por si alguien tiene que salir, yo me quedaré aquí, esperando cualquier noticia, papá.

No muy convencido terminó por aceptar mi propuesta.

Y como bien dije, ellos mismos tomaron la decisión de salir en su busca y, más tarde, reunirse con el asistente social que llevaba el caso de Axel Cox.

Me subí a mi habitación, cerré la puerta en busca de intimidad e hice un par de llamadas. Jessica estaba al tanto de todo; si ella contactaba con Axel me avisaría, y era algo que agradecía de corazón. Pero había una persona que sabría perfectamente el paradero del gamberro.

—Cuba, quiero bailar la salsa. Cuba, quiero bailar la salsa —tarareó con esa gracia que él tenía —... *De acuerdo, de acuerdo. En estos momentos no estoy, pero deja tu mensaje después de la señal... ¡Cuba, quiero bailar la...!*—empezó a carcajearse.

También lo tenía apagado.

—Santos, soy Zoe —hice una breve pausa—. Sé que no tengo ningún derecho de hacer esto, y menos cuando he sido la primera en retirarle la palabra a Axel... pero, por favor, si está contigo, avísame.

Dejé ese mensaje en el buzón de voz y recosté de lado mi cuerpo, en busca de claridad.

Las horas pasaron y el teléfono no sonó en ningún momento. La noche oscureció mi habitación. Un dulce beso sobre mi mejilla, por parte de mi madre, me despertó después de cinco horas dormida. Me senté sobre el colchón, con las piernas cruzadas y vi como ella desaparecía, cansada, para refugiarse en el cuarto de baño donde derramaría las lágrimas que le ocultaría a su marido. No estaba pasando un buen momento, y menos cuando ya veía a Axel como a su hijo.

A las cuatro de la madrugada me pareció escuchar un ruido en la habitación de Axel. Pero me levanté sin hacer ruido, recogíendome el cabello rápidamente. Abrí la puerta con una amplia sonrisa.

La ventana estaba abierta. La cama seguía con las sábanas perfectamente planchadas. Los cajones de la mesita de noche estaban abiertos, y el libro de *Moby Dick* estaba tirado en el suelo. Las pastillitas desaparecieron, lo que me alertó de que él había estado allí. Su aroma quedó impregnado en la habitación. Me senté sobre su cama, maldiciendo en voz baja y pensando cosas de las que me arrepentiría.

«Cobarde», pensé. «¡Maldito cobarde!»

Pero Axel había dejado una nota sobre la almohada.

Con el pulso tembloroso abrí el arrugado papel que dejó. Era su caligrafía; pequeña y demasiado cursiva para un chico de diecisiete años.

Puede que tus ojos me quiten el sueño,  
y que tus labios sean mi debilidad...  
pero nunca renunciaré a quererte,  
por muy marchitado y roto que pueda llegar a estar.

No sé quién le inspiró a escribir esas palabras, pero iban dedicadas a mí. Volví a doblar el papel y lo acomodé en mi pecho izquierdo.

—No es justo, Axel, no lo es.

Les oculté a mis padres lo que iba a hacer: reunirme con Axel. No estaba segura al cien por cien de que él estuviera allí, pero tenía que intentarlo. Luisa me dijo por teléfono que llevaba tiempo sin saber nada de ese muchacho que siempre había estado junto a ella. Así que, de momento, de lo poco que le conocía realmente, se podía encontrar junto a Santos; el mismo que apagó el único medio de comunicación que podríamos tener.

Jessica vino a recogerme a las diez de la mañana de aquel soleado sábado. Pasé el cinturón de seguridad por mi pecho, y acomodé mi mejilla en la ventanilla del coche observando cómo nos alejábamos de nuestra urbanización para adentrarnos en el corazón de Barcelona. Exactamente hacia uno de los barrios con más delincuencia y pobreza de la ciudad. Todo oscureció, se volvió más gris.

Las calles eran estrechas, los edificios estaban alineados uno detrás de otro sin permitir un mínimo espacio para crear una pequeña calle. Recordé ese lugar en seguida; ya había estado allí, pero junto a él.

—¿Estás segura qué es aquí?

—Sí.

Jess intentó sonreír para darme fuerza.

—¿Preparada, Zoe?

—Lo estoy.

Salí del coche con las piernas temblorosas, temía que en cualquier momento fueran a fallarme, hasta derrumbarme en el sucio y alcantarillado suelo que pisaba. Avancé rápidamente, evitando todas aquellas miradas que observan una chica que parecía perdida.

Presioné uno de los botones del timbre del edificio, y esperé que un acento cubano respondiera.

—¿*Qué hubo?*

—¡Santos!—solté un grito de alegría.

—¿Z-Zoe?

Me había reconocido.

—Sí, soy yo. Llevo horas intentando ponerte en contacto contigo. ¿Dónde está? ¿Está bien? ¿Está ahí contigo? Santos, ¡respóndeme!

Era la primera vez que veía a Santos serio. Esperó un momento antes de mantener una conversación a través de ese interfono lleno de pegatinas publicitarias.

—Dame unos minutos. Bajo. No te muevas de ahí.

Le hice una señal a Jessica, y ella siguió parada a unos metros de donde me encontraba. Por supuesto que no me movería de allí; no, hasta que le viera.

Minutos más tarde, como bien dijo el latino de amplia sonrisa, se reunió conmigo. Mantuve los brazos cruzados bajo el pecho, esperando a que me diera una explicación.

—No está aquí, Zoe.

Estaba segura de que mentía.

—Por favor —suplicué—, no sabes cuánto necesitan mis padres hablar con él. Ayudarle en todo lo que está viviendo.

—Déjame darte un consejo —acomodó la enorme mano sobre mi hombro—: Cuando Axel está fuera de lugar lo mejor es dejarle ir. No desea que sus problemas afecten a sus seres queridos. Te quiere; no quiere involucrarte en esto.

Seguía sonando a una excusa tonta.

Alcé la cabeza, dándome cuenta de que había alguien observándonos. Esos ojos negros seguían en mi cabeza.

—¡Cobarde! —grité sin importarme que algún vecino tuviera la idea de llamar a la policía, para echar a la loca del bolso *vintage*, *Yves Saint Laurent*, que gritaba con desesperación— ¿Es lo único que sabes hacer, Axel? ¿Esconderte?

Las transeúntes nos miraban.

—Vuelve a casa, preciosa.

No quería moverme de allí, pero una persona lo consiguió.

Detrás de Santos apareció Ximena, con una amplia sonrisa y esa corta falda que no dejaba demasiado a la imaginación.

—Olvídate de él.

—Jamás —ahí tuvo su respuesta.

Se carcajeó.

Tocó su teñido cabello rubio y me plantó cara.

—No es la clase de chico que quieres cerca —tal vez pensé eso en su momento...pero yo necesitaba hablar con él—. Aún no has conocido lo más gamberro de Axel.

Tiró de su primo y cerraron el portal, dejándome allí, sin palabras. Alcé la cabeza por última vez, la silueta del chico tatuado ya no estaba.

Rápidamente abrí el bolso y, de él, saqué un bolígrafo de tinta verde y una libretita. Anoté algo, antes de subirme al coche de Jessica y lo colé por debajo del hueco del portal.

Vuelve siempre que quieras a casa.

Es tu hogar.

Te esperaré, Axel.

Te quiero, Zoe.

Podía escuchar de fondo la voz de Jessica insistiéndome que entrara en el coche, al parecer, su miedo a estar en aquel barrio que desconocíamos, había ido en aumento. Cogí aire

Cogí aire antes de animarme a subir al vehículo pero, entonces, sentí una punzada... Estaba vacía, me faltaba él. No era suficiente la nota que había dejado en el portal de un viejo edificio; cualquiera podría adueñarse de esas letras que habían salido de lo más profundo de mi corazón. La puerta del coche quedó abierta y, cuando intenté adentrarme, una fuerte mano tiró del bolsillo trasero de mis vaqueros.

Me guié por la sonrisa de Jess, sabiendo que, quien tenía detrás, era un conocido nuestro, y no uno de esos tipos que no cesaron de pasar delante de nosotras, en el corto espacio de tiempo que llevábamos detenidas. Tragué saliva. Lo primero que pensé, aunque fuera una locura, fue imaginar que podía ser él... Evidentemente, no era posible. Más factible, era, que se tratara de Santos, con un último mensaje para mí.

—¿Qué? —dije sin mirarle a los ojos— ¿Algo más que saber...?

Me quedé sin palabras, cuando me giré. Ojos grandes, tan oscuros como su cabello; labios

gruesos en actitud sonriente... Si tuviera que darme, a mí misma, un último detalle para convencerme de que era él, visualicé es tatuaje que recorría su espalda, hasta terminar detrás de la oreja.

—¿Estás segura de que quieres que vuelva?

«Idiota», pensé.

—Vuelves hacerme la misma pregunta estúpida que semanas atrás —tomé la iniciativa de acercarme hasta él y ponerme de puntillas, en un intento de quedar bien cerca de su boca—. No estaría aquí si realmente no sintiera algo por ti.

Acunó mi rostro entre las palmas de sus manos y acarició delicadamente mi piel.

—Podríamos hacer las cosas mejor —dijo.

Reí ante el roce que sentí en el puente de la nariz.

—¿Y qué propones, Axel? ¿Cogernos de la mano y...?

La presión de sus labios sobre mi boca llegó a dejarme sin palabras. Debí de empujar mi lengua, pero él fue mucho más rápido. Los dedos de los pies se me adormilaron, aunque tenía que agradecer que sus fuertes manos dibujaran mi cintura para sostener mi anatomía frente al larguísimo beso que nos regalamos. Al apartarnos, soltamos una risita.

—Me encanta verte sonrojada, princesita —me guiñó un ojo.

Antes de cogerle de la mano, le di un codazo en el costado.

—Cállate, gamberro.

Pasó su brazo por encima de mis hombros, y nos subimos al coche en silencio; felices por regresar a casa y darnos cuenta de que el cariño había sido más fuerte que todo.... Estaba enamorada de Axel, por mucho que intentara negármelo. Él quedó sentado en el asiento trasero, y por el retrovisor me di cuenta que Axel no dejaba de mirar el viejo edificio que había dejado atrás. No le di importancia, dejé de pensar por unos segundos porque ya estaba junto a él.

# Table of Content

[PRIMER LIBRODE #B,G](#)

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)  
[17](#)  
[18](#)  
[19](#)  
[20](#)  
[21](#)  
[22](#)  
[23](#)  
[24](#)  
[25](#)  
[26](#)  
[27](#)  
[28](#)